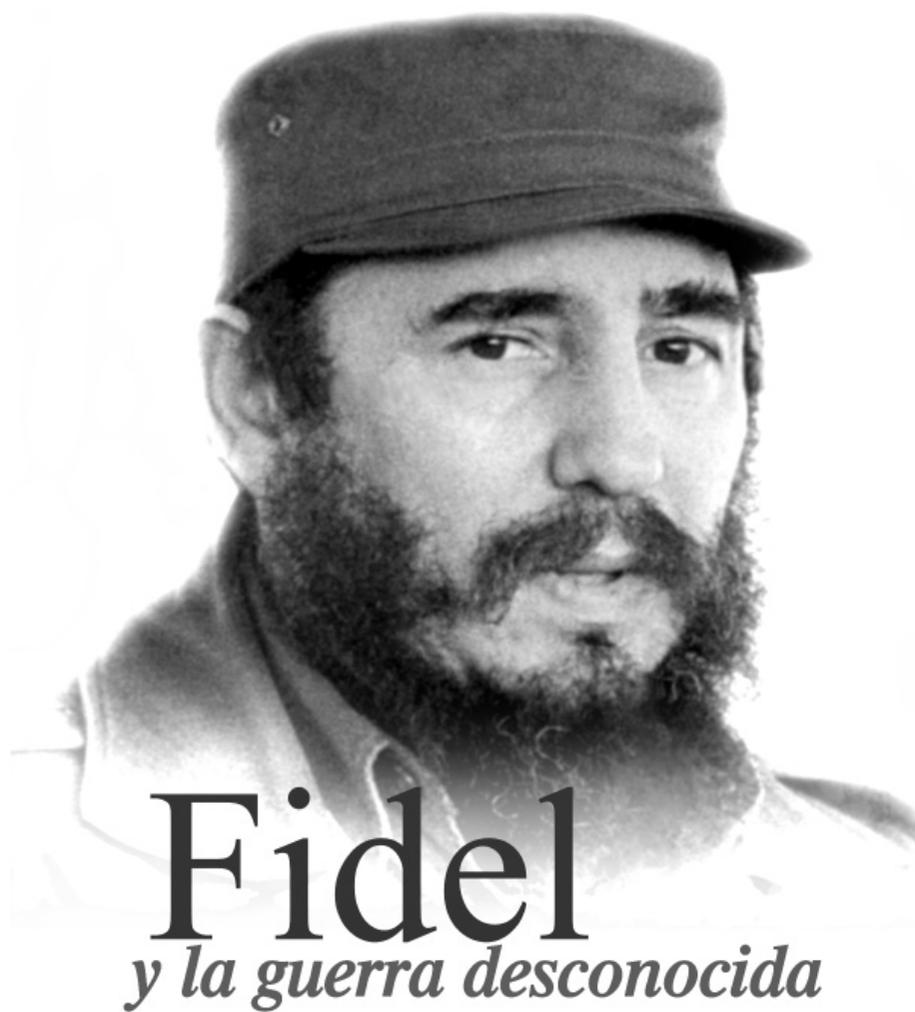


Fidel
y la guerra desconocida



Elvín Fontaine Ortiz



EDITORA POLÍTICA / La Habana, 2014

Edición: *Yudalmis Suárez Alberdi*
Diseño: *Mónica Soler Quintana*
Corrección: *Carlos Calderón Lazaga*
Composición: *Lisset Herrera Acosta*
Foto de cubierta: *Estudios Revolución*

© Elvin J. Fontaine Ortiz
© Sobre la presente edición:
Editora Política, 2014

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra sin la autorización de la Editora.

ISBN 978-959-01-0953-9

Editora Política
Belascoaín N.º 864, La Habana, Cuba
Correo electrónico: editora@epol.cc.cu
Internet: www.pcc.cu
www.editpolitica.cu

*Al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, artífice principal de la lucha
en esta guerra desconocida.*

A los entrevistados por su valiosa información.

*A las instituciones que me facilitaron los textos y contribuyeron
a procesar este material.*

*A la memoria de mi querido hijo Elvin Ernesto Fontaine Santamaría,
que no pudo disfrutar la culminación de este libro, por su ayuda
en los momentos iniciales de este y otros proyectos.*

A María Eugenia de la Vega por su resistencia, dedicación y profesionalidad.

A Adolfo Simancas, Tamara Felipe, Lala Díaz, Hilda Castro y su laborioso equipo de trabajo.

A las compañeras que laboraban con Chomy.

A la Oficina de Asuntos Históricos y Publicaciones, en especial a Eugenio Suárez, Carmen Remigio, Betty, Emilio Lamí, Asunción Pelletier y Elsa Montero.

A mi hermano Even por su importante ayuda económica durante más de veinte años para financiar los gastos que este libro ha implicado.

Al general Humberto Francis Pardo por su solidaridad y ayuda sin reparos.

A los tres Pedros: Socarrás, Menéndez y Cuesta; a Alberto Rivero, Orlando Altabás y otros de los talleres de la Seguridad Personal que me ayudaron a mantener mi maltrecho cacharro.

A Sergio Sosa y otros que han mantenido los equipos de computación.

A Grisel García, Nenita Álvarez y Olimpia Tiefenbrucker.

A María Elena Gil, Mayito Comabella y Marcos González.

A Silvino Álvarez, Francisco Rodríguez, Orestes Chaviano y José A. Cobas, que trabajaron voluntariamente por mí en ocasiones; a Nivaldo Pérez, José Nogueras y otros que colaboraron en este empeño.

Al doctor Eduardo Torres-Cuevas por su espontánea ayuda y excelente prólogo.

Al compañero Rolando Alfonso y sus colegas por su ayuda en la publicación de este proyecto.

A mi esposa, mi hijo Regis, mis cuatro nietos; a mi hermano Elgin y su esposa Marina por su colaboración; a otros familiares, amigos y a todos los que de una forma u otra contribuyeron con la culminación de este libro.

En la etapa final quiero agradecer a la Editora Política y en especial a José Duarte, Yudalmis Suárez y Mónica Soler por su profesionalidad y amor al trabajo.

Prólogo

Si el conocimiento de un tiempo histórico es, ante todo, captar las esencias de lo cotidiano, de los pequeños detalles que deciden la trascendencia de los procesos vitales; si es captar el «espíritu de una época» —el que anima ideas, riesgos y osadías de los hombres y mujeres que hacen la historia real— este libro es trascendente. No estamos ante un relato encontrado al azar entre viejos documentos archivados ni es el resultado de un historiador interesado en un tema doctoral. Es, por el contrario, el relato vivo de los participantes en acontecimientos desconocidos o poco y parcialmente conocidos y que revelan una guerra subsumida, de inteligencia, de energía y de desarrollo de un proceso revolucionario de originales proyecciones en condiciones excepcionales.

El libro es una gran aventura en la que participan jóvenes extraordinarios y sencillos que conforman la escolta del Comandante en Jefe y dirigentes de la Revolución en los años decisivos de la década inicial. Así dicho, no se comprendería el verdadero alcance de la obra. En esa lucha secreta, de inteligencia, riesgo y valor, se decidía el destino de la Revolución cubana. Apenas se comenzaban a constituir las organizaciones políticas, de masas y órganos armados y de seguridad; es en la misma lucha en la que se van articulando. Las acciones contrarrevolucionarias son sustentadas por poderosas fuerzas externas, desde el tirano dominicano Rafael Leónidas Trujillo, la mafia organizada norteamericana, hasta la propia Agencia Central de Inteligencia (CIA). El desafío

es enorme. El enfrentamiento desigual. Página a página, en los lugares donde pretende sembrarse la semilla contrarrevolucionaria —muchos de ellos apenas recogidos en mapas generales de Cuba— aparece la figura única de Fidel Castro, primer ministro y Comandante en Jefe de las fuerzas revolucionarias.

El autor ha dedicado más de tres décadas a entrevistar y recoger informaciones sobre los numerosos hechos en que participó la escolta del Comandante en Jefe acompañando a su querido y admirado líder. En el Escambray o en la sierra de los Órganos, en la Sierra Maestra o en las llanuras de Matanzas, en las lomas de Baracoa y en las costas de Cuba, va Fidel a dirigir las operaciones más delicadas o toda aquella que corta de raíz el intento contrarrevolucionario. Planifica cada operación detalle a detalle. Es un líder distinto a todos los conocidos; no se queda en una oficina, sorprende cuando aparece en medio del peligro, va delante, organiza y piensa desde lo estratégico hasta lo táctico, y la escolta marcha al combate como parte inseparable del propio entorno de su jefe.

Este libro extraordinario le permite al lector conocer uno de los aspectos trascendentales de la personalidad de Fidel, reconocido por su gran capacidad como orador pero en ocasiones desconocido en los detalles que explican el lugar cimero que ocupa en la historia de Cuba, en la de Latinoamérica, el Caribe y en la historia universal. Su extraordinaria capacidad para la toma de decisiones, sus profundas convicciones revolucionarias puestas en práctica, más acá del discurso, en el «en silencio ha tenido que ser», y su permanente humanismo que sustenta la ética revolucionaria, dimensionan su figura más allá de apologéticas frases o de la mediocridad detractora. Porque, si heroico fue el período insurreccional de la Revolución, no menos lo es el de esta gesta desconocida pero definitiva.

El autor de esta obra, el teniente coronel Elvin Fontaine Ortiz, contaba con diecisiete años cuando ingresó en la Sección de Seguridad Personal del Ministerio del Interior (Minint). Por su conducta y agilidad mental, fue seleccionado para formar la escolta

del Comandante en Jefe, entonces primer ministro. Estudió taquígrafía y desde 1968 comenzó a tomar notas de las conversaciones y testimonios sobre Fidel. En 1982, ya graduado como periodista, realizó entrevistas a los participantes en los hechos y a partir de esa fecha se dedicó en su tiempo libre a escribir esta historia desconocida. Es numerosa la información recopilada por el teniente coronel Fontaine Ortiz y de seguro pronto aparecerán otros títulos suyos que permitirán ir acercándonos a una visión coherente, real, viva y trascendente de la historia de la Revolución cubana y de su hacedor y líder, Fidel Castro. Porque no perdamos de vista que la memoria proviene del conocimiento y participación en un hecho histórico que recordamos, y que puede naufragar en la desmemoria. O la escribimos, rescatándola, o se desvanece en el caos tendencioso de los tiempos y las manipulaciones informativas. Por suerte, contamos con hombres como el autor de esta obra que me hizo conocer algo más —y mucho más— de mi tiempo histórico. Y, a los jóvenes de hoy, la epopeya que les pertenece, la grandeza de su patria, y una dimensión de Fidel que, aunque dicha, es insuficientemente conocida. Pienso que, entre otras razones, por la modestia del líder revolucionario.

Un mérito adicional: escrita con sencillez, escapa de adjetivos innecesarios, traslada a escenarios épicos y atrapa con visión cinematográfica para llevarnos hasta el último punto.

Eduardo Torres-Cuevas

Nota preliminar

«Las buenas ideas nunca se abandonan».

FIDEL CASTRO

En 1985 comencé a recopilar documentos históricos, realizar entrevistas y preparar los guiones para posibles proyectos testimoniales y de ficción. Utilicé parte de las vacaciones y algunas horas de descanso para ir escribiendo los borradores de los primeros capítulos de este libro y ordenar los materiales para otros. A veces he quedado estancado durante días y semanas por limitaciones materiales, de tiempo y falta de comprensión. Algunos compañeros me ayudaron, me dieron aliento y me apoyaron en todos los sentidos. Este es el primer eslabón de un proyecto de rescate para evitar que se pierda una parte de la historia, porque «la ignorancia es un enemigo terrible», como advertiera Fidel en una ocasión.

Del gran cuadro de la lucha contra el bandidismo quedan pasajes y detalles aún por develar. La mayor parte de los testimonios presentes en este volumen dormían en la mente de los participantes en una guerra desconocida contra los enemigos de la Revolución; documentos inéditos en archivos o gavetas particulares esperaban para salir a la luz. Algunos compañeros guardan una imagen borrosa en su mente; otros mantienen una lucidez increíble y narran como si estuvieran viendo una película. Creo que era necesario rescatar estas vivencias y ofrecerlas tal y como sucedieron para que la generación actual y las futuras conozcan esta etapa de lucha del pueblo, con sus dirigentes en la primera línea de combate.

Una revolución popular, un Gobierno popular que adopte medidas en beneficio de su pueblo, encontrará siempre la resistencia de los elementos y grupos sociales que se ven afectados por las leyes revolucionarias. Entonces el enfrentamiento entre las clases se hace inevitable, las fuerzas enemigas son apoyadas por los Gobiernos reaccionarios, por el imperialismo yanqui y por otras potencias extranjeras; la violencia armada, el bandidismo, las agresiones, los sabotajes y todo tipo de acciones hostiles se deben enfrentar con urgencia y liquidar a los enemigos del pueblo. Se produce una tenaz lucha, como dijera José Martí: «Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen».

*Es preciso recordar que fue nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro quien orientó la organización de los primeros milicianos campesinos, conocidos por los Malagones, en Pinar del Río, para combatir y capturar a un esbirro batistiano que se alzó en la sierra de los Órganos en 1959. Personalmente estuvo al frente de múltiples acciones combativas. Testigo de estas gestas por la justicia y la libertad quiere ser este libro, y evidencia perenne de la dirección táctica y estratégica del líder de la Revolución en la lucha contra el bandidismo en Cuba.**

* Para una mejor lectura, los textos marcados en cursivas corresponden al autor, los que aparecen en redondas pertenecen a testimonios de los entrevistados y a documentos.

El bandidismo. Su origen

«Las glorias no se deben enterrar, sino sacar a la luz».

JOSÉ MARTÍ

Luis F. Denis Díaz[†]



Jefe de la Seguridad
del Estado
en el Escambray.
General de brigada

El origen del bandidismo¹ en nuestro país pudiera ser ubicado fundamentalmente en la región montañosa del Escambray, centro de esta actividad en Cuba. Posiblemente el fermento que engendró este fenómeno en el Escambray fue la presencia, durante la guerra contra la tiranía batistiana, del llamado II Frente Nacional del Escambray, organización seudorrevolucionaria que agrupó en sus filas a elementos ambiciosos como Eloy Gutiérrez Menoyo, Jesús Carreras y otros titulados comandantes, que en el transcurso de la lucha revolucionaria fomentaron serias divisiones en la zona.

El comandante Ernesto *Che* Guevara tuvo a su cargo la tarea de lograr la cohesión y la unidad entre las filas de los revolucionarios que estaban en el Escambray. Siempre el II Frente planteó dificultades. Recientemente se supo, por la declaración de un agente de la CIA capturado por los órganos de la Seguridad, que uno de los objetivos de algunos de los dirigentes del II Frente era precisamente crear conflictos y dividir las filas de los revolucionarios.

El inicio del bandidismo se remonta al año 1960. Desde agosto comenzaron a alzarse en el Escambray exoficiales del Ejército Rebelde y algunos oficiales en activo.

1 Tomado de la conferencia realizada en 1971. El texto fue facilitado por Herminia García Cabezas, su viuda.

Entre estos figuraba un primer teniente, jefe de un puesto en Camajuani, que se alzó con todas las armas que tenía y con otros oficiales de su unidad. Joaquín Bembibre, que así se llamaba, se alzó por Guanayara, en el Escambray, zona intrincada, montañosa, de mucho bosque, y con una población campesina compuesta fundamentalmente por colaboradores del II Frente Nacional del Escambray cuando la época de la lucha contra Batista. En ese mismo año se alzó también Osvaldo Ramírez, que había pertenecido al Directorio Revolucionario 13 de Marzo, confrontó problemas después de 1959 cuando estuvo destacado en Caracusey y había tenido contradicciones con la Revolución. Tenía una actitud ambiciosa, individualista.

Precedió a este período una etapa en la cual algunos miembros del Ejército Rebelde y antiguos combatientes de la insurrección vinculados al Segundo Frente —entre ellos Plinio Prieto, que pertenecía a la Organización Auténtica— comenzaron a viajar al Escambray y a vincularse con William Morgan. Este personaje era comandante del II Frente del Escambray, y fungía en aquella etapa como inspector del Ejército Rebelde. Posteriormente pasó a un plan especial del Departamento de Repoblación Fluvial del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) en la zona del lago Guanayara, donde comenzó a gestar su actividad contrarrevolucionaria.

Entre sus planes estaba el movimiento de armas hacia la zona de Guanayara, con la intención de ubicar estas armas en el macizo montañoso y preparar a toda una serie de militares y exmilitares del II Frente, entre ellos Gervasio Pérez Pérez y [*su hermana*] Clotilde Pérez Pérez, que vivían en esa remota zona.

Precisamente en la casa de Clotilde, William Morgan instaló el centro de reclutamiento y entrenamiento de los presuntos alzados en el Escambray. Tenían una planta para arengar a la población y plantear que nuevamente los revolucionarios estaban en el Escambray, esta vez para defender a la Revolución traicionada por el comunismo, y otra serie de sandeces.

La Revolución conocía de la presencia de alguna gente sospechosa en el Escambray, que se presentaban diciendo que iban a hacer un estudio de cómo sembrar gardenias, cómo hacer la repoblación de las zonas fluviales, cómo incrementar la recría de la rana toro y otros trabajos. Pero en realidad lo que hacían era dar

entrenamiento a algunos grupos, entre ellos, elementos de la Comisión Reguladora de la Industria del Calzado (CRIC) procedentes de La Habana.² Estos sujetos habían subido por mediación de Plinio Prieto y se encontraban en la zona preparándose, entrenándose, haciendo prácticas de tiro y, al mismo tiempo, estableciendo las bases entre los campesinos para fomentar las bandas. Conocedores nosotros de esta actividad, de la presencia de Plinio y de su vinculación con William, preparamos algunas operaciones comando para entrar en la zona, detectarlos y tratar de capturarlos.

Avanzamos hacia el objetivo en un período de lluvias. Los ríos estaban desbordados. La dificultad del movimiento y el control que ellos tenían de la zona permitió que se percataran con tiempo de nuestra intención, y algunos huyeron. Los que logramos capturar señalaron que, efectivamente, en esa zona se gestaba una actividad contrarrevolucionaria que perseguía fomentar grupos de alzados para luchar contra la Revolución, y que el centro fundamental de estos planes era Plinio Prieto.

Detenidos los cabecillas, fueron trasladados para Santa Clara. Al principio trataron de enmascarar su actividad, pero finalmente quedaron descubiertos como los promotores del bandidismo en la provincia.

A partir de agosto de 1960 comenzaron los alzamientos en el Escambray. Alrededor de esa fecha se alzó Sinesio Walsh Ríos, excapitán del Ejército Rebelde, del 26 de Julio, con un grupo de exmilitares y algunos que lo conocían. También por este período se alzó Porfirio Remberto Ramírez, que había fungido como dirigente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en la Universidad Central de Las Villas.

El Escambray se convirtió en un centro de serios conflictos donde ya se agrupaban elementos armados que contagiaban a algunos campesinos. Estos se confundieron, pues los bandidos se las ingeniaron para no decir que estaban contra Fidel, sino que precisamente estaban contra un grupo de elementos comunistas que trataban de desviar la Revolución.

2 *Sita en Monserrate 215.*

En los primeros momentos, los alzamientos hacia el Escambray se producían masivamente. Se daba el caso de mucha gente que se reunía, daba una fiesta, mataba un chivo o un puerco, y esa era la despedida que daban a los que se iban a alzar.

Así las cosas, comenzamos a dar los primeros pasos para la captura de las bandas. Inicialmente, las operaciones se llevaron a cabo con un grupo de compañeros militares de la provincia: Félix Torres, el actual capitán Mesa [*José Luis Mesa Delgado*] y algunos compañeros del regimiento de Santa Clara. No teníamos ningún trabajo de penetración ni experiencia en esta actividad. Por su parte, los alzados se encubrían en una zona que les permitía moverse y evadir nuestra acción.

Después se decidió enviar milicias y tropas hacia el Escambray. Al frente fue el comandante Manuel *Piti* Fajardo. Empezaron las operaciones y se sostuvieron los primeros encuentros con la gente de Sinesio por Veguita, Boquerones, la zona al fondo de Manicaragua, y ya hacia octubre o noviembre se capturaron a los principales cabecillas, entre ellos al propio Sinesio Walsh Ríos, Porfirio Remberto Ramírez y Plinio Prieto. El resto de la gente, Osvaldo, Evelio Duque y otros, no fueron capturados y se movieron hacia otra zona.

Capturados estos elementos, se celebró un gran juicio en Santa Clara y se sancionó a la pena máxima a los más destacados cabecillas. A raíz de esto, en el mes de noviembre, el comandante Piti Fajardo murió en una operación y fue sustituido por el comandante Dermidio Escalona. Es entonces cuando se decidió movilizar hacia el Escambray a sesenta mil hombres para liquidar al millar de elementos alzados.

Escalona dividió el Escambray en sectores y a cada uno le asignó tropas, abastecimientos y una zona de movimientos, de acción, que concordaba con la actividad de las bandas. Esta organización se inició en el mes de diciembre de 1960 con un grupo de compañeros de La Habana que participaron con la incipiente Seguridad del Estado en los trabajos iniciales contra las bandas. Los compañeros lograron infiltrar dos activos en lo que constituía la comandancia de los bandidos, al frente de la cual se encon-

traba Evelio Duque. Pero el vínculo, el medio de información con ellos, se dificultó.

En ese período que comenzó en diciembre de 1960 se detectó una organización seria por parte de los bandidos. Ellos habían dividido el Escambray en distintas zonas de operaciones, con una comandancia general al frente de la cual se encontraba Evelio Duque. Evelio tenía serias discrepancias con Osvaldo, que era comandante también por ese período, y esta contradicción fue detectada por la Agencia Central de Inteligencia, que sustituyó a Evelio por Osvaldo.

El centro de toda la dirección del bandidismo se encontraba en La Habana en la persona del mal titulado «Comandante Augusto César Sandino», que era José Ramón Ruiz Sánchez, un comerciante de grasas, cuñado de Tony Varona, que residía en el reparto Siboney, en La Habana, y poseía una planta transmisora que le permitía tener contacto con el Escambray.

A fines de 1960 y principios de 1961, los bandidos tenían equipos de transmisión, un cuartel maestro general, suministros y comunicaciones con La Habana. Al mismo tiempo, el día 6 de enero de ese año, comenzaron a lanzarles armas desde aviones que establecían contactos con José Ramón Ruiz Sánchez a través de la embajada norteamericana en Cuba.

José Ramón Ruiz Sánchez tenía contactos con la CIA y esto le permitía enviar armas a los bandidos. Se efectuaron seis lanzamientos de armas en el Escambray que incluían morteros, bazucas, cañones de 57 mm sin retroceso, plantas de radio, Garands, M-1, granadas, petacas incendiarias, elementos de demolición; en fin, todos los equipos que pudiera desear un grupo guerrillero (*v. imagen 2*).

A estos lanzamientos se les llamaba Operación Silencio porque se ordenó que todas las guerrillas, todos los combatientes del Ejército de Liberación —como ellos se llamaban— que se movían en el Escambray, dejaran de hacer acciones y se dedicaran a mantenerse en inercia, tranquilos.

Nosotros no sabíamos lo que era la Operación Silencio. No teníamos penetración, no teníamos detectado aquello, pero debido al gran movimiento de tropas que había, todas las armas cayeron

en nuestras manos, excepto una pequeña cantidad que cayó en manos de un colaborador y que posteriormente recuperamos.

Ellos tenían un centro en la zona de San Ambrosio, entre Sancti Spíritus y Trinidad, donde habían hecho una pista de aterrizaje y mediante una planta eléctrica la tenían iluminada. Desde allí hacían señales a los aviones para que efectuaran los lanzamientos (v. *imagen 3*). Osvaldo se movía por esta zona y planteaba a los campesinos que era territorio libre, que allí no llegaba nadie.

El auge alcanzado por los bandidos dio inicio a la famosa Limpia del Escambray, que contó con la movilización de sesenta mil milicianos y con la presencia casi permanente del Comandante en Jefe en la zona.

Otros datos tomados de archivos y entrevistas revelan que entre 1959 y 1965 hubo en Cuba 299 bandas armadas y organizadas que sumaron 3995 bandidos. Las bajas de nuestras fuerzas fueron 549 por muerte y una cifra muy alta de heridos. Causaron daños a la economía y dejaron un rastro de crímenes contra personas indefensas.

El Comandante en Jefe Fidel Castro ordenó en julio de 1960 la movilización de campesinos de la sierra del Escambray y zonas cercanas para una finca en Hoyo de Manicaraigua. Allí se organizó una escuela de milicias que llevó el nombre de Camilo Cienfuegos, en un lugar conocido por La Campana.

El 5 de septiembre de 1960, Fidel visitó la escuela y les habló a los milicianos campesinos que se entrenaban para combatir al bandidismo. Después se trasladó para el hotel Jagua, en Cienfuegos, y en la madrugada del 8 de septiembre salió para La Sierrita. En una casa campesina del lugar conocido por Pico Blanco (740 metros de altura) capturó, con parte de su escolta, a los tres primeros bandidos en el Escambray.

I

La guerra contra Trujillo

«El hombre no quiere la guerra, pero los días más gloriosos
del hombre lo vive en la propia guerra».

FIDEL CASTRO

En agosto de 1959 La Habana y Trinidad se convirtieron en los escenarios más amplios que pueda recoger una obra de teatro, esta vez con personajes reales. La acción comenzó a gestarse en enero y tuvo su punto culminante durante la primera quincena de agosto del propio año.

Rafael Leónidas Trujillo Molina impuso su dictadura el 16 de agosto de 1930. Gobernó República Dominicana como un feudo familiar. Se erigieron 1870 monumentos suyos que se distribuyeron por todo el país. Creó la Era Trujillo, los títulos de Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva. Los sellos de correo llevaban imágenes suyas y de familiares allegados. Los anuncios lumínicos en las ciudades dominicanas decían: «Dios y Trujillo», «Solo Trujillo cura». Calles, carreteras, puentes y otros centros llevaban el nombre del sátrapa y de sus parientes; a la capital, Santo Domingo, le sustituyó el nombre por Ciudad Trujillo. Miles de asesinatos, torturas y abusos cometieron la policía y el ejército trujillista contra ese pueblo hermano.

El 8 de septiembre de 1947 un grupo de exiliados dominicanos organizó en Cuba una expedición armada para ir a liberar a República Dominicana de la tiranía trujillista; el joven revolucionario Fidel Castro Ruz fue uno de los cubanos que se entrenaron para ir a combatir. Saldrían desde Cayo Confites, situado al norte de la isla de Cuba, en el archipiélago de Sabana-Camagüey [Jardines del Rey],

a quince kilómetros al norte de la punta El Inglés, en cayo Romano, en los 22°11' latitud norte y los 77°40' longitud oeste, provincia de Camagüey.

Luis Báez Hernández



Periodista y escritor

Desde abril de 1958, Batista inició los contactos con Trujillo para la compra de armas y municiones por valor de cinco millones de dólares en República Dominicana. Los pertrechos fueron adquiridos y llegaron a Cuba en cinco vuelos diarios desde Santo Domingo a la base aérea de Columbia [*hoy Ciudad Libertad*] en La Habana. Se trataba de municiones de varios calibres, morteros, obuses, bazucas, fusiles de 7 mm y carabinas San Cristóbal.

A través del cónsul Juan A. Estévez Maymir, agregado militar cubano en República Dominicana, Batista conoció del plan de ayuda presentado por el sátrapa: Trujillo ofrecía aerotransportar a tres mil soldados (en tres batallones) hasta la antigua provincia de Las Villas, y después otros dos mil hombres a Oriente. El plan de maniobra contemplaba un desembarco en pinzas por el norte de Las Villas [*Yaguajay e Isabela de Sagua*], con un regimiento de mil hombres cada uno. Otra invasión de igual magnitud se produciría por Santiago de Cuba el 1.º de enero, según el plan de los dominicanos.

Meses atrás, por medio del embajador dominicano Porfirio Rubirosa, Trujillo le había ofrecido al Gobierno batistiano enviarle paracaidistas dominicanos que descenderían en la Sierra Maestra y el Escambray. Los combates y el avance del Ejército Rebelde en las montañas y los llanos, así como la lucha clandestina en las ciudades, con el apoyo del pueblo, tenían al borde de la derrota a la dictadura de Batista. Pocos días antes del triunfo de la Revolución, Trujillo se reunió con sus jefes militares más allegados y comentaron el avance indetenible de los revolucionarios dirigidos por Fidel.

Fabián Escalante Font



Fundador de los
Órganos de la
Seguridad del Estado.
General de división
de la reserva. Escritor

—Castro seguramente va a tumbar a Batista y luego, ¿cuáles serán sus próximos pasos? [se preguntaba Trujillo], ¿sembrar su revolución por el Caribe? En tal caso, ¿cómo podrá resistir el ejército dominicano a guerrilleros bien adiestrados? Nuestros militares no son más que policías. ¿Acaso República Dominicana no debería disponer, como España y Francia, de una legión extranjera, de un cuerpo de mercenarios que obedezcan a quien les paga? (1993:23-24)

Los combatientes rebeldes despertaban la simpatía y las esperanzas del pueblo dominicano. Las ideas de la liberación de una tiranía similar a la batistiana llegaban a República Dominicana y otros países del continente.

Luis Báez Hernández

A fines de diciembre de 1958, en uno de los salones privados de la mansión presidencial, se encontraba a la espera de ser recibida por Batista una delegación militar dominicana. La integraban el general Arturo Espaillat, subsecretario de Defensa; el coronel John Abbes García, jefe del Servicio de Inteligencia; el contralmirante Didiez Burgós, subsecretario de Marina; el coronel aviador Álvarez Albizu, agregado militar en Cuba, y un europeo experto en armas y explosivos. Estaba presente también el general José Eleuterio Pedraza, al que habían incorporado al servicio activo el 26 de diciembre de 1958. Estaban citados por Batista para ultimar los acuerdos sobre nuevos suministros de armamentos y un plan de refuerzos con tropas dominicanas que había ofrecido Trujillo a través del agregado militar cubano en Santo Domingo.

El dictador no llegó a recibirlos. El 1.º de enero de 1959 huyó con su familia y sus cómplices más allegados hacia Santo Domingo. Trujillo los hospedó en una residencia del Palacio Nacional; era la misma que había alojado al presidente Juan Domingo Perón, de Argentina; a los dictadores Marcos Pérez Jiménez, de Venezuela, y Gustavo Rojas Pinillas, de Colombia. Dos semanas después el tirano se trasladó para el hotel Jaraúa.

Fabián Escalante Font

Al día siguiente [2 de enero], durante una reunión en el Estado Mayor de las fuerzas armadas dominicanas, Trujillo habló por otra vez de crear una «legión extranjera». Así comenzaron a fraguarse los primeros planes contra Cuba por haber encendido las esperanzas de libertad de los pueblos del continente (1993:25).

Ese mismo día recibió a Batista y le ofreció veinticinco mil soldados para desembarcar en Cuba.

Luis Báez Hernández

«Yo quiero hacerle la guerra a Fidel Castro. Si usted pone un millón de dólares, yo pongo dos. Si usted pone cinco, yo pongo diez», dijo Trujillo. Batista no aceptó.

Aspiraba a disfrutar con tranquilidad los millones robados al tesoro público. Trujillo le exigió el pago que le adeudaba por el envío de las armas y las municiones. Como el dictador se negaba, lo encarceló durante unas horas en la prisión La Victoria.

Antes de salir rumbo a su exilio en Portugal, el 20 de agosto de 1959, Batista tuvo que abonarle a Trujillo los seiscientos mil dólares por los pagos pendientes por los armamentos, más ochocientos mil dólares por el pago a los traficantes de armas norteamericanas y dos millones quinientos mil por dejarlos salir de

República Dominicana. Cuando ya estaban pagadas estas cantidades, y a punto de partir Batista, el generalísimo le exigió un millón más, que fue sufragado un día después. Los pagos en efectivo los hacía Antonio Pérez Benitoa al cónsul dominicano en Nueva York.

Antonio Pérez Benitoa era el más confiable testaferro del dictador. Ejerció el cargo de administrador de la Aduana de La Habana. Durante el mes de diciembre realizó varios viajes a Nueva York y puso a buen recaudo cincuenta millones de dólares de la fortuna de Batista. En el viaje, junto con el dinero se llevó a Carlos Manuel y Alberto, hijos del presidente.

Trujillo comenzó rápidamente a comprar armas, aviones, lanchas rápidas y reclutó a siete mil hombres más para aumentar su ejército, por el temor del ejemplo que pudiera ejercer la victoria de los cubanos ante los dominicanos. Fidel Castro había declarado su deseo de que República Dominicana se liberara de la tiranía más antigua del continente. Centenares de mercenarios y doscientos antiguos militares batistianos incorporados a la Legión del Caribe habían sido reclutados en el primer trimestre de 1959. La palabra socialismo no aparecía en los discursos y en las declaraciones de los dirigentes de la Revolución, no existían las relaciones con los países socialistas y no se podía hablar de un Gobierno comunista.

El Gobierno de Estados Unidos y la Agencia Central de Inteligencia conocían estos planes y enviaron un alto oficial a Santo Domingo; era Gerry Droller, conocido también como Frank Bender, para que tuviera una entrevista con Trujillo y valorara los detalles del plan contra Cuba.

En febrero de 1959 se produjo la reunión con el dictador y el jefe de la Inteligencia dominicana, John Abbes García, quien estuvo escondido una semana en La Habana al sorprenderlo el triunfo de la Revolución, y fue sacado clandestinamente hacia Santo Domingo en una avioneta procedente de la Florida. Durante el encuentro Bender recomendó enviar agentes de Trujillo a reclutar a elementos disconformes y proclives a la traición, pero no les dijo que tenía un agente sembrado que podía ser importante: el señor William Morgan.

Fabián Escalante Font

William Alexander Morgan Reudarth era un ciudadano norteamericano, aventurero y espía, que se alzó a las órdenes de la CIA a finales de 1957 con la gente del II Frente Nacional del Escambray, cuyo jefe era Eloy Gutiérrez Menoyo. Este y su grupo procedían en su mayoría de la Organización Auténtica, que dirigía Carlos Prío Socarrás.

[...] Un cartel a la entrada del campamento de Gutiérrez Menoyo definía sus verdaderas proyecciones «patrióticas»: PROHIBIDA LA ENTRADA A TODOS LOS COMUNISTAS.

[...]

Sin embargo, Morgan era muy indisciplinado e informaba poco, lo cual causaba serios disgustos en la estación, que se quejaba constantemente. Por este motivo, J. C. King envió a otro de sus agentes como enlace con el volátil e inestimable Morgan: se trataba del italonorteamericano John Maples Spiritto, reclutado a principios de la década del cincuenta en México, donde la estación de la CIA lo había utilizado para merodear a los hombres de Fidel Castro cuando preparaban la expedición libertaria que los llevó a tierras cubanas en las postrimerías de 1956.

[...]

El encuentro entre los dos norteamericanos en las montañas del Escambray fue borrascoso. Morgan no quería que lo controlaran; había reclutado a Eloy Gutiérrez Menoyo y a otros jefes de la organización y no proyectaba compartir sus triunfos. Pensaba convertirse en una personalidad política cuando triunfaran, y entonces venderle el favor a su Gobierno.

Finalmente, Spiritto se impuso. La amenaza de informar sobre el comportamiento de Morgan a la estación de la CIA en La Habana fue decisiva. Morgan lo presentó a Menoyo y este lo hizo capitán desde el primer día. La situación de las hues-

tes del II Frente era sombría hasta para los escasos escrúpulos políticos de Spiritto. Después de conversar con la mayoría de los oficiales de aquel autotitulado «ejército», informó a la embajada que poco se podía esperar de aquellas fuerzas en el terreno militar. Las ambiciones de los jefes por controlar una zona de operaciones provocaban disputas cotidianas, y las acciones de guerra no pasaban de ser puras extorsiones a los campesinos de la comarca.

Sin embargo, desde el punto de vista político, sus posiciones eran anticomunistas y podrían formar la barrera que obstaculizara el avance de las tropas de Camilo Cienfuegos y Che Guevara hacia el occidente del país.

[...]

Después del triunfo de la Revolución, el agente Morgan tuvo algunas responsabilidades militares dentro del Ejército Rebelde, pero su conducta indisciplinada y los desmanes de todo tipo llevaron a sustituirlo y pasarlo a la reserva. Resentido por no tener posibilidad de materializar sus ambiciones, Morgan se reunía con sus antiguos colegas de armas que padecían el mismo trauma. Mientras, su socio Spiritto se encontraba prófugo de la justicia por la muerte de un sargento del Ejército Rebelde en una riña tumultuaria.

[...]

En los primeros días de marzo Morgan recibió una llamada telefónica de un mafioso norteamericano nombrado Fred Nelson. Era el mensajero de Trujillo y de la CIA. El encuentro se efectuó en una habitación del hotel Capri. Tras varias horas de conversación y después de apurar algunas copas de más, Morgan declaró enfáticamente: «Por un millón de dólares viraré al II Frente contra la Revolución y haré saltar del poder a Fidel Castro».

Al día siguiente, Nelson ratificó la propuesta y después de comprobar la inalterable posición del mercenario, tomó un avión rumbo a Miami, no sin antes advertirle que, de aceptarse su ofrecimiento, viajaría a la Florida para concretar los planes con el cónsul dominicano.

El 12 de marzo de 1959 Fred Nelson arribó a Ciudad Trujillo para informar al tirano lo acordado con Morgan. «Muy bien —dijo

Chapitas—; Morgan recibirá el millón de dólares. La mitad se le depositará en una cuenta bancaria y el resto, cuando haya concluido la operación».

[...]

Casi simultáneamente, el 15 de abril, Morgan viajó a Miami y estableció contacto, en una habitación del hotel Dupont Plaza, con el coronel Augusto Ferrando, cónsul dominicano en esa ciudad. Estaban presentes el traficante de armas Fred Boscher y el contrarrevolucionario Manuel Benítez. Allí le explicaron el proyecto de invadir a Cuba por una legión extranjera al mando del [ex]general batistiano José Eleuterio Pedraza, para lo cual era necesario organizar un alzamiento interno como preludio a la agresión. Pensaban que las fuerzas del II Frente y las estructuras de la organización contrarrevolucionaria La Rosa Blanca podrían cumplir esta tarea.

[...]

Una semana más tarde Morgan regresó de nuevo a Miami para informar de los progresos de su traición. Allí explicó que Eloy Gutiérrez Menoyo y los más importantes jefes de la organización habían aceptado participar en el complot, pero ponían como condición la anuencia del Gobierno de Estados Unidos. El coronel Ferrando le garantizó la coordinación con los más altos niveles y brindó las seguridades necesarias a Menoyo. [...]

[...]

Los viajes de Morgan y Menoyo a la Florida se hicieron sospechosos hasta tal punto que ambos fueron alertados de que el Departamento de Investigaciones del Ejército Rebelde (G-2) [*DIER, por sus siglas*] tenía indicios sobre su proyectada traición.

El temor se apoderó de los complotados, quienes imaginaron que el Comandante en Jefe Fidel Castro ya estaba al tanto de los planes. Menoyo demostró una vez más sus aptitudes camaleónicas y sugirió al yanqui informar al Jefe de la Revolución. Acordaron no mencionar el dinero recibido y mucho

menos la envergadura de los planes para, llegado el momento, contar con algunas cartas en sus manos. Si la legión desembarcaba en Cuba y consolidaba algunas posiciones podrían voltearse de bando...

Al otro día, Menoyo se dirigió al Palacio Presidencial para solicitar una entrevista secreta y urgente al primer ministro cubano. La reunión se llevó a cabo en un apartamento de la calle 11 en El Vedado. Menoyo y Morgán expusieron sus trajes conspirativos, justificando el silencio inicial con la excusa de que intentaban comprobar la «seriedad de los planes». Fidel los escuchó con paciencia y al final autorizó continuar adelante, mientras cursaba nuevas instrucciones a los organismos de Seguridad para penetrar la conspiración (1993:20-31).

Filiberto Olivera Moya[†]



Comandante del Ejército Rebelde, al frente de las unidades durante la operación en Trinidad

En esos momentos me encontraba de jefe de las Fuerzas Tácticas en Santa Clara. Radicábamos en el regimiento Leoncio Vidal. Por intermedio de Ismael Gendi, sargento del Ejército Rebelde, me enteré de que se estaba organizando una brigada en Santo Domingo para invadirnos.

[...]

El esposo de la hermana de su mujer [*de Gendi*] era cónsul de República Dominicana en Camagüey y conoció de dichos preparativos.

[...]

Se lo comuniqué rápidamente a Raúl y este a Fidel. Me orientaron seguir trabajando en el asunto. Por diferentes fuentes conocimos que los planes de desembarco serían por Trinidad, sierra de Cubitas y lanzarían un batallón en el aeropuerto El Jíbaro, cerca del Salto del Hanabanilla.

Pusimos la Comandancia en playa El Inglés. Aprovechamos que teníamos tropas en movimiento por el Escambray y ocupamos la carretera desde Guao hasta Trinidad (Báez, 1996:256).

Fabián Escalante Font

En la Florida se comenzaban a organizar los exmilitares de la dictadura, a quienes se les sumaron rápidamente viejos politiqueros y una nueva emigración de burgueses y seudorrevolucionarios que aspiraban a que la Revolución restableciera la «democracia» de la explotación y la miseria. Fueron estas las bases de la primera organización contrarrevolucionaria, creada en Estados Unidos con el propósito de derrocar al Gobierno cubano, denominada farisaicamente La Rosa Blanca, y que pretendía manipular la figura de nuestro Héroe Nacional José Martí.

[...]

Mientras, en Cuba, durante los primeros meses de 1959 una expedición de revolucionarios dominicanos y cubanos se organizaba y desembarcaba en tierra quisqueyana.¹ [...] La oportunidad de utilizar este hecho en los planes agresivos contra Cuba no pasó inadvertida para el dictador. Envió embajadores a Washington y otras capitales del continente para convocar a la Organización de Estados Americanos (OEA) con el propósito de acusar al Gobierno revolucionario de intervenir en sus asuntos internos, creando la excusa para la agresión militar que estaba en marcha. El cargo que se formuló fue la «exportación de la revolución» (1993:26-27).

El 26 de junio de 1959 la República de Cuba rompió las relaciones diplomáticas con el Gobierno del dictador Rafael Leónidas

1 Este hecho se produjo por Constanza y Estero Hondo, en República Dominicana.

Trujillo por su abierta participación en los planes de agresión contra la isla. El 2 de julio de ese mismo año, Fidel habló ante la prensa sobre la conspiración de Trujillo contra la Revolución.

La conspiración alcanzaba hasta Venezuela, donde se crearon células de La Rosa Blanca integradas por elementos contrarrevolucionarios radicados allí. Tenían el objetivo de reclutar mercenarios y llevarlos hasta Santo Domingo, donde se ubicaba el estado mayor de los conjurados, dirigidos por José Eleuterio Pedraza y el pistolero Policarpo Soler Cruz, segundo al mando. Este último fue ultimado a balazos el 22 de agosto de 1959 por los esbirros de Trujillo.

Utilizaban como pantalla a los elementos contrarrevolucionarios en Cuba. Argumentaban que no tenían nada que ver con Batista ni con Trujillo; solamente luchaban para salvar a Cuba del comunismo y el caos. Anunciaban que el Ejército Rebelde estaba minado y había comandantes conspirando.

En una reunión celebrada a fines de julio en Venezuela, el piloto Harold Curtis, hombre de confianza de Trujillo y Pedraza, decía que el Ejército Rebelde y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) estaban totalmente desorganizados y se debía aprovechar la ocasión antes de que se prepararan. El plan, según la explicación de Curtis al grupo de conspiradores, consistía en un ataque a Isla de Pinos con un bombardeo aéreo y ataque naval utilizando un barco de la Marina de guerra de Trujillo, pero antes se denunciaría el robo de la embarcación y con ello se evitaban problemas internacionales. Posteriormente, incorporarían a los presos liberados del Presidio Modelo, muchos de los cuales conocían el manejo de las armas por haber sido militares, y después atacarían La Habana por aire. Otras expediciones procedentes de Santo Domingo y Miami llegarían por distintos puntos de las costas cubanas.

El exdictador venezolano Marcos Pérez Jiménez entregó un millón de dólares para la invasión a Cuba, a cambio de recibir después ayuda y derrocar al presidente Rómulo Betancourt.

El candidato presidencial de los conspiradores era Emilio Núñez Portuondo, que visitaba con frecuencia a Santo Domingo; pero

ellos necesitaban un hombre en Cuba que no estuviera tan señalado y vinculado al batistato. Entonces decidieron establecer contacto con Arturo Hernández Tellaheche y después se acercaron a Armando Cañas Milanés.

Un alzamiento interno, unido a sabotajes, atentados personales a Fidel, Raúl, Camilo y otros dirigentes de la Revolución, y la toma de cuarteles y estaciones de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) por oficiales del II Frente Nacional del Escambray formaban parte de las acciones de la primera etapa del plan, tras las cuales la legión trujillista contaría con setenta y dos horas para desembarcar por distintos puntos del país.

Según sus cálculos, los resultados podían ser la caída del Gobierno revolucionario o la prolongación de la lucha que contaría con la ayuda del Gobierno de Trujillo y de este modo provocar una intervención estadounidense en Cuba. Pensaban también que podían llegar a un acuerdo con algunos oficiales rebeldes aunque debían eliminar a los principales dirigentes y a sus colaboradores más cercanos.

Pero existían discrepancias entre los grupos conspirativos. Algunos cuestionaban la proposición para presidente de Hernández Tellaheche, y se inclinaban a favor de Cañas Milanés, el ganadero bayamés, por ser un hombre de negocios que daría más garantía a Estados Unidos y su asociación con un grupo de militares batistianos, unos en activo y otros retirados. Cañas Milanés no quería la colaboración con Hernández Tellaheche, a quien otros calificaban como un hombre sin prestigio ni moral en Cuba y en el exterior.

Por otra parte, Emilio Núñez Portuondo se movía en Estados Unidos buscando apoyo entre los congresistas y funcionarios para propiciar una posible invasión de las tropas yanquis en Cuba. También, los criminales de guerra que acogió el Gobierno norteamericano se reunían en Washington, Nueva York, y pedían apoyo del amo para acabar con la Revolución. En la Florida, los asesinos Rolando Masferrer y Julio Laurent se adueñaban de Miami y los seguidores agredían físicamente a cualquiera que tan solo viera con simpatía la causa cubana. Enviaban armas hacia Santo

Domingo, adonde se trasladarían en su momento oportuno para formar parte de los invasores. Otros contrarrevolucionarios más atrevidos pensaban salir directo desde Miami hasta los aeropuertos cubanos.

En México se organizaban los elementos batistianos, realizaban contrabando de armas y apoyaban a Núñez Portuondo, que encabezaría el movimiento civil para derrotar al Gobierno revolucionario; en el plano militar apoyaban a Pedraza. La invasión armada tendría por objetivo apoyar al movimiento interno y junto a este las legiones de La Rosa Blanca arribarían a los campamentos militares. Pilotos y mecánicos de la Fuerza Aérea —militares del ejército batistiano que prestaban algunos servicios técnicos y como instructores— tomarían las bases y sabotearían el armamento. Algunos cocineros del antiguo ejército se encargarían de envenenar la comida en los cuarteles y asesinar a los combatientes rebeldes.

A mediados de mayo entró por la Aduana de La Habana una planta de radio de onda corta para las comunicaciones directas con Santo Domingo y fue instalada en la casa de William Morgan, en la avenida 7.^a A y calle 66, Miramar (v. imagen 4). Este mismo equipo de radio sería trasladado para Las Villas.

A finales de junio llegó a La Habana el sacerdote Ricardo Velasco Ordóñez con la misión de conocer en el terreno la marcha de la conspiración y para entrevistarse personalmente con Gutiérrez Menoyo. La reunión con el enviado de Trujillo se realizó en presencia de Morgan.

Según la prensa de la época, Menoyo se mostraba receloso y desconfiado. Le manifestó al sacerdote que no estaba de acuerdo con lo que sucedía en Cuba, pero no aceptaba encabezar un movimiento junto a Esteban Ventura Novo, Conrado Carratalá Ugalde, José Eleuterio Pedraza y los criminales de guerra. Pidió que le dijera a Trujillo que dejara entrar a un comando de quince hombres para ajusticiar a Batista en Santo Domingo. El cura le

respondió que se comprometía a que, si llevaban al éxito ese movimiento, Trujillo se lo entregaría, y agregó:

—Batista está prácticamente preso en el hotel Jaragua. El Generalísimo Trujillo lo tiene incomunicado. [...] Si usted encabeza el movimiento, yo le garantizo entregarle a Batista.

—¿Y qué de Ventura y Carratalá? —propuso Gutiérrez Menoyo.

—A Ventura y a Carratalá los envió presos en la primera expedición de la legión. [...] Pida lo que quiera, que usted es quien manda. Es más, ¿por qué no encabeza la contrarrevolución y destituimos a Pedraza? (*Bohemia* 34, 1959:82)

Después de un rato de conversación, acordaron dejar a Morgan como jefe por su condición de norteamericano. El juego a las traiciones cambiaba según las circunstancias.

Veinticuatro horas después la emisora radial La Voz Dominicana difundía ataques contra Pedraza y Batista pedía a los exmilitares que se pusieran a las órdenes de Henry, nombre de guerra de Morgan.

En su visita, el cura Velasco tuvo la osadía —o la ingenuidad— de reunirse en la casa de Morgan con un grupo de exmilitares y civiles conspiradores, pero también se juntaba sin saberlo con varios agentes de la Seguridad del Estado.

Fidel Castro Ruz



Comandante en Jefe
y máximo líder de la
Revolución

[...] ¡que Trujillo designó a William Morgan jefe de la contrarrevolución! Desplazó a Batista, a Ventura, a Carratalá, a Pedraza, a todos los dirigentes asesinos batistianos. Naturalmente, ellos concebían que un movimiento vertebrado por elementos que hubieran estado en el campo revolucionario podría tener más posibilidades de éxito que uno representado por los desprestigiados criminales de guerra (*Bohemia* 34, 1959:90).

El comandante Ramiro Valdés mantenía informado a Fidel sobre la marcha de la conspiración mediante los agentes del G-2 infiltrados. El Jefe de la Revolución seguía con detenimiento el desarrollo de los planes.

Mariano Camacho Rojas[†]



Primer teniente
de la escolta del
Comandante en Jefe

Las entrevistas del Comandante en Jefe, Gutiérrez Menoyo y William Morgan se realizaron en el antiguo Estado Mayor de la Marina de Guerra Revolucionaria (MGR) en la Avenida del Puerto, en La Habana, y una en la calle 11, en El Vedado. Pero estos encuentros eran los antecedentes de la reunión de conspiradores que se celebró en la avenida 7.^a A, en Miramar. Dos de nosotros entrábamos a estas reuniones con instrucciones muy concretas para actuar contra esos traidores. Morgan se jactaba de tirar muy bien, que hacía blanco a mucha distancia y que mataba, y hacía muchos alardes para impresionarnos. Cuando llegó adonde estaba Fidel, entramos dos de la escolta y nos dijimos: «¡Si este se mueve, lo vamos a partir ahí mismo!». Ya teníamos desconfianza en este tipo por sus antecedentes.

Fidel Castro Ruz

Teníamos doce compañeros que vivieron tres meses con los contrarrevolucionarios y en todo ese tiempo no cometieron la más mínima indiscreción. El escolta del cura era nuestro; todos los puntos claves eran nuestros (*Revolución*, 15-8-59:2).

Fabián Escalante Font

En los primeros días del mes de julio, el sacerdote español Ricardo Velazco Ordóñez llegaba a La Habana enviado por Trujillo para inspeccionar los preparativos del alzamiento de Morgan y Menoyo, conectarlos con los restantes grupos contrarrevolucionarios y concertar así sus acciones. Esa oportunidad fue aprovechada por los hombres del G-2 cubano para infiltrarle un agente como chofer y guardaespaldas mientras permaneciera en la isla.

El cura Velazco se entrevistó con todos los conspiradores. Entre ellos se destacaban el exsenador Arturo Hernández Tellaheche y el doctor [*Armando*] Cañas Milanés, a quienes les ofreció en nombre de Trujillo la presidencia y la vicepresidencia del futuro Gobierno. Ambos aceptaron. Ramón Mestre Gutiérrez, exdueño de la compañía constructora Naroca, sería el primer ministro; Rolando Masferrer, tráfuga y criminal de guerra, ocuparía el Ministerio de Gobernación.

La última reunión del cura falangista se celebró el día 20 de julio en el hotel Capri y participaron Morgan, Hernández Tellaheche, Mestre y otros conspiradores. Allí se dieron los toques finales a los planes y se concretó la posible fecha para la introducción en Cuba de las armas destinadas a los contrarrevolucionarios.

El 28 de julio Morgan visitaba de nuevo Miami. Allí recibió del cónsul dominicano [*coronel Augusto Ferrando*] un barco con armas, parte de las cuales debía descargar en los cayos de San Felipe y Los Indios, próximos a Isla de Pinos. Las restantes serían desembarcadas en las cercanías de Trinidad [*en la playa El Inglés*] a fin de abastecer a los grupos de alzados en la región.

Mientras tanto, estaban en marcha los preparativos para liquidar la conspiración mediante la destrucción de la legión extranjera, la captura de los contrarrevolucionarios del patio y la incautación de las armas, pertrechos militares y recursos económicos.

La señal para desencadenar el plan revolucionario sería dada por el propio Morgan, sin él saberlo, cuando comunicara a La Habana su partida con el barco cargado de armas. En ese momento se iniciaría la recogida de los conspiradores, desarticulándose la quinta columna que debía facilitar los planes invasores. El jueves 6 de agosto Morgan zarpó de la Florida con las armas. Sin embargo, el mal tiempo lo obligó a cambiar de ruta. Simultáneamente, los complotados se acuartelaban en distintas casas de la ciudad [*de La Habana*] y esperaban los acontecimientos (1993:32-34).

Sin embargo, otros de los conspiradores planteaban una distribución diferente de los mandos. El jueves 6 de agosto se llevó a cabo una reunión en la casa de Ramón Mestre, en el reparto Kohly, para dar a conocer el futuro gabinete, que ya había sido aprobado; los demás cargos se barajaban de acuerdo con las ambiciones de cada sector. Ramón Mestre sería el primer ministro; el doctor Rodríguez Couceiro, ministro de Defensa; doctor Alpízar, ministro de Salubridad, y Carmen Bonafonte Menéndez, ministra de Educación.

En Miami los agentes cubanos del Departamento de Inteligencia del Ejército Rebelde habían preparado la salida del yate, que costó cuarenta mil dólares, con el dinero y las armas. El cónsul Ferrando recibía un cuarto de la comisión por la compra de las armas, pero tenía que compartirlo con John Abbes García.

El fin de la conspiración sería el viernes 7 de agosto. En la casa de William Morgan estaban citados para recibir órdenes todos los jefes de los grupos contrarrevolucionarios, desde Las Villas hasta Pinar del Río, pero tenían que esperar a que este llamara por teléfono desde Miami y dijera que había salido con un yate lleno de armas y dinero. En cuanto recibieran la llamada se detendría a los conspiradores, que estaban reunidos en tres casas distintas. El grupo más numeroso se encontraba en la residencia de Miramar, junto a Menoyo y Jesús Carreras. Otro grupo esperaba en la casa de Roberto Betancourt con Fleites; un tercero estaría con Lázaro Artola —uno de los infiltrados— en otro punto.

Los conspiradores calculaban que Fidel iría a Santiago de Chile, para asistir a la V Conferencia de la Organización de Estados Americanos, y pensaban eliminar a Raúl Castro mediante un atentado personal. Seguidamente, los contrarrevolucionarios tomarían los cuarteles, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y puntos claves en todo el país. La revuelta se iniciaría con sabotajes y atentados.

Los complotados decían que con la ausencia de Fidel, que era quien los controlaba, Raúl y los demás se iban a volver locos. Suponían que se tomarían represalias y se provocaría un escándalo internacional. Este hecho sería aprovechado por el representante de la República Dominicana ante la conferencia de cancilleres de la OEA para denunciar las violaciones de los derechos humanos en Cuba.

Obsérvese la vieja y gastada táctica de los enemigos de la Revolución cubana, que ya desde los primeros meses del triunfo del pueblo quisieron encarbolar la mentira y el sucio argumento de los derechos humanos. En la revista Bohemia se publicaron algunos detalles de la operación:

Fidel Castro escogió la residencia de Celia Sánchez, en la calle 11 en El Vedado, como centro de operaciones para tender la red en que iban a quedar atrapados los conspiradores del trujillato. La fiel colaboradora del primer ministro, al teléfono, circulaba las citaciones.

—De orden de Fidel que vengas inmediatamente a casa... Que procures no llamar la atención.

Eran las primeras horas del viernes 7. Al punto de reunión fueron arribando el jefe de la Policía, comandante Efigenio Ameijeiras; el ministro de Defensa, Augusto Martínez; el jefe de las FAR, comandante Almeida, y otros oficiales del Ejército Revolucionario (34, 1959:85).

Allí estaban convocados el periodista Euclides Vázquez Candela, entonces subdirector de Revolución, y tres fotógrafos del periódico.

[...] Alrededor de las once, un rumor de aplausos en la calle anunció la presencia de Fidel.

El líder de la Revolución se dirigió al profesor oriental:

—Euclides, ¿trajiste los fotografías?

—Tres...

—Bien. Se trata de lo siguiente... Estamos sobre la pista de una trama de conspiradores y necesitamos la mayor cantidad de documentos gráficos... Ustedes, como periodistas con sentido de la noticia, pueden sacarle mayor partido a lo que suceda que los fotógrafos militares. Cuento con que sean discretos.

Fidel Castro miró el reloj. Hizo varias llamadas telefónicas. Del otro extremo del hilo recibía informaciones sustanciosas. A veces sonreía con malicia. Todo marchaba bien

—¡Vamos! (ídem:86)

La caravana de autos partió hacia Miramar y se detuvo en la decimoquinta estación de la Policía Nacional Revolucionaria. El comandante Efigenio Ameijeiras dispuso el orden de los carros. Poco después llegaban al punto de reunión.

Menoyo narró a la prensa lo que ocurrió en la casa de William Morgan. A las 21:45 h estaba en el despacho de la residencia y simuló estar molesto. Le dijo a uno de los complotados que debía estar en Cayo Los Indios recibiendo las armas, y tomó rápidamente la ametralladora de la mesa y los encañonó.

En ese mismo momento Carreras se asomó a la puerta y dio la señal a los demás combatientes del II Frente. Los conspiradores fueron encañonados sorpresivamente, pero el exsargento Manolo Vázquez se tiró a coger un cortapapel y el capitán Roger Redondo le disparó y le hirió un dedo de la mano derecha.

A las 22:45 h Gutiérrez Menoyo llamó a Fidel. Entre las 21:30 y las 23:00 h habían arribado a la reunión unos quince complotados.

El jefe del grupo que se alzaría en Isla de Pinos no pudo hallar asientos vacíos en el avión que hacía los vuelos regulares, por la afluencia de turistas hacia ese lugar. El jefe del grupo de Pinar del Río se atrasó y fue detenido en la casa de Morgan.

El disparo en la casa de Morgan fue escuchado por Carlos Remedios, uno de los contrarrevolucionarios, que estaba en una casa cercana. Llamó por teléfono y avisó al grupo que estaba en la calle 26 N.º 705, tercer piso, en Marianao, donde esperaban a la compañera Isabel Rodríguez y otros infiltrados. Algunos de los complotados lograron dispersarse, pero otros fueron capturados, entre ellos Odilio Bustamante, José E. Bringuier, al que le decían Cucú, y el propio Carlos Remedios, que se dirigió al punto de reunión para avisar.

Esa noche fueron arrestados entre cincuenta y sesenta conspiradores. Arturo Hernández Tellaheche no asistió a la cita en la casa de Morgan por cierta desconfianza. Armando Cañas Milanés había llamado por teléfono desde Oriente para comunicar que iría a las diez de la mañana del siguiente día. Pero, al parecer, se enteró de la captura de sus compinches y se escondió en una de las dieciséis casas que tenían como escondite. Fue hecho prisionero en una de ellas.

Fleites, Aldo Sánchez y otros localizaron a Ramón Mestre y a Hernández Tellaheche en sus casas. También fue detenido el hijo del excoronel Joaquín Casillas, que asesinó al líder azucarero Jesús Menéndez en 1948. Así se completó la redada en La Habana.

Al amanecer fueron arrestados más de mil miembros del disuelto ejército de Batista, retirados o en servicio activo, en los cuarteles de Ciudad Libertad, Managua, la base aérea de San Antonio de los Baños, San Ambrosio y otros puntos, especialmente los jefes que estaban conspirando; los inocentes fueron liberados después de las investigaciones. Esta operación se realizó también en las unidades de la PNR, donde había algunos policías del régimen anterior.

Los conjurados llamaron a un acuartelamiento general, decían los periódicos. Solo que todos los lugares de cita habían sido perfectamente chequeados. El «presidente», los «ministros» y los futuros «jefes de las fuerzas armadas» quedaron con los ojos desorbitados cuando Menoyo, Carreras, Artola, Fleites y otros supuestos conspiradores empuñaron las ametralladoras. Roberto González,

miembro del Ejército Rebelde, fue uno de los choferes que puso Gutiérrez Menoyo a disposición de los conspiradores.

Carmen Bonafonte llamó por teléfono para decir que se le había roto el carro: enseguida le mandaron un vehículo que la trasladó hasta la casa de reunión. Se quedó perpleja y pálida al ver a su gabinete detenido y, por supuesto, ella también.

Fidel Castro Ruz

Mientras tanto, los de aquí comenzaron a organizarse. Nosotros dijimos ya hace tiempo que los que combatían las leyes revolucionarias no tardarían en aliarse con los criminales de guerra. Establecieron contacto con el Mexicano, un elemento propicio que usaba el uniforme del Ejército Rebelde. El candidato inicial de los contrarrevolucionarios era Emilio Núñez Portuondo, pero más tarde fue desplazado por Hernández Tellaheche y Cañas Milanés (*Revolución*, 15-8-59:2).

El plan secreto elaborado por Fidel constaba de cuatro puntos:

1) Captura de todos los conspiradores; 2) ocupación del dinero de la contrarrevolución; 3) ocupar las armas adquiridas en Estados Unidos; y 4) destrucción de la legión trujillista (*Bohemia* 34, 1959:91).

Mariano Camacho Rojas

Nosotros fuimos con el Comandante a la casa donde se iban a reunir los conspiradores. Allí no podía haber mucho movimiento de personas; nos pusieron en distintos puntos de las calles cercanas a la vivienda. Teníamos órdenes de que todo el que se detuviera se mandara para la casa para ser identificado. Había un compañero al que le decían el Cabo por el grado que tenía, y le decíamos: «Cabo, aquí está fulano de tal», y él respondía si podía pasar o no formaba parte de los que esperaban.

Estábamos fuera de la casa y dentro estaba Fidel con otros comandantes y oficiales del Ejército Rebelde. Yo entré después a la casa. El compañero del G-2 tenía identificados a todos los conspiradores y sus cargos y los presentaba: «Ese es el ministro de tal rama».

Efigenio Ameijeiras Delgado



Comandante del
Ejército Rebelde,
jefe de la PNR
en 1959.
General de brigada
de la reserva

Cuando nosotros llegamos a la casa de Morgan, ya estaba controlada la situación por la gente de Ramiro, la gente del DIER. Allí recibí a algunos de los conspiradores y conocí al hombre que me iba a sustituir como jefe de la PNR [*Manolo Vázquez*].

La revista Bohemia del 23 de agosto de 1959 recogió algunos detalles de los hechos:

En la esquina —7.^a avenida y calle 66—, agentes de civil salieron al encuentro de los recién llegados conferenciando con el primer ministro y el rector policial [*Efigenio Ameijeiras*]. En los jardines, discretamente resguardados, se advertían otros miembros de las fuerzas armadas portando ametralladoras.

Se abrió la puerta del palacete. El comandante Eloy Gutiérrez Menoyo, con amplia sonrisa, recibió a Fidel:

—Aquí los tiene, Comandante, y siguen llegando...

En la sala, encogidos en los butacones y sofás, estaban los paniaguados de Chapitas. Eran tantos que no alcanzaban los asientos y la mayoría reposaba en cuclillas, sobre las alfombras del piso, o se apoyaban en actitud de desmayo al pulido piano de cola. Al penetrar el timonel revolucionario, hundieron la cabeza en los pechos, rehuendo la mirada irónica y curiosa del premier.

[...] En las paredes se exhibían numerosas órdenes suscritas por William. Eran instrucciones típicas de un acuartelamiento clandestino: «No hablar en voz alta», «No asomarse a las ventanas», etcétera. [...]

[...]

De pronto sonó el timbre de la puerta. Se hizo un silencio absoluto. Hubo apenas un breve ruido metálico de las armas automáticas. El comandante Ameijeiras franqueó la entrada. Del otro lado se situó el cabo Aldo Sánchez, uno de los héroes de la jornada. Quien llamaba era José Nadal, del grupo de los conjurados.

—Adelante, lo estamos esperando.

El estupor lo inmovilizó en el dintel. Quedó con los ojos y la boca abiertos en una expresión idiota. Se le doblaron las piernas y *[por]* un instante pareció que iba a desplomarse. El cabo Sánchez lo tomó del brazo para ayudarlo. Casi en la huella de Nadal llegó otro individuo apellidado Usatorres. La escena se repitió.

Algunos de los recién llegados ensayaron disculpas de tonalidades droláticas *[sic]*.

—Nos dijeron que había una fiesta... Veníamos a encontrarnos con unas «mulaticas»...

—Déjense de mentiras —saltó Sánchez—, tú mismo me llamaste por teléfono para averiguar si había seguridad.

[...]

Fidel, las manos a la espalda, se paseaba entre los prisioneros formulando preguntas. En un butacón, una mujer, Carmen Bonafonte, hermana de la exdirectora de Cultura Física, ocultaba los ojos detrás de unos espejuelos oscuros. [...]

Los comandantes Martínez Sánchez, Almeida, Fleites y Ameijeiras participaron del interrogatorio. [...]

A ratos, escuchándolos, Fidel se indignaba:

—¿Vieron ustedes acaso la concentración de la Plaza Cívica? ¿Qué pensaban decirles a esos guajiros? Ahora nuestra

preocupación tiene que ser la de evitar que el pueblo los linche.

A un grupo de exmilitares de la dictadura:

—Cuando lo tenían todo, los vencimos y salieron huyendo. ¿A quién iban a derrotar ahora que tenemos unas fuerzas armadas completas y, además de eso, al pueblo?

Con calor:

—¿No les asquea haberse aliado al extranjero y estar dispuestos a asesinar inútilmente a un grupo de compatriotas ligados a japoneses, italianos, dominicanos y españoles?

[...]

[...] Fidel, por teléfono, se comunicó con el Estado Mayor, el G-2 y otros centros de operaciones que venían trabajando al unísono (ídem:86).

Fidel interrogó al excomandante del ejército de Batista, Jorge González Rojas, quien aportó informaciones sobre la conjura. En aquel momento William Morgan contaría al periodista Guillermo Villarronda:

Cuando el doctor Fidel Castro fue recibiendo en la puerta de la casa a los contrarrevolucionarios, aquí se sucedieron escenas en realidad interesantísimas. Cuatro de ellos, por ejemplo, lo único que pudieron hacer, pero con la prisa de quien va a apagar fuego, fue dirigirse al baño a toda velocidad.

Sin dejar de sonreír, nuestro interlocutor concretó:

—Alguno de ellos dejó un rastro húmedo a su paso. ¡Fue algo terrible! (ídem:67-68)

Otro soldado relató que la vez que el doctor Fidel Castro, con gran asombro de los contrarrevolucionarios, esperó a muchos de ellos junto a la puerta principal de la casa del reparto Miramar, aquel tuvo necesidad de enfrentarse a uno de los conspiradores. O sea, cuando quiso traspasar el umbral de la puerta, el alistado le encañonó su arma. El recién llegado, que ignoraba lo que estaba ocurriendo, exclamó seguro de sí mismo:

- No tengas miedo, viejito, que yo soy el ministro de Hacienda.
A lo que respondió el soldado:
—Bien, ministro, pues camine por delante, que la comedia ya terminó.
—¿Cómo?
—¡Camine, hombre, camine! (ídem:67)

Mariano Camacho Rojas

El comandante Camilo Cienfuegos le hizo una broma a Hernández Tellaheche. Le preguntó si tenía alguna orden, llamándolo «presidente».

Fidel le pidió a Ramón Mestre que le contestara qué ministerio iba a ocupar y el interrogado solo atinó a bajar la cabeza.

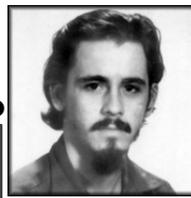
El sábado 8, a las 03:45 h, Fidel llegó al muelle de la antigua compañía de petróleo Cumex, en Regla, donde estaba anclado un yate de unos setenta pies de largo. Alumbraron los reflectores la cubierta y vieron a Ramiro Valdés y William Morgan que agitaban el brazo en señal de saludo.

La embarcación había llegado cerca de las 01:30 h al puerto de La Habana y fue dirigida hasta el muelle de la antigua harinera Burrus, en Regla. Traía un lote de armas y 78 750 dólares que el cónsul dominicano les había entregado a los tripulantes antes de partir de Miami. Fidel y sus acompañantes abordaron el yate y fueron hasta la bodega, donde había cuarenta ametralladoras calibre 50 y una docena de otras calibre 30.06 y parque para ellas.

William Morgan tenía la misión de dejar parte de las armas a los conspiradores que esperarían en San Felipe y Cayo Los Indios; finalmente, desembarcaría por la playa El Inglés, pero el mal tiempo lo obligó a desviarse de su ruta.

Después que detuvieron a los conspiradores, nos dirigimos hacia el apostadero de Casablanca donde estaba anclado un yate grande que había llegado con armas y dinero. Fidel entró a la embarcación y vio las armas; recuerdo que los dólares venían en cartones de cigarrillos norteamericanos.

José A. León Lima, Leoncito



Chofer del
Comandante en Jefe.
Coronel de la reserva

Llegamos y encontramos un yate atracado en el muelle. Era un poco más grande que el *Granma*, estaba repleto de armas por todos los compartimentos hasta las barandillas, casi no se podía caminar por dentro. El Comandante conversó con los que venían al frente de la operación; al parecer eran gente nuestra, porque le plantearon a Fidel que necesitaban descargar rápidamente las armas para regresar a Estados Unidos y evitar que se dieran cuenta de que ellos habían venido a Cuba. Uno de ellos le dio al Comandante una bolsa de lona que contenía 78 750 dólares. La guardé en el maletero del carro y allí estuvo unos días hasta que se entregó.

Después de inspeccionar el yate, Fidel y sus acompañantes se dirigieron a Ciudad Libertad, donde se interrogaba a los detenidos en las oficinas del G-2, y se hacían las actas con las declaraciones. Allí los sorprendió el amanecer.

El Comandante en Jefe decidió realizar una exploración aérea por las zonas por donde se esperaba que llegaran los invasores. Abordó el avión Sierra Maestra en compañía de los comandantes Juan Almeida, Augusto Martínez y William Gálvez. El resto de la flotilla estaba formada por aviones de combate Sea Fury y B-26. Las naves sobrevolaron y exploraron los cayos San Felipe y Los Indios en busca de los supuestos alzamientos, pero no encontraron nada. Esa noche la comitiva descansó en el hotel Colony.

En Las Villas se desarrollaría la tercera etapa del Plan del Movimiento Occidental Anticomunista, nombre que le dio la contrarrevolución para tener el apoyo de los americanos desde el primer momento, según las declaraciones de uno de los complotados.

Los entonces comandantes Lázaro Artola y Genaro Arroyo, de la gente de Menoyo, partieron para Trinidad con el objetivo de completar la captura de los conspiradores. Con ellos estaría el excadete de apellido Castillo, que previamente habían dejado escapar de la

casa de Morgan, para que los esperara en el antiguo central Soledad (hoy Julio Reyes) con sus hombres. Eran veinticuatro excasquitos de la tiranía que pretendían alzarse en armas. Pero cuando fueron a detener al grupo, uno se resistió y murió en el tiroteo.

Mientras tanto, en la playa El Inglés se reunía un grupo de conspiradores a los que les llegarían las armas y se alzarían en el Escambray, donde esperarían a la legión de Trujillo durante los próximos tres días.

Para capturar esta legión se requería de mucha discreción e inteligencia. Los cables de las agencias internacionales de noticias publicaban los planes que tenía el enemigo. Decían que el general Eleuterio Pedraza y el exembajador de Batista en Naciones Unidas (ONU), Emilio Núñez Portuondo, dirigían las fuerzas invasoras.

En el programa televisivo Ante la Prensa del viernes 14 de agosto de 1959, después de abortada la conspiración, Fidel leyó algunos cables de las agencias (v. imagen 5):

Las fuentes manifestaron que los contrarrevolucionarios se apoderaron de la ciudad de Santiago de Cuba.

Las fuerzas estaban mandadas por un tal comandante Henry.

Un exiliado cubano que llegó ayer de La Habana, Mario Rodríguez, dijo que Castro no aparece, ni habla por la televisión desde hace cuatro días. «No se le ve por ninguna parte. Se supone que ha sido asesinado o muerto». En cuanto al mismo, declaró que escapó de La Cabaña, o del Príncipe, y se asiló en la embajada de México (Departamento de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado, VT).

Fabián Escalante Font

Ese día 8 de agosto, en La Habana, la Seguridad cubana arrestaba a dos funcionarios de la embajada norteamericana. Uno de ellos, el sargento Stanley F. Wesson, estaba acreditado

oficialmente como miembro del servicio de seguridad. El yanqui fue detenido cuando dirigía una reunión de elementos contrarrevolucionarios para preparar sabotajes y otras acciones criminales en apoyo a los planes trujillistas (1993:35).

El domingo 9, por la mañana, Fidel hizo un recorrido por las cooperativas creadas por el Instituto Nacional de Reforma Agraria en la zona de Santa Fe, donde conversó con los campesinos y trabajadores agrícolas. Por la noche ya estaba de regreso en Ciudad Libertad. Allí se reunió con los comandantes Raúl Castro, Camilo Cienfuegos, Ramiro Valdés, Belarmino Castilla, Manuel Piñeiro y Jorge Serguera, Papito, y los compañeros Armando Hart y José Llanusa.

Mientras tanto, William Morgan se había trasladado en avión hasta la ciudad de Trinidad. La población había sido orientada por militantes del Movimiento 26 de Julio para que colaborara con la farsa operación; algunas personas estaban desconcertadas. Miembros del Ejército Rebelde andaban vestidos de civil y gritaban consignas a favor de Trujillo y en contra de Fidel Castro. Algunos portaban carteles trujillistas y rosas blancas alegóricas a la organización que dirigía la conspiración.

Por la noche, Trinidad parecía una ciudad muerta, permanecía oscura y silenciosa. Allí llegaron Fidel, Raúl, Camilo y Celia Sánchez en un helicóptero después de haber estado en Cienfuegos. El Comandante en Jefe dio instrucciones a los comandantes Armando Fleites y Lázaro Artola para rodear el aeropuerto de Trinidad, en forma de herradura, y situar dos líneas de morteros para recibir al avión proveniente de Santo Domingo. Cuando la nave estaba próxima al aterrizaje, en una de las elevaciones cercanas se simuló un combate para darle más confianza al enemigo. Los enviados de Trujillo dieron vítores y abrazaron a quienes los recibían, pero fueron detenidos al instante por nuestros soldados.

La legión extranjera debía desembarcar en las próximas setenta y dos horas, según el proyecto. Morgan y Menoyo fueron trasladados al Escambray; una vez allí, junto con el comandante Camilo Cienfuegos y un grupo de oficiales [del Ejército Rebelde], se desplazaron hacia la playa El Inglés en las inme-

diaciones de Trinidad. En ese lugar se instaló el equipo de radio por medio del cual Menoyo se comunicó con Trujillo, estableciéndose el siguiente diálogo:

—3JK llamando a KJB.

—Adelante, 3JK. Aquí KJB, le escucho fuerte y claro.

—Instrucciones cumplidas. Ya me encuentro en las montañas combatiendo a los comunistas. El americano desembarcó por el punto acordado. Ahora todo queda en manos de ustedes. ¡Viva Cuba libre! (ídem:34-35)

Mientras tanto, la prensa de la época recogía los rumores sobre una posible invasión del ejército dominicano a Cuba y existían comentarios en la población sobre los preparativos de ataques contra nuestro país.

La Voz Dominicana difundía noticias falsas sobre la situación en Cuba. Describía a Fidel Castro como «acorralado en un rincón». Llamaba a los enemigos del comunismo, a los barbudos decepcionados, a los hacendados, colonos, ganaderos, cafetaleros, arroceros y vegueros. Hablaba de revueltas en Isla de Pinos, desembarcos en Oriente, pánico en las Fuerzas Armadas y la captura de cuarteles.

Este y otros cables de las agencias de prensa internacionales fueron leídos por Fidel durante su comparecencia en el programa Ante la Prensa el 14 de agosto de 1959:

Aló, Cuba. Atención hombres, niños, mujeres de Cuba. Aquí está la noticia que te habíamos prometido... Aquí está la noticia que te habíamos prometido.

Cuba está encendida en candela por todas partes. Ya los cubanos se han levantado en armas contra la tiranía y la opresión de Fidel Castro.

A los cuarenta y seis días exactos de haber despachado Fidel Castro su brutal invasión a la República Dominicana por Constanza, su mismo pueblo lo tiene acorralado. Y es tan cobarde que desde que sonó el primer tiro se ha desaparecido (VT).

Allá en el Escambray durante la noche del domingo 9 se iluminó la pista rústica en El Nicho para recibir el primer avión de la

fuerza aérea dominicana. Al volar sobre la pista improvisada, el piloto establece contacto con la radio pirata:

—Cero visibilidad... Techo de nubes muy bajo... El aviador nuestro es experto en esa zona, pero no puede aterrizar ahí... (Bohemia 34, 1959:88).

Ante estas condiciones del tiempo, la nave regresa a su base. Los indicativos que se utilizaban para las comunicaciones por radio eran:

—3JK... 3JK... 3JK-3 Japón-Quito... llamando a 2J4-S-N Santiago-Nicaragua... Pide un comprendido... (ibídem).

Todo el domingo el operador de la planta trató de establecer comunicación con Santo Domingo. A las 08:00 h del lunes reciben una respuesta:

—Habla Johnny... Habla Johnny... desde la 3JK-Santiago-Nicaragua... Solicitando hablar con William...

Responde Genaro Arroyo:

—Te escucho... Te escucho... Y contesto... Habla el comandante Arroyo... El comandante William se encuentra combatiendo en las inmediaciones de El Nicho, zona del Escambray... Contra los rojos de Fidel Castro... (ibídem).

Johnny es el teniente coronel John Abbes García, jefe del Servicio de Inteligencia Militar del dictador Trujillo. El operador de la planta pone al habla a Morgan:

—Hacer falta parque calibre 50, poder tomar Trinidad... Si ustedes tener miedo, avisar, nosotros enviar a Santo Domingo un comandante de aquí, dirija operaciones... (ibídem).

Ese día por la mañana se conoció que uno de los aviones Sea Fury regresó a la base, después de la exploración por Pinar del Río y la Isla de la Juventud, porque tenía uno de los tanques lleno de aceite. Las ametralladoras calibre 50 del B-26 estaban encasquilladas. Estos hechos se debían a los sabotajes de algunos mecánicos de la Fuerza Aérea.

El periódico Revolución del 10 de agosto de 1959 publicaba en primera plana la nota oficial del Gobierno bajo el titular «Conjura contrarrevolucionaria»:

Desde hace 48 horas las autoridades revolucionarias están procediendo al arresto de numerosos elementos contrarrevolucionarios vinculados a Trujillo y a los criminales de guerra que estaban vertebrando desde hace meses una basta y criminal conjura contra el país.

El rotativo reflejó la noticia sobre la compra de treinta lanchas rápidas a Italia por parte de Trujillo con el objetivo de utilizarlas en una incursión a Cuba, publicada en Caracas por el diario El Mundo.

Las agencias internacionales de prensa, alertadas por algunas confidencias, comenzaron a reportar las detenciones realizadas y esto hizo que Trujillo desconfiara del plan y suspendiera el envío de otros aviones. Esa noche los «complotados» se comunicaron con el dictador dominicano y este exigió la presencia de Morgan ante el equipo transmisor:

—3JK, aquí KJB, adelante.

—El americano al habla —respondió Morgan.

—¿Qué es lo que sucede? —gritó el dictador—. Las noticias que nos llegan son desastrosas. Se dice que todos han sido capturados y que ustedes están a punto de serlo. ¿Qué me puedes decir? ¡Adelante!

—Las noticias que difunden las agencias de prensa son preparadas por el Gobierno. Usted sabe que esta gente es experta en propaganda. No debe hacerles caso a esas noticias, pues se trata de un plan para confundirlo y evitar el refuerzo que se imaginan está en camino.

Morgan se apartó del micrófono a una señal realizada por Fidel, quien escuchaba la comunicación. Se acercó a él y este con voz apagada le murmuró algunas palabras.

—3JK llamando a KJB.

—Adelante, 3JK.

—Me acaban de comunicar que Trinidad cayó en poder de nuestras tropas. Ya pueden hacer los envíos por el aeropuerto (Escalante, 1993:36-37).

En el cuartel de Trinidad se instaló la planta de radio que estaba en El Inglés y comenzaron las transmisiones hacia Santo Domingo. Morgan comunicaba que habían tomado los poblados de Arimao, Río Hondo, que tenían sitiado a Topes de Collantes y se preparaba la toma de Trinidad.

También informaron sobre una baja en el central Soledad. Pidió municiones de inmediato y que las lanzaran en la carretera del Circuito Sur; agregaba que podían aterrizar en El Nicho, en pleno Escambray.

A las 01:00 h un avión militar dominicano lanzó 25 paracaídas con cuatro cajas de balas calibre 50; cada una traía 140 proyectiles. Dejaron caer la carga en un tramo de la carretera del Circuito Sur, que previamente fue iluminado con luces blancas, rojas y amarillas. A pesar de esto, algunos paracaídas cayeron al mar y fueron rescatados por los combatientes rebeldes.

En un aserradero se instaló la supuesta radio pirata a cargo del teniente del Cuerpo de Señales del Ejército Rebelde Manuel Cisneros Castro, Manolito, operador de la microonda. El joven teniente logró establecer comunicación con República Dominicana a través de un equipo transmisor Viking Valiant, que funcionaba en la frecuencia de 14 300 kilociclos. Este equipo había sido enviado a Cuba por el propio Trujillo.

Mariano Camacho Rojas

Salimos y llegamos de día a Trinidad; allí se observaba una situación extraña, las casas estaban cerradas y había un ambiente anormal. Creo que después fuimos hasta el cuartel donde había un operador de radio que establecía comunicaciones con la ciudad de Santo Domingo. Allí estaban Gutiérrez Menoyo y William Morgan, que se comunicaban directamente con República Domi-

nicana. El comandante Camilo Cienfuegos le indicaba al radista lo que debía decir acerca de la situación. Camilo les decía que cuando vinieran le trajeran un bicornio como el que usaba Trujillo, para pasarse por el Malecón.

Este diálogo se produjo cuando llegó el primer avión donde vino un cura. Lo dejaron regresar para que informara lo que había visto en Trinidad. Camilo quería hablar con él, pero Fidel le dijo: «No puedes ir a verlo porque a ti te conocen en todo el mundo, y se va a descubrir todo esto».

Fidel estaba cerca de la pista y observó el aterrizaje del avión y el recibimiento que le hicieron los soldados del Ejército Rebelde que supuestamente estaban sublevados contra la Revolución. También se organizaron tiroteos lejanos, y les dijeron que eran combates en Fomento y pueblos cercanos. Esta operación duró unos tres días. En el último vuelo del avión llegó el hijo de Justo Luis del Pozo y otros mercenarios; el cura no vino más. En esta ocasión se formó un tiroteo dentro del aparato. Fidel mandó a suspender la operación, porque se estaba creando una situación compleja en la población, que no sabía realmente lo que sucedía.

Francisco Leyva Santiesteban, Paquito[†]



Primer teniente.
Escolta del
Comandante en Jefe

Nosotros fuimos con Fidel hasta la casa donde se iban a reunir los compañeros que participarían en la operación de recibir el avión. Era oscuro y se decía que el aparato llegaría a las 20:00 h. Recuerdo que el Comandante estaba muy contento y decía: «¡Nosotros vamos a coger aquí hasta al mismo Trujillo!».

Al anochecer se le informó a Trujillo sobre la supuesta toma de la ciudad de Trinidad, adonde podían mandar directamente las armas y aterrizar en el aeropuerto local. Todo el escenario estaba preparado, el aeropuerto, el cuartel, la carretera y todo listo para el combate. Un pelotón de ametralladoras se situó a tres kilómetros de Trinidad en dos alturas diferentes para escenificar un combate simulado. Se vistió a una compañía de soldados con ropas civiles para dar la impresión de que estaban sublevados y los vieira el grupo que tenía que llamar por radio.

Se cortaron las comunicaciones telegráficas y telefónicas; se aisló a la ciudad por carretera y por ferrocarril. Las patrullas de soldados rebeldes cubrían las entradas y salidas de la ciudad. Los ciudadanos no podían comunicarse con otros puntos fuera del pueblo. Carros altoparlantes pasaban por las calles y anunciaban: «El alto mando informa al pueblo que esta ciudad ha sido ocupada por fuerzas contrarrevolucionarias». A la población de Trinidad se le dio instrucciones por medio de altoparlantes para que se apagaran las luces y hacer otras cosas. El pueblo colaboró en la trama.

El miércoles 12 de agosto de 1959 la planta pirata informaba a Santo Domingo que la ciudad de Trinidad había sido tomada, ocupados Topes de Collantes, el puerto de Casilda y la refinería Roca.

Fidel Castro Ruz

Ya estaba todo el mundo en posición esperando la legión, cuando ellos comunican que vendría un primer avión, y que hablaría desde allí explicando la situación. Se esperaba que viniera el enlace, el hombre de más confianza de Trujillo (*Bohemia* 34, 1959:63).

Lázaro Artola Ordaz[†]



Comandante del
II Frente Nacional
del Escambray

[...] Desde ese momento Fidel no se apartó de nosotros. Nos hizo distintas indicaciones: que pidiéramos técnicos dominicanos porque estábamos escasos de expertos en el manejo de las bazucas y morteros. La 3JK prometió el envío de técnicos para la noche siguiente (ibídem).

Ese día se cursaron varios mensajes entre Morgan y Santo Domingo y se acordó que esa noche llegaría un avión dominicano C-46 con un representante de Trujillo. Cerca de las 20:00 h aterrizó la nave, y de ella descendió la figura regordeta del cura Velasco. Camilo, Celia, Fidel, Olivera y otros jefes y combatientes rebeldes estaban ocultos en un bohío a unos cien metros del aeropuerto.

Cuando el avión llegó se dividió en seis que irían al cuartel para comunicarse con Santo Domingo y el resto se quedó en el avión. Los rebeldes lo reciben con gritos de ¡Viva Trujillo! ¡Abajo Fidel! ¡Abajo la Reforma Agraria!

Filiberto Olivera Moya

En esa situación nos visitó el cura Ricardo Velasco Ordóñez en representación de Trujillo. Le mostramos las tropas «sulevadas» y le manifestamos nuestro «descontento» con el Gobierno. El cura nos regaló muchas medallas con santos y rosarios.

Por indicaciones de Velasco preparamos el aeropuerto de Trinidad y la carretera para recibir un avión que transportaba armamentos. Iluminamos las dos pistas y el piloto no quiso tirarse porque la carretera era muy estrecha. Nos lanzó las armas en paracaídas.

El cura regresó a Santo Domingo y le comunicó a Trujillo que la situación era favorable para el desembarco.

El estado mayor de la brigada nos informó que estaban dispuestos a venir. Se interesaron en saber si tenían seguridad. Les respondimos afirmativamente (Báez, 1996:256).

El jueves 13 de agosto de 1959 Fidel cumplía treinta y tres años y recibió la felicitación de sus compañeros más allegados en medio de aquella guerra.

Lázaro Artola Ordaz

En el avión venía un sacerdote, hombre de confianza de Trujillo. Nuestra tropa vestía ropa de campesinos para dar la sensación de que nos respaldaba la masa guajira. El aterrizaje fue coreado con gritos de ¡Viva Trujillo! y de ¡Abajo Fidel! (*Bohemia* 34, 1959:63).

A las 03:00 h regresó el avión hacia Santo Domingo. El padre Velasco iba convencido del avance de las acciones contra la Revolución; había recibido pedidos para bautismo y un uniforme con bicornio. Trujillo no dudaría de la lucha que se libraba en Trinidad y que Henry era el jefe, que había guerra, había rebeldes sublevados contra el Gobierno y que era necesario el envío de refuerzos. La nave aterrizó a medianoche en República Dominicana.

John Abbes daba instrucciones por radio. Por la madrugada se les informó que se combatía en varios lugares, que habían volado el puente sobre Río Hondo, Cumanayagua, El Salto, Manicarrayagua, la carretera de Sancti Spiritus, Banao y en otras carreteras que vienen del sur.

Ese día Trujillo mandaría su flamante legión. A las 03:45 h se movilizó una compañía, algunas baterías de morteros y armas automáticas. Si la legión llegaba, sería rodeada y se le pediría la rendición. Nunca existió la idea de masacrar a nadie, sino darles cinco minutos para entregarse.

Filiberto Olivera Moya

Trujillo envió nuevamente a Velazco para coordinar las acciones. También nos precisó día y hora de la llegada de los mercenarios. Permitimos que el sacerdote regresara a Santo Domingo.

Manteníamos un contacto directo con Fidel. Al darle a conocer la fecha del arribo, se personó en Trinidad. Dio instrucciones de cómo emplazar los morteros, ametralladoras y armas de infantería. Rodeamos el aeropuerto.

Al llegar una parte de la brigada capturamos a Luis del Pozo Jiménez, Roberto Martín Pérez y otros. Hablé con ellos. Les expliqué que debían traer la brigada completa con la finalidad de reforzarnos y dividir la Isla en dos. Estuvieron de acuerdo.

Se determinó mandar al piloto a buscar al resto de los invasores. Inclusive, se le entregó una carta explicando la situación para presentarla en Santo Domingo.

La mayoría de la tropa no sabía lo que estaba sucediendo. Cuando vieron al piloto tratando de despegar se produjo la confusión y le entraron a tiros. Esto echó a perder el resto de la operación.

Arrestamos a los que habían desembarcado. Los llevé para el cuartelito de Trinidad, donde yo sabía que estaba el Comandante en Jefe. Cuando esta gente vio a Fidel se desmayaron. También se encontraban Celia Sánchez y Juan Almeida (Báez, 1996:256-257).

Manuel Cisneros Castro, Manolito

Teniente del Ejército Rebelde y técnico de radio. Coronel del Minint

Trujillo nos enviaba cuanta cosa le pudiéramos [...]. Entre otras cosas, nos mandó una antena direccional de veinte metros. Hacíamos contacto con John Abbes, jefe del Servicio

Secreto del sátrapa. El último mensaje que le transmitimos fue redactado personalmente por el comandante Fidel Castro Ruz. Si mal no recuerdo, decía: «Urge envíe personal técnico. La gente que está aquí tiene poca experiencia. Necesitamos ametralladoras y otros armamentos. Nosotros no podemos hacerlo todo».

[...]

Recuerdo que una de las transmisiones que dirigí a la República Dominicana fue interceptada por un radioaficionado de Victoria de Las Tunas. Esta persona, cuyo nombre ignoro, es sin duda un gran revolucionario. Me daba consejos, diciéndome que era antipatriótico, anticubano y antirrevolucionario vincularse al tirano Trujillo. Pero yo, naturalmente, no podía hacer otra cosa que aguantar. De ninguna manera podía romper la consigna de seguir el teatro que estábamos desarrollando hasta el final (*Bohemia* 34, 1959:67).

Fidel Castro Ruz

El texto del mensaje tomado de la comparecencia del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el programa televisivo Ante la Prensa decía:

Urgente envió técnicos mayor número posible. Muchas tropas con nosotros, pero mucha gente nueva. Necesitamos oficiales y técnicos en bazucas y ametralladoras. Necesitamos urgente doscientos o trescientos con experiencia para aprovechar la desorganización enemigo. Rogamos envíe urgente. Enemigo se retira. Repetimos: enemigo se retira. Momento muy oportuno. Envíen refuerzos sin falta hoy como sea posible. Que no esperen que todo lo hagamos nosotros solos. Repetimos: que no esperen que todo lo hagamos nosotros solos.

Firmado por William y Menoyo (VT).

Este mensaje llegó a Trujillo y respondió que enviaría el pedido. El dictador dominicano se debatía en una lucha entre creer las noticias de una clase u otra, falsas o verdaderas.

En un pie de foto de la revista Bohemia (v. imagen 6) se lee:

LA TRAMPA. El primer ministro instruye, secretamente, al operador de la radio pirata que funcionó en el cuartel de Trinidad para que este transmitiera partes ficticios de la ocupación de pueblos y ciudades a lo largo del Escambray. Luego exclamó: «Esto es tan fantástico que hasta yo tengo deseos de pedir un “comprendido” con Trujillo...». Camilo Cienfuegos observa y trata de escuchar el mensaje de Fidel a Chapitas, mientras los muchachos de la escolta ríen la farsa (34, 1959:74).

En horas de la madrugada el comandante Raúl Castro daba a conocer una nota oficial:

Para conocimiento de la opinión pública, informamos que hoy jueves, conforme se esperaba, el primer ministro, compañero Fidel Castro, no podrá comparecer ante las cámaras de la televisión para informar al país de la conspiración traidora-militarista-trujillista que recientemente fue abortada por la firme actitud de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, decisión que ha sido tomada por la abrumadora cantidad de trabajo que pesa sobre los hombros del jefe del Gobierno revolucionario en estos precisos momentos (*Revolución*, 13-8-60:16).

Cerca de las 20:00 h llegó otro avión C-46 de la fuerza aérea de Trujillo; antes sobrevoló la zona y unos quince minutos después aterrizaba. El aparato iba despacio hacia las edificaciones del aeropuerto donde esperaban a los inusuales pasajeros sin regreso. La comitiva oficial descendió. Ante el asombro de los presentes, Luisito del Pozo Jiménez abrazó cálidamente a Menoyo; ambos eran viejos amigos y le dijo que venía como enviado especial de Trujillo y que le traía un saludo en su nombre para todos.

Después solicitó un mapa y fue indicando las posiciones que debían ser bombardeadas por la fuerza aérea dominicana, así como la cantidad de legionarios que consideraban necesaria para

las últimas acciones. Tras esa breve conversación, todos se dirigieron a las instalaciones del aeropuerto. Había una señal prevista para actuar contra los invasores.

Los combatientes que descargaban las cajas con el armamento y las municiones pasaron a efectuar las detenciones.

Lázaro Artola Ordaz

[...] Yo tenía la misión de hacer rendir la tripulación del avión. Dije a Conrado Rodríguez que él tenía que detener a los de la cola. Ramiro Lorenzo y [Ángel] Baños tendrían la responsabilidad de los que se quedaron en el centro de la nave. Yo y mis hombres nos ocuparíamos de los de la cabina a un mismo tiempo, cuando yo dijera la siguiente frase: «Qué buenas están las granadas que nos enviaron».

El capitán Betancourt, que piloteaba la nave, abrió fuego a la orden de detención nuestra y comenzó el tiroteo que duró más de diez minutos. Dos compañeros nuestros, Eliope Paz y Frank Hidalgo Gato, fueron alcanzados mortalmente por las balas trujillistas y batisteras. Por fin, Conrado Rodríguez, en rápida acción, logró avanzar hasta Betancourt y el teniente Valdés, y liquidarlos en su propia madriguera (Crespo, 1986:19).

En esta acción murieron el capitán Eliope Paz Alonso y el civil Frank Hidalgo Gato, un joven de veintidós años, empleado de la Shell y dirigente del II Frente Nacional del Escambray. Conrado Rodríguez avanzó hasta el capitán Betancourt y el teniente Valdés los neutralizó con sus disparos. Allí fue herido el ex teniente coronel Antonio Soto Rodríguez, piloto cubano que se llevó al dictador Fulgencio Batista hacia Santo Domingo el 1.º de enero de 1959.

Resultaron heridos muy graves los tenientes Jorge Berrié y Oscar Héctor Fajardo y el civil Fidel Bencerril; graves los tenientes Luis J. Cerezeda (piloto de las FAR), Fidel Salas y Eldo Sánchez; menos graves los tenientes Jesús de La Rosa y Héctor Rodríguez y los capitanes Domingo Ortega y Arcadio García.

Los prisioneros fueron: Luis del Pozo Jiménez, Roberto Martín Pérez (hijo del asesino y jefe policiaco Martín Pérez), Pedro Rivero Moreno, Alfonso Malibrán (mercenario español), Raúl Díaz Prieto, Armando Valera Delgado, Raúl Arcajal Hernández y Sigfredo Rodríguez Díaz. Soto Rodríguez murió después en el hospital al igual que el excapitán Francisco Betancourt; Carlos Vals, copiloto, resultó herido al abrir fuego una vez que los mercenarios fueron encañonados, y se generalizó el tiroteo dentro de la nave.

Seis de estos individuos venían a quedarse.

Esa misma noche el Comandante en Jefe visitó el hospital y conversó con los heridos de ambas partes.

Fidel Castro Ruz

El 14 de agosto de 1959, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz habló a partir de la diez de la noche, en el programa televisivo Ante la Prensa, y explicó al pueblo el inicio, desarrollo y corte de la conspiración trujillista. Señaló los motivos por los cuales no se le había informado al pueblo los detalles de los sucesos que formaban parte de un plan que se venía desarrollando para capturar a los conspiradores internos, ocupar las armas y el dinero y finalmente aniquilar o apresar la legión extranjera que enviaría Trujillo para invadir a Cuba.

Fidel comentaba que Trujillo estaría alegre; se creyó que se estaba combatiendo, que los aviones cubanos habían sido destruidos, no había aviones para la defensa; se imaginó o supuso la desorganización general pues ni el Gobierno ni Fidel reaccionaban y los rebeldes tomaban las ciudades.

Concluyó el plan porque había transcurrido ya una semana, y como todo tiene su límite, nosotros no podíamos mantener al pueblo más tiempo sin darle una explicación.

Si fuera posible, si la naturaleza de estas cuestiones públicas permitiera mantener una discreción, un silencio durante quince días, veinte días, veinticinco días, tengán la seguridad de

que nosotros aquí capturamos no solamente las armas y los aviones: capturamos a todos los criminales de guerra, capturamos a la legión, capturamos al ejército de Trujillo. ¡Y hasta a Trujillo lo capturamos nosotros aquí si hubiéramos podido mantener silencio diez o quince días más!

Si hubiéramos podido propalar las noticias falsas hubiera sido una debacle para Trujillo, pero preferimos guardar silencio antes de darle una falsa noticia al pueblo.

Es curioso, muy curioso, que en el mismo momento en que están reunidos en Santiago de Chile los cancilleres, treinta cubanos, encabezados por un argelino sospechoso, se metan en un barco y desembarquen en Haití.

Nosotros, cuando lo supimos, tratamos por todos los medios de detenerlos antes de que llegaran a Haití. Pero era tarde, todo lo que pudimos encontrar fue la embarcación abandonada.

Esto huele mucho a provocación y a maniobra insidiosa de Trujillo para dar argumento a nuestros enemigos.

El límite del plan tenía que ser la tranquilidad pública. Nosotros por ninguna razón podemos elevar un plan hasta el punto que se pierda el sosiego, la tranquilidad del país. Y no queríamos extenderlo más de ciertos límites (VT).

Fidel indicó ante la televisión que hubo tres accidentes: el herido en el dedo y dos muertos, uno al resistirse al ser arrestado y oponer fuerza, y otro al escaparse un tiro de fusil a un combatiente que hirió a un tercero. Más adelante explicó que se había vuelto a crear una atmósfera de duda; los cables especulaban y daban un ambiente de inseguridad.

Yo le decía a Guevara [*Alfredo Guevara Valdés*], el compañero que está al frente del Instituto del Cine, que cuando él haga una película, la más fantástica y la de ficción más exagerada, cuando la haga va a parecer una bobería al lado de todo lo que aquí pasó en esta historia. Porque aquel cuadro de aviones llegando y retirándose, y volviendo a llegar a la hora, todo aquello parecía una película (VT).

En la revista Bohemia se lee un comentario de Fidel en Trinidad:

—Pero esto es fantástico, increíble. ¡Se puede hacer una película! ¡Trujillo está loco! (34, 1959:89)

Durante el interrogatorio a los prisioneros capturados en Trinidad, en este mismo programa, hubo un diálogo que a continuación reproducimos:

LUIS DEL POZO: ¡Lo felicito, doctor Castro, por la labor desarrollada!

FIDEL CASTRO RUZ: ¿Cree usted que Trujillo mantiene su propósito de invadir a Cuba?

LUIS DEL POZO: Sí, no obstante el fracaso...

FIDEL CASTRO RUZ: ¿De dónde sacará Trujillo esos hombres?

LUIS DEL POZO: Él tiene otra legión que nadie conoce, que dicen la integran veinticinco mil hombres.

FIDEL CASTRO RUZ: ¿Cree usted que los cubanos que están en Santo Domingo aceptarían regresar a Cuba y someter la situación del país a un plebiscito en la Plaza Cívica?

LUIS DEL POZO: ¡Ni pensarlo!

FIDEL CASTRO RUZ: ¿Y entonces por qué se empeñan en gobernar a la fuerza, si saben que no tienen pueblo? (VT)

Estrategia de la conspiración

Según las informaciones recogidas por los reporteros de En Cuba, los conspiradores habían distribuido sus elementos con señalamiento de misiones específicas.

1. William Morgan desembarcaría armas en los cayos San Felipe y Los Indios para ser utilizadas en las operaciones de Isla de Pinos y Pinar del Río. El barco iría finalmente a la playa El Inglés, próxima a Casilda.

2. El exteniente Antonio Regueira asumiría la dirección del movimiento en Pinar del Río en contacto con los civiles Villaverde y Cheíto Mujica.
3. El exteniente Casillas daría un *putsch* en Isla de Pinos, poniendo en libertad y armando a los criminales de guerra.
4. El exteniente José Rivas se apoderaría del cuartel de San Ambrosio al mando de ciento cincuenta hombres, atrincherándose en las naves de los ferrocarriles.
5. El comandante Lázaro Artola, del II Frente del Escambray, ocuparía la base de San Antonio, donde previamente se realizarían actos de sabotaje inutilizando las armas.
6. Los sargentos Cano y Julio Hernández, de las FAR, desarrollarían un sabotaje a gran escala en la base Libertad. Valdés y Cañizares Valdivia tomarían el control de las comunicaciones facilitando la captura de la posición por los capitanes rebeldes Ángel Baños y José A. García. Participaría en la acción el excomandante González Rojas.
7. De La Cabaña se encargarían los capitanes Ramiro Lorenzo, Rafael Rodríguez Avilés, Félix Vázquez y Joaquín Rodríguez.
8. El exsargento Manuel Vázquez y el exteniente Pedro Romero quedaban responsabilizados con los ataques a las estaciones de policía. Vázquez sería jefe del cuerpo.
9. Ernesto Neugart, hijo del excoronel auditor de igual apellido, se haría cargo de la organización de un Servicio de Inteligencia Militar calcado del antiguo SIM.
10. El pinareño Villaverde tomaría la dirección del asalto a la base naval Granma, de la Infantería de Marina.
11. El comandante del II Frente, Jesús Carreras, se manifestó en condiciones de apoderarse de la provincia de Oriente con el apoyo de dieciocho oficiales rebeldes.
12. La región de Camagüey correspondió a los exmilitares.
13. Matanzas sería capturada por el actual jefe de la Policía, Carlos Milián, del II Frente.

14. El político Hernán Santiesteban, jefe de Acción y Sabotaje en La Habana, desataría una ola de terrorismo coincidiendo con el plan general.
15. En Managua se contaba con varios cadetes y el capitán Florencio Pernas.
16. El campamento de Columbia —así insistían en llamarlo los conspiradores— sería tomado por el comandante Genaro Arroyo, del II Frente, el excapitán Blanco y el comandante Medel, historiador del ejército y uno de los pocos oficiales batistianos que escapó a la depuración de principios de año. Medel aparecía señalado para ocupar la jefatura del Estado Mayor.
17. El excomandante Nadal y el teniente rebelde Mario Marín fueron comisionados para apoderarse de los mandos de la Marina de Guerra.
18. Morgán y Gutiérrez Menoyo se compartieron la provincia de Las Villas, por la que penetrarían los legionarios de Trujillo. El exteniente Castillo, con los rebeldes Domingo Ortega, Jesús La Rosa y Roger Redondo, quedó a cargo de la toma de Santa Clara (*Bohemia* 34, 1959:78).

II

Búsqueda y captura de un traidor

«No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande [...]».

JOSÉ MARTÍ

Manuel Beatón Martínez, Manolo, asesinó a balazos al comandante Cristino Naranjo Vázquez (v. imagen 7) el 12 de noviembre de 1959 en la posta 3 de la entrada del antiguo campamento militar de Ciudad Libertad. Cristino se presentó ante los centinelas vestido de civil y cuando solicitó pasar se le negó la entrada. Manuel Beatón se encontraba allí. Entre ambos oficiales existían viejas rencillas personales y se produjo un incidente: Beatón disparó sobre Cristino y sus dos acompañantes, que fueron heridos. En el tiroteo resultaron lesionados también dos combatientes que estaban de guardia.

El agresor fue remitido a la prisión de La Cabaña, de donde logró escaparse el 25 de febrero de 1960, con la complicidad de un custodio amigo suyo. Desde el mismo momento se inició la búsqueda, y en marzo de 1960 se detectó su presencia como bandido en el sur de la Sierra Maestra, en la zona del río Peladero.

Beatón se había incorporado al Ejército Rebelde el 12 de mayo de 1957, junto a su hermano Cipriano, Popo, y formaron parte de la Columna 1 José Martí, del I Frente. En plena guerra revolucionaria los Beatón desertaron alegando problemas familiares, aunque Manuel se reincorporó más tarde al Ejército Rebelde.

Antonio Núñez Jiménez



Capitán
del Ejército Rebelde.
Espeleólogo,
historiador y diplomático

Al enterarse Fidel de que el asesino Manuel Beatón se ha alzado en la Sierra Maestra, me dice:

—Ese quiere bailar en casa del trompo.

Pocos días después, las agencias cablegráficas norteamericanas tratan de hacer de aquel oscuro personaje un héroe de la democracia.

[...]

—Es necesario capturar a Beatón. Hay que castigar sus crímenes.

—Tenemos que defender a los campesinos de la Sierra Maestra de esa fiera. Puede hacer mucho daño allí si no lo capturamos pronto, pero no vamos a enviar fuerzas del Ejército. Bastará solamente con movilizar las milicias y a los propios campesinos de la Sierra —expresa Fidel.

Acto seguido me pregunta cómo ando de tiempo y, sin apenas oír mi respuesta, dice:

—Recoge tu mochila y lleva el FAL que nos vamos a la Sierra (1998a:135-136).

Un día de comparecencia mía por televisión [*20 de noviembre de 1959*], llegó un papelito de que Beatón estaba en La Habana sin permiso. Que había dado el alto a Cristino que iba en un auto y cuando iba a sacar el carné para identificarse, junto con otros dos rebeldes que iban a su lado, le disparó.

Al principio la noticia parecía que había sido un accidente [...]. Aunque se creyera que era un accidente, ese caso tenía que ser juzgado y castigado, porque no se puede actuar irreflexivamente cuando se tiene un arma en la mano [...].

Al llegar Beatón a la Sierra, a los pocos días nos envía una carta, en la que nos dice entre otras cosas que desea le garanticemos, por escrito, que regresaría a las filas del Ejército Rebelde, pero con todos sus grados. Que ha recibido proposiciones de la contrarrevolución y las ha rechazado por el momento, etcétera, etcétera [...]. Entonces cuando nosotros recibimos esa carta, la respuesta tenía que ser exclusivamente que no, porque es imposible que el Gobierno se ponga a discutir estas cosas (ídem:138).

Informe de los archivos de la Seguridad del Estado

El primer alzamiento que se produjo en la Sierra Maestra fue dirigido por el excapitán del Ejército Rebelde Manuel Beatón, individuo de procedencia campesina, nacido en las zonas rurales de El Cobre.

Después de asesinar por cuestiones personales al comandante del Ejército Rebelde Cristino Naranjo, en La Habana, fue remitido a prisión preventiva, de donde se escapó a principios del año 1960 y más tarde se trasladó hasta la zona de Peladero, en el municipio de El Cobre.

Manuel Beatón organizó su banda a finales de marzo de 1960 en los lugares donde se había criado y había luchado en las filas rebeldes. Y donde, por haber alcanzado el grado de capitán, era considerado una especie de héroe entre algunos.

Muy pronto logró aglutinar a catorce hombres de aquella zona campesina y a su hermana de catorce años. Casi todos eran pequeños agricultores y familiares más o menos cercanos. Algunos de los bandidos eran exmilitares del Ejército Rebelde; solamente había un obrero agrícola entre el grupo. Se encontraban armados con el mismo tipo de armas que utilizó el Ejército Rebelde: Garand, Springfield, San Cristóbal y carabinas M-1.

A medida que transcurrieron los días, este alzamiento se orientó hacia la organización contrarrevolucionaria conocida por

La Rosa Blanca, con la que hizo contacto finalmente logrando apoyo financiero y de todo tipo, de la alta burguesía de la ciudad de Santiago de Cuba y fundamentalmente de la rica familia de los Babún, tres de los cuales vinieron en la fracasada invasión por Playa Girón.

José A. León Lima, Leoncito

El 7 de abril de 1960, cerca de las 03:00 h, el Comandante en Jefe Fidel Castro se reunió con el comandante Juan Almeida y un grupo de capitanes del Ejército Rebelde para organizar la búsqueda y captura de Manolo Beatón, que había asesinado al comandante Cristino Naranjo, y junto a su banda había dado muerte al comandante Francisco Tamayo, Pancho (v. imagen 8), en la Sierra Maestra.

El sábado 9 de abril, a las 05:30 h, el Comandante en Jefe y su escolta partieron en automóviles desde La Habana hacia la antigua provincia de Oriente. En Santa Clara se detuvieron para desayunar en la casa del comandante Orlando Rodríguez Puertas, que residía muy cerca del regimiento del cual era jefe.

Raúl Corrales Varela, fotógrafo de la revista INRA, que acompañaba a Fidel y a Núñez Jiménez en aquellos tiempos, recuerda que esta fue la primera vez que milicias de La Habana operaron en Oriente. El hecho se produjo porque en Sancti Spiritus Fidel se encontró con un numeroso grupo de jóvenes milicianos, pertenecientes a las milicias Machaco Ameijeiras, de Puentes Grandes, La Habana, y les preguntó:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Nosotros vinimos a una visita amistosa con los compañeros de Sancti Spiritus —le respondieron.

—Bueno, ¿y si tuvieran que pelear? —volvió a preguntar.

—Estamos dispuestos a pelear, comandante —contestaron.

—Entonces, sigan para Camagüey que allí les daremos armas —agregó Fidel.

Los milicianos fueron transportados hasta Camagüey, después siguieron hacia Oro de Guisa y de allí subieron a Pino del Agua.

Más tarde Fidel y su comitiva siguieron hasta Ciego de Ávila, donde se detuvieron un rato para bañarse. Continuaron para Camagüey y allí se reunieron con el entonces comandante Pedro García Peláez, jefe militar de aquella provincia. En Bayamo se le encargó al capitán Orlando Pupo Peña, jefe de la escolta, la misión de buscar unos camiones para transportar las tropas que participarían en la operación contra la banda de Beatón. Esa misma noche Fidel se trasladó hasta Manzanillo, y se alojó en una casa de San Francisco, a varios kilómetros de la ciudad.

El domingo almorzó y compartió con los alumnos de la escuela del Caney de las Mercedes. Lo acompañaban los comandantes Juan Almeida y René Vallejo y el capitán Núñez Jiménez, entre otros oficiales con los cuales se reunió para impartir instrucciones.

Ese mismo día partieron hacia la zona donde operaba la banda de Beatón el capitán Ramón Valle Lazo, otros oficiales y soldados. Poco después Fidel abordó el helicóptero Bell 47-G2, se dirigió hacia Oro de Guisa y permaneció en la zona de operaciones hasta el sábado 16 de abril que regresó en el helicóptero al aeropuerto de Santiago de Cuba. Allí esperaban Leoncito y los carros de escolta para trasladarlo hasta la casa del comandante Carlitos Sánchez, que residía entonces en Siboney.

Antonio Núñez Jiménez

—¿Quieren ir conmigo a la Sierra a participar en la captura? Naturalmente, aquellos hombres y mujeres muestran su efervescencia revolucionaria y patriótica, y Fidel da las órdenes pertinentes:

—En Camaguey serán armados con fusiles y, después, seguirán en camiones hacia Guisa (1998a:136).

Diego E. González Pérez, Pineda



Escolta del
Comandante en Jefe.
Coronel de la reserva

En Bayamo cogimos unos yipis y seguimos hasta Oro de Guisa. Continuamos a pie hasta Pino del Agua. Nos pasamos una semana de operaciones por la Sierra Maestra. Bajamos por la Loma del 26 hasta el Uvero. Allí nos encontramos con el comandante Piti Fajardo al mando de las compañías de milicias campesinas de aquella región (v. *imagen 9*). El Comandante en Jefe habló en el acto que se organizó en el Uvero, ocasión en que quedaron constituidas las milicias serranas (v. *imagen 10*).

Durante el recorrido que hicimos con Fidel pasamos por la casa de la viuda del comandante Pancho Tamayo (situada entre El Zapato y La Botella), que había sido asesinado por la banda de Beattón. Estuvimos en la casa de la familia Pardo Guerra. En aquel momento el capitán Matos estaba al mando de una tropa en la persecución de los bandidos. Hubo una confusión y buscamos el lugar, porque llegó una información de que había un grupo de hombres armados. Tomamos posiciones de combate, pero desde arriba de la loma vimos que eran Matos y el capitán Israel Pardo.

Informe de los archivos de la Seguridad del Estado

Los métodos que utilizó esta banda fueron parecidos a los del Ejército Rebelde; es decir, atacar los puntos elegidos donde con certeza iban a obtener una victoria, y después replegarse inmediatamente del lugar.

Sus planes eran tomar los pequeños cuarteles de las zonas serranas del municipio de El Cobre e ir organizando a los campesinos.

Los hechos realizados por esta banda consistieron en desarmar a dos soldados del Departamento de Cartografía y Catastro, y

cuatro soldados de un aserrío (El Macío), así como la toma del cuartelito de La Uvita donde desarmaron a ocho soldados y asesinaron al comandante Francisco *Pancho* Tamayo.

Este alzamiento fue operado por el Ejército Rebelde sin la intervención del Departamento de Seguridad del Estado [DSE], y fue aniquilado por operaciones militares con la participación activa de los campesinos.

Raúl Corrales Varela



Fotógrafo
de la revista *INRA*

Fidel salió en un helicóptero con Celia de la casa de San Francisco, cerca de Manzanillo, y fue hasta Oro de Guisa. Nosotros salimos hacia allá en un yipi con el comandante Piti Fajardo y de allí subimos a pie hasta Pino del Agua, por donde ya había pasado Fidel. A los dos días, vino un hombre con una nota de Fidel para Piti Fajardo para que me trasladaran hasta el Uvero. Salí en el helicóptero con René Otero como piloto.

Fidel estaba en el Uvero, donde organizó las milicias campesinas. La noticia que circulaba en la zona era que Fidel había citado a los campesinos de la Sierra Maestra para el Uvero.

Fidel Castro Ruz

En el libro de Antonio Núñez Jiménez, En marcha con Fidel-1960, el Jefe de la Revolución explica el asesinato de Pancho Tamayo, en relación directa con Beatón y su banda.

—No movilizamos el Ejército, porque creo que el Ejército no debe usarse nunca, sino cuando lo justifique una expedición

o alguna fuerza considerable. Nosotros habíamos hecho un ensayo persiguiendo prófugos en los montes con los campesinos. Fue en Pinar del Río, donde organizamos una patrulla campesina con doce hombres que capturaron al cabo Lara, que estuvo mucho tiempo de aquí para allá, de un lado para otro, a quien los contrarrevolucionarios estaban tratando de levantar. Y los campesinos los capturaron. Movilizamos a los alumnos de la escuela Minas del Frío de la Sierra, que son, posiblemente, los mejores soldados del mundo. Un grupo de muchachos campesinos, de las montañas, que forman la promoción nueva del Ejército. Son realmente duras las condiciones para pertenecer a esas unidades, porque tienen que pasar un año en la Sierra sin cobrar sueldo, y tienen que hacer veinte viajes al pico Turquino. Antes al Ejército entraba lo más bajo del pueblo, lo más holgazán. Ahora para ingresar en el Ejército tiene que ser lo mejor. [...]

[...] Movilizamos también varias patrullas campesinas de la zona. Pusimos al frente siete oficiales del Ejército Rebelde. Porque antes de que llegara el Ejército Rebelde, los campesinos estaban atravesando una situación de miedo. Entonces se comenzó el entrenamiento de los campesinos. Se organizaron ciento cincuenta de la zona, y se procedió a entrenarlos. Porque, lógicamente, esto sí lo puedo decir, los que más resuelven los problemas en cualquier sitio son los vecinos del lugar, porque la tarea de localizar un grupo muy reducido de hombres, en una zona montañosa, es una tarea muy difícil (Núñez, 1998a:138-140).

Raúl Corrales Varela

Nos fuimos para la Loma del 26 en unos yipis. Iban Fidel, Celia y la escolta. Allá arriba se reunió con el comandante Aldo Santamaría, que estaba al frente de la escuela de reclutas de Minas del Frío. Tuvimos que pasar la tarde y la noche en una casita campesina

porque cayó un tremendo aguacero y los yipis no podían bajar. Dormimos regados por el piso del bohío.

Al día siguiente regresamos de mañana hacia el Uvero. Cuando estábamos bajando, se sintieron unos disparos de fusil FAL hacia una cañada. Fidel bajó con la escolta hasta el lugar por donde se habían oído los tiros. Se averiguó que una posta del cerco había disparado dos tiros con su FAL a la banda de Beatón, que había pasado cerca. El soldado tenía el fusil semiautomático y Fidel le dijo que en los cercos el fusil se tenía que utilizar en ráfagas [*automático*] y se molestó porque no les hicieron nada a los bandidos, y los habían dejado escapar.

Miguel A. Lorente León



Capitán
del Ejército Rebelde.
General de brigada
de la reserva

Yo era el segundo jefe de la compañía D de armas pesadas, integrada por los alumnos de la escuela de reclutas de Minas del Frío. El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz nos mandó a buscar; atravesamos la Sierra Maestra y fuimos hasta el Uvero. Esta unidad estaba formada por tres pelotones con más de noventa hombres armados con fusiles Garand, ametralladoras calibre 30.06 y una ametralladora calibre 50. Teníamos un buen entrenamiento, ya habíamos subido once veces el pico Turquino.

Hablé con el Comandante en una casa que en la pared tenía un retrato de Camilo Cienfuegos. Fidel estaba sentado con el comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque y el comandante Calixto García Martínez. Empezó a hablar sobre la operación contra la banda de Manolo Beatón, de los recorridos que habían hecho las unidades durante la búsqueda de los bandidos y me planteó que necesitaba un hombre para enviarlo a cumplir una misión especial.

Me ofrecí, pero me respondió que no, porque yo era muy conocido en aquella zona, y mucho más después de las operaciones. En-

tonces, le propuse a otro oficial que era jefe de un pelotón de la compañía, el teniente Rolando Oropesa López. Los otros jefes de pelotones eran los tenientes Luis Marzo y Francisco Lorente; el segundo mío era el primer teniente René Núñez Alvarado. Mandamos a pasar al teniente Oropesa y el Comandante en Jefe habló con él delante de nosotros. Le explicó algunas de las cuestiones relacionadas con este grupo y la misión que debía cumplir. Después se quedaron solos y me retiré para la unidad nuestra en La Uvita, cerca de la bodeguita de Juan Balanza. Muy próxima estaba la casa donde velaron los restos del comandante Pancho Tamayo.

Después de pasar dos días operando por la zona próxima al pico Turquino, bajamos hasta el Uvero. Nuestro campamento estaba cerca del río La Bruja. En la bodeguita estábamos Aldo Santamaría, Piti Fajardo y otros compañeros. Yo andaba sin camisa, y en eso llegó el Comandante en Jefe en un helicóptero; estábamos conversando y salí corriendo a ponerme la camisa. Él nos saludó y me preguntó cómo se había desarrollado la operación. Le expliqué sobre el cerco que habíamos tendido en la parte de arriba. Se interesó por los Pardo y le dije que estaban todavía en las lomas. Me ordenó que, después que los compañeros comieran y descansaran, volviéramos a subir por el río La Bruja, por la cordillera hasta el Turquino, para continuar la búsqueda.

La banda de Beatón no presentó combate a las unidades que le perseguían y se dedicó a huir.

Después conocí que Oropesa había estado en un trabajo clandestino con un supuesto grupo de alzados, y que había asaltado una bodega. Terminadas las operaciones, se reintegró a nuestra compañía, que al principio tuvo como jefe al capitán Albis Ochoa Sánchez; yo era capitán y estaba de segundo al mando.

Antonio Núñez Jiménez

Nuestras milicias no tardan en capturar al bandido llamado Rafael, segundo de Beatón, así como a otro apellidado Gómez, entre cuyos crímenes se cuenta según nos confiesa haberle

cortado un brazo a su madre y herido de muerte a uno de sus hermanos, todo lo cual comunicamos por la radio de campaña a nuestro Comandante en Jefe (1998a:137).

Rolando Oropesa López



Teniente del Ejército Rebelde, formó parte de la jefatura del batallón que persiguió a la banda de Beatón. Coronel de la reserva

Nosotros salimos de Minas del Frío y cuando íbamos por la loma de La Jeringa, recibimos una orden del Comandante en Jefe Fidel Castro para que continuáramos rápido con la tropa para el Uvero. Ango Sotomayor era el jefe del destacamento y siguió por el firme de la Sierra Maestra. Yo bajé por el río Peladero, cruzamos por La Mula hacia La Uvita. Allí estuvimos hablando con los campesinos, quienes nos informaron cómo sucedió el asesinato del comandante Pancho Tamayo por la banda de Manolo Beatón. Poco después, seguimos hasta el Uvero. Cuando llegamos nos acomodamos y un compañero —no recuerdo si fue Miguel Lorente o Albis Ochoa— me dijo que me habían mandado a buscar; parece que se estaba buscando a un compañero con mis características para que cumpliera la misión de infiltrarse en la banda de los Beatón. Fui hasta el puesto de mando donde estaban Fidel, Calixto García y el capitán Ramón Valle Lazo.

Me condujeron desarmado como si estuviera preso —esa sería mi fachada— y me unieron a un grupo de detenidos. El Comandante en Jefe estaba interrogando a dos de aquellos individuos que habían estado alzados con Beatón. Cuando terminó, me llevaron hacia la parte de atrás, donde había un tronco de un árbol y el Comandante en Jefe habló conmigo. Me preguntó:

—¿Estás asustado?

—No, Comandante, yo sé que hay algo, pero no sé qué será —le respondí.

—Vamos a hacer un trabajo con esta gente y hace falta que tú te hagas pasar por un alzado prisionero. Te van a llevar para el

cuartel de Bayamo y de allí te trasladarán para otro lugar donde se realizará una operación, como si estuvieran alzados en contra de la Revolución —me explicó más o menos Fidel.

Al frente del supuesto grupo de bandidos iría el primer teniente César Cervantes, un hermano de César, otro de apellido Verdecia, Valodia, el Burrito, Tanganica y otros compañeros seleccionados para esta misión. En Bayamo estaba al frente del cuartel el capitán Roberto Piñeiro Soto, el Niño, que había sido de la escolta de Fidel, y uno de apellido Saavedra. Pero ellos no sabían nada y nos metieron en un calabozo.

Se organizó un simulacro de fuga del grupo y nos escapamos. Nos trasladamos para la zona de Hongolosongó y Manzanares, que está entre la loma de La Virgen, frente al santuario de El Cobre. En esta región vivían los familiares de Manolo Beatón y existía la idea de que él y sus hermanos se trasladarían hacia esa zona, pero antes de llegar allí fue capturado.

Empezamos a operar como bandidos, de acuerdo con las orientaciones que recibimos del Comandante en Jefe. Poco después, empezamos a establecer contactos con elementos contrarrevolucionarios de la gente de los Babún; ellos mandaron hombres que estaban «quemados» en Santiago de Cuba. Establecimos contactos con los colaboradores de Beatón. Poco después hubo problemas porque estaban Miguelito Ferreiro, Pedro Laviste, Pepín Márquez, Emilio López y los Babún, entre otros implicados en el apoyo a la contrarrevolución.

César Cervantes iba al frente de la organización de los contactos y yo era jefe del grupo de alzados. Estuvimos un tiempo en el monte. El Comandante en Jefe nos había indicado que tuviéramos mucho cuidado para que no se produjera una acción armada donde fuera muerto o herido algún compañero, pero nos vimos obligados a realizar una acción que consistió en el asalto a la tienda de Hongolosongó, de donde nos llevamos varios artículos y víveres; esto se realizó a medianoche. Le firmé un documento al dueño de la bodega, en calidad de jefe de los bandidos, para que no se viera involucrado ni sancionado por colaborar y para que se supiera que los productos se los habían quitado los «alzados» que apoyaban a la gente de Beatón.

Este hecho provocó que a los pocos días empezaran a mandar tropas hacia la zona sur de la Sierra Maestra. Las orientaciones del Comandante en Jefe eran que no se movilizaran tropas hacia el lugar donde nosotros operábamos y, si se realizaba algún movimiento, que tuvieran mucho cuidado para que no se produjera un encuentro con nosotros. Pero hubo un error y una tropa se metió en la profundidad, lo que dio como resultado que en una ocasión veníamos bajando a medianoche por la loma de La Virgen, donde estábamos acampados, hacia la zona de Hongolosongo; cuando íbamos pasando frente a la casa donde vivía la madre del Gallego, José R. Fernández, vimos una tropa que se estaba moviendo de noche. Entonces retrocedimos y decidí ir hasta Palma Soriano para informar lo que estaba sucediendo, porque se iba a producir un encuentro armado con algunas de estas tropas. Pero cuando llegué a la cortina de la presa de Puerto de Moya estaba el primer teniente Sigüenza con sus hombres y me detuvieron. Le expliqué que iba hacia Palma Soriano, llevaba una pistola encima y me preguntaron quién era. Le respondí que era Morales, el apellido que el Comandante en Jefe me había dado —creo que era ese—, y enseguida el primer teniente mandó a retirar a sus hombres. Me dijo que sabía quién yo era.

Llegué a Palma Soriano y fui hasta una casa donde me entrevisté con el capitán René Pacheco Silva. Le expliqué lo que estaba pasando y que se debía llamar urgentemente al comandante Calixto García a Santiago de Cuba, porque se habían violado las orientaciones recibidas sobre el movimiento de tropas y se iba a producir un incidente grave con nosotros.

Enseguida regresé al lugar donde estaba mi grupo y después me mandaron a un compañero del Departamento de Seguridad del Estado, la gente del capitán Joaquín Méndez Cominches, que se entrevistó conmigo. Le expliqué la situación y las consecuencias que podía acarrear un encuentro armado. Después se orientó por el Comandante en Jefe que se suspendiera esta operación. Se procedió a la detención de los colaboradores que antes mencioné, pero los Babún —que debían tenerlos controlados— se escaparon. Les había explicado a los compañeros de la Seguridad los

detalles de los contactos y los datos necesarios para las detenciones. Nosotros nos disgregamos y nos fuimos de la zona.

Después recibimos la orientación del Comandante en Jefe de regresar para explicarles a los campesinos que no éramos alzados ni estábamos en contra de la Revolución, porque había mucha confusión entre los vecinos de Manzanares y las zonas donde nos habíamos movido. Explicamos lo que había pasado porque cualquiera los podía confundir, incluso algunos de los colaboradores. También se le pagó al dueño de la tienda los productos que le habíamos ocupado.

La operación se canceló porque hubo cierta filtración de información y se hizo necesario cortar las acciones y seguir por otra vía la captura de los bandidos.

Al parecer Beatón trataba de llegar a la zona y tenía conocimiento de que estábamos alzados porque algunos de sus familiares habían hecho contacto con nosotros y sabían que él vendría hacia ese lugar en aquellos días anteriores a su captura. La información se obtuvo de su mujer o de un hermano y calculamos que andaba solo o con otro más.

Después me enteré de que había sido apresado por unos campesinos que se hicieron pasar por amigos.

Fidel Castro Ruz

—Se procedió a organizar a los campesinos del lugar y a entrenarlos. Eso fue en términos generales la táctica que se siguió [...]. Las patrullas campesinas empezaron a actuar dentro de determinadas demarcaciones. Se concluyó el entrenamiento rápido de los campesinos del lugar, se les proveyó de mochilas, de fusiles, todo el equipo y se enviaron ya en operaciones (Núñez, 1998a:140).

Fueron campesinos desarmados los que capturaron a los hermanos Beatón en plena Sierra Maestra. A principios de junio fue apresado el bandido Cipriano Beatón por los campesinos Radamés

Vaillant Carbonell, José de Ríos, Desiderio Bisé y otro conocido por Julio, en un lugar nombrado Hoyo de Frío, cerca de la Loma del 26. Ellos eran trabajadores de la antigua maderera Babún S. A. y ese día llovía a cántaros. Mataban el tiempo jugando a las cartas. De pronto, dos muchachos campesinos llegaron corriendo y agitados para informar que Popo Beatón estaba en Hoyo de Frío, en la casa del campesino Alonso Bacaelly.

Radamés Vaillant Carbonell



Campesino de la Sierra Maestra, protagonista de la captura de Beatón

En una entrevista realizada meses después, Radamés Vaillant Carbonell narró al periodista Santiago Cardosa Arias, de la revista INRA, los detalles de la captura del principal asesino del comandante Pancho Tamayo:

Cuando ya estábamos cerca de la casa vimos detrás de una piedra a Popo.

—¡Hey! Compañeros, ¿cómo están? —dijo como si nada pasara. Nosotros también le hicimos creer que no sabíamos en lo que él estaba metido. Le contestamos el saludo. Se había puesto una muda de ropa que Pucha le dio y también un plato de comida (Pucha es la señora de Alonso). Después nos pusimos a conversar. Descubriendo que ya nosotros sabíamos de sus trajines con su hermano Manolo y los otros criminales, nos contó lo que había pasado.

Dijo Popo —él andaba con otros dos alzados— que le mandó un recado al comandante Tamayo. Le puso como condición que tenía que ir solo, bien lejos del cuartel. «Tamayo, yo vengo aquí con el propósito de que usted me entregue el cuartel de La Uvita y las armas. Si no, tengo órdenes de matarlo...». Nos dijo Popo que el comandante se le resistió, y que entonces «tuvo que darle tres tiros».

[...] Nos dijo que había ido con el propósito también de ver a Eduardo Pupo, uno que nosotros le decíamos Lalo, que es el administrador de la maderera de Babún. Según Popo, este señor había quedado con él en ayudarlo en todo lo que pudiera. Pero como llovía mucho, Lalo no pudo bajar hasta donde él estaba. Popo nos pidió que le hiciéramos una facturita de víveres en la tienda. Le dimos una cantina con comida que le llevó Anesio Bisé. ¡Tenía un hambre loca! Se la tragó de un tirón, pese a que ya él había comido en casa de Pucha.

Después de comer, se fue para casa de Pucha. Nosotros nos hicimos los indiferentes. En casa de Pucha cogió una tijera y se cortó un poco la barba que le había crecido en el monte. Después se pasó una cuchillita de afeitar que Pucha le prestó. Yo lo seguí bastante cerca.

—Pucha —le dije a la señora de Alonso—, préstame un jabón, que me voy a bañar.

Fue lo único que se me ocurrió en ese momento. Popo estaba sentado en el borde de la cama. Yo quería que Pucha saliera del cuarto, pues no sabía como él iba a reaccionar cuando me le tirara encima. Y cuando ella salió a buscarme el jabón, vine por detrás y me le tiré de pronto:

—¡No te muevas! ¡Estás preso! —le grité mientras lo agarraba fuertemente.

—¡Ah!, pero ¿es de verdad?

—Sí —le dije—, porque nosotros no queremos por aquí a los contrarrevolucionarios.

Entre José de Ríos, Desiderio Bisé y uno que llaman Julio, amarramos a Popo. Y empezamos a gritar: «¡Guardia! ¡Guardia!». Los rebeldes que estaban en lo alto de la loma bajaron corriendo.

—¡No vayan a tirar! —les grité al ver que venían con los rifles en la mano—. ¡Este hombre no está armado! —lo tuvimos que aclarar para que los rebeldes no nos fueran a confundir.

Cuando se lo llevaban para el cuartel, Popo dijo a los rebeldes: —¡Me han agarrado, por la confianza que yo les tenía a estos compañeros! (Cardosa, 1960)

Un combate a mordidas

Pedro Ávila Matos, joven campesino de veintidós años, había salido de su casa para ayudar a unos vecinos que se habían quedado a dormir al otro lado del río Bayamita. Después llegó a la casa de unos compadres y tomó un poco de café. Desde el patio del bohío sintió unos gritos de dos hombres que llamaban desde la ribera opuesta. Uno de ellos era Edito Díaz Calzado, pero al otro no lo conocía; llevaba una mochila a la espalda y un hacha en la mano.

Pedro fue a ver qué se les ofrecía. Antes se quitó una camisa verde olivo que le había regalado Ilde Reina, un amigo del Ejército Rebelde. El individuo que estaba con Edito era Manolo Beatón y le dijo que Pedro era de confianza. El joven campesino logró tumbar un árbol para utilizarlo como una especie de puente para cruzar el río cuando sus gajos cayeran al otro lado, pero no cayó en el lugar adecuado y la corriente arrastró el árbol.

Pedro Ávila Matos[†]



Campeño
revolucionario
de la Sierra Maestra.
Mayor del Minint

Mientras tanto, vi que aquel individuo solo tenía una alpargata. Esto me hizo sospechar más. Edito me dijo que esa alpargata él se la había conseguido por la mañana. Algo me hizo pensar que aquel individuo tenía un problema. Que andaba huyendo. Se me ocurrió decirle que le iba a conseguir un zapato en casa de mis compadres. En realidad, lo que yo estaba planeando era cómo lle-

gar hasta él. Se me metió en la cabeza capturarlo. Ya yo había oído decir que los Beatón estaban alzados después de asesinar a los comandantes Cristino Naranjo y Pancho Tamayo. Yo no conocía a Manolo Beatón, pero sí a su hermano Cipriano, a quien le decíamos Popo porque habíamos trabajado en los pinares de Babún. Entonces fui a la casa de los compadres y le conseguí el zapato. Llegué hasta el frente de donde estaban y se lo tiré. Enseguida se lo puso. Edito me pidió el hacha para tumbar un palo y hacer un puente. Pero ese puente quedó difícil de cruzar, y el individuo no se atrevió a pasar. Al ver que ellos no pasaban, yo tampoco lo hice. Pero entonces vi las señas que me hacía Edito para que pasara rápido. El individuo no lo vio. Enseguida pasé el río; ya el individuo se había marchado.

Edito me dijo:

—¡Enseguida que él llegue hay que cogerlo! ¡Es gente mala!

Le dije:

—Bueno, compadre, hace rato que lo tengo chequeado. Hace tres noches que soñé con este fenómeno.

Llegamos a la casa de Edito donde ya estaba Beatón. Pedro le pidió un poco de café a Nicolasa, la esposa de Edito. Ella le ofreció comida al verlo sin camisa, mojado y con frío.

El bandido estaba en el patio de la casa, se había subido en una piedra y miraba hacia los lados, estaba nervioso. Pedro lo observaba desde el interior del bohío. Le dijo a la señora que no quería comer nada; solo quería agarrar a Beatón. Nicolasa le advirtió que tuviera mucho cuidado porque traía una pistola que le había enseñado a su esposo. No siguieron hablando porque ya el bandido se dirigía hacia la casa. Antes de esto, Beatón le había dado la mochila a Edito para que no se le mojara.

Cuando vino a buscar la mochila para irse, me paré en medio de la puerta de la casa. Entonces fue a pasar y le tiré el brazo derecho por el cuello y los dos nos fuimos a parar a la tierra. Fue entonces cuando me mordió el brazo derecho. Yo también lo mordí en la parte de la oreja, en el cuello y en el hombro. En el forcejeo él sacó la pistola, pero le tenía sujeta la mano izquierda

y no podía montarla. Mientras que forcejeábamos en el fango, me gritó:

—¡Traicionero! ¡No me muerdas más!

Yo sentía cómo su sangre caliente me entraba en la boca y la escupí. Como el hombre se resistía y tenía el arma en la mano, llamé a Edito para que le quitara la pistola.

Edito vino y se abrazó también con Beatón, que no quería soltar la pistola. Edito se la sujetó y trató de quitársela. Le gritó a Nicolasa:

—¡Tráeme el cuchillo que tengo ahí adentro!

Pero ella estaba muy nerviosa y no reaccionaba. Edito lo soltó y fue a buscar el cuchillo. Yo seguí aguantándolo y el bandido me decía:

—¡Por favor, suéltame! Yo soy el campesino Tomás Martínez.

Edito llegó enseguida con el cuchillo en la mano y le dije:

—Si le entrega la pistola, no lo mate, por favor.

Beatón decidió entregar la pistola a Edito y me dijo:

—¡No me muerdas más, suéltame!

Pedro y Edito cogieron una sogá y le amarraron las manos mientras insistía diciendo que era un campesino que iba para María Tomasa a sembrar café.

Era el 10 de junio de 1960, cerca de las 10:00 h. Pedro cogió la pistola y Edito siguió con el cuchillo; echaron a Beatón por delante y salieron hasta la casa de los padres de Tomasa, sus compadres, y allí le dieron comida a los tres. Como el bandido estaba echando mucha sangre de las mordidas, Pedro le lavó las heridas con agua tibia, le echó yodo y le puso una venda. Pedro también sangraba de la mordida en el brazo.

Beatón trató de persuadir al campesino para que les dijera a los muchachos que les soltaran las manos, porque le dolían. Pedro le respondió:

—¡Mi compadre no sabe nada de este asunto! ¡Aquí el que manda soy yo!

Beatón les pidió quedarse hasta el otro día, porque estaba muy cansado.

—Nosotros vamos para el Uvero ahora mismo. ¡De cualquier manera vamos!

El Uvero estaba a unos cuarenta kilómetros de Minas de San Miguel, donde se había producido la captura del bandido, hacia el firme de la Sierra Maestra: unos treinta kilómetros en línea recta.

Como a dos kilómetros paramos para interrogar de nuevo a Beatón:

—¿Usted me va a decir cómo se llama? ¡Usted no es Tomás Martínez!

Beatón pensó un momento y le volví a preguntar lo mismo, hasta que confesó:

—Bueno, iyo soy Manolo Beatón! Lo que quiero es que ustedes no me desamparen, porque el ejército puede ser que cometa un abuso conmigo.

—Pierda cuidado —le dije—, usted sabe que los soldados rebeldes no maltratan a nadie, ni siquiera a hombres como usted.

Cuando pasamos una cerca en el camino, los compañeros que me acompañaban —Efraín Diepa, Domingo y Valeriano Diversen y Eedito Díaz— y yo nos pusimos a cantar el *Himno del 26 de Julio*. A Beatón se le salieron las lágrimas. Les dije a mis compañeros: «¡Miren a ese tipo!».

Seguimos avanzando y, cuando ya estábamos cerca, mandé a Eedito Díaz para que hablara con Gilberto Cardero e Israel Pardo, para que no se fuera a producir una equivocación, pero antes de llegar al puesto de mando la posta detiene a Eedito Díaz porque lo confundieron con un alzado. Más atrás llegamos nosotros y me encuentro con un teniente al que le decían Puerto Padre. Al lado estaba Eedito y le pregunté:

—¿Cuñado, ya usted vio a los compañeros?

—No, porque el compañero me tiene detenido —respondió.

—¿Cómo detenido?

Y le digo al teniente:

—¿Usted conoce a este hombre? —y le señalo a Beatón.

—La verdad es que no lo conozco —me respondió.

—¡Este es Manuel Beatón!

Y me indicó con el dedo hacia una casita que se veía a lo lejos donde estaban reunidos ellos con su plana mayor. Llegamos hasta

allí, toqué a la puerta, pero no abrían; toqué más duro. Gilberto abrió de un tirón, pero cuando vio a Beatón preso, cruzó los brazos y dijo:

—¡Qué es esto que estoy mirando! —Llamó a los otros compañeros—. ¡Vengan acá, vengan a ver!

Se quedaron mirando a Beatón, que no estaba amarrado ya porque yo lo había soltado arriba en las lomas, cuando me preguntó si lo iba a matar. El detenido tenía un brazo lesionado de cuando se produjo la pelea, lo tenía vendado y la otra mano le servía para agarrarse a los árboles durante el camino.

Había cumplido veintidós años. Nací el 13 de mayo de 1938 en Piloto del Medio, provincia de Santiago de Cuba. Cuando aquello cargaba hasta diez latas de café maduro en un saco. Estaba fuerte y pude dominar a Beatón. Después de entregar al prisionero en la jefatura del Uvero, regresamos a nuestras casas. Supe que Fidel estuvo por la loma de La Virgen con un fusil FAL y cuatrocientas balas encima, bajó por el arroyo El Indio y estuvo varios días en esa operación.

La participación que tuvo Edito Díaz Calzado en la captura de Manolo Beatón fue decisiva, porque ese compañero era un hombre muy ágil y valiente. Gracias a su agilidad y valor para enfrentarse a la pelea que sostenía con Beatón fue que el bandido no me pudo matar. Beatón traía una pistola Luger, pero le falló que no pudo ponerle una bala en el directo porque yo le tenía aguantada la otra mano; también el factor sorpresa nos ayudó. Yo capturé al bandido en unión de un hombre muy valiente y decidido: fue decisiva la participación de Edito Díaz.

Un tiempo después, Fidel nos mandó a buscar para La Habana con el comandante Piti Fajardo. Nos recibió con alegría en el cuarto piso del edificio del INRA y dijo que quizás no podíamos apreciar el valor y la importancia que tenía el hecho de haber sido los campesinos los que habían capturado a Beatón en aquellos momentos. Pero él sí supo valorarlo y para la Revolución tenía una gran importancia. Nos dijo que debíamos hacer un recorrido por el país, conocer a los padres de Camilo Cienfuegos y de los hermanos Saíz, en Pinar del Río. Fuimos a la laguna del Tesoro, a la

Isla de la Juventud y a otros lugares para que apreciáramos lo que había hecho la Revolución en tan poco tiempo en el poder. También mandó a que nos entregaran una pistola Browning a cada uno de nosotros.

Después de estar en la prisión en Santiago de Cuba, Manuel Beatón dio su versión sobre el asesinato del comandante Cristino Naranjo, en la posta de entrada a Ciudad Libertad. Mintió y trató de justificar su acción criminal. El traidor hizo declaraciones al periodista César Marín, publicadas en la revista Bohemia del 19 de junio de 1960 bajo el título «Capturado, juzgado y condenado el prófugo Manuel Beatón»:

—Desde que me metí en la Sierra en los primeros días de abril, todo ha sido para mí ratos amargos, difíciles... Estuve escondiéndome en cuevas. Eran muchos los que me perseguían. Pasé mucha hambre, mucho frío. Estar en la Sierra, como se sabe, es muy duro.

—¿Sostuvo combates con sus perseguidores?

—Sí, varios. Pero siempre pude escaparme y esconderme.

Relata su aventura, en un huir constante, con el Ejército Rebelde y las milicias montunas en su rastro, hostilizado por los campesinos. A veces tuvo que correr horas enteras por entre derriscaderos y malezas, sintiendo silbar muy cerca las balas.

—Salía muy poco —confiesa—. Me pasaba casi todo el tiempo en cuevas para que no me encontrasen. [...] Ayer tenía más hambre que nunca. Como llovía tanto, pensé que no sería tanta la persecución y me salí algo de las montañas. Fui a buscar un poco de viandas y tabaco, aunque fuera verdoso, para fumar. No había caminado un kilómetro [*vuelve a mentir sobre su captura*] cuando me topé con la patrulla campesina. Les tiré con la P-38 que llevaba. Mis hermanos se arrojaron al suelo. Uno de los campesinos se me acercó y le arrojé la pistola a la cabeza... [...] Salí huyendo, pero estaba muy débil y cansado. Me caí al suelo y un guajiro se

me tiró encima. Nos abrazamos y me mordió en la cara. Cuando vine a ver ya estaba cogido, compay... (25, 1960:59)

El comandante Piti Fajardo declaró en el juicio que los bandidos asaltaron el cuartel del Uvero, de donde se llevaron las armas y apresaron a cuatro soldados rebeldes. Asaltaron también el cuartelito de La Uvita y ocuparon el aserrío El Macío.

Durante el juicio se dieron a conocer algunos detalles de la muerte del comandante Francisco Tamayo. Beatón lo había citado en la zona del río Peladero. Pancho llegó con cinco hombres y Beatón, actuando como quien acude a un encuentro pacífico, se precipitó con sus cómplices sobre la pequeña partida de forma sorpresiva. Los acompañantes de Tamayo quedaron desarmados rápidamente, pero el comandante conservó sus armas. Beatón lo conminó a entregarlas. La respuesta fue valiente: «¡Tienen que matarme para cogérlas!».

Cipriano Beatón admitió haber dado muerte al comandante Pancho Tamayo con un fusil Garand, a tres metros de distancia, pero que lo hizo cumpliendo órdenes de su hermano Manolo. Agregó que los hermanos Felipe y Félix Martínez le dispararon también con fusiles M-1. Félix le dio el tiro de gracia, según declaró David Alba, otro de los acusados.

Los bandidos prepararon la encerrona utilizando las relaciones con Pancho Tamayo y, amparándose en el nombre del comandante Calixto García, jefe militar de Oriente, lo atrajeron al lugar del crimen con el pretexto de una posible rendición.

Después del asesinato, la banda se dedicó a asaltar casas campesinas y pequeños comercios para abastecerse de víveres. Algunas viviendas, cuyas familias se negaron a prestarle ayuda, fueron quemadas. Durante el juicio quedó demostrada la colaboración de los hermanos Ibrahín y Teófilo Babún Selman, dueños de la maderera Babún S. A. y la fábrica de cemento Titán. También de Lalo Matos, capataz de los Babún, que al parecer se comprometieron a sacarlo de la zona, donde no contaban con el apoyo de los campesinos.

Manuel Fajardo Rivero, Piti[†]



Médico y combatiente,
jefe de operaciones
de LCB en 1960.
Comandante del
Ejército Rebelde

Las agencias UPI y AP pretendieron elevar a Beatón al rango de héroe, y eso lo perdió. Estoy convencido de que fue ayudado por autoridades norteamericanas. La zona donde operaba era patrullada frecuentemente por aviones de la Base Naval de Guantánamo.

Por aquella época, principios de abril último, cuando Beatón era la esperanza de los esbirros del exterior y sus padrinos yanquis, una catarata de cablegramas le atribuyó el mando de centenares de alzados, inventando un foco activo de «resistencia» que actuaba bajo las banderas del titulado Movimiento de Recuperación Revolucionaria [MRR], que dirige otro grupo de traidores: Artime, Michel, Lorie y Nino Díaz. [...]

[...]

La muerte del Viejo Tamayo, tan querido por los serranos, da frutos de indignación que culminan con la captura sucesiva de todos los contrarrevolucionarios, particularmente la del más buscado de todos: Manuel Beatón (*Bohemia* 25, 1960:77-78).

Fueron condenados a pena de muerte por fusilamiento Manuel y Cipriano Beatón; además, Felipe Martínez Norma; condenados a veinte y treinta años de reclusión siete de los inculcados, y remitidos a un reformatorio, hasta su mayoría de edad, los seis restantes acusados.

III

Los tres primeros bandidos capturados en el Escambray

«Hasta una aguja que se pierda en el Escambray la encontramos, si es necesario pondremos un miliciano en cada árbol de la sierra».

FIDEL CASTRO

Fidel Castro Ruz

A los primeros tres bandidos los capturamos nosotros. La escolta que estaba conmigo y yo capturamos a los primeros tres bandidos en el corazón del Escambray. Se escapó un hombre que estaba con ellos y yo dije: «Bueno, si llega el día y descubren que este se escapó, se van».

Hicimos una marcha de madrugada y llegamos amaneciendo. Estaban los tipos en un bohío y los capturamos. Dos de ellos resultaron heridos. El problema es que había gente en la casa y no podíamos tirarles. Le dije a Leoncito: «Ve acercándote y conmíñales a rendirse». Si salían corriendo para acá, había dos tiradores y yo para dispararles. Yo tenía una ametralladora MAG; estaba ansioso, con un buen trecho para tirarles si corrían por allí, pero cogí un FAL.

Entonces Leoncito se acercó a la casa y entró. Le dio el alto a un tipo y tiró. Los otros salieron como un trazo lumínico y, en lo que pasaron, nosotros tiramos. Pudieron correr unos veinte o veinticinco metros. Estaban armados. Uno cayó cuando Leoncito les tira y los otros dos cruzan. Ellos estaban abajo. Nosotros seguíamos su sicología: estábamos tres arriba, tres que estaban por aquí por el bajío y tres abajo. Yo sé que el guerrillero corre en la dirección contraria al fuego.

A uno lo cogieron con la mano, no estaba herido. De los dos a los que nosotros les tiramos, uno cayó herido no muy grave. Yo dije: «Hay que salvarlo», pero lo hicimos por humanidad. Llegamos al hospital y lo salvamos. Uno tenía como cinco tiros, fue al que le tiró Leoncito un rafagazo de una metralleta checa. Nosotros le dimos la checa a Leoncito, que tenía que arrastrarse, y nos quedamos con los FAL.

Nilo E. Rodríguez Oquendo



Teniente del
Ejército Rebelde
infiltrado entre los
bandidos. Jubilado

Yo había sido licenciado del Ejército Rebelde por ciertas causas y vendí una pistola mía en noventa y cinco pesos. Con ese dinero compré un automóvil del año 37, con el cual me fui al Mercado Único a tirar viandas para obtener el sustento familiar. Las causas de mi licenciamiento crearon condiciones favorables para que Alberto Walsh Ríos, que había sido compañero mío durante la guerra, creyera que estaba disgustado con la Revolución y que sería una carnada fácil para la contrarrevolución. Él había estado conmigo en el Frente Norte de Las Villas.

Recuerdo que nos encontramos cerca de la terminal de trenes. Él pasaba en un ómnibus y cuando me vio gritó: «¡Nilo!», me abrazó y me dijo que sentía mucho lo que me había sucedido, que era una cabronada. Yo conocía que su hermano estaba alzado en el Escambray, esto me iluminó la mente y le di entrada enseguida. Cuando me dijo estas cosas, le respondí que oportunidad habría para desquitarse. Mis palabras le abrieron el camino, me abrazó, me invitó a tomar algo y me propuso conspirar e irnos para el Escambray.

Como no sabía adónde dirigirme, fui a ver al comandante William Gálvez, que había sido mi jefe en el monte, y le informé sobre la proposición que me habían hecho. William presionó para que le

dijera quién era el conspirador, pero no se lo dije porque Alberto había sido, al igual que yo, subordinado a William, y hubiera procedido contra Alberto y no me hubiera dejado hacer el trabajo que yo pensaba. Discutimos mucho y al fin me dijo que me iba a poner en contacto con el compañero Olo Pantoja.

Fui a ver a William en tres o cuatro ocasiones, hasta que llegó el momento del alzamiento. Mi trabajo casi fue por la libre, con gran riesgo hasta de morir y de quedar como un contrarrevolucionario. El día antes de alzarme fui a ver a William y me dijo que les diera un plazo a los conspiradores, que les dijera que yo me alzaba después. Yo sabía que no podía ser, porque el compromiso era irme cuando me avisaran, y llegó el momento de irme sin tener un contacto con la Seguridad del Estado.

William Gálvez Rodríguez



Comandante del Ejército Rebelde, ocupó altos cargos militares en las FAR. Escritor e historiador. General de brigada de la reserva

Nilo fue a verme y me dijo en lo que estaba. Recuerdo que había tenido problemas. Le comuniqué a Piñeiro el caso y me dijo que sí, pero no se le dio respuesta al asunto. Entonces le dije a Nilo que se alzara, que si él era bueno que lo demostrara, y le agregué que yo respondía por esa decisión. También le indiqué que, una vez que estuviera alzado, le iba a escribir o iba a hablar con Aníbal Velaz o con Denis para comunicarle que él estaba alzado. Nilo era un hombre impulsivo y se alzó.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Un chofer de alquiler nos llevó hasta la ciudad de Colón. Allí hicimos contacto con el jefe de la contrarrevolución en la provin-

cia de Matanzas. Era el capitán Prado, que yo conocía, porque estuvo ingresado en el hospital militar donde yo era enfermero y se sintió muy contento al verme.

En Colón nos llevaron para una finca a Alberto y a mí. Comimos bien, nos dieron dinero y más tarde nos hicieron una despedida en un hotelito del pueblo.

Estando en Colón le hice una carta a William y la eché en un buzón; en ella le decía sobre los pasos que iba dando y que, a partir de ese momento, perdía el contacto. Creo que esa carta nunca llegó. Allí compartimos con otros elementos enemigos de la Revolución.

Después nos llevaron para Cienfuegos, nos alojaron en un hotel y más tarde nos sacaron en un auto de alquiler para La Sierrita, en el Escambray, en compañía de un tal Níco Mil y Pico. Este individuo había sido teniente del II Frente del Escambray, y era quien nos llevaba los abastecimientos junto con un mulatito bizco.

En una de las estribaciones cercanas a La Sierrita nos apostamos. Comíamos bien, nos atendieron muy bien y nos mandaron dinero. Allí estaban dos excasquitos de la tiranía que se alzaron con nosotros; eran de La Esperanza, uno se llamaba Orlando. Éramos cuatro y teníamos dos armas, el M-1 mío y el fusil que se llevó Alberto de La Habana. Después tuvimos dos armas más.

Cuando llegamos allí él era segundo teniente y yo primer teniente. Alberto me dijo: «Fíjate, Nilo, tú sabes que yo voy a ser el jefe». Le respondí que no me interesaba ser jefe, que lo que me interesaba era tumbar al Gobierno.

Al campesino de la casa lo había instruido para que, si un día nos sorprendían, dijera que nosotros habíamos llegado armados y lo habíamos obligado a cooperar, porque él sí podía salir, pero la mujer y los hijos se quedaban allí.

Braulia Tellería Muñoz[†]



Campechina de la finca
Pico Blanco

Eso fue en la casa mía en Pico Blanco (v. *imagen 11*). Ellos vinieron y dijeron que andaban en una operación, y que necesitaban quedarse unos días hasta que pudieran irse para arriba, pero que nadie podía saber que estaban allí. En la parte de atrás había una casita de desahogo y ahí armaron las hamacas. Yo les cocinaba y comían en el rancho de atrás. Yo le decía a mi marido, Gonzalo Gómez Jaureguí, que esta gente allí, aunque estuvieran en el rancho, era un compromiso porque si se formaba un tiroteo... Y pensaba en los muchachos, no pensaba en mí.

En el acta del interrogatorio efectuado a Leandro Alberto Walsh Ríos el 12 de septiembre de 1960 en la Sección de Operaciones Secretas de Marianao, firmada por José R. Mayans Rodríguez y el detenido, se lee lo siguiente:

[...] que al llegar a la casa le dijo a la señora que Ñico los había mandado, y esta señora no les hizo preguntas, pero les dijo que otros tres a los cuales también había mandado Ñico se habían marchado cuando los vieron venir ya que como iban vestidos de verde olivo pensaron que iban a arrestarlos, que entonces él le dijo a la señora que podía ir a buscar a los tres individuos ya que no era ese su propósito; que llegaron a la casa el día 3 de los corrientes, que en la casa al llegar ellos solamente se encontraban la señora, una hija de esta y los muchachos de ambas; que un muchacho de la casa fue a buscar a los tres individuos y los trajo alrededor de las seis de la tarde, ya que ellos habían llegado a la casa alrededor de la una de la tarde; que en ningún momento conoció que los tres individuos que estaban en la casa eran exmilitares, y que suponía que los mismos estaban esperando un práctico que los

llevara a la sierra; que uno de los individuos le contó que tenía un hermano condenado a ochenta y cinco años de cárcel; que les contó a los tres individuos y a la señora de la casa lo que él iba a hacer en la sierra.

Julián Morejón Gibert



Soldado del Ejército Rebelde. Combatiente internacionalista con el Che en el Congo. Jubilado

El campesino de la casa era un hombre medio aindiado. Trabajaba como lechero en la finca de un terrateniente de la zona. El hombre los escondió allí, y después contó que había llevado unos paquetes que le dijeron que eran de café, y aquella gente había ido a recoger café a esa finca.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Entre las informaciones que nos llegaban, se decía de acumular la mayor cantidad de gente en el Escambray, para que el ejército y la milicia se movilizaran detrás de nosotros y así pudieran realizar más fácilmente un desembarco los norteamericanos.

Fidel Castro Ruz

En declaraciones pronunciadas el sábado 15 de octubre de 1960 en el programa especial Ante la Prensa, del Canal 6 de la televisión, el Comandante en Jefe recordaba:

[...] Entonces, ellos habían dado la consigna, en distintos lugares de Cuba, de formar grupos de alzados; tratar de formar perturbación en distintas zonas rurales, parece como para preparar

condiciones y después enviar las expediciones que están preparando fuera (*Revolución*, 17-10-1960:9).

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Allí en Pico Blanco pasamos unos días, no recuerdo bien. Se hablaba de muchos alzados en un lugar y otro, de los planes que tenían los norteamericanos de atacar a Cuba. Los planes de Alberto eran incorporarse a la banda de su hermano Sinesio, y si la cosa se ponía mala, nos iríamos él, Sinesio y yo en un barco por Morón, zona de Camagüey, que conocíamos bien. Había otros colaboradores de alzados, entre ellos un mulatigo que no recuerdo el nombre y los dueños de la bodega de La Sierrita. En ese lugar fue donde se escondieron las armas que después se subieron para donde estábamos nosotros.

Fidel Castro Ruz

Y cuando uno analiza a todos los individuos que estaban ayudando, se encuentra a un señor que se dedicaba a la trata de blancas por allá por Manicaragua, alzado; el alcalde del Partido Unión Radical (PUR), de no sé dónde, apoyando a los contrarrevolucionarios, el intermediario tal, el latifundista tal, entonces se veía la agrupación completa de todos estos señores afectados por la Revolución. ¿Teniendo a quién? En primer lugar al casquito, en segundo lugar al licenciado por acto impropio de un revolucionario, en tercer lugar al aventurero, el tipo desertor, el tipo borracho, el tipo que no se le permite robar, porque hubo aquí oportunistas que creyeron también que iban a ser lo de siempre y mucha gente que enseguida corrió a ponerse un uniforme y creían que los iban a dejar explotar el juego, robar, cobrar un sueldo de la compañía tal y más cual, y eso no fue. Algunos se desilusionaron con eso.

Entonces los elementos desertores, casquitos, batistianos, se juntaron allí (*Revolución*, 17-10-1960:9).

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Comencé a tratar de salir para volver a hacer contacto, para preparar condiciones en Morón, Camagüey, donde yo le decía a Alberto que podía organizar un movimiento fuerte de apoyo a la lucha de nosotros; pero él no quería que fuera, prefería hacer primero contacto con su hermano, lo que nunca logró. Esa era la oportunidad que podía tener para comunicarme con la Seguridad o con William para que me pusiera en contacto con la Seguridad, pero no pudo ser.

Estando allí a uno de los excasquitos que estaba alzado lo mandamos a buscar dinero a Colón y cuando regresó trajo la noticia de que algunos miembros del escuadrón de Colón y el cuartel de Calimete completo se iban a alzar. Aquello me preocupó y entendí que se alzara aquella cantidad de gente era un escándalo, y no tenía un contacto directo, ni nadie que me guiara, y eso me desquició la mente.

Esa noche del 7 de septiembre de 1960 decidí salir. Allí no hacíamos guardia, estábamos tan confiados que Alberto no quería ponerlas; pero yo hacía posta todas las noches, le decía que no, que yo iba a hacer posta, que era muy desconfiado: «Duerman ustedes que yo voy a hacer guardia en las horas que entienda», y con eso a ellos no les extrañó que me fuera. Todas las noches, como no sabía el camino, iba bajando con rumbo al terraplén, hasta que una noche llegué allí y aprendí el camino para salir. Cuando llegó aquella noticia de Colón, salí y llegué a La Sierrita. Sorprendí a los guardias que estaban de posta. Les dije: «Yo voy para donde está el jefe de ustedes».

En el acta de su interrogatorio Leandro A. Walsh expone:

[...] que Nilo Enrique siempre quería hacer las guardias, y que cuando hizo la guardia el día 7 en horas de la noche al

amanecer al día siguiente cuando ellos despertaron ya se había marchado [...].

Pablo Socarrás Rodríguez[†]



Subteniente jefe del cuartel de La Sierrita

Cuando aquello era segundo teniente, fui trasladado primero para Cienfuegos y después para La Sierrita. Ya en aquellos días se hablaba de alzados en el Escambray. Una noche se nos presentó un supuesto alzado. Hablé con él y me dijo que había gente alzada en la zona. Pensé realizar la operación con los compañeros que tenía en el cuartel pero pensé que podía ser una trampa y que podían ser más los bandidos.

Inocencio Rodríguez Abreu

Soldado del Ejército Rebelde.
Director regional de la Agricultura
en el Escambray en 1973. Jubilado

[...] Nosotros éramos un grupo de diez soldados con un sargento y un teniente, que estábamos destacados en el cuartel de La Sierrita. El teniente era Pablo Socarrás y el sargento era Orestes Lemes.

Allí se hacía guardias con los milicianos del pueblo. Las milicias de los centros de trabajo cuidaban sus propios centros y algunos objetivos concretos: la bomba de gasolina, el transformador de electricidad y algunos otros puntos de La Sierrita. Entonces a la bomba de gasolina llega un individuo armado, se presenta ante el miliciano que está allí y le pregunta que dónde queda el cuartel, que va a hacer una denuncia. Y el miliciano lo conduce al mismo cuartel.

Allí estábamos en ese momento el soldado Rafael Figueredo y yo, y llega el hombre con un M-1 y dice:

—Vengo a denunciar a un grupo ahí que viene a tirotear esto aquí.

Le pregunto:

—¿Quién tú eres?

Dice:

—No, yo soy del G-2.

—¿Dónde tú estabas?

—No, yo estaba con ellos.

—Bueno, ven, dame acá...

Y le quitamos el M-1. Él protesta:

—No, pero yo no soy alzado, yo soy del G-2, de la Seguridad del Estado.

—Bueno —le decimos—, tú serás del G-2, pero vamos a trancarte.

Y lo dejamos detenido. Entonces nos cuenta:

—Nosotros subimos por aquí más o menos el día primero de este mes. Entonces estábamos allá arriba, en la loma esa, con tres más, yo vine infiltrado con ellos, y ahora estaba de guardia y cuando se durmieron me les fui.

Entonces llamamos a los demás compañeros para tomar nosotros los puntos claves. Uno de los guardias dice:

—Esperen un momento, que antes que amanezca hay que coger alguna gente aquí de La Sierrita, los colaboradores.

Nosotros más o menos conocíamos a los colaboradores del pueblo, porque precisamente el día en que esa gente subieron, lo hicieron en una máquina, vestidos de soldados, incluso uno vestido de teniente, y esa máquina viró vacía al poco rato y nosotros anduvimos indagando dónde se había bajado la gente y nadie nos supo decir. Desde entonces tuvimos sospechas y estábamos todavía averiguando dónde se aparearon.

Pero entonces ahora el detenido nos ha dicho el nombre de un colaborador: Bebo Peña. Entonces le digo:

—Pero hay otro más, el hermano.

Dice:

—Sí, Cuco Peña.

Le digo:

—Pero hay otro más, el bizquito de la vaquería.

Dice:

—Sí, el bizquito ese nos llevó la comida y las armas allá arriba.

Y así, poco a poco, unos que sabíamos nosotros y otros que nos dijo él, tuvimos enseñada la relación de todos los colaboradores: uno [*al*] que le decían Níco Mil y Pico, Antonio Rodríguez, Luis Alonso... Es decir, que esa noche cayeron presos todos los colaboradores. Y decidimos avisar a la capitanía de Cienfuegos (García, 1973:33).

Pablo Socarrás Rodríguez

Decidí ir hasta el escuadrón de Cienfuegos donde estaba el capitán Borot para informarle sobre el asunto. Al llegar allí no me querían decir dónde estaba Borot, porque andaba con el Comandante en Jefe. Le expliqué la situación al segundo teniente Oscar Sancho Mejías, Papacho, y con él fui hasta el hospital donde estaba Borot. Hablé con él y después entró. Me dijo que saliera para La Sierrita, porque el Comandante en Jefe iba para allá. Pensé que no podía ser, porque era bastante peligroso que él se metiera allí con una escolta de pocos hombres.

Jesús Padilla Silveira[†]



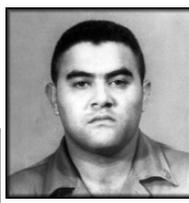
Subteniente. Escolta del Comandante en Jefe. Coronel de las FAR

Fidel estaba en un recorrido por Santa Clara y fuimos hasta La Campana, cerca de Manicaragua, donde había una escuela de mili-

cianos, de la cual era jefe Julio Sánchez Rojas, que perteneció a los grupos clandestinos de Santiago de Cuba. Allí el Comandante en Jefe observó el tipo de preparación que recibían los milicianos: les daban una semana de entrenamiento, se organizaban unidades de combate y los enviaban para luchar contra los primeros focos de bandidos. El Comandante en Jefe orientó que se les enseñaran los elementos básicos del tiro con fusil y algunos elementos de táctica para protegerse durante las acciones.

Nos llegó la información sobre el comandante Félix Duque, que estaba ingresado en el hospital de Cienfuegos debido a un accidente de tránsito que había tenido. Fidel fue a visitarlo y del hospital nos trasladamos al hotel Jagua, donde nos llegó la noticia de la ubicación de un grupo de bandidos en La Sierrita. Fidel pidió unos mapas para la localización del lugar. Después dio la orden de buscar una compañía de soldados de la gente del comandante Orlando Rodríguez Puertas, la que tenía que trasladarse desde Santa Clara. De Cienfuegos salimos después de la medianoche, y nos paramos en un tramo de la carretera de Trinidad para esperar la compañía de refuerzo, pero el Comandante consideró que no había tiempo para llegar antes del amanecer al lugar donde estaban los bandidos, y salimos hacia La Sierrita con el grupito que andaba con nosotros.

José A. Borot García



Capitán jefe del escuadrón de Cienfuegos. Ocupó distintas responsabilidades en el Mined. Jubilado

Estábamos en una de las habitaciones del hotel Jagua, en Cienfuegos, donde se encontraba el Comandante en Jefe, los comandantes Piti Fajardo, Orlando Rodríguez Puertas, Luis Borges Alducín, Carlos Iglesias, el capitán Emilio Aragónés y yo.

Fidel empezó a explicar que la forma de capturar a los bandidos, por el carácter estratégico que esto tenía, no era la que nosotros

estábamos empleando para tratar de cogerlos; decía que no era un error que nosotros estuviéramos cometiendo, sino que había que aplicar medidas distintas para localizar el foco de alzados y resolver la situación, que se estaba tornando difícil en el Escambray. Hizo una explicación del problema y por la magnitud que le dio en aquel momento no creo que pude valorarla con profundidad, dado el bajo nivel que tenía de cuestiones estratégicas. Puso un mapa y planteó la necesidad de partir el Escambray en dos partes, y empezar las operaciones desde la carretera de Topes de Collantes a Manicaragua, Cruces y todo el lomerío de esa zona, que ya se habían complicado en esos días con el alzamiento del excapitán Sinesio Walsh Ríos, que fue jefe del escuadrón de Cruces.

Fidel empezó a romper papelitos y los iba poniendo sobre el mapa, por donde consideraba que debían entrar las tropas nuestras, y fue localizando los caminos. Algunos compañeros quisieron dar algunas opiniones, pero parece que no tenían todos los elementos que tenía Fidel y él les pidió que se calmaran, porque quería explicar la idea estratégica que tenía y la forma en que debíamos realizar las primeras operaciones contra los bandidos.

Mientras esto sucedía me llamaron para decirme que un compañero me quería ver con urgencia. Le dije a Puertas que le pidiera permiso a Fidel para salir un momento, pero él le había dicho que no lo interrumpieran. Abajo el compañero seguía insistiendo y le volví a plantear el problema a Puertas, quien se lo comunicó al Comandante, que mandó a que subiera.

En presencia nuestra Fidel interrogó al hombre aquel, le preguntó en detalles cómo sabía que estaban allí, el lugar donde estaban; finalmente precisó que decía la verdad.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Hablé con el teniente, le digo que era capitán del G-2 y que estaba infiltrado entre los alzados, y que había que coger a esa gente. El teniente se equivocó y me dijo que me iba a llevar para

otro lugar y me llevó para Cienfuegos donde estaba de jefe el capitán Borot.

Después, Borot me llevó al hospital donde se encontraba Fidel, que fue a ver al comandante Félix Duque, quien había sufrido un accidente de tránsito y tenía una pierna fracturada. Tuve gran suerte, porque en un tipo de misión como esta encontrarse con Fidel fue algo tremendo que siempre recordaré. Lo saludé; allí estaban el comandante Borges, el capitán Gregorio Junco y otros. Ellos me conocían y me saludaron. Fidel vio que me conocían, estaba sentado al lado de la cama de Duque, y de vez en cuando me miraba como analizándome. Me sentaron al lado de la puerta y veía a Fidel que había encendido un tabaco, y lo movía de un extremo a otro de los labios.

José A. León Lima, Leoncito

El 7 de septiembre de 1960 estábamos con el Comandante en Jefe en un recorrido por Santa Clara y Cienfuegos. Fidel aprovechó, durante su visita a Cienfuegos, para ir a ver al comandante Félix Duque, que estaba ingresado en el hospital de esa localidad. Duque había sufrido un accidente de tránsito al chocar el auto con una alcantarilla en la carretera de Trinidad.

Con anterioridad el Comandante en Jefe se había reunido con un numeroso grupo de oficiales en el hotel Jagua, adonde había llegado a las 15:15 horas.¹

Estando en el hospital, ya bastante avanzada la noche, llegaron unos compañeros buscando al capitán Borot. Este salió y habló con uno de los compañeros, que era el teniente Nilo, infiltrado en un grupo de bandidos.

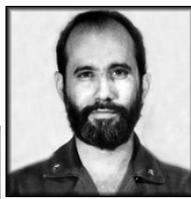
1 En los apuntes personales tomados ese mismo día por Leoncito, aparece que el Comandante en Jefe salió de La Habana el 7 de septiembre de 1960, estuvo en la Escuela de Milicias Campesinas en La Campana y a las 15:15 h ya estaba en el hotel Jagua de Cienfuegos. A las 01:05 h del 8 de septiembre salió para el hospital donde vio al comandante Félix Duque. A las 03:30 h partió para La Sierrita.

Entonces salió Fidel y se interesó por lo que estaban hablando. Se sentaron en un banquito de madera en la parte de afuera con Borot y otros más. Fidel interrogó a Nilo y determinó que este decía verdad, que había unos alzados y que Nilo se había escurrido sin que los otros se dieran cuenta. Fidel dijo: «Este hombre tiene razón, están allí y los vamos a coger». Mandó a otros compañeros delante y dijo que él iría después. Salimos a las 03:30 h hacia La Sierrita.

Desde la ciudad de Cienfuegos hasta La Sierrita, actualmente, hay unos treinta y seis kilómetros por la carretera que sigue para Rancho Luna. Desde el cruce de la carretera Trinidad-Cienfuegos hasta La Sierrita hay una distancia de cinco kilómetros.

En septiembre de 1960 se iba por la carretera vieja, más estrecha, y el recorrido era más largo. En el año 1959 este poblado tenía unas cuarenta casas. En 1990 contaba con seiscientos diez núcleos familiares, instalaciones de todo tipo propias para una comunidad, escuelas, policlínico y otros, como parte de la obra de la Revolución en beneficio del campesinado.

Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua



Comandante
del Ejército Rebelde,
comisionado
en Las Villas.
Coronel de la reserva

Estando en Cienfuegos llegó una información sobre unos alzados que estaban en La Sierrita y que se iban a capturar esa noche. También se decía que se produciría un hecho grande en el escuadrón de Colón como apoyo a los bandidos, pero el jefe de esa unidad ignoraba tal situación. Era una especie de conspiración, cuyas características se desconocían. Se estaba organizando la gente que saldría a buscar a los bandidos. Hubo cierta discusión porque algunos compañeros no querían que Fidel se

metiera en esta operación. Entonces él me dio instrucciones para que fuera urgentemente para Colón con otros compañeros, y detuviera a unos individuos. Me dio una nota para el jefe del escuadrón,² supongo que debo de haber llevado en la mente los nombres de las gentes a quienes había que detener, porque la nota no decía quiénes eran. Fidel me dijo que no parara en la posta, que ocupara el escuadrón y detuviera a los encartados. La gente que iba conmigo se desplegó, controlamos la posta y despertamos al jefe, a quien le informé sobre las instrucciones que tenía; pero allí todo estaba en calma. No recuerdo cuáles fueron las actuaciones, ni nada sobre la detención de los sujetos.

La nota decía (v. imagen 12):

Al compañero jefe del escuadrón de Colón:

El comandante Carlos Iglesias se traslada a esa a fin de proceder a la detención de tres personas por actividades contrarrevolucionarias. Por la urgencia del caso no ha podido comunicarse al jefe de regimiento. Las tres personas arrestadas deberán ser trasladadas a Cienfuegos. Comunique el contenido de esta nota al jefe de regimiento para que conozca que el portador actúa por órdenes directas mías.

Atentamente,

Fidel Castro Ruz

Cienfuegos, Sep. 8, 60.

Julián Morejón Gibert

Borot me dijo que iba a salir con Fidel y otros compañeros, pero que no le contara a nadie, ni a los soldados, que iba Fidel.

2 *El jefe del escuadrón era el primer teniente Elgin Fontaine Ortiz (v. imagen 13), invasor de la Columna 2 Antonio Maceo. Recibió la nota y se la entregó a la que entonces era su novia Marina Ralló González, quien guardó este valioso documento por más de treinta años.*

Pero cuando llegamos a La Sierrita le dije a Socarrás que detrás venía Fidel para que lo recibiera.

Pablo Socarrás Rodríguez

Cuando el Comandante en Jefe llegó al cuartel, me puso la mano en el hombro y me dijo que si yo creía que era Pancho Villa, porque me había puesto un sombrero negro, una bandolera cruzada y llevaba una escopeta de perdigones. Le respondí que me ponía aquellas cosas para las operaciones, pero solo fue una broma.

Fidel puso un mapa encima de un buró. Yo no conocía de mapas, pero sí sabía el lugar donde estaban los bandidos. Me dijo que saliera en un yipi con las luces apagadas y bajara hasta Río Chiquito a coéger por Gingibrito y por ese camino salir al alto; era más bien un trillo.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Del Jagua salimos en los vehículos para La Sierrita y nos dirigimos a la parte de atrás del cuartel. Salimos atravesando por allí. Llevamos de guía al Abuelo, un sargento de bastante edad que pertenecía al Ejército Rebelde.

Inocencio Rodríguez Abreu

Y los compañeros regresaron, como a las dos de la madrugada. Y nosotros esperando, sin que pasara nada. A las cuatro menos cuarto llega Fidel con unos cuantos compañeros. Entonces estaba Fidel allí, y era la primera vez que yo lo veía de cerca, hablaba con él. Dice el Comandante:

—Bueno, explíquenme cómo es el lugar donde están. ¿Quién es el que conoce mejor ese lugar?

El cabo Ramón Hernández Placencia, a quien nosotros le decíamos Abuelo, dice que yo soy el más conocedor. Fidel me pregunta directamente. Le explico. Dice:

—¿Hay algún camino por la retaguardia?

Le digo:

—Sí, hay un camino desde la casita que continúa loma arriba y de ahí se dirige en vuelta de Gingibrito; otro viene con rumbo de Monforte y para San José —es decir, que después que está arriba en la loma, uno tiene para coger una pila de lugares, y lugares bastante difíciles.

Entonces Fidel dice:

—Bueno, hay que coger ese camino, ese camino de la retaguardia hay que tomarlo.

Y yo aventuro mi opinión sincera:

—Me parece, Comandante, que ya a esta hora esa gente no está ahí, ya volaron a esta hora.

Y entonces, con una gran seguridad, Fidel dice:

—Sí, esa gente sí están ahí; si acaso se van, esperan que amanezca y entonces van echando poco a poco. Por eso es que hay que coger el camino de la retaguardia antes de que amanezca. ¿Qué distancia hay por aquí, por derecho?

Digo:

—Habrá dos kilómetros o dos y medio.

—¿Y por la vuelta que van a ir ustedes?

Digo:

—Habrá ocho o nueve kilómetros, pero loma arriba, caminos malos.

Dice Fidel:

—¿Quién va a ir?

El cabo Abuelo dice:

—Que vaya él mismo.

Me pregunta Fidel:

—¿Cuántos hombres vas a llevar?

Le digo:

—No, yo con tres hombres tengo.

—¿Y qué armas llevan?

—Garand todo el mundo.

—¡Pues andando! (García, 1973:33)

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Durante el camino, en ocasiones Fidel se puso en la punta de la vanguardia, y yo le decía que debíamos ir el Abuelo o yo para ir cortando camino sin ser vistos.

José A. León Lima, Leoncito

Era una noche de mucha lluvia. Llegamos a ese lugar y el Comandante en Jefe buscó un práctico para que nos llevara hasta el sitio donde estaban los bandidos. Caminamos a campo traviesa, había mucho fango y se dificultaba avanzar, por eso nos atrasamos un poco. Dimos una vuelta para que la gente no se diera cuenta de que íbamos a rodear la zona, porque otros grupos tomaban posiciones.

Jesús Padilla Silveira

Allá arriba dejamos a unos compañeros para que cuidaran los vehículos y los medios que traíamos. Un guía fue con nosotros y, casi llegando al lugar, se veía una hilera de árboles y una cerca que estaba junto a un caminito. Estaba amaneciendo y se veía contra el cielo la silueta de la montaña. En esos momentos, Fidel llamó al guía para hacerle unas preguntas. Yo iba detrás del guía y oí la conversación:

—Ven acá, ¿dónde está la casa? —le preguntó Fidel.

—Allí, del lado de acá de esa loma grande que se ve allá —responde el guía.

—¿Qué hay a la derecha? —vuelve a preguntar el Comandante.

—Hay una cañada —contesta el combatiente.

Entonces Fidel dice:

—Puertas, coge unos hombres y busca una buena posición en la cañada, que ellos van a venir en esa dirección.

Nosotros seguimos caminando unos minutos y nos paramos. El Comandante llamó a Leoncito y lo mandó con el guía para que entrara por la parte de atrás de la casa y sorprendiera a los bandidos. Avanzamos hacia una pendiente y nos paramos en una altura desde donde se veía abajo el vacío y la casita. Buscamos una posición en la que estábamos el Comandante, Pupo, creo que Valle y yo.

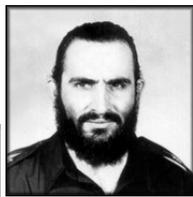
Julián Morejón Gibert

Cuando íbamos hacia donde estaban los bandidos, hubo un error, porque rodeamos la casa de abajo. Parece que el infiltrado se confundió, pero cuando se ubicó bien dijo que era la casa de Garriga [*así le decían a Domingo Gómez Jaureguí, hermano de Gonzalo, el esposo de Braulia*].

José A. León Lima, Leoncito

Ya cuando iba a comenzar a amanecer, Fidel dijo que nos apuráramos porque íbamos a llegar de día al lugar donde estaban los bandidos. Él se quedó en el firme con Pupo, Valle y Jesús Padilla.

Ramón Valle Lazo



Capitán del Ejército Rebelde, jefe de grupo de la escolta del Comandante en Jefe. General de brigada de la reserva

El Comandante en Jefe mandó al comandante Piti Fajardo a ocupar el arroyo con otros compañeros y se quedó con el FAL en lo alto de la loma. Yo me quedé con la ametralladora MAG, entonces mandó a Leoncito y a un grupito a dar la vuelta por la otra loma. Por el frente estábamos él y yo, colocado a su derecha.

José A. León Lima, Leoncito

Cuando aclaró, Fidel se puso a observar el terreno. Se veía el bohío y el movimiento de gente afuera. Se percató de que había una mujer y unos niños que estaban a un costado de la casita, y decidió ver cómo podíamos sorprender a los bandidos para no poner en peligro la vida de los niños y la mujer.

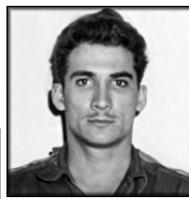
El Comandante me ordenó que fuera con cuatro compañeros por la parte de atrás de la casa —entre ellos iba el Abuelo—, e hicimos un rodeo por detrás de la loma; a mitad de camino, vimos un trillo que tenía huellas y dejamos allí a un compañero, no fuera a ser que los bandidos, que no vimos en la casa, hubieran salido a una exploración, a hacer sus necesidades, o algo por el estilo, y con esto evitábamos una sorpresa por la espalda. Conmigo siguió el Abuelo.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Al llegar al lugar indicado, se situaron hombres en una cañada, que era por donde yo conocía que trataría de irse Alberto, y donde teníamos preparada la retirada si nos sorprendían. Por esa parte se situó el comandante Orlando Rodríguez Puertas, Piti Fajardo y algunos guardias de La Sierrita. Fidel se ubicó a la dere-

cha de la casa, en una elevación. Un poco más distante, en la misma altura, se situaron otros compañeros. La casa tenía una explanada ancha en la loma y había un desnivel del terreno hacia el patio por donde estaba la cocina, el cual era más alto que el techo del bohío, y por allí se tiró Leoncito.

Orlando Pupo Peña



Jefe de la escolta del
Comandante en Jefe.
Capitán del Ejército
Rebelde. Coronel
de la reserva

Estaba amaneciendo y parece que estaban haciendo café dentro de la casa, porque salía un humito por el techo de guano; había salido un hombre que se puso a picar leña con un hacha. Fidel había mandado a Leoncito con otros compañeros para que fueran y entraran por la parte de atrás del bohío y, cuando entró, se formó el tiroteo.

José A. León Lima, Leoncito

Cuando estábamos cerca de la casa, tuvimos que arrastrarnos por un sembrado de frijoles, cerca de donde estaban los niños, para aproximarnos lo más posible al bohío. Detrás de la vivienda había una mata un poco gruesa y allí dejé al Abuelo parapetado para que me protegiera; le dije que no dejara entrar a nadie por allí. Me pegué a la pared, miré por la ventana con mucho cuidado, vi que no había nadie y salté dentro.

Cuando entré al primer cuarto, oí que uno de la gente nuestra les decía algo a los niños. Consideré que aquello era una locura, una estupidez de alguien que no tenía que estar en esa dirección y que se acercó a la casa, ya que Fidel había organizado el cerco al lugar y debían mantenerse en sus posiciones algo distantes al bohío. Yo llevaba una subametralladora modelo 25 que le habían regalado al Comandante; llevé esa arma porque era más liviana.

Cuando oí aquello pensé que ya no existía la sorpresa, di un salto y caí en la sala. Dentro había un bandido al lado de la mesa donde estaban las armas y trató de coger una; otro entró corriendo y se sorprendió al verme. Traía un fusil en las manos y le dije: «¡Suéltalo!». Le disparé al primero una ráfaga corta y cayó herido. En el portal había un tercero sentado en un taburete, era el mismo que habíamos visto desde la loma. En eso veo que se para y se manda a correr, pero el que traía el fusil me estaba tapando la puerta y le grité que soltara el fusil para poder tirarle al otro, pero cuando pude tirar ya se estaba perdiendo en la cañada. Disparé once tiros y les di con siete a los que fueron heridos.

Braulio Tellería Muñoz

Yo estaba lavando en el portal y sentí un ruido dentro de la casa, y me asusté. Por la parte de atrás estaba la puerta del comedor. No vi cuando entraron los que venían a cogerlos. Había uno co-siendo una mochila, estaba sentado en un taburete recostado en la pared cuando llegaron los otros. Ellos se iban esa noche.

Jesús Padilla Silveira

Cuando Leoncito se metió dentro del bohío se formó el tiro-teo. Era casi de día, miré para atrás y se veía flotar el humo de la pólvora de nuestras armas. Sentimos la voz de Leoncito que decía que no tiraran, que había un herido y salió de la casa.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Esperamos a que los conminaran a rendirse, que estaban rodeados. Esa fue la idea de Fidel, tratar de cogerlos vivos. Además, él tenía preocupación, porque yo le había informado que dentro había una mujer y dos niños.

Ramón Valle Lazo

De momento se oyó el tiroteo dentro de la casa, y salen por el frente un hombre, una mujer y dos niños. Ya nosotros los habíamos visto. Entonces el Comandante dice: «¡Cuidado con los niños!». Yo iba a disparar pero él me dijo que no tirara.

Braulia Tellería Muñoz

Yo salí corriendo con los niños hacia el cafetal que estaba a la derecha de la casa. El Negro se me perdió y le decía: «¡Negro, ven, que te van a matar!». Pero el Negro estaba metido detrás de un palo. Fidel decía de allá arriba que por qué habían tirado, y yo decía: «¡Carajo, que me van a matar a los muchachos!».

Ramón Valle Lazo

El Comandante empezó a tirar, pero con mucho cuidado porque no quería herir a la mujer y a los muchachos que veían detrás del bandido; no quería darles un tiro porque el Comandante no falla en el tiro; tampoco fallaba con el FAL. Le tiró al bandido y me parece que lo hirió. Yo no me atrevía a tirar, por lo que me había dicho el Comandante. Además, como ya me lo había advertido, tiré con balas trazadoras delante del hombre que se metió en la cañada y lo cogieron allí.

Inocencio Rodríguez Abreu

Y el caso es que la llegada a la casa fue coincidente; ellos, por un lado; nosotros, por el fondo. Y Fidel y la otra gente se habían quedado allí cerca, por una lomita, y Leoncito y Abuelo, que llegaron a la casa, y nosotros, que por el camino del

fondo fuimos a dar a la cocina y llegamos prácticamente juntos allí.

La casa está en un barranco, la rodea el barranco. Detrás tiene la cocina, el secadero de café y por los laterales barrancos enormes. Entonces Leoncito entra por una puerta y Abuelo y yo cubrimos el lado izquierdo de la casa. Los guardias que estaban conmigo se quedan a la derecha. ¡Y la gente estaba en la sala de la casa! Estaban haciéndose unas fundas de saco para los peines de las San Cristóbal.

Y cuando nosotros escuchamos el grito de Leoncito de «¡No se muevan!», irrumpimos en la casa, y ellos se les tiran a las armas. Entonces León les dispara y uno cae herido dentro de la casa, y los otros dos salen desprendidos por el frente.

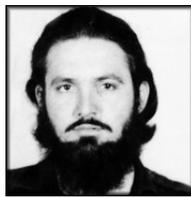
Yo le tiro a uno y Abuelo al otro. Entonces, todo a una gran velocidad, como en una película, los dos tipos se lanzan, por el derriscadero ese se lanzan, uno para el frente del secadero y el otro para el lado. Nosotros pensábamos realmente que estaban muertos. Nos cercioramos de que no quedaba más ninguno de ellos dentro de la casa, porque allí adentro había una gritería enorme, una negrita que vivía allí y unos muchachos gritando, y Fidel, en medio de aquel barullo gritando para hacerse oír: «¡Cuidado con los niños! ¡Cuidado con los niños!». El diablo era aquello (García, 1973:34).

Julián Morejón Gibert

Cuando empezó el tiroteo, el bandido salió corriendo hacia la cañada y nosotros lo seguimos detrás. Conmigo iban Luis, Andrés Silveira y Mayito. Se nos dijo que los cogiéramos vivos, y cuando va llegando al cañadón, con la pistola en la mano, Puertas le tira al aire y le dice que soltara la pistola.

Después el comandante Piti Fajardo les dio los primeros auxilios a los heridos. Luego me dieron la orden de llevar a los heridos hasta el hospital y que dejara dos soldados cuidándolos.

Orlando Rodríguez Puertas[†]



Comandante
del Ejército Rebelde,
jefe del escuadrón
de Santa Clara

Cuando ya estaba amaneciendo, empezó el tiroteo. Pero antes nosotros habíamos avanzado por el cauce seco de un arroyo y allí nos apostamos. Dos alzados bajaron por esa posición; venían asustados, mirando en dirección contraria a la nuestra. Para advertirlos, hice un disparo al aire y los cogimos sin hacer resistencia, a pesar de que estaban armados. Después, el Comandante en Jefe preguntó por aquel tiro aislado y le expliqué la causa.

Jesús Padilla Silveira

Después me dieron la orden de bajar y fui hasta una especie de puentecito, cerca de donde cogieron a uno de los heridos. Fidel bajó hasta donde había una piedra grande que estaba próxima a la casa y allí hablaron un momento. Orientó atender y trasladar a los heridos.

Seguidamente, fuimos hasta una casita de guano que tenía una parte sin pared, donde había un fogón de leña. Cuando llegamos al bohío donde estaban los bandidos, Leoncito ya tenía las armas de los enemigos y decía que se habían ido por el barranco.

Orlando Pupo Peña

Nosotros empezamos a tirar contra la casa y hacia el cañadón por donde habían corrido los bandidos. Enseguida bajamos hacia el cañadón; dos bandidos habían ido hacia el monte y había otro herido dentro de la casa. Por el cañadón la gente de Puertas capturó al hermano de Sinesio Walsh. Después Fidel lo interrogó, se trasladaron los heridos y regresamos. Fue una operación muy rápida que duró unas horas.

José A. León Lima, Leoncito

Desde que sonaron los primeros disparos se desató una balacera tremenda y me tiré al piso. Fidel me dijo después, cuando íbamos en la máquina, que él me había visto cuando entré en la casa y que le había dicho a la gente que no tiraran para allá porque yo estaba dentro.

Nilo E. Rodríguez Oquendo

En la sala de la casa cayó herido Oscar, uno de los alzados, y al Tite hubo que buscarlo mucho para encontrarlo porque se metió en la hierba como un guineo; incluso, se decía que no había más nadie y yo insistía en que había otro más.

Fidel Castro Ruz

[...] Bueno, pues, apenas se formaron los primeros grupitos allí de contrarrevolucionarios, empezaron a subir «casquitos», batistianos, gente de todas clases, pero en fila india para arriba. Pero esta gente, ¿qué estarán creyendo? Claro está que para combatir a un grupito que es reducido cuesta más trabajo, porque hay que localizarlo; si se llega a formar una fuerza grande, es más fácil de combatir. Además, usted no debe dejar formar una fuerza grande, porque entonces cuesta más vidas y más sacrificios.

[...] pero nosotros también conocemos las técnicas perfectamente, porque después de todo nosotros fuimos los que iniciamos aquí el sistema ese de guerra. ¿Cómo se nos puede escapar ningún grupito de esos? De ninguna manera (*Revolución*, 17-10-60:9).

Jesús Padilla Silveira

Hasta el bohío sin pared llevó Puertas al prisionero con el cual Fidel discutió: era el hermano de Sinesio Walsh; después, le regaló al Abuelo la pistola que le habían ocupado al bandido. En esos momentos llegó la compañía de soldados de Puertas, cortaron unos palos, prepararon dos parihuelas y trasladaron a los heridos hasta donde pudiera recogerlos un vehículo. Esta acción duró unos veinte minutos, desde que llegamos a la casa hasta que se cogieron los prisioneros. Después bajamos a Cienfuegos y fuimos hasta Colón donde estaba el comandante Pedro García Peláez.

Inocencio Rodríguez Abreu

Pues se le quitó al bandido una pistola que traía, y el otro no aparecía. Por fin, lo encontramos, enterrado dentro de un montón de mariposas silvestres, y con las piernas destrozadas por los disparos.

Entonces Fidel se reunió con la gente de aquellas dos o tres casitas y les dijo: «El único castigo que les vamos a dar, por colaborar con bandidos, es que lleven a esos heridos en hama-ca hasta donde los carros los puedan sacar» (García, 1973:34).

Nilo E. Rodríguez Oquendo

Sucedan cosas simpáticas en aquel momento, y es que cuando bajamos a una casa más abajo, el dueño le trató de hacer un cuento a Fidel como yo le había orientado, pero al verme se dio un tremendo susto.

Se prepararon parihuelas para sacar a los heridos.

Fidel discutió con Alberto y le dijo que le íbamos a hacer un juicio sumarísimo. Pero Alberto trató de negarle que estaba alzado, y le dijo que vino al Escambray porque su hermano se había alzado y le habían dicho que estaba herido, que él había traído a

Enrique [*Nilo*] un enfermero, para curarlo. Entonces me sacaron a mí y cuando Alberto me vio no le quedó más remedio que decir la verdad.

Inocencio Rodríguez Abreu

Allí, fue entonces cuando Alberto Walsh le dijo a Fidel: «Mire, Comandante, yo sé que a nosotros nos ha denunciado uno que vino con nosotros, que a ese lo traje yo como enfermero, porque yo no soy alzado, yo vine a rescatar a mi hermano Sinesio que me dijeron que estaba herido, y lo traje a él como enfermero, pero parece que se acobardó y se fue, pero nosotros no somos alzados».

Fidel entonces le preguntó: «Bueno, ¿y los otros dos?». El bandido dudó y luego dijo: «Bueno, los otros dos se me agregaron». Y entonces se derrumbó (García, 1973:34-35).

José A. León Lima, Leoncito

Fidel conversó con los campesinos colaboradores de bandidos y les explicó lo que había hecho la Revolución por ellos, que estaban confundidos y habían colaborado por ignorancia. El Comandante les dijo que trasladaran a los heridos hasta el camino donde un vehículo los pudiera recoger.

Inocencio Rodríguez Abreu

Se produjo entonces algo histórico. Fue allí, en ese lugar, conversando con aquellas familias confundidas, cuando Fidel dijo, por primera vez, porque luego lo dijo públicamente, que «si una aguja cae en el Escambray, una aguja encontramos».

Luego propuso regalar la pistola ocupada al cabo Abuelo, «por ser el más viejo de la tropa y carecer de ella, y porque fue de los que más cerca de la acción estuvo». Y todos los demás estuvimos de acuerdo (García, 1973:35).

Braulia Tellería Muñoz

Nosotros seguimos viviendo normalmente allí. La gente quería que nos fuéramos, pero no nos fuimos, porque nosotros no estábamos alzados, ni nada de eso. Con nosotros nadie se metió.

Ramón Valle Lazo

Lo mismo que había dicho el Comandante en el hotel Jagua, así mismo sucedió: los que iban a coher a los bandidos eran los que estaban situados en la cañada, y él explicó cómo debían poner a la gente para que los bandidos cayeran en la emboscada.

José A. Borot García

Creo que fue una coincidencia histórica que los primeros bandidos en el Escambray los cogiera el propio Comandante en Jefe en los momentos en que estaba elaborando la estrategia para combatir el bandidismo. Terminada la operación, Fidel bajó y perfiló el plan, concluyó situando los papelitos en el mapa, por donde él consideraba que debían entrar los hombres. Designó a los oficiales del Ejército Rebelde, comandantes y capitanes, y puntualizó por dónde debía entrar cada uno con su tropa. Nombró al comandante Piti Fajardo como jefe de las operaciones en el Escambray. Me indicó que me mantuviera en estrecho contacto con Piti y que subordinara todas las fuerzas del escuadrón, más los milicianos que pudiera organizar. Me preguntó cuántos hombres podía

movilizar en Cienfuegos, y le respondí que la misma cantidad de fusiles que me diera.

Mandó al comandante Guillermo García que me entregara los primeros quinientos fusiles M-52, checos, y estas armas llegaron por la tarde, y al siguiente día por la mañana ya teníamos organizado el primer batallón de tiempo de guerra, que desfiló en Cienfuegos por la madrugada del otro día que Fidel nos mandó las armas.

Manuel *Piti* Fajardo

La campaña comenzó exactamente el 8 de septiembre. Después que el primer ministro visitó el campamento del Hoyo de Manicaragua, les habló a las milicias campesinas del Escambray y dio instrucciones a los oficiales rebeldes que iban al mando de cada patrulla (*Revolución*, 10-10-1960:13).

Así se iniciaba la batida en la que, con el comandante Fajardo como jefe de operaciones, actuaron también los comandantes Félix Torres, Vilo Acuña, y los capitanes Israel Pardo, Ángel Sotomayor y Silvio García.

Más adelante expresa el artículo:

Con ellos, unos cincuenta oficiales rebeldes más, cada uno al mando de pelotones de patrullas campesinas, integrados por veintiún hombres. También había otros miembros del Ejército Rebelde, los encargados del manejo de armas especiales [*morteros*].

El Hoyo de Manicaragua es un lugar famoso de antiguo en Cuba por la calidad de su tabaco. Ahora tiene algo más de mérito. Fidel dijo que «ellos habían perdido la campaña en el Hoyo de Manicaragua». La referencia encuadra, porque allí se prepararon militarmente los mil milicianos campesinos que tomaron parte en las operaciones de un mes (ibídem).

Manuel *Piti* Fajardo

Esta gente ignora, de verdad, que ninguna guerra de guerrillas puede hacerse y menos ganarse si no se cuenta con el apoyo de los campesinos.

Durante veintinueve días [...] mantuvimos la persecución de los alzados. Registramos todo el Escambray y así fuimos capturando prisioneros, hasta un total de ciento dos en el monte, otros que iban a incorporarse a ellos y algunos más que les servían de enlace en Las Villas y en La Habana. Los que quedan dispersos caerán irremediablemente en manos de las milicias que tienen tomadas todas las vías de escape (ibídem).

El Departamento de Seguridad del Estado de Santa Clara corrobora estos testimonios mediante la existencia de un informe de Aníbal Velaz al comandante Ramiro Valdés, de fecha 8 de septiembre de 1960, en el que narra cuando el soldado Nilo E. Rodríguez Oquendo se presentó en la jefatura de Operaciones en Cienfuegos e informó sobre su estado de «alzado» y el escondite de tres de los bandidos, próximo a La Sierrita. Luego del encuentro con el Comandante en Jefe, se organizó la operación donde se capturaron a los siguientes contrarrevolucionarios:

Leandro Alberto Walsh Ríos, en aquel momento de cuarenta y dos años de edad, exmiembro del Ejército Rebelde. Fue sancionado a treinta años de prisión —indultado en 1979— y en 1980 salió del país como escoria hacia Estados Unidos. Actualmente tiene un hijo en Cuba incorporado al proceso revolucionario.

Oscar Pérez Martínez, de origen campesino, contaba en aquel momento con veinte años de edad. Después de recibir asistencia médica por su herida en la pierna, fue juzgado en la causa 49/62, y resultó absuelto por su edad. Salió del país en 1980 como escoria hacia Estados Unidos.

José Eduardo Aspiro López, conocido por Tite, excasquito de la dictadura, de veintiocho años de edad. Fue herido en ambas piernas. Después de recibir asistencia médica fue sancionado

a diez años, de los cuales cumplió cinco. Al ser liberado se dedicó a labores agrícolas en el municipio de Ranchuelo, Villa Clara, donde falleció a causa de una trombosis en el año 1987 (Archivo del Minint, Villa Clara).

Carta del comandante Piti Fajardo al capitán Borot

Del: Comandante Manuel Fajardo

Al: Capitán José A. Borot García

Asunto: Plan Escambray

Amigo Borot:

El comandante Félix Torres se traslada a Cienfuegos a entrevistarse contigo para que cumpla las siguientes instrucciones con la mayor brevedad posible.

1. Debes reforzar el cuartelito de la sierra con diez soldados más y entre todos tomar todos los caminos que van a parar a ese lugar (en emboscadas).

2. Trasladar cincuenta hombres para la hidroeléctrica del Hanabanilla y con su centro de operaciones en ese lugar, distribuirlos por el firme que domina *[ilegible]* desde la hidroeléctrica que va a encontrar con la carretera.

3. El teniente Enamorado *[Pepito Rojas]* debe avanzar mañana por la mañana con dos pelotones de milicianos campesinos desde Veguita hasta Jibacoa y emboscarse por toda aquella zona.

4. El capitán Santos Ruiz debe ser sustituido por el teniente Obdulio Morales y este *[Santos Ruiz]* a esta jefatura de Operaciones. No te envío a Silvio García como habíamos quedado con Puertas, porque me luce más importante que previamente tenga una idea del terreno donde va a operar, porque su misión es mucho más importante que dirigir un pelotón. Por otro lado el compañero Félix Torres garantiza que el compañero Obdulio Morales pueda realizar a cabalidad su misión.

5. No es necesario que hagas acto de presencia esta noche en esta jefatura de Operaciones; puedes estar aquí mañana por la mañana.
6. Cuando vengas mañana, ven acompañado por los cincuenta hombres que teniendo su base de operaciones en Topes de Collantes van a cuidar la carretera que va desde este punto a Trinidad.
7. El compañero Félix Torres se encargará de la situación de esos hombres en los puntos antes mencionados.
8. Recuerda que una patrulla de quince soldados rebeldes debe azuzar a los alzados mientras se produce la barrida de la zona N.º 1. (Esta patrulla no debe cruzar nunca el lado derecho de Topes de Collantes).
9. Yo tengo citados a ciento doce maestros rebeldes para el lunes en el escuadrón de Cienfuegos. Debes dejar encargado a alguien que los reciba y les prepare comida.
10. Debes mantener informado perfectamente al comandante Puertas de todos estos movimientos.

Recibe un afectuoso abrazo,

Manuel Fajardo Rivero
Comandante

IV

La banda de Campito

«Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan,
los que odian y deshacen».

JOSÉ MARTÍ

Archivo del Minint, Villa Clara

El 2 de diciembre de 1960, en misiones combinadas del Ejército Rebelde, el Departamento de Seguridad del Estado y las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR), dirigidos por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, fueron cercados y capturados en la finca La Paloma, cerca de las Minas de Motembo, término municipal de Corralillo, un total de diecinueve bandidos, capitaneados por Ernesto Gómez Márquez, conocido por Maguaraya.

Santiago Naranjo Fernández[†]



Escolta
del Comandante
en Jefe

Veníamos de regreso de Manzanillo, del entierro del comandante Piti Fajardo. Yo estaba sentado en el avión, el Comandante se sentó al lado y me dijo que debíamos tirarnos en Cienfuegos para ir para el Escambray. Habló sobre la muerte de Piti Fajardo, se veía dolido por la caída del compañero y me dijo: «¿Qué tú crees si nos tiramos aquí?». No le di ninguna opinión porque era

una gran responsabilidad que él fuera a buscar a los bandidos. Después le dijo al piloto Claudio Rey Moriña que aterrizara en Cienfuegos.

El aeropuerto de este lugar estaba en reparaciones; había un mal tiempo y estaba lloviendo. Después Moriña comentó que se había tirado con muy poca visibilidad y en condiciones muy malas. Esa misma noche nos quedamos en el hotel Jagua, y por la mañana temprano salimos. Montamos en un pisicorre que tenían en el hotel, lo iba manejando uno de los empleados. El chofer salió corriendo como un loco y el Comandante le dijo que si pensaba que iba transportando ganado. Fuimos para el aeropuerto y allí se reunió con Aníbal Velaz, el comandante Rodríguez Puertas y otros compañeros.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho[†]



Capitán, jefe
de la escolta del
Comandante en Jefe
hasta 1970

El Comandante despidió el duelo de Piti Fajardo y después, de regreso en el avión, le dijo a Moriña que se dirigiera a la zona del Escambray. Empezó el avión a dar vueltas por todo el Escambray, por la zona de Corralillo, la que él mencionaba, y otros lugares. Moriña empezó a preocuparse por el combustible y decidió aterrizar en Cienfuegos. Allí no nos esperaba nadie. Montamos en un carro de alquiler que pasaba por ahí. No recuerdo si fue manejando el chofer o uno de nosotros, porque nadie conocía la zona de Cienfuegos.

Llegamos al hotel Jagua y más tarde llegó un grupo de compañeros y se pusieron a conversar. Después salimos en un carro del hotel.

Aníbal Velaz Suárez[†]



Primer teniente,
jefe del DIER
en Las Villas

Recuerdo que el 1.º de diciembre de 1960 fui citado para el aeropuerto de Cienfuegos para una entrevista con el Comandante en Jefe; también habían citado al comandante Orlando Rodríguez Puertas, jefe del Ejército en Las Villas, y a otros compañeros. Cuando Fidel llegó estaba todavía yo solo y le di una explicación de la situación de la provincia de Las Villas respecto a las organizaciones contrarrevolucionarias de los bandidos.

En aquel momento teníamos muy poca penetración en las organizaciones enemigas. Le informé que en el norte, en el municipio de Corralillo, en los límites de Matanzas, había un grupo de bandidos que se había alzado con Campito, y que había recibido un cargamento de armas por punta Horizonte.

El Comandante en Jefe me preguntó cómo era posible que Campito se hubiera alzado. Le expliqué que el viejo Campito (José Campos Pire) estaba preso en el hospital militar de Santa Clara y que su hijo, José Martí Campos Linares, que estaba sujeto a investigaciones, pero no preso —estaba en retención y desarmado, vestido de militar y con los grados de primer teniente—, aprovechó esta situación para llegar al hospital y, utilizando sus grados, sacó al viejo mediante artimañas y se alzaron los dos, más el cabo Jomolca (cuñado de Campito), jefe del puesto de Corralillo.

Museo del Minint, Villa Clara

Al triunfo de la rebelión armada, José Campos Pire ostentaba los grados de capitán y su hijo José era primer teniente. Conjuntamente con Erasmo Pedraza, elemento oportunista de la época, se apropió de una gran cantidad de ganado pertene-

ciente a la finca del excoronel de la dictadura de Batista, Eleuterio Pedraza, ubicada en el municipio de Manacas. Posteriormente fue detenido.¹ Estando preso se enfermó y fue recluido en el hospital militar de Santa Clara desde donde se fugó y se dirigió hacia la zona de Corralillo, donde permaneció oculto durante algún tiempo.

Por temor a ser detenido nuevamente, a principios de 1960 comenzó sus actividades conspirativas, y más tarde se alzó en armas contra los poderes del Estado, hecho ocurrido el 10 de septiembre de 1960. Los principales elementos con que fraguó su plan de alzamiento fueron sus propios hijos José y Juan Benito Campos Linares, Salvador Jomolca, Ramón Pérez Rodríguez, alias Nano Pérez, Timoteo Pérez y Ernesto Gómez Márquez, conocido por Maguaraya.

Para sus actividades subversivas utilizaban la casa del elemento contrarrevolucionario Luciano Chávez, miembro de la organización contrarrevolucionaria Movimiento de Recuperación Revolucionaria y vecino de la finca La Charca, término municipal de Corralillo. Además contaba con el apoyo de la citada organización a la cual pertenecían todos y que les prometió armas, hombres y equipos que recibirían pronto de Estados Unidos de América.

Al recibir la orden de recepcionar las armas en la costa, movilizaron a todos sus activistas. Con esos fines se trasladó el contrarrevolucionario conocido por Maguaraya para el poblado de San Diego del Valle, donde tenía contactos conspirativos, y reclutó a varios hombres que ya estaban dispuestos a alzarse. Luego partió de dicho lugar el 9 de noviembre de 1960 y fue hasta la casa de Evelio Valle Grande, donde lo aguardaban Campito, sus dos hijos, Salvador Jomolca y el Tite Lamas;

1 *Campito fue acusado por la muerte del compañero Guillermo Yabre Romani, un enlace enviado por el comandante Camilo Cienfuegos para realizar contactos con el grupo guerrillero que dirigía Campos Pire en esta zona, antes del triunfo revolucionario.*

estos últimos también estaban al mando de otros dos grupos de bandidos.

La orden de recibir las armas la conoció el cabecilla Campos Pire a través de una carta que le envió el contrarrevolucionario Felipe Zubietas por medio de Alejandro Valle Grande. El cargamento lo recibieron por la playa Panchita, del municipio de Corralillo, y fueron depositadas parte de las armas en la casa de Felipe Zubietas, que era vecino de la zona; el resto las entregaron a los hombres que componían los grupos de bandidos. Los equipos recibidos consistían en M-3, carabinas M-1, granadas de mano, material de campaña y parque suficiente para las armas.

Una vez las armas en su poder, el cabecilla Campito se autotituló jefe único del foco insurgente en esa región, nombrando como jefes de grupos a Ernesto Gómez Márquez, Maguaraya, y Agapito Rivera Milián, conocido por el Guapo.

Dado el auge que iban tomando los bandidos en sus zonas de operaciones, se comenzó a efectuar trabajos de ubicación para su posterior destrucción. Nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz tomó siempre parte activa en las operaciones que se llevaron a cabo.

Aníbal Velaz Suárez

Este grupo sobre el cual ya teníamos penetración estaba dirigido por el bandido Maguaraya. Entre ellos teníamos a un compañero infiltrado. A pesar de ello, no se nos hacía fácil la comunicación con el agente, y eso nos pasaba mucho en aquella época, porque no teníamos experiencia, ni los métodos para realizarla.

Cuando le comuniqué al Comandante en Jefe que había un grupo de bandidos en el llano, me dijo que teníamos que liquidarlo y preguntó qué posibilidades había. Le expliqué que teníamos un agente dentro de la banda, me dio instrucciones para preparar la operación y mandó a buscar la Columna 1, que estaba en

Cojímar, para que se acercara por la Carretera Central hacia la zona y operar contra este grupo de bandidos.

Salí con otro compañero hacia la zona de Corralillo y Santo Domingo, donde trabajaba el contacto con el infiltrado, pero no lo pudimos localizar y dejamos instrucciones allí para que lo localizaran.

Santiago Naranjo Fernández

Poco después salimos de Cienfuegos. En el mismo carro íbamos el Comandante, Celia, Chicho y Marcelo Hernández. Chicho empezó a manejar pero al poco rato el Comandante se da cuenta de que Chicho era muy pequeño y casi no alcanzaba a los pedales del carro. El Comandante le dice: «No, tú casi no puedes manejar, voy a manejar yo». El comandante Rodríguez Puertas mandó dos compañeros detrás en otro carro; el chofer era un primer teniente muy joven. El Comandante miró hacia atrás y comentó que traíamos una pequeña escolta.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

En Cienfuegos nos dieron el carro del comandante Dermidio Escalona. Era un Oldsmobile del año 1958; le pusieron un chofer pero el Comandante dijo que no, que uno de los muchachos de la escolta sabía manejar. Me dijo que condujera; el único que manejaba era yo, y lo hacía bastante mal. Salimos por la carretera del Circuito Sur que lleva al pueblo de Colón y almorzamos allí. Mientras él almorzaba, situé a un compañero en cada puerta: una daba hacia la calle y otra a un costado de la fonda. Yo me puse a organizar, con el pueblo allí reunido, la salida. La gente del pueblo hizo dos cadenas en ambos lados, como una senda para salir de allí. El pueblo fue el que participó; hablé con la gente, los agrupé y les pedí cooperación, y de esta forma salimos.

Tiempo después, me he encontrado con algunas personas que me han dicho: «¿Usted no se acuerda de mí? Yo fui quien los ayudó a salir en Colón». Salí manejando, pero cuando llegamos a la Carretera Central el Comandante me dijo: «Bueno, déjame manejar, porque yo también soy chofer. Voy a manejar un rato».

Santiago Naranjo Fernández

El Comandante siguió manejando por la Carretera Central, y por un tramo de esa vía nos encontramos con una caravana de automóviles Tatra; eran unos carros nuevos que iban para Santiago de Cuba y otros lugares. Él fue diciendo para dónde iban esos vehículos.

En otro tramo, estaban reparando la carretera y tuvimos que parar porque un hombre nos hizo seña con una bandera roja para darle paso a la otra senda. Era un hombre grande y negro. Cuando se percató de que era el Comandante, dijo: «¡Coño, Fidel!», y le dio un abrazo fuerte al Comandante y enseguida nos dio vía. Cuando continuamos él comentó: «Tú sabes que ese hombre me ha dado un abrazo muy sincero, se ve que ha sido sincero, ha sido una cosa muy espontánea y lo he sentido por la forma en que me abrazó».

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

Cuando íbamos por la Central, como quien va para Santa Clara, estaban reparando la carretera —en esos casos ponen gentes con una bandera roja para que les den el paso a los carros de ambos lados—, pero cuando nos detenemos, hay un señor parando los carros; era un hombre mayor, negro y grande, y de pronto descubre que es el Comandante. Cuando eso todavía yo iba manejando, el Comandante iba sentado en la parte derecha. Al hombre aquel le dio una emoción tan grande que fue hasta el carro, le dio un abrazo tan fuerte que por poco lo mata dentro del carro, como uno dice. El hombre tenía tal emoción que metía unos gri-

tos de alegría, y empezó a decir que el Comandante era el Padre de la Patria, que era su papá: «¡Ese es mi padre!». Al hombre le dio una cosa tan emotiva que de pronto cogió la bandera roja y salió corriendo por la carretera rota y paró el tránsito en el otro extremo, lo hizo todo corriendo, y nos dio paso a nosotros.

Entonces el Comandante, cuando pasó el pedazo de carretera en reparación, habló con ese compañero y le dijo: «Ven acá, quiero hablar contigo», y le preguntó por una finca que había por allá. Le explicó que era yendo para Santa Clara, entrando a la izquierda.

Después que habló con ese compañero, siguió manejando él, y entró por un callejón para adentro. Seguimos por un callejón en el que había mucho fango. Había dos postes grandes, que en el campo les llaman «madres», las dos madres de una cerca, y había un portillo de alambres. Había mucho fango y el Comandante dice: «Te voy a demostrar cómo los choferes pasan ese fanguero». Le puso el pie al acelerador y el carro aquel voló por el fanguero. En la medida en que nos íbamos internando, fuimos viendo algunas gentes.

Con el primero que nos tropezamos fue con un hombre gordito que iba a caballo, llevaba puesta una gorrita vieja de miliciano y un fusil M-52. Llegamos a varios lugares donde vivían muchos campesinos. Cuando entramos al callejón, era bastante estrecho, y el terreno estaba muy mojado, había unas zanjas que formaban las cunetas de lado y lado. Entonces el Comandante me dice: «Ve virando el carro», mientras él conversaba. Me puse a virar el carro poco a poco, porque pensaba que si caía en aquella cuneta más nunca salíamos de allí. Ya en ese momento me percaté de que estábamos en un lugar malo, un lugar enemigo, no me gustaba nada.

Él llegó hablando y preguntando por Campito, y por este, y por el otro. Estábamos, realmente, en la casa de los familiares de Campito; estábamos en una zona donde había, incluso, una casa que servía de hospital a los bandidos, y la gente que estaba allí eran colaboradores de los bandidos.

De ahí, ya cayendo la tarde, salimos y fuimos directamente para Santa Clara. Allí Fidel se reunió con un grupo de compañeros en la casa del comandante Rodríguez Puertas.

Santiago Naranjo Fernández

De Colón salimos hacia la zona de Corralillo. Recuerdo que había una valla que decía «LV-17 zona del INRA» y entramos por ese terraplén nosotros solos con el Comandante. Avanzamos y había casas a los dos lados del camino; seguimos varios kilómetros y el Comandante iba diciendo que en esa zona estaban los bandidos. Un poco más adelante decidió virar. Entonces veo que venía un carro y me tiré rápidamente y lo paré. Esa zona era donde vivían los colaboradores de Campito y su gente. De allí fuimos para Santa Clara.

Aníbal Velaz Suárez

Estando en la casa del comandante Puertas, en Villa Clara, se encontraban allí el Comandante en Jefe, los comandantes Félix Torres, Rodríguez Puertas, Carlos Iglesias (Nicaragua), el teniente Luis Felipe Denis, otros oficiales y yo. Como a las 21:00 h me informaron que el contacto con el agente estaba en el cuartel 31, cerca de la casa de Puertas. Lo mandamos a buscar y el compañero sostuvo una entrevista con el Comandante en Jefe. Le explicó cómo él establecía el contacto con el agente, que había un colaborador de bandidos al cual podía llegar, y entonces se preparó la operación. Tres compañeros y yo nos íbamos a hacer pasar por elementos contrarrevolucionarios que habíamos puesto bombas en Villa Clara, y que nos estaban persiguiendo, por tanto, teníamos necesidad de alzarnos. Con este pretexto íbamos a llegar hasta el colaborador para que nos llevara hacia el campamento de los bandidos y, cuando estuviéramos cerca del campamento, deteníamos al colaborador y regresábamos al cuartel de San Pedro de Mayabón, donde estaría esperando el Comandante en Jefe, y le dábamos la información.

Esta operación se complicó un poco, porque era una noche lluviosa, sin luna, y no conocíamos el terreno. Fuimos con ese compañero y llegamos a la casa del colaborador de los bandidos, al

que le decían Malpica y vivía en el camino de La Paloma, en una casa que estaba a dos kilómetros y medio de la carretera, a mano derecha.

Llegamos allí, el contacto nuestro se adelantó y nos dejó debajo de una mata de mango que había cerca de la casa, trajo al colaborador y le repetí la leyenda: que teníamos que alzarnos porque estábamos perseguidos y no podíamos regresar. Él nos dijo que no había problemas, que iba a la casa a buscar avituallamiento para los bandidos, lo que fue cierto.

Nosotros íbamos tratando de ver hacia donde nos dirigíamos, aunque era de noche y no conocíamos el terreno. Cuando habíamos caminado unos tres kilómetros increpamos al colaborador. Le dije que nos estaba engañando, que él no tenía contacto con los bandidos, que era mentira y lo amenazamos. Nos dijo que estuviéramos tranquilos, que la primera posta de los bandidos estaba a cien metros de allí. En ese momento lo detuvimos y nos retiramos del lugar, tratando de coher puntos de referencia para poder tirar la operación posteriormente.

Este Malpica trató de hacernos una jugada de la cual nos advirtió el colaborador nuestro: al llegar a un cruce de caminos uno corría para un lado y el otro para otro, para que nosotros tuviéramos que tirarles y por el ruido de los disparos alertar a los bandidos, lo que no pudo ser porque tomamos las medidas oportunas.

Harold Ferrer Martínez



Capitán del Ejército Rebelde, jefe de la Columna 1 José Martí después de 1959. General de brigada de la reserva

Recuerdo que como a las 20:00 h me llamó el Comandante en Jefe por teléfono a la jefatura de la Columna 1 José Martí radicada en el barrio de Cojímar. Cuando aquello yo era capitán y jefe de esta unidad especial. Me preguntó por la cantidad de hombres que tenía en disposición combativa, el armamento, las municiones,

aunque él conocía estos detalles porque fue quien dio las instrucciones sobre la composición, la plantilla y la cantidad de municiones que debía llevar cada soldado. Me indicó que debía estar en un punto determinado, más allá de la ciudad de Matanzas, a las dos de la madrugada, y esperar.

Cuando llegué él estaba allí; también se encontraba el comandante Dermidio Escalona y un práctico de la zona. Después, el práctico indicó el lugar donde estaba un campamento de los bandidos, se rodeó la zona y esa noche se atacó. No conocía ese lugar. Se hicieron varios prisioneros, se interrogaron y después se continuó el avance en forma de peine. Se me había subordinado una parte de un batallón de milicia. El terreno tenía mucho marabú y el Comandante en Jefe ordenó que los soldados llevaran machete para abrirse paso; los jefes debían portar una bandera para que fueran visibles desde el aire. Él subió a un helicóptero y fue dirigiendo la operación; se guiaba por las banderas que llevaban las unidades nuestras.

Esa operación duró toda la noche y el día siguiente hasta por la noche. Después, él se fue y nos dejó instrucciones para continuar las operaciones; allí permanecimos como un mes y medio.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

A medianoche salimos de Santa Clara. Antes de llegar al mismo callejón por donde habíamos entrado por la tarde, un poco antes, el Comandante me dice: «Dale despacio». Fui más despacito y me vuelve a decir: «Apaga las luces». Pero cuando apagué las luces ya no veía más; lo que veía era una bola negra que venía para arriba de mí. Y él me decía: «Más para adelante, un poco más para adelante, dale más, un poco más; ahí, aguanta; dobla ahora». Ellos iban mirando, veían bien, pero yo no veía. Doblamos allí. En el carro también iba Dermidio Escalona. Caminamos con el carro a oscuras, y un poco más adelante nos desmontamos. Yo por lo menos vi el mundo abierto para mí: desmontarme de aquel aparato. De ahí salimos a pie y se inició la operación contra los bandidos.

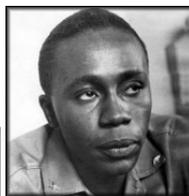
Terminada la operación vimos algunas caras conocidas del día anterior; eran colaboradores que cayeron presos. Empezaron a hablar y a caer presos otros.

Aníbal Velaz Suárez

Llevamos al colaborador al cuartel de San Pedro de Mayabón y se lo presentamos al Comandante. Después que dijo dónde estaban los bandidos, se determinó realizar la operación. Parte de la tropa la dirigía el comandante Dermidio Escalona y la otra la llevé yo. Tiramos una especie de medio cerco y el ala donde venía Escalona caminando chocó con los bandidos, y se capturaron diecinueve sin hacer resistencia. Este era un grupo de la banda de Campito, pero él no estaba con ellos en ese momento.

En esta ocasión capturamos las armas que habían entrado. Fue la primera operación contra el bandidismo que se realizó por información del trabajo de Seguridad del Estado. Esta operación se hizo al año exacto de fundada la Seguridad, fecha en la que ya teníamos penetración en las bandas.

Víctor Dreke Cruz



Jefe del escuadrón de Cruces.
Vicepresidente de la Asociación de Combatientes de la Revolución, coronel de la reserva

En aquel momento yo era capitán, jefe del escuadrón 35 de Sagua la Grande, y tenía bajo mi mando las zonas de Rancho Veloz, Quemado de Güines hasta Corralillo. Por el otro frente teníamos jurisdicción hasta Santo Domingo. Por el otro extremo teníamos desde Encrucijada, Cifuentes, hasta El Santo. En aquella etapa la estructura que tenían las Fuerzas Armadas Revolucionarias era por escuadrones y regimientos; no existían las unidades especializadas en la lucha contra el bandidismo, que se

organizaron después. Se hacían las operaciones militares con el personal de estas unidades y de las Fuerzas Tácticas de Occidente, del Centro y de Oriente, formadas en su mayoría por miembros del Ejército Rebelde.

En Sagua-Corralillo los enemigos de la Revolución trataron de fomentar un foco de bandidismo como bastión contrarrevolucionario que respondía a sus planes de esperar la invasión desde el exterior. Aunque históricamente se habla mucho sobre el Escambray, se puede decir que una de las zonas de Cuba en la cual el enemigo intentó hacerse fuerte fue en Sagua-Corralillo, debido a las características que tenía por algunas condiciones políticas heredadas de las distintas organizaciones que operaron en esa región durante la lucha contra la tiranía de Batista. Esto es lo que sucede en esa zona con el grupo que dirigía Campito, que había combatido contra la tiranía en aquella región. Campito se unió a los elementos reaccionarios y con poder económico, lo auparon y lo ayudaron para que se alzara en unión de sus hijos y de otros familiares.

Dermidio Escalona Alonso[†]



Comandante
del Ejército Rebelde,
jefe de operaciones
de LCB

Estando en Topes de Collantes, me enteré de que Fidel operaba en la zona de Corralillo contra parte de la banda de Campito, y salí enseguida para allá. Fidel interrogó a un campesino que le dijo más o menos dónde estaban los bandidos. Después le pedí a Fidel el prisionero, lo interrogué y le prometí que lo iba a soltar si me decía dónde estaban los bandidos. El hombre colaboró y nos llevó adonde estaba la banda. Nos acercamos al lugar y apresamos a diecinueve bandidos.

Aníbal Velaz salió con un batallón a cercar la zona que había indicado el colaborador. Los bandidos estaban en un cañaverallito

de unos ochenta o cien metros de largo por uno y medio de ancho. Se cercaron y, como no alcanzaba la gente —era una compañía— y había un paño de tierra arada, pusieron una ametralladora por una esquina; se le dio candela al cañaveral y cuando los bandidos salieron los capturamos.

Víctor Dreke Cruz

Me enteré de la operación de cerco a una parte de la banda de Campito y me dirigí con otros compañeros hacia la zona de Corralillo; participé como un combatiente más en el cerco y búsqueda de los bandidos. Esta acción fue dirigida por el Comandante en Jefe. Los compañeros estábamos preocupados por la presencia de Fidel allí y los peligros a que se exponía derivados de las acciones armadas de este tipo. Recuerdo que se hizo mucha insistencia para impedir que entrara hacia los puntos de mayor riesgo y a los peines. En aquellos tiempos los peines se hacían con pequeños grupos de combatientes, que entraban al cerco a rastrear y encontrar a los bandidos. Estaban con Fidel otros compañeros que no eran de las unidades regulares de Las Villas; tampoco yo los conocía. Me uní al cerco porque estaba bajo mi jurisdicción, porque conocía la región y porque era un deber participar en las acciones contra los bandidos.

Santiago Naranjo Fernández

Los compañeros de la escolta nos situamos en distintos puntos del cerco, no estábamos junto al Comandante. Cuando se capturaron los bandidos, Escalona los trajo en un camión, y en medio de un montecito habló con ellos. Escalona les dijo dos o tres cosas. El jefe era uno bajito. Después el Comandante los interrogó en una casa cercana. Al otro día de haber llegado allí salimos con Aníbal Velaz, que iba en un carro de nosotros y nos iba diciendo los que eran colaboradores y los que les daban comida a los bandidos.

Cuando nos dijo eso, nos quedamos fríos porque el día anterior habíamos pasado por allí con el Comandante manejando. Esto fue por donde salió el carro por el terraplén que ya dije y que pasó el Comandante con nosotros tres y Celia.

Cuando empezaron a detener a esa gente resultaron ser colaboradores de la gente de Campito. Habíamos estado en una casa donde el hijo y el padre le habían dado comida a Campito dos o tres días antes de pasar nosotros por allí.

Dermidio Escalona Alonso

En este momento el Comandante estaba en la casa del campesino que le había dicho dónde estaba el enlace. Más tarde interrogó a los prisioneros; estaba muy molesto, pero después se calmó. De allí nos fuimos en un Toyota para la casa de Puertas, en Santa Clara.

Víctor Dreke Cruz

Esta operación comenzó en horas de la madrugada y terminó por la tarde de ese mismo día con la captura de un grupo de bandidos; otros lograron irse. Algunas unidades se quedaron operando en la zona cercana porque se decía que el resto de las bandas de Campito estaban en la región. Campito no pudo ser capturado sino años después por las unidades de Lucha Contra Bandidos.²

2 *A partir de diciembre de 1960, llegan los primeros batallones de milicias de todo el país, y se inicia la Operación Jaula —conocida popularmente como la Limpia del Escambray—, que se extendió hasta marzo de 1961. La visión del Comandante en Jefe y las informaciones de agentes permitieron conocer los planes del enemigo, por lo cual se movilizaron miles de hombres para esta zona. El 3 de julio de 1962 se creó la Sección de Lucha Contra Bandidos del Ejército del Centro. Cinco años duró aquella lucha.*

Esta acción contra una parte de la banda de Campito marcó el inicio de la ofensiva para liquidar el resto de los bandidos que él dirigía. Sirvió también para organizar más tarde lo que se llamó la Zona 4 de Operaciones con unidades regulares, con la intención de especializarlas en la lucha contra bandidos. Abarcaba desde Sagua la Grande hasta Corralillo, y fui nombrado jefe de operaciones de esa Zona 4. Esta acción dirigida por Fidel dio inicio a la contraofensiva de las fuerzas revolucionarias contra las bandas enemigas y sus agentes en la zona y la formación de un nuevo tipo de unidades especiales capaces de enfrentar el fenómeno del bandidismo.

Museo del Minint, Villa Clara

El 2 de diciembre de 1960, en trabajos combinados del Ejército Rebelde, el Departamento de Seguridad del Estado y las Milicias Nacionales Revolucionarias, dirigidos por el propio Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, fueron cercados y capturados en la finca La Paloma, cerca de las Minas de Motembo, término municipal de Corralillo, un total de diecinueve bandidos, capitaneados por Ernesto Gómez Márquez, conocido por Maguaraya. Los bandidos fueron capturados ilesos y nuestro Comandante en Jefe ordenó las siguientes medidas:

1. Disponer la libertad inmediata de los campesinos: Roger García Cáceres, Erasmo López Ruiz, Gilberto Hernández Campos y los hermanos Ramón Manuel y Laureano Migdonio Morales Montero por haber sido engañados y desorientados por el cabecilla Campito.
2. Enviar a granjas de rehabilitación a los siguientes bandidos: Pedro Álvarez Águila, Bárbaro Córdova Lara, Raúl Aguilera Gil, Abelardo Aguilera Gil, Rolando Lamas Suárez, Juan José López Feitó, Enrique Machúa Valdés, Agustín Márquez González, Alejandro Roque Manso, Roberto Delgado Ramos y Orestes Perdomo Fernández. Estos elementos eran en su mayoría

vecinos de las granjas del pueblo Israel Ruiz y Hermanos Saíz en el municipio de Corralillo.

3. Remitir a los tribunales revolucionarios a Ernesto Gómez Márquez, conocido por Mañaraya, jefe del grupo de bandidos y hombre de confianza del cabecilla Campito, Evelio Rodríguez Barrios, Roger Oquendo Aguerreberre y Daniel Alfonso Martínez.

También resultaron detenidos los colaboradores Alejandro y Evelio Valle Grande, ocupándoseles un M-3 y un M-1. Luego fueron puestos a disposición de los tribunales revolucionarios.

Todos estos elementos se habían alzado entre los días 8 y 9 de noviembre de 1960 en ocasión de haberse recibido las armas de Estados Unidos.

Después de esta operación, que resultó desastrosa para los bandidos, aún permanecieron alzados un buen número de ellos bajo las órdenes de Campito. Esta banda estaba compuesta por treinta y un hombres los cuales tenían treinta armas, distribuidas de la siguiente forma:

| | |
|------------------------|---|
| Subametralladora M-3 | 9 |
| Carabina M-1 | 6 |
| Fusil Springfield | 5 |
| Fusil Garand | 4 |
| Carabina San Cristóbal | 4 |
| Revólver | 2 |

Fin de la banda de Campito

Museo del Minint, Villa Clara

Con vistas a una mayor operatividad de la banda, y a su vez, para una mejor supervivencia, Campito subdividía sus hom-

bres en varios grupos con sus respectivos jefes pero siempre obedeciendo a un mando único representado en su persona. Los principales jefes eran su hijo José Martí Campos Linares; Agapito Rivera Milián, conocido por el Guapo; Salvador Jomolca y Ramón Pérez Rodríguez, conocido por Nano Pérez.

En la finca Las Clavellinas, ubicada en los límites de las provincias de Las Villas y Matanzas, término municipal de Corralillo, el 21 de febrero de 1961 fue cometido el hecho más repugnante que se les atribuye a estos bandidos: Campito, en una forma alevosa, capturó al brigadista alfabetizador Pedro Morejón Quintana, a quien conocían por Pedrito, y le dio muerte con un cuchillo que portaba el bandido. Este crimen llenó de indignación al pueblo revolucionario, que vio con mayor claridad la necesidad de terminar todo vestigio de bandidos.

Se intensificó la persecución de las fuerzas revolucionarias haciendo que las zonas de operaciones de esta banda se extendieran hacia la provincia de Matanzas, donde el cabecilla Campito tuvo grandes discrepancias por problemas de jefatura de mando del bandidismo con otro jefe llamado José Luis González, conocido por el Currito.

Un hecho muy significativo que no se debe omitir son las continuas contradicciones que surgían entre Campito y los hombres de su banda. Esto se originaba siempre que las fuerzas revolucionarias arreciaban sus operaciones de exterminio, ya que siempre en unión de sus dos hijos dejaba abandonada a la tropa y se ocultaba en un lugar seguro.

En operaciones realizadas por las fuerzas de las Milicias Nacionales Revolucionarias el 23 de febrero de 1962 fueron capturados en combate los bandidos Agustín Perdomo, conocido por el Pipero, y Daniel Velásquez Vergel. Además, resultó herido y capturado Ramón Rivera Rodríguez. Estos forajidos pertenecieron eventualmente a la banda de Campito, pero se habían separado y operaban solos, tratando únicamente de sobrevivir. Por el trabajo de contrainteligencia, el 23 de octubre

de 1962, se operó un plan de salida ilícita del país por Caibarién, y fueron detenidos los bandidos José Antonio García Hernández, Juan Bacallao Zubietas y Nelson Rivera Rodríguez. Así continuaron las operaciones militares contra esta banda, que estaba en estado de descomposición ya que sus miembros se habían fraccionado en infinidad de grupos para evadir la persecución de que eran objeto por nuestras fuerzas revolucionarias. Por el trabajo de penetración del Departamento de Seguridad del Estado, el 21 de noviembre de 1963 fue cercado un grupo de bandidos dirigidos por Agapito Rivera Milián, el Guapo, en la finca San Pedro, en el barrio Guanillas, municipio de Rancho Veloz, arrojando el combate los resultados siguientes: Francisco Rivera Milián, muerto en combate; Mario García Molina fue capturado herido y más tarde murió en el hospital militar de Santa Clara a consecuencia de las heridas; y el conocido por el Guapo, capturado ileso. Este último elemento se había alzado en noviembre de 1960 en ocasión de encontrarse de guardia en el cuartel de las Milicias Nacionales Revolucionarias del barrio Cejas de Pablo, en Corralillo, de donde se llevó tres fusiles Springfield y una escopeta calibre 16. Con él se alzaron sus hermanos Estanislao, Venancio, Leocadio y Gumersindo, los que inicialmente formaron su propia banda hasta que se unieron a Campito.

El 10 de diciembre de 1963 un grupo de compañeros de las Milicias Nacionales Revolucionarias que tripulaban un yipi recibieron información de un campesino que comunicó que a su casa habían llegado dos bandidos, y que se encontraban allí comiendo y descansando. Enseguida se inició la operación contra estos dando como resultado la muerte de Gabriel Rivera Horta, conocido por Pilongo, y Emilio Rivera Pérez. Por informaciones recibidas por un agente del Departamento de Seguridad del Estado, se conoció de los movimientos del cabecilla Campito en un lugar cercano al poblado de Los Arabos, en Matanzas, en sus límites con Las Villas. El 4 de septiembre de 1964 unidades combinadas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de Lucha Contra Bandidos iniciaron

operaciones de peine y chocaron con los bandidos en las proximidades de la Carretera Central. En la acción cayeron muertos Benito Campos Pire, Campito; José Martí Campos Linares y Juan Benito Campos Linares; Leocadio Rivera Milián, conocido por Cayito; también resultó herido leve y capturado Reinaldo Duarte Valdés. Fueron ocupados dos M-3, dos San Cristóbal y un M-1.

Por los interrogatorios practicados a Cayito se logró conocer que un individuo, yerno de Campito, conocido por Pablito Milanés, había logrado escapar ileso y se dirigía a la zona de los Pocitos en el municipio de San José de los Ramos, Matanzas, con el objetivo de reagrupar al resto de la banda que se encontraba en ese lugar para iniciar la lucha de nuevo.

Con esta información, coordinaron con la Seguridad del Estado de la provincia de Matanzas las operaciones que se llevaron a cabo con resultados positivos y se capturó a los bandidos Reinaldo Echenique Rodríguez, Rigoberto Ibarra García, Teodoro Jomolca Ramos, Armando Daniel Mesa, Daniel Alfonso Martínez y Enrique Medina Valdés.

Así quedó totalmente eliminada la banda dirigida por Campito que durante cuarenta y ocho meses creó un foco de tensión contrarrevolucionaria en los municipios de Corralillo, Quemado de Güines y los límites de las provincias de Las Villas y Matanzas, logrando con su labor confusionista aglutinar un buen número de colaboradores, aproximadamente unos ciento veintidós, que con su ayuda hicieron posible una vida más duradera a este cabecilla al servicio del imperialismo norteamericano.

V

Traición de Clodomiro Miranda

«La ignorancia es un enemigo terrible».

FIDEL CASTRO

A principios de diciembre de 1960 se produjo la traición del capitán del Ejército Rebelde Clodomiro Miranda Martínez, quien en unión de nueve de sus familiares se alzó en la zona de Soroa, en un lugar conocido por San Marino, entre El Mulo y El Rubí, en la sierra del Rosario, Pinar del Río.

El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz se encontraba en las operaciones de Lucha Contra Bandidos en el Escambray y recibió la información por el comandante Dermidio Escalona. Esa misma noche decidió dirigirse al lugar de los hechos y en horas de la mañana del día 6 de diciembre estaba en la zona, adonde ya se habían trasladado algunos batallones de milicias, y asumió el mando de las acciones en las que participaría una batería de morteros de 120 milímetros.

Santiago Naranjo Fernández

Estábamos en Topes de Collantes y llamaron al comandante Dermidio Escalona para informarle que se había alzado en Pinar del Río el capitán Clodomiro Miranda. Escalona se lo informó enseguida al Comandante en Jefe, quien dijo que no se podía perder tiempo, porque había alzados en el Escambray y no se podían permitir otros focos de bandidos. Salimos esa misma noche de Topes de Collantes, pasamos por La Habana ya de madrugada,

continuamos por la Carretera Panamericana del norte hacia Mariel hasta llegar a Bahía Honda. Más adelante dejamos los carros y seguimos a pie por unas lomas hasta llegar a la casa de un campesino al que Clodomiro le había secuestrado el hijo. Más tarde seguimos subiendo hacia otras elevaciones.

Dermidio Escalona Alonso

El comandante José Argibay Rivero, Pepito, me llamó por teléfono para informarme que se había alzado Clodomiro Miranda en la zona de Soroa. Se lo comuniqué a Fidel y le dije que yo debía ir también, pero él no quería que me fuera del Escambray. Le expliqué que conocía la zona donde se había producido el hecho y todo lo que sucedía por allí y que por esos motivos debía ir. Acordamos que me fuera la mañana siguiente en un avión hasta la base aérea de Mariel donde me esperaría un helicóptero que me llevaría hasta la zona de Soroa. Se habían movilizadado ya algunos batallones y se empezaron las operaciones por la mañana.

Manuel Núñez León, Manolo



Primer teniente del Ejército Rebelde, jefe de sector del Escambray. Pasó a la vida civil. Jubilado

Clodomiro era jefe de un batallón para tiempo de guerra y había regresado en esos días de una escuela militar en la base aérea de San Julián, en Pinar del Río. Parece que allí lo penetraron porque después se supo que el jefe o segundo de aquella unidad estaba complicado también. Este individuo fue el que mató a un compañero en San Cristóbal, y después lo cogieron en Lawton debido a la denuncia de un Comité de Defensa de la Revolución (CDR). Clodomiro vino de la escuela para la jefatura del batallón y, en compañía de su hermano y otros familiares que lo siguieron, se llevó parte de las armas y se alzaron.

Archivo del Minint, Pinar del Río

Antes del triunfo de la Revolución, Clodomiro Miranda —a pesar de proceder de una familia humilde, vecina de la finca San Claudio, municipio de Cabañas— era catalogado como un elemento antisocial. Sus negocios turbios lo vincularon estrechamente al asesino y cabo de la dictadura Ramón Fernández Ross, jefe del puesto militar del central Orozco. Clodomiro estuvo detenido varias veces por robo, y logró la libertad en una de estas ocasiones por la influencia política del senador José Manuel Casanova.

Huyendo de sus perseguidores, Clodomiro trató infructuosamente de ingresar en el Movimiento 26 de Julio. En octubre de 1958, luego de dar muestras de sinceridad, es admitido en el Movimiento y a mediados del mismo mes se alzó en la zona de El Mulo, donde operaba la guerrilla del capitán Rogelio Payret, conocido por Claudio. Al triunfo de la Revolución se convirtió en capitán del Ejército Rebelde.

Juzgado por sus delitos y crímenes el cabo Fernández Ross, Clodomiro sería uno de los testigos del juicio; sin embargo, su amistad no le permitió comparecer a declarar contra su antiguo socio.

El 2 de diciembre de 1960 recibió la orden de trasladarse hacia el Escambray pero el día 4 del propio mes decide poner en práctica su plan de alzamiento. En unión de su sobrino entró en la estación de la policía de Cabañas y sustrajo el armamento existente allí. En su yipi cargó cinco fusiles FAL, quince fusiles M-52, veinte subametralladoras checas modelo 25; dos ametralladoras soviéticas calibre 7,62 de disco por encima, y dos cajas con abundante parque y mochilas.

En compañía de su hermano Roberto y su sobrino, sargento Jorge Luis, recabaron la ayuda de ocho campesinos con el pretexto de operar contra un grupo de alzados. Por el camino otros elementos se le unieron, pero ya conscientes de la acción que

realizarían. Ya en la zona del alzamiento, en San Marino, Clodomiro les propuso a los campesinos que se unieran a sus intenciones de alzamiento, a la vez que los amenazó si no secundaban sus planes. El traidor recorrió el terraplén de San Claudio y penetró en la zona montañosa de ese lugar. El hecho atrajo a la provincia al máximo dirigente de la Revolución, Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, y se movilizaron cuatro batallones de milicias que participaron en las operaciones del cerco. Setenta y dos horas después del alzamiento se hizo contacto con los bandidos, después que uno de los carboneros logró evadirse del grupo.

Antonio Llibre Artigas



Capitán del Ejército Rebelde. Jefe del DSE en Pinar del Río. Ocupó cargos en las FAR y el Minint. Historiador

Clodomiro había mantenido una actitud anticomunista y hostil contra el proceso de unidad que tenía lugar a principios de la Revolución; esa actitud crítica nos salía por varias fuentes de la Seguridad del Estado y se lo informamos al mando militar en la provincia. Pero se nos decía que no nos preocupáramos porque Clodomiro era una gente muy escasa de mente, pero fiel. Nosotros insistíamos en esas informaciones y señalábamos que Clodomiro era de origen campesino, pero tenía muchos prejuicios e ideas anticomunistas, y que esta situación nos podía provocar una crisis. Dimos estas informaciones al mando de Clodomiro para ver si lo podíamos neutralizar y evitar males mayores porque era un hombre que tenía mando en una región y nos podía ocasionar un problema.

Estábamos en esta situación cuando de pronto recibimos la noticia de que Clodomiro se había alzado con un grupo de sus familiares y de campesinos de la zona, que se habían llevado un cargamento de armas. Eso no nos sorprendió porque este caso

estaba presente en aquellos momentos y fue la culminación de todo un proceso que veíamos venir.

Se movilizaron varios miles de milicianos, se organizó el cerco y estábamos seguros de que los alzados estaban dentro de él. Por distintos informantes nos llegaba la información del movimiento del grupo de Clodomiro.

A las pocas horas llegó el Comandante en Jefe y le informamos de la situación y que estábamos seguros de que Clodomiro estaba dentro del cerco. Fidel participó directamente con nosotros en el análisis de la operación, revisó todas las medidas que se habían tomado, los planes que habíamos puesto en práctica y se interesó por la situación en general. Él conocía a Clodomiro y consideró correctas las medidas tomadas. Estuvimos allí hasta por la tarde y esa noche salimos para Cabañas, aunque él no quería irse de la zona hasta que no terminara la operación.

Manolo Núñez León

El comandante Dermidio Escalona me había designado días atrás como jefe del Batallón 1 de las milicias de la granja del pueblo El Rosario; fue uno de los primeros batallones creados en Cuba. Como estaba recién formado, lo llevé a la caminata de los sesenta y dos kilómetros. Ya de regreso, un poco más abajo de San Cayetano, me encontré con el capitán Senén Hernández Chirino, quien me dijo de parte de Escalona que no desmovilizara el batallón porque el capitán Clodomiro Miranda se había alzado contra la Revolución, y que al día siguiente se iba a realizar una operación contra ese individuo. Por la madrugada llegó el transporte y nos fuimos para la zona de operaciones.

Ocupamos un sector en San Diego de Núñez, entre la carretera de Cabañas a Bahía Honda, y por la carretera que va desde San Diego de Núñez a Soroa. Pero cuando llevábamos dos horas allí Escalona nos mandó un mensaje en el cual me decía que sacara el batallón y que fuera para la zona de San Marino, entre El Mulo

y El Rubí, en la sierra del Rosario, para la casa de Turi Rivera, un campesino que vivía allí, al cual Clodomiro le había llevado como rehén a su hijo Florencio Rivera. Escalona me dijo que acampara el batallón, porque por la mañana íbamos a realizar el peine. Los demás batallones hicieron el cerco, y el de nosotros se reservó para hacer el peine por dentro.

Estando en esos movimientos llegó el Comandante en Jefe por la madrugada y por la mañana Escalona me mandó otro mensaje donde me indicaba iniciar el peine. Vi al Comandante en Jefe en la casa de Turi Rivera. Estaba hablando con Escalona acerca de la situación y sobre las informaciones que había de los alzados. Fidel conversó con Turi en relación con el secuestro de su hijo. Después se quedó solo en la sala con Almeida, Escalona y otros compañeros. Almeida había llevado una batería de morteros. Después Escalona me dio las instrucciones que le había dado el Comandante en Jefe y me explicó la forma de realizar la operación el día siguiente.

Antonio Libre Artigas

Temprano nos incorporamos a las acciones del cerco, y recibimos una información de uno de los campesinos que había visto a los bandidos cerca de una loma que le dicen La Faragua. Decidimos partir hacia allá con un grupo pequeño en el que íbamos los comandantes Dermidio Escalona, Arsenio García Dávila y otros compañeros más.

Manolo Núñez León

Escalona me dijo que subiera por el camino que va de la casa de Turi a la de Domingo Spengler y que al pasar el río ya estaba en el lugar donde íbamos a empezar el peine. Cuando llegué a ese punto, ya el Comandante en Jefe estaba allí en el alto de la loma.

Escalona me presentó y le dijo que era el jefe del batallón que iba a peinar. El Comandante en Jefe me puso la mano en el hombro y me explicó la estrategia que seguiríamos: poner el batallón en línea de combate y avanzar peinando hasta el alto de la loma que se veía más allá y lo señaló. Instalaron los morteros y Fidel dijo que se tirarían morterazos delante del batallón que iría avanzando hacia arriba, y que cuando llegáramos a lo alto de la loma, tirara una ráfaga como señal para detener el tiro de los morteros. A veces los obuses nos caían cerca; hubo algunos compañeros que no cumplieron las órdenes y se adelantaron un poco por un arroyo; el obús de mortero cayó encima de una mata de jagüey y los fragmentos les produjeron heridas leves.

Por informaciones de un exoficial del Departamento de Seguridad del Estado se conoció que detuvieron a un hombre que se había fugado del grupo de Clodomiro. Era un carbonero, negro y alto, que andaba descalzo y mostraba sus grandes pies. El hombre informó dónde estaba el grupo de bandidos y dijo que lo habían engañado, que le habían dicho que iban a coger unos alzados; los demás se habían quedado arriba, pero él no estaba en contra de la Revolución. Se creyó lo que decía y se decidió salir a buscar a los bandidos.

Escalona se entrevistó con aquel hombre que dio la información sobre Clodomiro, y sin pensarlo mucho, le quitó la metralleta que traía el miliciano y dijo: «¡Vamos a buscar a Clodomiro!».

Cuando llegué al alto, tiré una ráfaga con el FAL y cesó el tiro de los morteros. Por cierto, yo iba apurado por llegar a la loma para que se acabaran los morterazos. El Comandante en Jefe dirigió el tiro con gran precisión, porque fue tirando delante de nosotros y nos había dicho que si los alzados estaban por allí iban a avanzar hacia arriba. Seguimos peinando hacia abajo, y nada más que caminamos unos treinta o cuarenta metros empezamos a encontrar cajas de municiones y otros objetos que iban dejando los bandidos, que ya estaban cerca. Dio resultado lo que el Comandante había dicho, que ellos avanzarían en esa dirección.

Dermidio Escalona Alonso

Fidel había llamado al comandante Juan Almeida para que le situara una batería de morteros de 120 mm. Recorrí el cerco con Fidel y, más o menos cuando se ubicó la zona donde era posible que estuvieran los bandidos, ordenó que se instalara la batería y empezara a tirar morterazos para allá. Fidel daba instrucciones, caminaba de un lado para el otro, recorrió el cerco, precisó si estaba reforzado, y comentaba que por allí no pasaría nadie. Y como es Fidel, que va al detalle de las cosas, precisó todos los detalles del cerco.

Quiero aclarar que a pesar de que yo era el jefe de la primera Limpia del Escambray todas las operaciones y toda la estrategia que se utilizó en la Lucha Contra Bandidos fueron dirigidas por Fidel. Incluso había que darle un parte todas las noches acerca de lo que se hacía, o lo que no se hacía; a cada rato estaba allá en el Escambray.

Uno de los combatientes contó años después que ellos eran unos veinte compañeros y los bandidos unos diez. Cuando se percataron de que estaban rodeados, empezaron a tirar con una ametralladora calibre 7.62 mm, de las de disco arriba. Los combatientes se tiraron al suelo, pero les impresionó mucho que el comandante Escalona se quedara parado dirigiendo la operación.

Antonio Llibre Artigas

Decidimos atravesar el cerco, llegar hasta La Faragua y con otro grupo de milicianos capturar la banda, pero cuando caminamos como dos horas divisamos debajo de nosotros, en unas hierbas de guinea, al grupo de bandidos. No pensamos chocar con ellos, sino que fue accidental que los cogiéramos ahí abajo. Nosotros estábamos en una posición alta, podíamos fusilar a los que estaban abajo, no tenían posibilidad de escapar. Éramos un grupo de unos quince o veinte hombres con armas automáticas en una posición dominante.

Este mismo exoficial narró que Juan Hernández Monsegui siguió por una cañada; detrás de unos arbustos estaba uno de los bandidos con un M-3 en la mano esperando, pero Juan no lo vio. En un intento por que no le tirara, un compañero disparó una ráfaga con la metralleta pero tiró con temor de darle a Juan; cuando este estuvo cerca, el bandido le disparó casi en pleno rostro y Juan cayó. El bandido se ensañó con el caído, fue tan criminal su actitud que cogió el M-3 y le dio con el depósito en la cabeza; tenía un odio terrible y lo remató en el suelo. Cuando ya estaban rodeados, Escalona dijo que había que cogerlos y avanzó hacia donde estaban los bandidos. Aquello era una locura, pero Escalona era el jefe y los demás, los representantes de la Seguridad, no podían hacer otra cosa que seguirlo. Los bandidos vieron llegar a Escalona y se fueron entregando, pero los milicianos siguieron tirando.

Dermidio Escalona Alonso

Fidel había estado moviéndose por el cerco hasta que oscureció. Por la mañana habíamos hecho contacto con los bandidos. Serían como las 09:00 h o las 10:00 h cuando se formó el tiroteo. Ya venía Fidel subiendo a pie, lo intercepté y le dije que ya no había problemas, para que no se metiera en el tiroteo.

Manolo Núñez León

Salimos del monte, al frente había un corte de una hierba que le llaman faragua, y allí mismo se formó el tiroteo. Los bandidos empezaron a ripostar el ataque donde resultó herido Clodomiro, fue muerto su hermano Roberto y hubo otros heridos. Se cogieron los prisioneros y les ocupamos las armas. Escalona me dijo que bajáramos a los presos hasta la casa de Turi Rivera; después vino un helicóptero y se llevó a los heridos y al muerto para Pinar del Río.

En esa operación mataron al primer teniente Juan Hernández Monsegui. Él no tenía que participar en la operación, fue una casualidad que estuviera allí. Había llegado poco antes de iniciarse la acción a traerle unos documentos a Escalona, quien me dijo que le diera un FAL y que fuera con nosotros. Un miliciano había tenido un problema en un pie y no podía caminar; le pedí el fusil, se lo di a Juan y nos fuimos.

Santiago Naranjo Fernández

A Clodomiro lo bajaron y lo montaron en un carro de la escolta que manejaba Benigno García Iglesias, conocido por Panfilov, y lo trasladaron hasta un hospital.

Archivo del Minint, Pinar del Río

El 7 de diciembre, alrededor de las 09:00 h, llegó a la zona de operaciones el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, quien ordenó efectuar disparos de morteros directos al punto de la loma La Faragua donde se encontraba la banda. A las 11:15 h se entabló combate y se produjo un fuerte tiroteo.

En el enfrentamiento fue muerto el bandido Roberto Miranda, hermano de Clodomiro; se capturaron heridos al jefe de la banda y al bandido Gregorio Hernández Fonticiella. Los prisioneros fueron: Jorge Luis Lazo Miranda, Antonio Hernández Miranda, Miguel Hernández Miranda, José Manuel Hernández Miranda, Sinesio Hernández Miranda y José A. Campos González, los que respondieron ante los tribunales revolucionarios. De estos fueron condenados a la pena de fusilamiento el cabecilla Clodomiro Miranda y su sobrino Jorge Luis.

Por la parte nuestra sufrimos la pérdida del compañero Juan Hernández Monsegui, y resultaron heridos graves los milicianos

Gervasio Calzadilla Cruz y Mario Valdés Rosales; y menos graves: Armando González, Mario Pérez Delgado, Pedro Cordero Blanco y Gregorio Pérez González.

Dermidio Escalona Alonso

Bajamos para Cabañas y hablamos acerca de la operación, de lo que había sucedido, hicimos comentarios de lo que se iba a hacer y sobre la estrategia para acabar con las bandas. Fidel hizo un análisis de la situación del bandidismo en el Escambray y la estrategia que se siguió después fue cercarlo, dividirlo en cuatro zonas para que quedara un cerco de norte a sur y otro de este a oeste. Ordenó que fueran para el Escambray diez batallones de cada provincia, integrados por unos quinientos hombres cada uno, y veinte batallones de La Habana, formados por mil hombres cada uno. Una zona estaba al mando del comandante Eddy Suñol Ricardo; otra, del comandante Faustino Pérez; una tercera, del comandante Sergio del Valle, y la cuarta zona, del primer teniente Manolo Núñez León.

Se tomaron las casas estratégicas de los campesinos; había una escuadra en cada una de ellas donde existía la posibilidad de que los bandidos se escondieran o recibieran ayuda, y se organizó la tropa, para los peines, con hombres más fuertes para caminar, que operaban dentro de los cercos. Para dirigir esta estrategia, Fidel iba al Escambray dos o tres veces por semana.

En el Escambray estaban casi todos los jefes: Juan Almeida, jefe del Ejército del Centro, que tenía el puesto de mando en Guajimico; los comandantes Antonio Sánchez Díaz, Pinares; Walfrido Pérez; Víctor Bordón y Félix Torres; los capitanes Orestes Guerra, Orlando Lorenzo Castro, Pineo; y una gran cantidad de jefes y oficiales del Ejército Rebelde.

VI

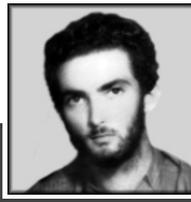
Los asesinos de Conrado Benítez

«Era pobre, era negro y era maestro. He ahí las tres razones por las cuales los agentes del imperialismo lo asesinaron».

FIDEL CASTRO

El 5 de enero de 1961 fue asesinado el joven maestro voluntario Conrado Benítez García junto al campesino Heliodoro Rodríguez Linares, Ireneo, en un lugar conocido por Las Tinajitas, próximo a San Ambrosio, en el Escambray. El crimen fue cometido por el cabecilla de bandidos Osvaldo Ramírez García en unión de sus secuaces. La noticia se le comunicó al Comandante en Jefe, quien partió enseguida hacia la zona de operaciones. Ese joven revolucionario se había convertido en un mártir de la Revolución, como señaló Fidel al llegar donde se hallaba el cuerpo insepulto del maestro voluntario.

Efrén Díaz Acosta



Chofer de Dermidio Escalona y soldado del Ejército Rebelde. Director de la Emprova. Jubilado

Cuando el comandante Dermidio Escalona se enteró de la muerte del maestro Conrado Benítez, que apareció ahorcado en la zona de San Ambrosio, enseguida llamó a La Habana para informarle al Comandante en Jefe sobre este nuevo crimen de los bandidos.

Escalona me dejó en Topes de Collantes para que le sirviera de práctico a Fidel y lo llevara al lugar donde se produjo el hecho.

Dermidio Escalona Alonso

Cuando mataron a Conrado Benítez, se lo informé a Fidel. Salí en un helicóptero y dejé a Efrén para que le indicara el camino. Ese mismo día Fidel salió hacia el sitio donde apareció el cadáver de Conrado Benítez. Al anochecer me uní a ellos y pasamos la noche dentro de un cerco donde estaba el tiro que hacía ola. El Comandante se puso detrás de una piedra en posición de combatir. Yo le dije que esa era la gente del cerco, que no eran los bandidos y que se quitara de allí porque lo iban a matar.

Efrén Díaz Acosta

Con Fidel llegaron Augusto Martínez y los compañeros de la escolta. Él decidió entrar al cerco que se le había tendido a la banda de Osvaldo Ramírez. Le dijo al jefe de la escolta que tuviera en cuenta que estábamos dentro de un cerco y que nosotros mismos éramos más peligrosos, porque había mucha gente sin experiencia y se formaban tiroteos a cada rato.

Empezamos a caminar como a la una o las dos de la tarde, cruzamos un río y seguimos camino hacia Caracusey. Cuando los milicianos veían al Comandante, les daba tremenda alegría; la presencia de Fidel en la zona de operaciones los alentaba mucho. Un miliciano salió a regalarle un tabaco y el Comandante tuvo un gesto de reciprocidad y le entregó uno de los suyos. Caminamos hasta la puesta del sol, y llegamos a un bohío vacío (cuando se tiraba un cerco, se sacaban las familias de la zona para que no corrieran peligro), era un rancho que tenía unos hornos de carbón cerca; estaba en las estribaciones de una loma, hacia el este, saliendo de Las Llanadas hacia Fomento. Dentro solamente había una mesita de madera rústica de un metro y pico de largo.

El Comandante se quitó la pistola y la camisa y se acostó sobre la mesita. Fidel le orientó a Abrantes que saliera a comprar unas reses a un campesino para darles comida a los milicianos del cerco y para comer nosotros. Nos quedamos Marcelo Hernández y yo, uno a cada lado del rancho. Como a las tres horas regresó Abrantes

con una lata de chorizos en la que traía un poco de yuca con carne cocinada; no había nada más. De aquella ración comimos los cuatro y, como no había cucharas y no queríamos manosearle la comida, el Comandante sacaba un pedazo de carne y otro de yuca y nos los iba dando; así comimos a partes iguales. Después, se sentó afuera del bohío y con uno de los combatientes del cerco le avisó a Escalona.

Aurelio Gutiérrez González



Director del Museo
Nacional de Lucha
Contra Bandidos,
Trinidad

De la información recogida y de la visita al lugar conocido por Paso Viejo se infiere que el Comandante en Jefe Fidel Castro estuvo primero en un campamento de nuestras fuerzas —lo más probable que fuera la noche del 5 de enero de 1961— situado en la casa de René Suárez, pequeño agricultor que tenía su propiedad en Paso Viejo. Al amanecer del día 6, Fidel y sus compañeros se dirigieron hasta un punto situado a unos quinientos metros más al este frente a una altura que es conocida también como Paso Viejo, se hicieron disparos de bazuca, incluso se afirma que Fidel disparó personalmente tomando como blanco la cima del monte. Inmediatamente, nuestras fuerzas se desplazaron hacia el noreste donde fueron tiroteadas a unos ochocientos metros. Este ataque fue rechazado con nuestra fusilería (Archivo del Museo Nacional de Lucha Contra Bandidos).

Ramón Valle Lazo

Cuando la muerte del maestro Conrado Benítez, nosotros estábamos en la lucha contra bandidos, íbamos peinando y nos

encontramos el cadáver colgado de un árbol. Lo enterramos, pero cuando llegó el Comandante lo mandó a sacar y dijo: «Este compañero se ha convertido en un mártir de la Revolución».

En la biografía *Conrado, primer maestro mártir*, Ana Angélica Rey Díaz recrea la muerte del joven educador:

En la noche del 4 de enero, después de haber recorrido el horrible trayecto de La Sierrita a San Ambrosio, Conrado es introducido en un cepo en el que encerraban a los prisioneros. Ya a Ireneo lo tenían allí. Las hienas al mando de Ramírez se ensañan con las víctimas; se les somete a las más crueles e infames torturas. Los bandidos los rodean y escupen, les tiran piedras y les dicen palabras obscenas. En las paredes del cepo quedan restos del cuero cabelludo de ambos.

Osvaldo Ramírez le promete a Conrado perdonarle la vida si se une a su banda. Aquel jovencito, todavía un adolescente, a pesar de estar ya golpeado y herido, se yergue como todo un hombre y desafiando al bandido le responde que ante todo él es revolucionario y que no traiciona a su pueblo, que hagan con él lo que quieran.

Osvaldo Ramírez se encoleriza aún más. Alguien grita: «¡Comunista, a ti lo que hay que ahorcarte!».

[...]

Al otro día, al amanecer, sacan a los prisioneros del cepo a empujones y patadas. A Conrado le repiten una y otra vez «Negro de m...».

Después se representa un juicio: los bandidos se erigen en tribunal y juzgan a Conrado, lo acusan de comunista y presentan como prueba su carné de maestro voluntario. Levantan un acta que firman los bandidos y le condenan a muerte.

[...]

Al primero que sacan es a Conrado, que con las manos amarradas y la sogá al cuello debe andar rápido para que no lo arrastren; los alzados lo rodean, dándole con palos y pinchándole con cuchillos.

Así lo llevan hasta debajo de una guásima y por uno de sus gajos pasan la sogá. Mientras, los ojos asombrados del muchacho miran incrédulos el cerco de fieras a su alrededor. Las piedras y los pinchazos no cesan un momento. Son tan horribles las torturas a que someten al joven maestro y al campesino Ireneo que uno de aquellos desalmados, acostumbrados a toda clase de fechorías, enloquece y hay que matarlo antes que a los prisioneros [...].

Luego, Osvaldo Ramírez ordena que halen la sogá; el cuerpo es suspendido y bajado en varias ocasiones, prolongándose así la agonía del inocente muchacho. Es la 1:30 p.m. del día 5 de enero (1987:25-27).

Diego E. González Pérez, Pineda

En un vallecito al lado de un arroyo, frente a la loma conocida por Paso Viejo, se armaron dos casas de campaña; en una durmió Fidel y en la otra se quedó la escolta.

A los compañeros de la escolta que habíamos pertenecido al Ejército Rebelde a mediados de octubre de 1960 nos habían mandado a pasar un curso militar en el campamento de Managua. Era un curso de bastante nivel porque en el mismo estaban Sergio del Valle, William Gálvez, Joel Chaveco, varios comandantes y capitanes más. Pero pasadas unas tres semanas, se complicó la situación internacional y en el Escambray; el Comandante nos mandó a buscar y es cuando se crea la escolta de montaña con nosotros y la escolta de la ciudad con los compañeros del Departamento de Seguridad del Estado, que no tenían entrenamiento militar ni preparación en este tipo de lucha. Este es el motivo por lo que en enero de 1961, durante esta operación, estuvieron los dos grupos de escolta.

Santiago Naranjo Fernández

Salimos de una especie de bodegón y después subimos hasta una loma donde estaba la gente del capitán Mario Toranzo con una batería de morteros. Fidel y nosotros estábamos abajo.

Orlando Pupo Peña

Fidel me mandó a la base Granma a buscar una batería de morteros de 120 mm para llevarla para el Escambray.

Fui con Padilla, recogimos la batería y salimos hacia Trinidad. De allí seguimos hasta Caracusey donde estaba el Comandante.

Jesús Padilla Silveira

Recuerdo que nos habían dado unos yipis Toyota nuevos, fuimos a la base Granma a buscar una batería. Con nosotros fueron el capitán Mario Toranzo Ricardo y De la Noval Oliva, que eran jefes de las piezas. Cogimos por el Circuito Sur hasta después de Trinidad, donde había una bomba de gasolina y a la izquierda está la entrada hacia Caracusey. Allí estaba el comandante Víctor Bordón que nos indicó cuál era la carretera. Llegamos al lugar, emplazamos la batería y poco después arribó el Comandante en Jefe.

Recibimos la información de que al otro lado de la loma había un grupo de bandidos y que habían tirado. Los artilleros dijeron que necesitaban enviar a un observador para que dirigiera el tiro. Mandaron a un compañero con un carrete de cables como observador. Nosotros estábamos abajo cerca de la batería y el Comandante les daba instrucciones para que tiraran hacia distintos puntos. Poco después nos llegó la noticia de que había un herido; se trataba del observador, que le había caído un obús encima. Este compañero había subido con el Caballo de Mayaguara [*Gustavo Castellón, jefe de unidades de LCB*] pero se adelantó y no se situó en el lugar que se le había indicado; el observador se quedó atrás y, al parecer, dio la orden de tirar.

Diego E. González Pérez, Pineda

Cuando llegamos a la zona del cerco, Fidel y Mario Toranzo estuvieron analizando sobre un mapa el lugar donde se presumía que estuviera la banda de alzados y se decidió mandar un obser-

vador, el cual debía ocupar la posición que se le había indicado, pero se quedó donde lo había dejado el helicóptero. El Comandante le había dado instrucciones al piloto para que dejara al compañero en la pendiente contraria de la loma, pero resultó ser un sitio de muy difícil acceso y no lo pudo dejar donde se le dijo. El observador debía caminar unas decenas de metros para situarse en el punto de observación, pero se quedó allí mismo donde le cayó el obús.

Jesús Padilla Silveira

El Comandante mandó a buscar el helicóptero para sacar al herido. Un grupo de nosotros subió la loma, y cuando llegamos arriba, no era un herido: era una masa de sangre y carne; el Caballo de Mayaгуara se echó el cadáver al hombro y lo llevó hasta el helicóptero, que se había acercado a unos cuantos metros del lugar.

José I. Ríos Rodríguez



Escolta del
Comandante en Jefe.
Capitán de la reserva

Había llegado el almuerzo y los compañeros estaban almorzando. Yo salí con el Comandante y el hijo del Curita [*Sergio González Vergara*], un muchacho miliciano de unos trece años que traía un fusil M-52, y cogimos en dirección al río hasta una plazoleta donde estaba el helicóptero con la intención de ir a ver al compañero muerto y saber qué había sucedido; también para señalarle desde allí a los morteristas la posición de una cueva donde se presumía que estuvieran los bandidos y tirar hacia ese lugar. Cuando íbamos llegando el helicóptero levantó vuelo con el comandante Escalona, que salió a explorar.

René Otero Moragüez[†]



Capitán.
Piloto de helicóptero

Llamaron por radio para informarle a Fidel que tenían un herido grave y que necesitaban el helicóptero para sacarlo. Salí para allá, pero allí no había espacio para aterrizar; era un lugar de muy difícil acceso, había un risco grande, me arrimé todo lo más posible, pusieron el cadáver en el aparato y lo saqué del lugar.

José I. Ríos Rodríguez

El Comandante decidió seguir a pie. Comenzamos a subir una loma y cuando íbamos a la mitad de la subida, como no llevábamos agua, el Comandante me dijo que cogiera el fusil del muchacho para que este fuera a buscar agua. Estábamos secos de la sed, la garganta no nos daba más. Cogí el fusil, pero el muchacho no se pudo empatar más con nosotros. Llegamos a lo alto donde todavía estaba fresca la tierra de la trinchera que habían abierto los bandidos.

Dermidio Escalona Alonso

Durante esta operación Fidel voló varias veces en el helicóptero. Hizo una exploración y después dio la orden para que los morteros tiraran hacia los distintos puntos donde se veía la posibilidad de que estuvieran los bandidos.

Nosotros le habíamos hecho un gran cerco a la banda de Osvaldo Ramírez. Fidel llevó los morteros y después de mandar a tirar para una loma se montó en un helicóptero —yo me había caído con un helicóptero y estaba erizado, porque pensaba que se iba a matar— y estuvo sobrevolando la zona toda la tarde. Se bajaba y mandaba a que los morteros tiraran. Después se supo que los ban-

didados se habían ido del cerco. Le dije a Fidel que iba a coger el helicóptero para cercar un paso por allí, pero él quería ir en el helicóptero y le recalqué: «Usted coge a los bandidos, o los cojo yo». Con esto trataba de que no se montara en aquel aparato peligrosísimo. Por fin, desistió.

Fui y tiré el cerco. Esa tarde llegó el presidente Osvaldo Dorticós y le expliqué los riesgos a que se exponía Fidel y al otro día se fueron para La Habana, aunque Fidel siguió yendo al Escambray.

Jesús Padilla Silveira

En eso llegó el Comandante al alto, y el Caballo de Mayaguara y otros le explicaron dónde estaban los bandidos.

Entonces Fidel mandó a un grupo de cuatro o cinco de nosotros para que bajáramos hasta donde había una cueva y nos emboscáramos allí; dijo que él iba a tirar hacia otras partes para tratar de obligar a los bandidos a refugiarse en la cueva. Estuvimos toda la noche allí y cada tres minutos sonaba un mortero. Pineda estaba mal del estómago y salió para hacer una necesidad fisiológica, sintió un obús y salió corriendo; por la mañana vimos que donde estaba Pineda había caído el mortero.

El Comandante siguió por la otra falda de la loma que tenía un paredón de piedras grandes. Después habló con el grupo sobre unos hombres que se vieron cruzar —yo no los vi— y empezó a tirar con una ametralladora.

José A. León Lima, Leoncito

El Comandante me dijo que tirara con la bazuca hacia una cueva que se veía un poco distante. Le respondí que no sabía si el proyectil llegaba hasta allá, porque estaba bastante lejos de nosotros. Me preguntó: «¿Tú crees que le puedes dar?». Le respondí que era muy difícil calcular porque el alcance máximo de una bazuca norteamericana de aquellas era de unos novecientos metros, pero

hice todo lo posible. Puse el alza al máximo y tiré. El proyectil dio arriba del borde la cueva; puse otro proyectil. El Comandante me decía: «¡Tírale un poquito más abajo!». Tomé de nuevo puntería y disparé; se vio como el proyectil entró en la cueva.

Se veía el humo esparcido entre los árboles. Nos quedamos mirando lo que pasaba y vimos por un caminito que iba por la orilla de la cueva, hacia la derecha, a unos bandidos, y Fidel dice: «¡Mira por dónde van!». Cogió la ametralladora MAG y les tiró una larga ráfaga con balas trazadoras. Enseguida la gente del cerco empezó a tirar hacia donde estábamos nosotros. Nos tiramos al suelo y empezamos a retroceder a rastras para quitarnos del firme de la loma y nos situamos en un lugar donde había menos peligro.

Cuando empezó el tiroteo, le pusimos al Comandante un radio de comunicaciones delante de su cabeza y los compañeros de la escolta nos situamos de ese lado.

Aurelio Gutiérrez González

La información recibida concuerda en asegurar que Fidel continuó su marcha hacia el norte con rumbo al lugar conocido por San Ambrosio donde arribó a las 10:00 a.m. y que estuvo todo el día y la noche.

Al parecer, en los alrededores de San Ambrosio desde el 5 de enero había tenido enfrentamientos con la columna que dirigía Osvaldo Ramírez, y el Comandante en Jefe empleó el día en reorganizar los cercos y explicarles a los combatientes su misión.

Afirma uno de los informantes, Félix Pérez Valdés, que antes de la llegada de Fidel nuestros proyectiles de artillería estaban cayendo demasiado cerca de nuestras líneas y que se lo plantearon, a partir de lo cual se interrumpieron los disparos, e indica que Fidel estuvo en una casa en construcción en varias ocasiones; pero no cree que haya dormido allí ni en ningún sitio, pues tanto de día como de noche se veía en actividad.

El lugar a que nos referimos también se conoce como la finca de Ramón Fondón, de donde partió al amanecer del día 7 de enero con rumbo este. Se afirma que pasó por la finca de un tal Veneno y por la casa de los Santines bordeando la altura de Alto Jobo. De allí se dirigió hacia el sur, pasó por el lugar conocido por la Cueva del Cigarro, en los alrededores de la Comunidad 24, y de allí al llamado Depósito, en el lugar que hoy se nombra Comunidad 22.

Por la información que hemos recogido, el Comandante en Jefe no pernoctó en ninguna casa durante su recorrido entre los días 6 y 7, y el único carbonero que vivía en los alrededores se nombra Vidal Cruz, con quien no pudimos establecer contacto en esta oportunidad (Archivo del Museo Nacional de LCB).

José I. Ríos Rodríguez

El Comandante miró hacia un trillo que se veía a unos quinientos metros y vio cruzando a unos hombres por allí. Dice: «¡Mira para allá, cruzaron dos!». Cogió la ametralladora MAG y empezó a tirarles con balas trazadoras, pero la gente del cerco no sabía que era el Comandante quien estaba tirando —y lo que nos echaron para allá, fue de madre!— de aquella parte izquierda del río. Los otros compañeros del cerco nos veían porque estaban en una loma que tenía hierba de guinea y matojos bajitos, pero del otro lado era monte cerrado. ¡Nos echaron para allá con todos los hierros! Fue tal la cosa que el propio Comandante dijo: «¡Nos van a matar esa gente!», porque las balas picaban en el suelo.

Yo me acosté atravesado delante de la cabeza del Comandante para protegerlo un poco. Valle y Leoncito avisaron por radio que nosotros estábamos dentro del cerco y empezaron a gritarle a la gente que no tirara porque el Comandante estaba allí.

Nos cogieron las seis de la tarde, ya estaba oscureciendo. Entonces se movilizaron los compañeros por todo el cerco para avisar que no tiraran porque los milicianos después de esa hora tiraban a todo lo que se moviera. Bajamos y allá abajo nos estaba esperando

el presidente Osvaldo Dorticós y otros compañeros que fueron a buscar al Comandante.

Santiago Naranjo Fernández

José Inés había subido con el Comandante, yo me quedé en otro lado. Después llegó Dorticós y salí a buscar al Comandante, pero ya venía bajando. De regreso seguí delante avisando que venía la gente nuestra para que los milicianos no tiraran; ese era el peligro más grande en aquel momento, porque era ya de noche.

José I. Ríos Rodríguez

Como a las ocho y pico de la noche salió la caravana de yipis del Escambray. Teníamos una tremenda preocupación por el temor de que nos hicieran una emboscada.

Fidel Castro Ruz

La noche del 23 de enero de 1961, en el acto de graduación del segundo contingente de maestros voluntarios, en el teatro de la Central de Trabajadores de Cuba, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz habló emocionado y conmovido del bárbaro hecho:

[...] era pobre, era negro y era maestro. He ahí las tres razones por las cuales los agentes del imperialismo lo asesinaron. [...]

[...]

[...] pero ese maestro, que murió cruelmente asesinado, no será como una luz que se apague, será como una llama de patriotismo que se enciende. ¡[...] es un mártir cuya sangre servirá para borrar para siempre la ignorancia y la incultura en nuestro pueblo [...] y allí donde enseñó se erigirá una escuela!, ¡y allí donde murió se erigirá un monumento que será eterno recuerdo a su memoria [...]!

VII

Los cercos

«Aquellos eran tiempos buenos, a pesar de todo, vivía uno las veinticuatro horas en eso. Aquella era una lucha tremenda.

Estábamos en ella día y noche».

FIDEL CASTRO

Dermidio Escalona Alonso

Fidel dirigía personalmente la estrategia y la táctica de la lucha contra los bandidos. Durante un tiempo yo fui el jefe de las operaciones en el Escambray, pero él estaba presente. Organizaba los cercos, tiraba morterazos, se montaba en el helicóptero, y estaba allí casi siempre. Cuando los bandidos mataron al maestro Conrado Benítez, nos quedamos una noche dentro de un cerco, que no era solamente peligroso por los bandidos, sino también porque había miles de hombres armados que nunca habían disparado un tiro; en el Escambray se formaban grandes tiroteos y no se podía estar dentro del cerco. Esa noche Fidel durmió entre unas piedras mientras los milicianos tiraban.

Santiago Naranjo Fernández

Por la zona de Topes de Collantes se le tendió un cerco a la banda de Osvaldo Ramírez García, y se empezó a tirar hacia donde estaban los bandidos. De la parte cercada salió una voz que decía: «¡No tiren, no me tiren!». El hombre hablaba a media lengua. Aníbal Velaz estaba con nosotros y dijo: «¡No tiren que es un hombre nuestro!». Cesaron los disparos y salió un individuo con un sombrero de yarey y usaba unos espejuelos con cristales de aumento; era casi miope y se llamaba Perdomo [*Reinerio Perdomo Sánchez*]. El

Comandante y Aníbal Velaz lo llevaron para una nave que había cerca; Alfredo Gamonal, jefe de la escolta, y yo también, íbamos con ellos.

Dentro del local lo interrogaron y Perdomo habló sobre Osvaldo Ramírez y sus crímenes. Explicó que los colaboradores de los bandidos habían detectado que él era agente de la Seguridad del Estado porque alguien lo había visto entrar a un cuartel por la zona de Manicaragua y le dijeron a Osvaldo Ramírez que él era del G-2. Le pusieron una sogá en el cuello y lo iban a colgar, pero Perdomo trató de convencer a Osvaldo y le dijo que cómo iba a ser comunista si era muy creyente. Tenía comunicación por radio con un reverendo allá en Estados Unidos, y al parecer, porque el aspecto de aquel hombre no era de un infiltrado ni mucho menos, tenía más bien una cara de una persona infeliz.

Terminado el interrogatorio, el hombre le dijo al Comandante en Jefe que no tenía dinero para irse para su pueblo en Las Villas. Fidel le dijo a Gamonal que le diera veinte pesos y el tipo se fue. No supe más de Perdomo hasta un día de 1965 en que Luis Rodríguez, que era dirigente del Partido Comunista de Cuba (PCC) en la provincia de Matanzas, llevó a Perdomo adonde yo trabajaba como director del Plan de la Ciénaga de Zapata y me explicó que era un hombre «quemado» por el trabajo de la Seguridad del Estado, y que hacía falta buscarle algún trabajo. Lo pusimos a administrar la tienda de cayo Ramona. Pero un tiempo después una compañera nos dijo que sus relaciones no eran buenas. Lo llamé y lo alerté sobre esta situación, pero continuó en sus actividades y tuvimos que sacarlo del trabajo.

Reinerio Perdomo Sánchez



Agente infiltrado en la banda de Osvaldo Ramírez. Pasó a la vida civil. Jubilado

El compañero Luis Felipe Denis me dijo: «Mira, guajiro, la etapa tuya como agente de la Seguridad del Estado termina cuando

haya un enfrentamiento serio con el ejército, y si puedes desvincularte de la banda, te rindes como un alzado más». Mi identificación era BR-20, que solamente la sabían los jefes de la Seguridad del Estado, con la misión de informar todo lo relacionado con la banda de Osvaldo Ramírez. Hubo una ofensiva y un cerco en la zona de San Ambrosio, donde operaba la banda de Osvaldo Ramírez; después, otro gran cerco en la zona de Limones Cantero, en Las Aromas y en la finca La Lumbre, una de las dos, no recuerdo. Cuando hubo una operación militar fuerte traté de escaparme de la banda, pero no lo logré hasta después del cerco en la zona de Fomento, en una finca que se llama Las Calabazas. Esto se produjo en el subsector que dirigía el capitán Ramón Valle Lazo, después general de brigada. Me llevaron ante él y un primer teniente de apellido Membire, o algo parecido; les informé que habían cogido a un alzado importante.

Durante el tiempo que estuve infiltrado en la contrarrevolución fui hasta La Habana para realizar un contacto y después me enteré que había llegado casi hasta la casa del que se hacía llamar Comandante Augusto César Sandino. Esto fue cuando llegó un cargamento de armas procedentes de Estados Unidos, que entraron por el barrio de Jaimanitas. Yo serviría de guía para llevar esas armas hacia la zona de La Ceibita en el Escambray, detrás de Sancti Spíritus. Sobre esta operación tenían conocimiento Denis y Luis Rodríguez Hernández. Seguí para Trinidad y una persona —que no recuerdo su nombre— tenía que hacer contacto conmigo, pero se acobardó. Teníamos un escondite en un lugar llamado Cayaguazán, frente a la finca Maisinicú; era una casa antigua, había un señor allí y fui a esconderme.

El compañero Agustín Hernández, que era un viejito, me dijo que el contacto con la Seguridad quería que fuera al cuartel. Le respondí que la única forma era que después que cayera la noche vinieran dos guardias armados con fusiles y con una sogá para que me condujeran como un prisionero hasta el cuartel. Ellos no sabían que en la ofensiva anterior le habían capturado gente de confianza a Osvaldo Ramírez. Además, Osvaldo tenía organizado su servicio de inteligencia militar, que consistía en situar dos o

tres hombres cerca de la entrada del cuartel para observar los movimientos de entrada y salida de personas, cantidad de soldados y otros datos de inteligencia que le transmitían. Era meterme en la boca del lobo. Pero dos guardias me fueron a buscar: eran Gelasio Martínez, que vive en Cárdenas, y otro al que le decíamos el Güititío.

Hice el contacto, pero le informaron a Osvaldo que había estado en el cuartel. Le expliqué que caí preso y me condujeron hasta allí, pero logré escaparme. No pudo comprobar nada contra mí.

Denis me había orientado que saliera del cerco sin camisa y con las manos en alto, que nunca caminara para encima del cerco. Los soldados van a caminar hacia ti y no te dispararán. Yo andaba mal vestido, mal alimentado y en un estado deprimente. Me mandaron a bañar, me dieron ropa limpia, me sentaron en un taburete y me amarraron. Le pedí permiso al capitán Valle Lazo para que me pusiera en contacto con el jefe del sector de operaciones y que le comunicaran mi seudónimo: BR-20. Le pedí que llamara a Santa Clara y dijera al jefe de operaciones nada más que: BR-20. Él confió en lo que le dije y como a la hora pasaron a recogerme los compañeros de la Seguridad. Me llevaron hasta Santa Clara. Todavía llevaba escondidos en mi cuerpo unos papeles que no me los encontraron y se los di a Denis. En la información que entregué estaba la estructura de la guerrilla, los jefes, las comunicaciones y otros datos.

Después me llevaron para Topes de Collantes donde hablé con Aníbal Velaz y Luis Felipe Denis y el comandante Tomassevich, quien me indicó que trabajaría con mapas y fotografías aéreas. Pasaron unos días trabajando con estos materiales y en eso llegó Fidel al puesto de mando de Topes (*v. imagen 19*).

Denis le dijo a Fidel que tenía al hombre que le iba a decir cómo había sido el asesinato del maestro Conrado Benítez. Me mandaron a buscar con el teniente Aguada y el teniente Remedios. Cuando llegó allí, veo a Fidel, a Dorticós, Faustino Pérez, Núñez Jiménez y otros. Fidel me saludó, me puso la mano en un hombro, me dijo que no me pusiera nervioso, después me pidió que le dijera

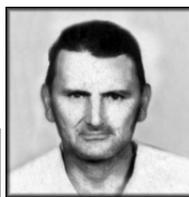
cómo cogieron y asesinaron a Conrado Benítez, los nombres de los bandidos de los que lo asesinaron y lo torturaron.

Comencé explicando cómo lo capturaron. Casi le quitan las ropas, después lo metieron en una jaula de alambres, le hicieron un juicio amañado y lo condenaron a muerte. Todo lo expliqué con más detalles y respondí las preguntas que me hacía. Cuando se produjo la ofensiva del ejército y los milicianos, en la mañana del 5 de enero de 1961, fue sacado de la jaula; en el trayecto hacia donde lo iban a ahorcar, le fueron dando patadas, pedradas, bayonetazos; y antes de colgarlo, le cortaron los testículos. Así fue asesinado alevosamente, junto al campesino Ireneo.

Denis tenía la relación de los bandidos que participaron directamente en aquel horrendo crimen: los que se emboscaron y lo capturaron, los que le hicieron el mal llamado «juicio» y los que se ensañaron con el joven maestro. Fue un asesinato cruel. Macario Quintana, Carretero, San Gil y el Marinero fueron los que más se ensañaron con el maestro.

Después le explicaron a Fidel que yo estaba trabajando con los mapas, los buenos resultados que habían dado en las operaciones. En menos tiempo y con menos hombres se habían aniquilado las bandas, sus colaboradores y se iban neutralizando zonas sin la presencia de bandidos. Allí estaban Remedios, Manolito Miranda, O'Farrill y otros compañeros.

Senobio N. Molina Rodríguez, Pino[†]



Miliciano y guía
campesino

Unos compañeros nos dijeron que estaban unos bandidos en la zona del río Tuinicú, en el Escambray. Enseguida fui a ver al comandante Félix Torres y le dije que había como ocho alzados allí. Al otro día por la madrugada estaba en La Yamagua y me mandó a buscar para el cuartel de Cabaiguán. Fue a recogerme un compañero

en una máquina. Yo no sabía que era Fidel quien me había mandado a buscar, tampoco sabía quién era el compañero. Nada más dijeron que tenía que ir solo al cuartel. Los otros milicianos no querían que fuera porque pensaban que me iba a pasar algo en el camino, pero fui y sin armas. Cuando llego al cuartel, me mandan a pasar y allí estaban Fidel, Félix Torres, Augusto Martínez, Raúl Curbelo y otros compañeros. Fidel me preguntó cómo era el problema de los bandidos. Le respondí que había como ocho bandidos en la zona de la finca Manaquitas.

Cuando llegué, Fidel estaba viendo un mapa para ubicar el lugar. Entonces planteó que había que hacer un cerco y me dijo que buscara otro compañero que conociera el camino y le respondí que iba a buscar a uno que se llamaba Salvador. Partimos como a las dos de la madrugada en unos camiones. Salvador cogió el camino de Las Damas, y yo seguí por el que va para Santa Lucía que salía allá, para cerrar el cerco en Las Tosas.

Fidel entró en un yipi con una tropa y siguió hacia la finca Manaquitas donde estaban los alzados. Nos mandó a mí y a Salvador que fuéramos con él hasta el lugar exacto. Allí mandó a situar un mortero y tiró trece morterazos y dijo: «¡Cómo estarán las nalgas de esos tipos si están ahí!». Después se repartió la gente para tirar el cerco. Pero no se pudo coger a los bandidos porque ya estaban fuera de allí. Parece que alguien les avisó. A los tres o cuatro días de levantado el cerco se atraparon algunos de esos alzados.

Se mandó a preparar almuerzo para la tropa; después de almorzar, Fidel me preguntó qué cantidad de tierras tenía la finca. Le respondí que eran treinta y nueve caballerías, que la dueña era Angelita Capiró y se había ido para otra casa que tenía en Cabai-guán. Se intervino la finca, la camioneta y todas las propiedades. Fidel preguntó por la casa y a quién se le daba. Félix Torres le respondió: «Vamos a dársela al compañero Pino que está haciendo un trabajo en la zona». Fidel dio instrucciones de intervenir la finca y, con una cooperativa de siete caballerías, se formó la granja del pueblo Noel Sancho Valladares, se le fue incorporando tierras y llegué a dirigir dos mil veinte caballerías de esta granja que está en Cabai-

guán. Actualmente [1996] queda una parte estatal de vaquerías; la otra es una cooperativa agropecuaria y de campesinos individuales.

Santiago Martín Álvarez



Miliciano y guía
campesino

Este cerco se realizó porque había alzados en la zona de Manaquitas. Eso está entre el río Las Vueltas y el río Tuinicú, finca Manaquitas Capiró en el barrio Santa Lucía, a unos siete kilómetros de Cabaiguán, por la carretera que va para Fomento. Cuando eso no había carretera, se entraba por un camino que le decían del Pino. La parte de atrás de la finca tenía mucho monte.

Félix Torres estaba operando en el Escambray y le dieron la orden de ir hasta ese lugar con sus fuerzas y tirar el cerco. No recuerdo si era la una y pico de la madrugada cuando llegó Fidel acompañado por Augusto Martínez Sánchez, Félix Torres, José Regueiro, un compañero de nosotros de apellido Ravelo y otros más. Cuando Fidel preguntó quiénes eran los que conocían aquella zona, le respondimos que Pino Molina, Salvador y Antonio Pérez, y los mandaron a buscar a todos para que sirvieran de guías de la tropa. Había unas piedras grandísimas en ese lugar y allí se instaló un mortero y Fidel dirigió personalmente la operación. Cuando terminó de tirar los morteros, nos dijo: «¡Bueno, si había alzados aquí, no queda nadie!». Los alzados estaban metidos entre dos piedras, según se dijo.

Terminada la operación, Fidel fue hasta la casa de la finca de Angelita Capiró, que era la dueña explotadora de los campesinos de esa zona. Recuerdo que Fidel estaba comiendo unas galletas y dijo: «Esto se llamaba Angelita Capiró». Después nosotros intervinimos la finca y se le ocupó todo.

Angelita Capiró vivía en la ciudad, pero su cuñado de apellido Placeres colaboraba con los bandidos. Después se marchó hacia

Estados Unidos. La gente que iba a alzarse, tanto de La Habana como de otros lugares, entraba por esta finca situada cerca de la carretera y al fondo estaban las montañas.

Intervinimos la finca y como a los dos días yo estaba de guardia y cogimos a dos bandidos que traían pistolas; eran de La Habana. Los amarramos y los llevamos para el cuartel de Cabaiguán. Después de esa operación, y de la mudada de nosotros para la casa con cuatro o seis milicianos armados, se ahuyentaron los bandidos de esos lugares aunque siempre penetraban por otro lado. La actuación de Fidel en ese cerco los espantó de la zona, que además fue ocupada por la gente revolucionaria. La finca tenía una característica especial por su ubicación geográfica, porque al pasar el río Las Vueltas se entra en la sierra del Escambray.

Este cerco fue a finales de diciembre de 1960 o a principios de enero de 1961. Por un lugar que le dicen Macaguabo se tiró el cerco, partiendo de la finca, y se hizo hacia las lomas por ambos lados. Cuando iban en el recorrido para tirar el cerco, Fidel preguntaba dónde estaba Salvador, que era uno de los guías.

VIII

Un enlace contrarrevolucionario

«Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar
las riendas de sí mismo».

JOSÉ MARTÍ

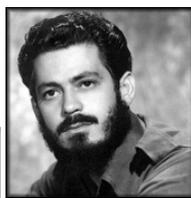
El 31 de enero de 1961 fue detenido en el Escambray un campesino que servía de enlace de los bandidos en esa región montañosa de la antigua provincia de Las Villas, con una red de elementos contrarrevolucionarios que radicaban en La Habana. El prisionero fue trasladado hasta la capital donde narró al Comandante en Jefe todos los detalles de su labor como enlace.

Manolo Núñez León

En el Escambray se estableció una medida consistente en que para circular entre los diferentes sectores, de los cuatro en que estaba dividido el territorio, había que tener un pase firmado por el jefe del sector, y de esta forma saber qué gente se movía dentro y poder controlar a los colaboradores de bandidos. Un indicio condujo a la captura de un personaje clave: Pedro Cuéllar Sabina.

Veníamos una vez bajando en yipi por la loma de La Ventana, cuando vi a un hombre que me resultó sospechoso; me pareció un poco sobresaltado. Le dije a Luis Jaime, que venía manejando, que diera marcha atrás, y paré al hombre. Conversé con él, pero lo veía un poco extraño; lo iba a dejar que se fuera, pero pesó más la sospecha que la confianza que podía ofrecirme. Lo montamos en el carro y lo llevamos para Gavilanes.

Luis Jaime Rodríguez[†]



Combatiente de LCB

Se dieron instrucciones de sacar del Escambray a los matrimonios, llevarlos para el pueblo y dejar la dirección.

Se recogía a las familias y cuando se llegó a esa casa vinieron la viejita y dos muchachas, porque el viejo no pudo venir. Yo estaba vigilando una de las dos puertas, una para las mujeres y otra para los hombres; estaba recostado, y cuando a la viejita le tocó su turno para entrar al local donde la iban a registrar, veo que saca de los senos un bultico envuelto en una tela y lo pone en el bolsillo de un chaleco de frío, lo cuelga en el respaldo del banco y entra. Me pregunté qué sería eso. Cogí el paquetico y vi que era dinero. Cuando la mujer regresó, le dio un vahído y le dije que no se preocupara, que yo tenía guardado el dinero y que tenía que acompañarme a La Sierrita, donde estaba el puesto de mando.

Le llevé la señora a Manolo y ella confesó que ese dinero era de su esposo, Pedro Cuéllar. Eran tres mil treinta y tres pesos; en billetes de veinte pesos había tres mil pesos, tres billetes de diez pesos y tres de uno. Todavía tengo el vale de entrega. Todos los billetes estaban firmados en una esquina por Nando Lima, jefe de una banda de alzados. Manolo ya tenía retenido al viejo Cuéllar y comprobó que andaba en algo. La esposa no sabía que el marido estaba detenido allí; ella había dicho que él se encontraba en La Habana.

Cuando Manolo interrogó a Cuéllar, este le dijo que ese dinero se lo había dado un cuñado suyo para comprar una casa, y que él no tenía nada que ver con eso. Pero ya la esposa nos había dicho que el dinero era de su esposo y que se lo había entregado Nando Lima.

Manolo Núñez León

Con esta prueba se confirma mi sospecha sobre Cuéllar. Yo tenía preso a Coco González, un exteniente del Ejército Rebelde que se alzó con los bandidos en el Escambray, pero al llegar allá arriba y ver cómo se comportaban se dio cuenta de que había cometido un error, que no era como la propaganda que le habían hecho, y decidió entregarse. El precio que puso para entregarse fue que solo se entregaría al capitán Emilio Aragónés, porque se conocían de Cienfuegos y habían luchado juntos. Le mandamos a preguntar qué debía hacer Aragónés para concertar la entrega. Nos mandó a decir que él veía la carretera de La Sierrita por donde pasaba Aragónés, que estaba en esos días de operaciones; que el yipi donde iba Aragónés pasara lentamente, que él lo veía, bajaba y se entregaba.

Le informé esta cuestión al comandante Escalona, quien se lo comunicó a Aragónés y se hizo la operación de entrega. Después me lo entregaron porque estaba en mi sector. Coco se comprometió con Aragónés y conmigo a colaborar en todo lo que supiera para reivindicarse del error cometido. Pusimos a Cuéllar sentado en un banco del cuartelito de La Sierrita y metimos a Coco por la parte de atrás, desde donde lo podía ver, y le pregunté quién era aquel hombre. En cuanto lo vio me dijo que cerrara la puerta y me dijo:

—Ese es el enlace de La Habana con la gente del Escambray.

—¿Tú estás seguro de lo que estás diciendo? —le pregunté.

—Yo estoy seguro de lo que estoy diciendo, a ese lo conozco como mis manos: ese es el enlace de La Habana con la sierra.

Conversé con Cuéllar, pero no quería hablar, decía que era revolucionario y no tenía nada que ver con ese asunto, que estábamos equivocados y que averiguaríamos con su familia. Las hijas y la familia eran revolucionarias. Pero estaba seguro de que no era así. Como los métodos que nosotros teníamos eran de convencimiento, Cuéllar no habló.

Llamé al comandante Escalona que estaba con el comandante Juan Almeida en la casa de El Consuelo, antes de llegar a Trinidad. Escalona me preguntó si estaba seguro y le expliqué lo que decía Coco. Escalona me dijo que esperara allí y más tarde llegaron en un helicóptero.

Mandé a buscar al hombre; Almeida y Escalona hablaron con él. Después se lo llevaron en el helicóptero y por la tarde regresaron, pero el detenido no dijo nada. Entonces Almeida me dijo que ese hombre no sabía nada y que lo soltara. Pensé para mis adentros: «¡Que lo suelte, a ese no lo suelto ni loco!». Incumplí con la orden y no lo solté, porque estaba seguro de que aquel hombre era enemigo por lo que me había asegurado Coco.

Cuando se fueron Almeida y Escalona le dije:

—Coco, si tú me estás diciendo mentiras, el que va a pagar eres tú.

Me respondió:

—Yo estoy seguro, pongo mi cabeza en un picador, porque estoy cansado de verlo —porque él pertenecía a la banda de Nando Lima.

Entonces pensé: «¡No lo suelto!».

Por la tardecita estaba lloviendo, y le digo a José Joaquín, un compañero nuestro, que fuera al almacén y trajera dos o tres metros de sogá nueva, de una finita:

—Y prepárala que tenemos que hacer un trabajo, ya no podemos esperar más.

Cuéllar oyó las instrucciones aquellas. Trajeron la sogá. Cuando empezó a oscurecer salimos con el detenido José Joaquín, Macario, Luis Jaime y yo. Subimos por la loma de La Ventana, donde había una compañía nuestra. Llamé al jefe de aquella unidad y le ordené que retirara todas las postas que pudieran ver lo que iba a pasar. Nos alumbramos con una chismosa y la luz del yipi. Por el camino la gente que venía conmigo le decía a Cuéllar: «¡Oye, habla, que ese teniente no cree en nadie, tú eres el que va a pagar por otros!».

Luis Jaime Rodríguez

Nos habíamos puesto de acuerdo Manolo y yo para que hiciera como quien lo iba a agredir, me metiera por el medio y que no aguantaba más esa situación. Entonces el hombre me llamó y me dijo que iba a hablar y que escribiera lo que iba a decir.

Manolo Núñez León

Cuéllar hizo un gesto para hablar y le dije:

—¡Yo no quiero que me digas nada, ni que me hables, yo sé lo que tú eres!

El detenido se puso de rodillas y me dijo:

—Teniente, déjeme hablar, déjeme decir lo que sé.

—¡Está bien, pero no me digas una mentira!

Luis Jaime cogió una libreta de esas de escuela para escribir. Empecé a preguntarle y Cuéllar me informó de todos los enlaces que tenía en La Habana, los lugares donde estaban, las claves que utilizaban y cómo se veían. Por ejemplo, me dijo que llegaba a un edificio en G y 15 —me parece— donde vivía el coordinador de ellos. Él llevaba una maletica carmelita, tocaba el timbre y después salía al patiecito —«con la maletica debajo del brazo para yo verte desde arriba»—, le habían indicado, y después abrían. «Si tú vienes un día y no traes la maletica debajo del brazo es porque ha pasado algo».

Por el reparto Cubanacán vivía uno gordo que tenía una planta de comunicación.

Cerca del antiguo Estado Mayor de la Marina, por la Avenida del Puerto, tenían otro tipo de clave.

Luis Jaime Rodríguez

En una vidriera que habían acordado con anterioridad, el enlace señalaba con el dedo índice un tabaco, entonces un tipo venía y pagaba el tabaco. Ese hombre salía, se paraba en medio

de la calle, y en la máquina que lo recogiera él tenía que montar para irse.

Cuando llenamos unas cuantas hojas de la libreta, le rectificué: —¿Pero todo lo que usted dice es verdad?

—Es todo de lo que me acuerdo; si me acuerdo de algo más, se lo digo.

Manolo Núñez León

Aquello me pareció muy extraño, cogimos un carro y salimos para La Sierrita, después partimos para Cienfuegos donde estaban Almeida y Escalona. Cuando entré a la casa estaban viendo la televisión y Escalona me preguntó qué había pasado. «Aquí le traigo la confesión del hombre», le dije. Almeida cogió la libreta y cuando leyó aquello inmediatamente llamaron a La Habana al Comandante en Jefe.

Dermidio Escalona Alonso

Cuando se produce esto, estaba en Cienfuegos con Almeida. Llegó Manolo Núñez y nos informó todo lo que había hablado el tipo. Después interrogamos al detenido, que sabía todos los contactos que tenía en La Habana. Como a las 23:00 h o 24:00 h, llamamos a Fidel y le expliqué lo que había. Fidel me dijo que se lo mandara para La Habana.

Manolo Núñez León

Escalona me dijo que trasladáramos al detenido para La Habana y se lo llevara a Fidel. Cuando llegamos al lugar de la entrevista, la posta ya tenía instrucciones de dejarnos pasar. Subí al piso donde estaba esperando el Comandante en Jefe, eran como las 03:00 h o 04:00 h. Llevaba la libreta con las declaraciones de Cuéllar. El

Comandante me saludó y me preguntó cómo andaba el Escambray. Le fui explicando todo. Él cogió la libreta y me preguntó:

—¿Todo esto será verdad?

Le respondí:

—Bueno, ahí está el hombre para que confirme esto; además, él se comprometió conmigo a que si se acordaba de algo más me lo decía también.

Después que hablamos un rato más, me planteó que subiera al hombre. Bajé a buscarlo y en el recorrido de la calle hacia donde estaba Fidel, en el pasillo, le dije:

—¡Óyeme, tú vas a hablar con el Comandante en Jefe, con Fidel Castro, de lo que tú me dijiste no puede haber una mentira, ni puedes haberme engañado!

Y me respondió:

—Todo lo que he dicho es verdad, y si me acuerdo de algo más... como le dije, ahora mismo me estoy acordando de algunas cosas más que no están en la libreta.

—Bueno, cuando estés arriba se las dices al Comandante.

Llegamos arriba y el Comandante empezó con el hombre, que le afirmó que todo lo que había declarado era cierto. Fidel le habló del error que había cometido y le dijo que en el futuro podía ser lo que quisiera, partiendo del reconocimiento de su falta, y que se podía incorporar a la sociedad. Le tocó la sensibilidad humana al detenido y él dijo todo lo que sabía. Cuando terminó la conversación, Fidel mandó a localizar a Ramiro y otros compañeros.

En un momento en que el Comandante se movió hacia otro lado del local, el detenido me dijo:

—Bueno, teniente, yo quisiera pedirle un favor: quisiera ir a la casa de una hermana mía que vive en Casablanca, para decirle esta situación, porque mi familia no sabe dónde estoy en este momento.

Hablé aparte con el Comandante y le expliqué lo que quería Cuéllar. El Comandante me preguntó si lo dejábamos ir solo o con un compañero. Le respondí:

—¡Comandante! ¿Solo? Solo no lo podemos dejar ir, porque de eso no hay nada confirmado.

Él me respondió que estaba seguro de que lo que había dicho el detenido era verdad, y que lo íbamos a dejar ir solo a ver a su hermana.

Yo me ericé, porque pensé: «Si es mentira, ese hombre no vuelve». Pero el Comandante estaba seguro, por su propia psicología, y se dejó ir con el compromiso de que regresara a una hora determinada. Le dieron un dinero. Cuéllar dio la dirección donde vivía la hermana, pero no regresó. Parece que después averiguaron lo que había pasado y contaron que al salir de la casa de la hermana cayó muerto, al parecer de un infarto.¹

Sergio Cuéllar González

Hijo de Pedro Cuéllar Sabina.
Colaborador de bandidos

Una tarde de diciembre de 1960 mi padre me dijo que iba para La Habana a cumplir una misión, a ver a un enlace contrarrevolucionario que tenía una planta de radio; llevaba dos hojas de papel cebolla con las claves para poder comerse el papel si lo detenían. En el escrito se señalaban los lugares donde había que encender las fogatas para que un avión dejara caer las armas. Nando Lima le había dicho que ante cualquier imprevisto se tragara los papeles. Uno de los puntos quedaba cerca de la finquita mía. A su regreso, me avisaría para que supiera el lugar donde tirarían el armamento. Le dije que tuviera cuidado porque lo podían descubrir; él me respondió que no había problemas, que iba contento y confiado. Salió con mi hermana mayor con el pretexto de llevarla al médico. Fue la última vez que lo vi.

1 Según archivos de la Necrópolis de Colón, Pedro Cuéllar Sabina, vecino de la finca Cuevitas, Cienfuegos, falleció el 9 de febrero de 1961 por un edema agudo del pulmón y fue enterrado el 14 de febrero de 1961. Sus restos no fueron reclamados por los familiares.

Él fue detenido el 31 de enero de 1961 en un lugar conocido por Sabanita de la Cruz, cerca de la loma de La Ventana, en el Escambray, después de cumplir una misión en La Habana. De allí lo llevaron para el cuartel de La Sierrita.

El dinero que le ocuparon en el registro lo trajo mi padre de La Habana; lo tenía escondido su segunda esposa nombrada Sofía Hernández Aguilera, de cuarenta y ocho años.

Mi padre murió el 9 de febrero de 1961, y según me contaron mis familiares, él fue a Casablanca a sus asuntos conspirativos. Estuvo allí dos o tres días, en la casa de mi tía María. Una mañana salió pero cuando iba llegando al embarcadero se sintió mal y murió. Como nadie lo conocía, lo llevaron para Medicina Legal. Entonces mis tíos Aracelio y Gerardo Cuéllar Sabina, al ver que no aparecía, empezaron a buscarlo por los hospitales hasta que Aracelio lo identificó en Medicina Legal.

Lo tendieron en una funeraria de La Habana y hasta Fidel Castro estuvo un rato en el velorio; dijo que cualquier problema que tuvieran se lo resolvieran.

Santiago Naranjo Fernández

El Comandante salió por la noche para una casita que tenía Ramiro en Ciudad Libertad. De allí salimos al primer lugar de contacto. Era un apartamento en altos, a un costado de la antigua Compañía de Electricidad, donde se escondía un tipo al que le decían el Marinero, uno de los contactos de los bandidos del Escambray. Yo iba en un carro de la escolta y el Comandante se quedó con Augusto Martínez. Subimos una escalera larga y tocamos a la puerta, pero no abrían. Tocamos más fuerte y nos abrieron con un sistema eléctrico; pero cuando se dieron cuenta de que éramos militares nos tiraron la puerta y no pudimos entrar.

Cuando estábamos en el forcejeo para que abrieran, el Comandante había dado una vuelta a la manzana y regresó. Le explico al Comandante lo que había sucedido, que había gente dentro y que íbamos a entrar de todas formas.

Ramiro Valdés Menéndez



Comandante del
Ejército Rebelde,
jefe del DIER.
Comandante de la
Revolución y
vicepresidente del
Consejo de Ministros

En esta ocasión, el Comandante me llamó y nos vimos en un punto cercano al lugar donde estaba la casa en que se encontraba escondido uno que se llamaba el Marinero. Fidel quería ir delante y nos adelantamos para dejarlo detrás, pero cuando íbamos llegando a la escalera del edificio, Fidel volvió a ponerse delante, y lo cogí por la parte de atrás del abrigo y lo aguanté para que no entrara primero. Después entramos y detuvimos a la gente. Había una mesa y una cama en la esquina de la habitación; registramos en busca de documentos y armas. El detenido no quería hablar, no respondía lo que le preguntábamos, y entonces Fidel se molestó y en vez de coger al tipo me zarandé a mí y le dijo: «¡Así te voy a hacer si no hablas!», pero no lo tocó por ese principio de respeto a un detenido. Esa noche fuimos a varios lugares más.

Santiago Naranjo Fernández

El Comandante subió y nosotros abrimos la puerta. En el apartamento estaba escondido debajo de la cama un tipo de cara redonda, de piel trigueña. El Comandante lo interrogó y le dijo que hablara. Era un contacto de Ezequiel Gómez Castro, conocido por Kelo.

De allí nos trasladamos para otro apartamento que estaba en la calle Paseo, arriba del club Los Violines. Tocamos el timbre y una voz de mujer respondió: «Dígame», y le digo: «Señora, hágame el favor de abrirme». La mujer abrió la puerta. Era de mediana edad, todavía hermosa, y estaba acompañada de una muchacha de unos veinte años. Esta señora era querida de Armando Fleites, excomandante del II Frente del Escambray.

Entré con el compañero Juan Seoane. Después subió Ramiro y nos preguntó quiénes estaban dentro, y le dije que nada más las dos mujeres. Ramiro ordenó que nos quedáramos y que detuviéramos a todo el que entrara allí. La mujer nos ofreció café con leche pero no aceptamos.

Por la mañana tocaron a la puerta, le dije a la señora que abriera y que dejara pasar a quien fuera. Entró un tipo gordito que dijo: «Buenas, ¿cómo estás?». Le digo: «¡Estás detenido!».

El tipo se dio tremendo susto. Era un afeminado que empezó a justificarse por su presencia allí. Llamé por teléfono para informar que nada más había llegado un tipo, y me dieron instrucciones de que los llevara a los tres para Quinta y 14, donde estaban las oficinas del Departamento de Seguridad del Estado.

A los demás lugares donde se hicieron registros fueron otros compañeros con el Comandante.

Manolo Núñez León

El comandante Ramiro había dado instrucciones para que nos buscaran una casa donde descansar, pues regresaríamos al otro día para el Escambray. Celia me había dicho que la viera para mandarle unas cosas a Almeida y a Escalona.

Cuando me levanté fui a ver a Celia y le pregunté cómo iba la operación, y ella me respondió: «La está dirigiendo el propio Fidel».

Me contó que en una casa de gente de dinero adonde había llegado Fidel, la criada cayó desmayada cuando vio que era él personalmente quien estaba allí. El Comandante en Jefe dirigió la operación, se capturaron los implicados, las plantas de radio y las armas.

Sergio Cuéllar González

En una entrevista realizada por el teniente coronel Osvaldo Morejón Rodríguez, historiador militar del Ministerio del Interior

en Cienfuegos, facilitada al autor, Sergio Cuéllar González ofreció esta versión:

Que su padre tenía cincuenta y dos años, hijo de Pedro y María, residía en la finca de su suegro al que le decían Bigote, cerca de San Blas. A finales de 1960 comenzaron los alzamientos de bandidos en aquella zona, cuyo jefe era Nando Lima. Agregó que debido a las características del lugar, él y su padre comenzaron a colaborar con los bandidos, entre los cuales recordaba a Luis Vargas, Joaquín Membibre, Evelio Duque, Vicente Méndez (que desembarcó en abril de 1970 por Baracoa) y otros jefes de bandas.

Que una tarde de diciembre su padre le planteó que iba a La Habana a cumplir una misión riesgosa y le mostró dos hojas de papel donde venían señalados los lugares donde debían encender las señales con fogatas. Agregó que Nando Lima le había dicho que ante cualquier imprevisto se tragara los papeles. Que al regresar su padre de La Habana continuó los contactos con los bandidos y que en el mes de febrero de 1961 se llevaron detenido a su padre para La Sierrita; de allí lo montaron en un helicóptero sin saber a qué lugar se dirigía. Con posterioridad, conoció a través de su tía María Cuéllar Sabina, fallecida, que residía en la calle Artes N.º 38, Casablanca, La Habana, que su padre había estado en su casa el mismo día de su fallecimiento, acompañado por dos ciudadanos, que ella se inquietó al no conocerlos y Pedro le dijo que no se preocupara, que eran gente de la Seguridad.

Como último aspecto señaló que Fidel Castro había estado en el velorio de su padre durante un rato, que fue en el referido domicilio, y que había planteado que cualquier situación que tuvieran se les resolvería. Los restos fueron enterrados en el Cementerio de Colón.

Se verificó por una escueta nota que se levantó en Topes de Collantes a Rafael González Marrero, conocido por Coco González, donde se hace referencia a que Cuco Cuéllar era un enlace de Nando Lima.

IX

Operación antiaérea

«Es un placer exquisito, el de buscar la causa de los sucesos».

JOSÉ MARTÍ

El 4 de marzo de 1961 un avión DC-4 de fabricación norteamericana lanzó un cargamento de armas, explosivos y equipos a unos tres kilómetros al sur de Cabañas, para abastecer a un grupo de contrarrevolucionarios que iba a operar en esa zona. El aparato fue averiado por el fuego antiaéreo de las ametralladoras cuatrobocas (v. imagen 20) y posteriormente aterrizó en Jamaica con un solo motor funcionando. Este hecho formaba parte de un alzamiento mayor en la región, vinculado a un plan de atentados contra dirigentes de la Revolución y otras actividades contrarrevolucionarias. Los planes enemigos fueron conocidos por el Comandante en Jefe Fidel Castro, quien dirigió personalmente la operación contra el avión pirata.

Rubén Torres Torres, el Gancho



Soldado del Ejército Rebelde, infiltrado en el grupo contrarrevolucionario. Ocupó cargos en la Construcción y la Agricultura. Jubilado

Yo fui combatiente de la Columna 13 Ciro Redondo al mando del capitán Rogelio Payret, que operaba en la zona de El Rubí, en la sierra del Rosario, Pinar del Río. Al triunfo de la Revolución me

seleccionaron para pasar un entrenamiento en la Sierra Maestra, donde realicé diez viajes al pico Turquino. Cuando terminamos, me mandaron para la Escuela de Oficiales de Matanzas para pasar un curso de una especie de tropas especiales. Estando en la escuela, debido a mi inmadurez juvenil, cometí indisciplinas: salí de pase, me di unos tragos y cuando regresé tuve una discusión con los comandantes Vilo Acuña y Orlando Rodríguez Puertas. Me detuvieron y me mandaron para Pinar del Río, adonde pertenecía. De allí, a los pocos días, me mandaron sancionado para Cayo Largo.

Cuando salí de pase, unos primos míos me plantearon conspirar contra la Revolución.

Un oficial de la Seguridad del Estado en aquella etapa afirmaba que Rubén Torres Torres, el Gancho, era un joven combatiente. Unos familiares lo fueron a ver y le empezaron a hablar de las «injusticias» que habían cometido con él. Aparentemente, Rubén se dejó conquistar, pero enseguida informó el asunto al comandante José Argibay Rivero, Pepito, segundo jefe del Ejército Rebelde en Pinar del Río, quien recibió las informaciones de la conspiración que se gestaba. Llegó un momento determinado en que por la Seguridad del Estado se estaba siguiendo un caso y se unió la información que tenía la Seguridad con la que estaba siguiendo el comandante Argibay, porque había algunos miembros del Ejército Rebelde involucrados en el asunto. Además, la falta de organización y estructura en aquel momento daba como resultado que cualquiera llevara un expediente.

Él conocía esta información por la Seguridad y se empezó a llevar el caso, por lo cual se vinculó a Rubén, que trabajó muy bien con las orientaciones que recibía. Rubén era un joven alto, valiente y de buen trato. Se había ganado la confianza del abogado Armando Escoto Aloy, que se autotitulaba jefe del MRR. Una pariente de Rubén le había dado el contacto con Escoto, quien le habló de que recibiría un cargamento de armas y sus detalles. Incluso le dijo que iría a Estados Unidos a ultimar los ajustes de la operación.

Le informé al comandante Pepito Argibay el asunto y le dije que pensaba que no hacíamos nada con rodear el grupo que ya estaba alzado y capturarlo, sino que podían infiltrarme, conocer las redes, sacar información y todo lo demás. Pepito enseguida coordinó con la Contrainteligencia Militar de Pinar del Río, con el compañero Héctor Mena. Me dijeron que me siguiera pasando por contrarrevolucionario, lo cual estaba autorizado. Les dije que se lo comunicaran al mando en Cayo Largo para que me dieran posibilidades de salir más a menudo, pero me indicaron que ellos se encargaban de esta cuestión. Como a los quince o veinte días me mandaron a buscar a Cayo Largo.

Antes de esto, me había puesto en contacto con Armando Escoto Aloy y María Martínez, amante de Escoto, que tenía una casa en la zona de Santo Tomás, y formaba parte del grupo contrarrevolucionario. Esta reunión fue en el reparto Biltmore [*hoy Siboney*], donde Escoto me explicó algunas ideas que tenía; una era hacerle atentados a Fidel, a Raúl y al Che. Otro plan era volar el puente sobre el río Cuyaguaje y otro en la carretera de Luis Lazo, tomar la base de San Julián y crear una cabeza de playa en esa zona.

En esa ocasión me propusieron que fuera el segundo jefe de la guerrilla que iban a organizar, y que Cándido Calderín Cabrera, por su trayectoria de haber sido militar del ejército de la tiranía de Batista, sería el jefe. A mí me propusieron por mis conocimientos de la zona donde operaríamos, y porque era un hombre valiente; me empezaron a resaltar los méritos. Me dejé llevar para ver qué podía conocer sobre sus planes.

También iban a realizar un lanzamiento de armas en el Escambray; incluso pude ver las ordenadas y accisas. Cuando aquello tenía una buena memoria y conocía un poco de topografía que había aprendido en la escuela de Matanzas. Le trasladé la información al comandante Pepito Argibay, que a su vez la trasladó a la Seguridad de Las Villas y, efectivamente, cogieron las armas allá. Este fue el momento en que me mandaron buscar de Cayo Largo.

En Ciudad Libertad me esperó un carro y me llevó para la casa de Pepito en El Vedado. Allí esperé a que llegara Fidel, que andaba por Matanzas.

Fidel me preguntó quiénes eran los jefes del grupo y qué planes tenían. Le expliqué todo lo que sabía y después me mandó para la jefatura del Departamento de Seguridad del Estado, en Quinta y 14, Miramar. Antes, había hablado con el comandante Ramiro Valdés, y me dijo que viera al capitán Joaquín Mirabal Díaz. Este compañero me dio algunas instrucciones sobre lo que debía hacer, y seguí infiltrado en el grupo contrarrevolucionario.

Después hice contactos en Artemisa, Guanajay, Bahía Honda, Cabañas y en La Habana. De hecho, formaba parte de la jefatura del grupo y tenía mucha información, la cual pasaba dos o tres veces a la semana. Los informes los entregaba al capitán jefe del cuartel de Artemisa, y de allí llegaban al comandante Argibay y a la contrainteligencia de aquella zona.

Se fue cerrando el cuadro y Escoto preparó una última operación para el alzamiento de unos ochenta o cien hombres, principalmente de La Habana. También informé sobre unos agentes de la CIA que entraron con unas plantas de transmisión de tiro rápido, y los cogieron en la entrada de Matanzas. Fui con María Martínez a despedirlos, anoté la chapa y el tipo de carro que llevaban, pero se quedó una pistola entre los muelles del asiento trasero y volví a comunicar que en el vehículo que se había ocupado quedaba una pistola escondida.

Finalmente se preparó la operación más grande, en la que Armando Escoto tenía preparado un alzamiento para formar un frente armado en la zona norte de Pinar del Río. Las armas vendrían en un avión, y pasé la relación del armamento que se esperaba. Entonces Fidel nos mandó a buscar y nos reunimos una noche en El Vedado. En esta reunión estaban también el comandante Ramiro Valdés, los capitanes Antonio Llibre Artigas, Antonio Núñez Jiménez, y otros compañeros más. Se hizo un análisis preparatorio, pero faltaban algunos detalles, y el Comandante en Jefe orientó que en los próximos días se haría otra reunión para concretar la operación. En el mapa señalé el lugar donde pensaban tirar las armas, y Fidel planteó que corrieran las coordenadas dos o tres kilómetros más abajo para poder situar las ametralladoras cuatrobocas, y así se hizo.

El exoficial del caso recordaba que hubo un impasse en que se analizó la variante de que se detuviera a Escoto. Pero se decidió dejarlo salir del país, y después regresó con la información de las armas.

María Martínez residía en la zona donde se iba a producir el alzamiento. La posibilidad de que Rubén Torres formara parte de esa operación estaba basada en que él había sido combatiente en la sierra del Rosario, y que los contrarrevolucionarios tenían confianza en este compañero, lo cual le facilitó su participación en los hechos.

Armando Escoto era un politiquero vinculado al juego, a las drogas, era adicto a la bebida y llevaba una vida licenciosa. Había sido afectado por las leyes revolucionarias. Sus contactos con el exterior se materializaron durante el viaje que realizó a Estados Unidos, donde coordinó la entrega de armas que llegarían en un avión norteamericano.

Este caso se le informó al Comandante en Jefe, y una noche mandaron a buscar a Antonio Libre Artigas, jefe del Departamento de Seguridad del Estado en Pinar del Río, y al oficial que atendía el caso por la Seguridad, para que explicaran los pormenores del asunto. La reunión se realizó en El Vedado. Estaban presentes Ramiro Valdés, Celia Sánchez y otros. El Comandante en Jefe habló con Rubén Torres y le dio un carro para facilitarle los movimientos para la operación. Se le informó a Fidel de todos los detalles, escuchó con mucha atención y al final habló con convicción de que el avión vendría con las armas, y agregó que se iban a coger mansitos.

Algunos pensaron que Escoto se iba a quedar en Estados Unidos o que no iba a mandar las armas, pero el Comandante en Jefe estaba convencido de que sí las mandaría.

Tenía que participar en el traslado de todos los que se iban a alzar por la zona de Cabañas. Circulé los vehículos con su chapa y marca. A Escoto lo pensaban detener en su casa, pero lo habían mandado a buscar de Miami y se fue ese mismo día por la mañana. Cuando me enteré de su salida, se lo comuniqué al Comandante en Jefe y este se molestó. Dijo que por qué no se lo habían

dicho a tiempo, y le expliqué que no sabía que Escoto iba a salir del país. Pero tuvimos tan buena suerte que cuando pasamos por la noche por la calle 202 y 17, en el Biltmore, donde vivía una hija de Escoto, estaba allí este individuo. Los norteamericanos le dijeron que esa operación valía unos cuantos millones de dólares y que él tenía que regresar para garantizarla. Escoto salía y entraba cada vez que quería porque tenía varios pasaportes y buenas relaciones en el aeropuerto.

El exoficial narró que se fue preparando un frente guerrillero con los alzados de ellos y los «alzados» nuestros. Torres llevaba dos de ellos y dos de nosotros, para que cuando se realizara la operación cada hombre nuestro detuviera a un contrarrevolucionario; cada uno tenía su bandido. Un compañero muy valiente y discreto —Elicer Iser Aurquíá, conocido por Musa, ya fallecido— se «alzó», y fue el mismo que tiempos atrás había ajusticiado al bandido conocido por Cara Linda. Se fueron aglutinando varios elementos contrarrevolucionarios de La Habana, y Torres los fue concentrando en las lomas de Cabañas, donde María Martínez tenía una casa cerca de la loma de La Guanaja. Entre los individuos que se alzaron estaban los que quemaron la tienda La Época. Torres había anunciado que tenía «una buena perla»: el terrorista que quemó la tienda.

Me dediqué a los preparativos. Tenía circulados los carros menos el que yo manejaba, un Chrysler Imperial que era de Escoto, pero me pidió el vehículo y tuve que coger un Ford del año 1957 que estaba circulado. No obstante, tenía que utilizarlo y ver cómo salía la operación. Andaba con Calderín, que se había afeitado y había bajado de la sierra, visitando algunos contactos en La Habana. Cuando llegamos a Prado a recoger a unos que se iban a alzar, en el hotel Inglaterra había un teléfono público, y llamé a Celia para que le informara al Comandante en Jefe que Escoto había regresado de Miami. Tuve que colgar rápido porque Calderín ya se acercaba.

Antonio Núñez Jiménez

Como a las cuatro de la madrugada del viernes 3 de marzo de 1961, soy despertado por un sonoro timbrazo de un teléfono oficial instalado en mi puesto de mando de la Artillería, en Ciudad Libertad. Escucho la inconfundible voz de Fidel Castro:

—Oye, necesito hablar contigo ahora mismo. Ven para Once. Diez minutos después me presento ante el Comandante en Jefe. En presencia de Celia Sánchez y sin rodeos me dice:

—Mañana, como a las diez de la noche va a volar sobre la zona de Cabañas un avión pirata DC-4 procedente del norte y va a dejar caer paracaídas con armas en el espacio entre cuatro luces colocadas en tierra. El avión va a dar dos vueltas sobre esos faroles. Cuando termine de realizar esa maniobra, los artilleros deben derribarlo.

No pregunto al Comandante en Jefe y primer ministro cómo ha obtenido esa importantísima información, pero sí con qué le tiraría al avión pirata.

—Moviliza a la gente de la base Granma, que el capitán Pepín Álvarez te ayude, así como el comandante José Argibay con las cuatro bocas de ellos y las que tú tienes en Ciudad Libertad. Te movilizas de noche, emplazas cien de esas ametralladoras en círculo alrededor de los cuatro faroles, que vas a colocar en un punto situado en una finca, entre la bahía de Cabañas y la sierra del Rosario y cuando el avión dé las dos vueltas, ¡fuego!

Le hago otra pregunta a Fidel, extrañado por qué él no va directamente a hacerse cargo de la operación. Me responde:

—Es que lamentablemente mañana por la noche hay una recepción en la embajada soviética y no puedo dejar de asistir por razones políticas (1998b:79-80).

Rubén Torres Torres, el Gancho

Se preparó de nuevo la operación y Fidel fue quien organizó algunas informaciones y detalles que nosotros le habíamos dado.

En esta reunión estaban Pepito, Llibre, Núñez Jiménez y otros. Fue el 3 de marzo de 1961.

Salimos para la zona de Cabañas y cuando llegué al entronque del Mariel había dos carros patrulleros del G-2, dos Oldsmobile de Quinta y 14, y me pararon, pero no me detuve. Iba vestido de militar y portaba una pistola; Calderín estaba vestido de civil y llevaba una pistola escondida. Me di a la fuga en el Ford 57 con la idea de escaparme; los patrulleros me cayeron detrás, pero empezó a lloviznar, el pavimento estaba resbaloso, y me cogieron en la curva del central Sandino. Cuando se acercaron a mí, los compañeros de la Seguridad me encañonaron; les había dicho a los que andaban conmigo que no hablaran nada, que hablaría yo. Me apartaron a un lado y le dije a uno de los compañeros que Calderín traía una pistola y enseguida se la quitaron. Nos llevaron para el cuartel de Mariel y nos iban a dejar presos allí. Explicué que era el activo de una operación importante, y que si me detenían se iba a malograr. Al fin convencí a un primer teniente y le dije que a la entrada de Quebra Hacha estaba Núñez Jiménez con las cuatro bocas y que él me podía identificar. Así fue. Núñez Jiménez dijo que me soltaran enseguida, pero toda esta complicación me atrasó como dos horas. Me fui rápido y a la entrada de Cabañas estaba Pepito Argibay esperándome. Ya Fidel estaba allí y había dado la orden de localizarme, porque pensaba que me habían descubierto o me habían matado.

El exoficial del DSE señaló que Fidel empezó a ultimar los detalles de la operación. Habló de que se iban a instalar las cuatro bocas de la base Granma, dijo a la hora que se debían movilizar y entrar cuando cayera la noche, sin encender las luces; que subieran por las lomas y se emplazaran en forma de herradura. Se indicó que se hiciera la señal acordada con luces de las linternas y que Núñez Jiménez se parara en uno de los extremos de la supuesta herradura y, cuando el avión estuviera metido dentro, diera la orden de abrir fuego con una ráfaga de un FAL con trazadoras. El único riesgo era que el avión no viniera.

En todas las entradas hacia las lomas se situaron carros de la Seguridad y fueron capturando a los que se iban a alzar. Para coher

a los que ya estaban en las lomas, se tenía previsto un grupo de compañeros de la Seguridad de Pinar del Río que se iban a alzar con los contrarrevolucionarios. Entre los bandidos estaban los hermanos Valdés Montano, que habían quemado la tienda La Época, y otros individuos más. Aunque me había atrasado un poco, entré con uno al que le decían el Hueso, el Eléctrico y otros compañeros más que iban armados con subametralladoras M-3 y Baby Thompson. Dejé al grupo de Roberto Martínez, un hermano de María, que era uno de los contactos, y viré a buscar a otro grupo, y también para servir de práctico a los artilleros de las cuatrobocas. Con esto ya la operación estaba demasiado atrasada.

María Martínez y una hermana de los Valdés Montano estaban ya con los bandidos. Ellos tenían linternas para hacerle señales al avión. Yo había comunicado con anterioridad el traslado de las coordenadas más abajo y los compañeros de la Seguridad tenían la orden de no dejar que se hicieran señales más arriba, porque las haríamos dos kilómetros más abajo con el objetivo de que el avión volara sobre nosotros y así tirarle mejor. Pero por motivo de la demora mía, los compañeros llegaron atrasados; cuando subieron y trataron de quitarles las linternas, hubo resistencia de los bandidos y se fajaron a tiros. Roberto y Luis fueron heridos, las dos mujeres fueron detenidas, se capturó a uno de los Valdés Montano y a dos bandidos. Se escaparon Felicio, el Negro Angulo y otros más. Algunos de estos elementos después se fueron del país clandestinamente.

Regresé al emplazamiento de las cuatrobocas, donde estaban el Comandante en Jefe, el Che y otros compañeros. Se empezaron a emplazar rápidamente las piezas. Fidel me dijo que buscara a Llibre y a Pepito, que eran los que tenían las linternas. Me monté en un caballo de un tío mío, porque todo esto fue en su finca, en Santo Tomás. Más arriba, en El Rubí, estaban los bandidos. Esto queda a unos cinco kilómetros de Cabañas, se entra por el puente de La Plata hacia arriba, se llega a la loma de La Guanaja, se cruza por San Sebastián, después está Santo Tomás, y El Rubí queda en la montaña. No encontré a los dos compañeros, porque allí había mucha gente: estaban las dotaciones de las treinta y

seis ametralladoras, los camiones que las trajeron, un carro de bomberos, los carros de escolta y unos periodistas que fueron. Regresé sin encontrar a los compañeros.

Antonio Núñez Jiménez

Poco después, continuamos rumbo al oeste, al lugar indicado por Fidel. Bajo una luna que ilumina la silueta de los picos de la sierra del Rosario, ponemos a unos cien metros de distancia los cuatro [*faroles*] Coleman, reúno a los jefes de baterías y les ordeno colocar las cuatrobocas en círculo alrededor de las luces ya encendidas.

—Nadie debe disparar al avión pirata hasta que yo no lo haga con un FAL desde el centro de estas cuatro luces. El avión dará dos vueltas sobre nosotros a las diez de la noche. Al oír mis disparos, ¡fuego! sobre la nave invasora (1998b:80).

Nelson González Comesañas



Artillero
de la base Granma.
Coronel,
jefe de Dpto.
en la Dirección de
Seguridad Personal

A principios del año 1961 nos encontrábamos en la escuela de artillería de la base Granma, en Pinar del Río. Ya habíamos pasado el curso de las ametralladoras 12.7 mm, antiaéreas de cuatro bocas, y en esos días estábamos pasando el curso de los cañones antiaéreos de 37 mm. Una tarde escogieron seis baterías de cuatrobocas —cada batería tenía seis piezas— y nos dieron la orden de situarnos en un punto determinado para cumplir esa noche una misión combativa importante. Cuando llegamos al lugar previsto, se nos explicó que a la una de la madrugada iba a venir un avión procedente de Estados Unidos a lanzarle armas a un grupo de bandidos que estaban operando en la zona montañosa.

Esta operación la dirigió personalmente nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, quien nos explicó que el avión iba a llegar, daría dos vueltas, tiraría las armas, y a la tercera vuelta él abriría fuego con un fusil FAL como señal para que las baterías comenzaran a disparar.

Venancio Rodríguez García[†]



Artillero
de la base Granma.
Mayor de la DSP

Eran como las tres y pico de la tarde cuando nos situamos en el terraplén que va desde la base Granma a Quiebra Hacha para organizar el orden de marcha de las treinta y seis piezas. Salimos y al oscurecer llegamos a la sierra del Rosario. Una vez allí, el Comandante en Jefe ordenó en qué lugar se debía emplazar cada ametralladora, y explicó, batería por batería, por dónde iba a llegar el avión y la hora exacta de su llegada. El Che también, pieza por pieza, revisó la ubicación de las ametralladoras. Preguntaba si estábamos listos y si sabíamos qué teníamos que hacer cuando llegara el avión.

Nelson González Comesañas

Cuando el avión está dando la primera vuelta, el Comandante se percató de que el aparato se va a retirar, porque parece que los bandidos le habían hecho señales para alertarlo, o los vehículos nuestros con las luces y el movimiento podían haber delatado nuestra presencia. Él vio que el avión se iba a retirar, y le abrió fuego con el FAL, y enseguida todas las baterías abrieron fuego. Se puso la zona como si fuera de día por la cantidad de balas trazadoras.

En esta operación estaban también el comandante Ernesto Guevara, quien recorrió a caballo todos los emplazamientos de las

baterías, y el capitán Antonio Núñez Jiménez, jefe de la Artillería en aquella etapa.

Las piezas se situaron en la parte montañosa. El avión entró bajito entre dos elevaciones, casi a la altura de los emplazamientos, a boca de jarro de las ametralladoras; venía por el oeste y nos pasó delante, dio la primera vuelta pero al parecer se dio cuenta de que algo anormal sucedía por las luces, el movimiento de vehículos o las señales que le hicieron los bandidos arriba, y enfiló para irse.

Venancio Rodríguez García

Parece que hubo deficiencias, porque las luces de algunos vehículos se veían, y también hubo piezas que todavía se estaban emplazando, y quizás delataron la presencia nuestra cuando se acercó el avión, o los bandidos se dieron cuenta y le hicieron señales al aparato.

El Comandante en Jefe iba a dar la orden de fuego con el FAL, pero se percató del giro que hizo el avión y le tiró a la primera vuelta. Detrás nosotros rompimos fuego; aquello parecía una verbena de fuegos artificiales, las trazadoras nuestras se veían cuando le daban al aparato, que quedó averiado y tiró unos bultos con armas para desplazarse más rápido. Después el avión bajó, atravesó hacia el sur y siguió hacia Jamaica.

Un exoficial del DSE dijo que más abajo de la loma había una explanada donde se colocaron las baterías en forma de U. A la una de la madrugada llegó el avión y pasó bajito por encima de las ametralladoras, hizo un giro por las lomas y vino directo como un ratoncito a la ratonera. Y de pronto se oyeron unos disparos. Yo estaba al lado de Núñez Jiménez y del capitán Antonio Llibre, cerca de las baterías que abrieron fuego. Enseguida se vio subir el avión al ver que le estaban tirando, y empezó a tirar bultos. Las trazadoras le hacían impacto en el fuselaje, subió lo más que pudo y se fue. Empezamos a recoger los paracaídas que habían caído en la zona.

Ramiro Valdés Menéndez

Yo no recuerdo los detalles de los preparativos, pero sí el momento en que se hizo la emboscada al avión; incluso, cierro los ojos y veo la geografía del lugar. Al frente de la operación estaba el Che. Organizamos la emboscada con las ametralladoras cuatrobocas en una región montañosa de Pinar del Río y se colocaron en forma de triángulo, teniendo en cuenta la dirección por donde podía venir el avión. El aparato llegó, dio un pase, volvió a pasar, se le tiró y se le dio en el ala izquierda; levantó vuelo y se fue averiado.

El Che, allí mismo, metió una bronca tremenda. Me parece verlo molesto, porque la gente empezó a tirar antes de tiempo, lo que facilitó que el avión se fuera. Las instrucciones que tenían los artilleros eran de esperar que el avión estuviera a una altura determinada para darle fácil, pero se le tiró cuando dio el segundo pase y todavía estaba alto. Una de las baterías empezó a tirar y se generalizó el tiroteo. La batería donde yo estaba no se había acabado de emplazar cuando se abrió el fuego.

Rubén Torres Torres, el Gancho

A la una menos un minuto de la madrugada el Comandante en Jefe me preguntó: «¿Tú crees que venga el avión?», y en eso se vio el aparato que venía entrando, y él dice: «¡Míralo ahí, lo vamos a tumbar!». Palanqueó el FAL y disparó una ráfaga de balas trazadoras. Todavía no había terminado de tirar las últimas balas cuando rompieron el fuego todas las piezas, y aquello se puso que se podía leer un periódico a la una de la madrugada.

Parece que el piloto se percató de que lo habían tocado, le dio potencia a los motores, giró con rumbo norte, después pasó por encima de un central azucarero y también le tiraron. Regresó por la zona de Batabanó, dejó caer algunas armas en paracaídas, que también se capturaron, siguió volando por la costa sur y finalmente aterrizó en Jamaica. El avión entró por el norte, un poquito

al oeste, como a los 320 o 340 grados, a una altura de unos cuatrocientos o quinientos metros.

Antonio Núñez Jiménez

Segundos después de los disparos, en medio de la oscuridad de la noche, veo ante mí la figura de nuestro Comandante en Jefe, acompañado del Che. Fidel me explica que al llegar al lugar y creyendo que era la segunda vuelta del avión había dado la orden de fuego.

Después sé que, al acabarse la recepción en la embajada soviética, Fidel se había decidido a conocer el resultado de la operación.

Con esa forma que siempre lo caracteriza y con la cual se gana la buena voluntad de los combatientes a sus órdenes, Fidel me dice:

—Núñez, perdóname que te jodiera tu avión (1998b:81).

Un testigo narró después que Núñez Jiménez salió molesto porque se había malogrado la operación, alguien había tirado. De pronto vieron a un grupo que venía hacia ellos por una especie de guardarraya. Núñez Jiménez iba echando pestes. El que venía delante era Fidel y Núñez le preguntó:

—Fidel, ¿fuiste tú el que tiró?

—¡Fui yo, me desesperé y le tiré!

Entonces Núñez dijo:

—¡Hiciste un tiro perfecto!

—Pero se nos fue el avión —respondió Fidel.

De allí se trasladaron hasta un sitio donde había un yipi. Estaba el Che sentado en el guardafango delantero izquierdo, le daba con el talón de la bota a la goma del yipi, pero no decía nada; tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estaba observando la escena. Fidel hablaba sobre el incidente del avión y le preguntó al Che:

—Bueno, ¿qué tú crees de esto?

El Che le había prestado mucha atención al diálogo de Fidel, y con sinceridad respondió:

—¡Nada, Fidel, la jodimos! Aquí no hay más nada que hacer.

Rubén Torres Torres, el Gancho

Terminada la operación, el Comandante en Jefe fue para la bodega del batey cercano. El Che estaba sentado en el guardafango de un yipi Toyota, fumándose un tabaco. Llegó Núñez Jiménez y comentó que era la primera vez que los muchachos artilleros tiraban, y que a pesar de todo habían tocado el avión. El Che estaba dándole con el tacón de la bota al guardafango; Fidel estaba molesto y se preguntaba dónde había caído el avión. Entonces el Che dijo: «Mira, Fidel, ya esto se jodió».

Pienso que el piloto se dio cuenta de que había dos señales de luces a la vez, sospecharía y trató de irse. Las señales eran con cinco linternas juntas como si fuera una estrella. Pero supe después con los compañeros de la Seguridad que los alzados estaban haciendo señales más arriba en otra posición. Nosotros estábamos abajo y le hicimos las señales, y entre dos kilómetros de distancia había dos señales, cuando se conocía que sería desde un solo lugar. Me imagino que el piloto se percató de que había problemas. Por el atraso mencionado, yo era el único que tenía que entrar con la gente, y cuando el avión entró, todavía había luces encendidas en la zona.

María Martínez vivía en una casa muy buena y cerca de allí había una escolita que se estaba cayendo. El Comandante preguntó de quién era la vivienda; le dije que era de María y le propuse cojerla para la escolita, lo cual él aprobó. A los pocos días ya estaba funcionando allí la escuela.

Unida a la operación de tumbar el avión estaba la detención de todos los elementos alzados y sus contactos en las ciudades. Fue un gran caso donde hubo más de ochenta o noventa detenidos, entre ellos Armando Escoto, Calderín, los hermanos Valdés

Montano, los hermanos de María Martínez y ella, que también fue sancionada.

Después hablé con el Comandante para ver si había una posibilidad de que a los parientes míos los soltaran o les dieran una oportunidad, porque eran analfabetos y no sabían nada sobre comunismo. El Comandante habló con los compañeros y les orientó que les explicaran a los campesinos colaboradores la situación y los soltaran. El juicio se celebró en Pinar del Río. Había más de sesenta personas implicadas, casi todas eran antiguos esbirros de la tiranía y burgueses de La Habana. Se fugaron Luis y Roberto Martínez, que estuvieron alzados un tiempo. A Roberto lo cogieron entre los años 1965 y 1966, cuando trataba de irse clandestino del país; y a Luis lo cogieron años después en casa de un hermano. María cumplió veintidós años de prisión. La esposa y los hijos de Escoto estaban en Miami.

Antonio Núñez Jiménez

Al día siguiente vuelve a llamarme el Comandante en Jefe para decirme: «¡Una buena noticia! El avión, averiado, tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en Jamaica. Esto es mejor que haberlo derribado sobre Cuba, porque ahora la opinión pública mundial conocerá la verdad de nuestras denuncias contra las agresiones norteamericanas a nuestra patria» (1998b:81-82).

Venancio Rodríguez García

Cuando se hizo la proposición para la Distinción por la Protección de las Fronteras, el aval de nosotros lo entregó Núñez Jiménez, pero a otro nivel hubo compañeros que nos dijeron que no teníamos derecho a la condecoración porque la operación no resultó exitosa. En la primera oportunidad se lo dije a Núñez Jiménez y este lo comentó con el Comandante en Jefe, quien le respondió que la operación había sido una victoria debido a que se

dio a conocer ante el mundo la intervención de Estados Unidos en nuestro país y la ayuda a las bandas contrarrevolucionarias.

Nelson González Comesañas

En ocasión del vigésimo aniversario de la Artillería Antiaérea, se realizó un pequeño acto para entregarle al Comandante en Jefe el diploma de Artillero N.º 1 y Fundador de esa arma. Se leyó un documento, le entregué el diploma al Comandante y salieron a relucir algunos detalles de aquella operación.

Se capturaron un mortero pequeño, quince obuses, tres ametralladoras Browning, veintiocho fusiles Garands, nueve ametralladoras Thompson en tres cajas, seis cajas con granadas de mano, seis cajas de gelatina incendiaria, una caja con un equipo completo para minar y seis paracaídas US Army de camuflaje.

X

Atentado a Carlos Rafael Rodríguez

«Lo único que desearía es ser considerado un combatiente,
mientras me quede un hálito de vida».

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

A más de treinta y siete años del atentado al compañero Carlos Rafael Rodríguez, los testigos presenciales se exprimen la memoria para ofrecer algunos retazos carcomidos por el tiempo. Los más lúcidos se apoyan en la imaginación y la mezclan con una realidad borrosa, retenida en los pocos segundos de los estampidos imprecisos en un principio y nítidos después, a pesar de desplazarse los vehículos a más de cien kilómetros por hora.

Los expertos saben que resulta extremadamente difícil hacer blanco con un arma de fuego sobre un objetivo en movimiento, o desde un vehículo a gran velocidad a un objetivo fijo. De todas formas, los testimonios nos dan una idea bastante cercana a la realidad de los hechos. Se han respetado las palabras textuales en las narraciones y los diálogos aproximados que pudieron surgir en los segundos de tensión ante el peligro y los hechos posteriores.

La agresión se produjo el 13 de septiembre de 1961 por un grupo de bandidos de la organización contrarrevolucionaria Movimiento de Recuperación Revolucionaria, en el kilómetro 61 de la Vía Blanca, a once kilómetros de la salida de Santa Cruz del Norte hacia Matanzas. El lugar es conocido como puente Machado.¹

1 El periódico Juventud Rebelde publicó el 8 de septiembre de 1996 un trabajo sobre el 35 aniversario de la Dirección de Seguridad Personal. Por un error de la fuente que le ofreció la información a la periodista, apareció escrito que el atentado se

Algunos de estos bandidos operaban en la zona de Canasí, cerca de los antiguos límites de las provincias de Matanzas y La Habana. El jefe del grupo era Juan José Martori Silva, conocido por Tatica, herido de gravedad al explotarle una granada de mano cuando trató de lanzarla contra el vehículo de Carlos Rafael Rodríguez. Los atacantes estaban armados con fusiles M-3, pistolas y granadas de mano.

María A. Henríquez González[†]



Esposa
de Carlos Rafael.
Destacada pianista,
pedagoga e
investigadora

Ese día Carlos Rafael debía ofrecer una conferencia en el teatro Sauto, en la ciudad de Matanzas, y tuve interés en acompañarlo. En esa época impartía clases de Apreciación Musical en el conservatorio Amadeo Roldán, en El Vedado. El día anterior puse un letrerito en la puerta del aula: «No esperen a la profesora el día 13 de septiembre».

Ese mismo día recogimos a Carlos Rafael en el local del periódico *Hoy* que se había trasladado para el edificio del *Diario de la Marina*, frente al Capitolio Nacional, y de allí salimos por el Paseo del Prado, doblamos a la derecha en Malecón, cruzamos el túnel de la bahía de La Habana, hasta la Monumental y de ahí a la Vía Blanca.

realizó «en el famoso puente de Bacunayagua». Un informe del Departamento de Seguridad del Estado, fechado el 16 de septiembre de 1961 —tres días después del atentado—, ofrece los datos precisos y el lugar del hecho: el puente Machado. Además, se comprobó con exactitud por la participación del autor en la investigación histórica.

Ángel Martínez Pijuán



Escolta de Carlos Rafael Rodríguez. Fotógrafo de la prensa. Jubilado

En la época en que se produjo el atentado se había orientado por la jefatura de la Seguridad Personal quitar el carro de escolta de algunos dirigentes de las Organizaciones Revolucionarias Integridas (ORI), y Carlos Rafael fue uno de ellos. Desde el día anterior del viaje a Matanzas se estaba dando por radio la noticia de que Carlos Rafael daría una conferencia en el teatro Sauto. Le sugerí ponerle una escolta ese día, pero él se opuso. Entonces, tomé la decisión de partir para Matanzas por la mañana con el fin de utilizar a los compañeros de la policía en la seguridad del teatro y sus alrededores. Me acompañó el chofer Arsenio León. Por la tarde Carlos Rafael salió hacia Matanzas en compañía de su esposa María Antonieta; Miguel Fleitas Fandiño, Nenito, era el chofer y detrás iba Teobaldo Hernández, empleado del periódico *Hoy* que realizaba funciones de protección, aunque no era de la Seguridad Personal.

Informe de los archivos de la Seguridad del Estado

El 11 de septiembre de 1961, se reunió un grupo de elementos contrarrevolucionarios del llamado Movimiento de Recuperación Revolucionaria en el hotel Velazco en la ciudad de Matanzas. La reunión fue dirigida por un individuo apodado el Mexicano; participaron también Ricardo Cruz Segundo, coordinador de acción y sabotaje en Matanzas; Juan José Martori Silva, conocido por Tatica; Pedro Casas, dirigente del MRR, y otro sujeto alto, trigueño y delgado, que viajó desde La Habana. Su objetivo era coordinar un atentado contra Carlos Rafael Rodríguez, que asistiría el día 13 al teatro Sauto a impartir una conferencia.

[...] que el día 11 de septiembre del pasado año, Pedro Casas le hubo de avisar para que al siguiente día estuviera como de costumbre en el hotel Velazco para sostener una entrevista con elementos del Movimiento Nacional de La Habana, siendo a las cinco de la tarde del propio día 13 que sostuvo dicha entrevista con el Mexicano, Ricardo el Mulato que resultó muerto en el atentado a Carlos Rafael Rodríguez y otro individuo más alto, delgado, trigueño, cuyo nombre no conoce, pero por no ser propicio el lugar allí para efectuar dicha entrevista, se trasladaron para el hotel Bellamar donde Ricardo le hubo de indicar que debido a que el movimiento tenía planeado hacerle un atentado a Carlos Rafael Rodríguez esa noche que venía al teatro Sauto de esa ciudad para dar una conferencia debía conseguir tres hombres para ser situados en las tres entradas de Matanzas, quedándose él frente a la Audiencia para observar la entrada y salida de Carlos Rafael del teatro Sauto, quedando él de informarle el resultado de esto en el bar Las Delicias sito en Ayuntamiento entre Milanés y Medio.

Que los dos individuos se hubieron de marchar y Pedro se fue para su casa, y entonces él salió a buscar a los individuos que le hacían falta, pero solamente hubo de conseguir dos hombres, Elio Delgado y Miguel A. Castañeda, situando a Miguel en el paseo Martí a la entrada de la Vía Blanca a Matanzas y a Elio, conjuntamente con él; hubieron de recorrer en un auto de alquiler varias calles de esta ciudad, apeándose más tarde en la Calzada del Naranjal para vigilar dicha entrada por la Carretera Central donde estuvieron unos veintipico o treinta minutos y después cogieron otro auto de alquiler hasta el parque de la Libertad y de ahí cogieron a pie hasta el teatro Sauto. Que al llegar Carlos Rafael al teatro, él se dirigió hasta el café, que estaba citado con los otros individuos para avisarles y estos no se encontraban allí, volviendo a ir más tarde y no se encontraban tampoco, enterándose después a los dos días de la muerte del compañero de él nombrado Ricardo el Mulato.

El plan del atentado consistía en lo siguiente:

-Habían preparado un auto viejo con un motor poderoso para cuando Carlos Rafael saliera del acto lo pasara, ya adelantando llegaría al lugar donde estaba puesta una emboscada por un grupo del MRR proveniente de la ciudad de La Habana, los cuales abrirían fuego contra el compañero a fin de asesinarlo.

-Que dicho auto era manejado por José Martori Silva, conocido por Tatica, que ya todo estaba preparado y después que Carlos Rafael realizó el acto, mientras esto sucedía, Ricardo y los ya señalados montaron el chequeo hasta la curva que queda frente a la fábrica Rayonera por la Vía Blanca.

-Carlos Rafael y su escolta salieron con rumbo a la salida por la Vía Blanca, el auto en cuestión los cruza, se adelanta y hace las señas. Del auto se baja Tatica con dos granadas de mano y se embosca junto a los otros contrarrevolucionarios que estaban parapetados en ambos lados de la carretera cerca del puente Machado, a unos trece kilómetros de Santa Cruz del Norte.

-El auto de Carlos Rafael se acerca y los contrarrevolucionarios abren fuego contra ambos vehículos. La escolta riposta la agresión y a Tatica le estalla una granada de mano que pretendía lanzar y resulta herido gravemente y falleció horas después producto de las heridas.

-La escolta continuó disparando y los bandidos se dieron a la fuga frustrándose el atentado.

El 12 de septiembre de 1961, ante una numerosa concurrencia en que figuraban miembros de las ORI, milicias, estudiantes, obreros y pueblo en general, ofreció una interesante conferencia en el teatro Sauto con el título «Pueblo y Planificación» el doctor Carlos Rafael Rodríguez, director del periódico Hoy y profesor de la Universidad de La Habana.

Se encontraban presentes en la presidencia dirigentes de las ORI, el jefe militar del distrito que a su vez era el presidente de la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección (Jucei), dirigen-

tes de la CTC, la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR).

El coro de voces del Teatro Nacional abrió el acto interpretando el Himno de la Reforma Agraria, el Himno del 26 de Julio y La Internacional, y el corresponsal Manolo García hizo la presentación del conferencista.

En su intervención Carlos Rafael expresó:

Condenamos la provocación cobarde del clero falangista y reaccionario regido por Boza Masvidal que reunió a un grupo de pepillitos en La Habana para provocar al Gobierno revolucionario y sembrar el luto en la familia cubana. El Gobierno revolucionario no se dejó provocar, porque aquí no se persigue a sacerdotes ni ciudadanos por sus creencias religiosas, pero tampoco toleró que se usara la iglesia como pretexto para realizar una vergonzosa campaña contrarrevolucionaria alentada por el imperialismo yanqui y los asesinos que huyeron del país. Las fuerzas de seguridad del Gobierno tuvieron que protegerlos para que el pueblo no los castigara como se merecían. Esto les hubiera servido a sus propósitos de explotar el papel de víctimas, pero se les frustraron sus planes, incluso su provocación miserable para indisponer a la familia del joven asesinado por ellos, contra el Gobierno revolucionario. Arnaldo Socorro fue víctima de la tiranía y la contrarrevolución (*Adelante Revolucionario*, 12-9-61).

Más adelante, al referirse a la planificación, dijo que hay que acometer sin descanso las labores de producción en fábricas, talleres e industrias; hay que cuidar las máquinas a ver cuánto es lo que produce cada una y planificarlo todo, ya que así tendremos máxima producción en 1962, que será el Año de la Planificación, acelerando el trabajo para obtener los mayores éxitos en nuestra sociedad basada en el socialismo, que como en la Unión Soviética (URSS), China Popular y otras naciones, ha alcanzado resonantes triunfos en el progreso, bienestar y felicidad de los pueblos.

Cuba no se rendirá [...] y como da la talla en su defensa, la da también en el campo económico e internacional, discutiendo y ratificando la fe inquebrantable en nuestro pueblo, como proclamó nuestro líder, Comandante Fidel Castro, en la ONU, y el comandante Guevara, recientemente, en Uruguay. Nuestra consigna irrenunciable de Patria o Muerte estará siempre en pie de lucha, ya que estamos plenamente convencidos y seguros de que venceremos (ibídem).

María A. Henríquez González

Cuando terminó el acto, Carlos Rafael Rodríguez salió del teatro y se sentó en la máquina. Muchas personas acudieron a nuestro lado, se asomaban por las ventanas y le decían: «¡Doctor, cuídese siempre, doctor!». Pensé que aquella gente estaba conectada con la realidad.

Ángel Martínez Pijuán

En Matanzas hablé con los compañeros de la escolta sobre lo peligroso del regreso a La Habana, les orienté que en caso de algún ataque se cambiara la posición de los carros, que el que iba por la derecha pasara a la izquierda y cubriera el vehículo de Carlos Rafael.

El pequeño dispositivo estaba formado por un auto marca Pontiac color lila del año 1960, donde viajaban Carlos Rafael y sus acompañantes. León Sarduy conducía el carro de escolta, un Chevrolet azul del año 1959. En este vehículo viajaban Pijuán, en el asiento delantero, y Ramón Torres González, que iba en la parte izquierda trasera como escolta.

María A. Henríquez González

Salimos de Matanzas y poco después le digo a Carlos Rafael:

—¿Por qué no te pones la pistola en las piernas? —él tenía una Makarov en la guantera del auto.

—No hace falta, pero si tú quieres, si eso te va a tranquilizar, la voy a poner en las piernas —me respondió.

Cuando ya estábamos pasando la bahía, Carlos Rafael me dijo:

—Mira, si a nosotros nos quieren liquidar, te voy a decir cómo... —e hizo la descripción de cómo sería un atentado y terminó la conversación.

Nenito había dicho que tenía problemas mecánicos en el carro y venía a poca velocidad cuando salimos de Matanzas, a unos ochenta kilómetros por hora; estos vehículos casi siempre andaban a una alta velocidad. Recuerdo que Carlos Rafael le dijo:

—Nenito, ¿tú vas en un entierro?

—No, doctor, es que la máquina tiene problemas —contestó y enseguida aceleró más y el auto respondió.

El hecho de que el vehículo haya respondido a una velocidad mayor determinó que no nos pasara nada, porque si hubiéramos seguido con la marcha anterior, hubiera sido difícil salir de allí. Nenito aceleró a cien o ciento diez, y cuando pasamos el límite antiguo de La Habana-Matanzas, sentimos un impacto extraño, un golpe metálico. Carlos se viró y le preguntó a Teobaldo:

—Oye, ¿qué fue eso?

Teobaldo, que no se dio cuenta de que eran tiros, le respondió lo primero que se le ocurrió:

—Parece que son unos hierros o una lata.

Pero terminadas estas palabras oímos el segundo impacto que se sintió más fuerte encima del techo del automóvil. Carlos Rafael se percató de la situación y dijo:

—¡Apúrate, Nenito, que nos están tirando!

Inmediatamente cogió la pistola y mandó que me agachara. Me agaché lo más que pude, después me dio mucha risa, porque la cabeza me quedaba casi debajo de la bota de Nenito. Carlos no se agachó. Desde la máquina de escolta Pijuán disparó una ráfaga al vacío, hacia la oscuridad. Todo parece indicar que le dio o

hirió a uno de los atacantes, al que tenía la granada para lanzarla. Al ser herido el hombre, se cayó y le explotó la granada. El carro respondió y salimos a toda velocidad del tiroteo.

Miguel Fleitas Fandiño, Nenito



Chofer de Carlos
Rafael Rodríguez.
Teniente de la reserva

Era de noche cuando salimos de regreso hacia La Habana. Al poco rato me percaté de que detrás de nosotros venía un carro haciendo cambios de luces. Resultaba extraño porque no iba nadie delante, y lo comenté con Carlos Rafael, que también se había dado cuenta de aquel detalle. Me pareció que el carro le estaba haciendo señales a los bandidos para que supieran que éramos nosotros. Iba conduciendo por la senda de la derecha de la carretera, a una velocidad de unos ciento veinte kilómetros por hora, y cuando pasamos por el puente Machado nos empezaron a tirar.

Carlos me dijo que nos estaban tirando con fusiles M-2, aunque tiraron con M-3. No sé por qué motivo me pasé para la senda izquierda y cogí el centro de la vía para irme del sector de fuego y del tiroteo, a toda velocidad. El carro escolta siguió con las luces encendidas, y rápidamente se situó al lado derecho para cubrir el carro de Carlos Rafael. Pijuán ripostó la agresión con una ráfaga de una metralleta checa. El Pontiac recibió varios impactos de bala, uno a la altura de la cabeza de Carlos Rafael; otro a la altura de los riñones, en la puerta derecha, pero chocó con el cable de acero de la cremallera para subir la ventanilla y no pasó al otro lado; tenía un rasponazo de bala en el techo. El carro de escolta recibió un disparo por el guardafangos derecho y la bala pasó cerca del tanque de la gasolina.

Arsenio León Sarduy[†]



Escolta de Carlos
Rafael Rodríguez

Veníamos a unos ciento veinte kilómetros por hora y al pasar el puente Machado nos abrieron fuego con ráfagas de ametralladoras desde el lado izquierdo. Alguno de nosotros dijo que era el ruido de un helicóptero. Nenito iba por la senda derecha y nosotros por la izquierda, pero antes de subir la elevación, nos empiezan a tirar desde la cuneta derecha. Nenito se desvió rápidamente hacia la izquierda; yo aceleré y ocupé el lado derecho para cubrir el carro de Carlos Rafael. Teobaldo Hernández iba en el lado izquierdo, cuestión que nos pareció ilógica. Aceleramos todo lo posible y salimos del tiroteo.

Ramón Torres González[†]



Agente de la
Seguridad Personal

Yo pertenecía a la guarnición del local del periódico *Hoy*. Este día faltaba uno de las escoltas y me escogieron para trabajar en la protección de Carlos. Salimos hacia Matanzas, pero antes de llegar a la ciudad, Pijuán me dijo que le pusiera el seguro a la metralleta. Yo había ingresado en el Cuerpo de Seguridad cinco meses atrás, no había pasado escuelas militares ni cursos especializados, tampoco sabía tirar desde un vehículo en marcha a una velocidad alta. Todos estos factores contribuyeron a que, cuando se produjo el tiroteo, no pude tirar. Traté de quitarle el seguro a la metralleta y no pude. Cogí la pistola, pero ya había pasado del punto donde nos tiraron. Además, Pijuán me dijo que no disparara por temor de hallarnos cerca de casas campesinas. Pijuán sí

reaccionó rápido y disparó una ráfaga con su metralleta, pero el arma se le encasquilló.

Cuando regresamos a la guarnición, el jefe de la unidad me criticó severamente, me dijo que por qué no había roto el parabrisas trasero y tirado hacia atrás. Le expliqué las órdenes que me habían dado; además, ya nos habíamos pasado del objetivo. Ese día lloré de rabia y de impotencia.

Ángel Martínez Pijuán

El atentado se inicia con disparos por la parte izquierda de la carretera; inmediatamente se produce lo acordado y los carros cambian de posición.

Al escuchar los disparos por la parte izquierda, saqué la metralleta por la derecha y disparé sobre la línea de fuego enemiga, y le dije al compañero que venía detrás que tirara, pero me dijo que no, que parecía que era un avión. Realicé solo ocho disparos porque el arma se encasquilló. Cogí la metralleta del otro compañero, pero tampoco disparó. Entonces saqué la pistola, pero ya habían cesado los tiros y pasado el lugar.

Carlos Rafael le dio instrucciones al chofer para que entrara a la playa de Santa María del Mar y desde allí poder comunicarse con La Habana. Doblaron a la derecha y bajaron hasta la calle 11, esquina a 3.ª, donde radicaba la casa y oficina de Luis Cámara Fernández, director del plan turístico de aquella zona.

María A. Henríquez González

Nosotros seguimos y entramos a Santa María del Mar. Carlos le dijo a Nenito que se dirigiera hasta la casa donde estaba la oficina de la zona, cuyo responsable era miembro del Ministerio del Interior. Desde este lugar habló por teléfono con un jefe de la Seguridad; le explicó qué había sucedido y el lugar aproximado

del hecho. Enseguida seguimos para La Habana y al llegar a la entrada del túnel de la bahía venían en sentido contrario las máquinas de Fidel y se detuvieron junto a nosotros. Carlos Rafael se bajó y habló con el Comandante, le explicó lo sucedido y Fidel dijo en voz alta:

—¿Y tu mujer está nerviosa?

Yo, impulsada por ese espíritu de la primera etapa de la Revolución, respondí:

—¡De eso nada! —como si fuera tan valiente.

En aquel momento no sentí miedo, aunque estaba un poco alterada. Fidel me preguntó:

—¿Quieres ir con nosotros para el lugar?

—¡Sí, cómo no! —le respondí.

Entonces, Carlos y yo montamos en el asiento trasero del automóvil de Fidel y él iba junto al chofer.

El Comandante en Jefe dirigió la búsqueda de los autores del atentado a Carlos Rafael Rodríguez. Al conocer la noticia del hecho impartió órdenes para que Santiago Castro Mesa se dirigiera a la finca San Juan donde se entrenaban los perros pastores alemanes, recogiera dos de ellos con sus instructores y fuera hacia la zona donde se había producido el hecho. También dio órdenes para que un pelotón de la guarnición de Cojímar se movilizara hacia ese punto.

Juan Seoane Sotolongó



Escolta del
Comandante en Jefe.
Jefe de la Flota de
Pesca. Ocupó otros
cargos en la vida civil.
Jubilado

Cuando el Comandante en Jefe recibió la noticia sobre el atentado a Carlos Rafael, salimos rápidamente para el lugar del hecho. Nos detuvimos un poco antes del punto, con las luces de los carros apagadas, a muy poca velocidad, por la orilla de la Vía Blanca. Todos estábamos muy atentos para ver o escuchar algo que nos orientara hacia lugar exacto de la agresión.

Después de dar dos vueltas, escuchamos unos quejidos que provenían de los matorrales cercanos a la carretera, y nos pareció que eran de alguien que estaba herido. Pero no nos confiamos, porque podía ser una estratagema para engañarnos. Podía ser la segunda fase de un atentado, esta vez contra Fidel y nosotros estábamos bien claros de nuestra misión. Con mucha precaución bajamos hacia donde se oían los quejidos. Subimos una pequeña elevación con unas hierbas bajas, y más adelante cruzamos una cerca de alambres de púa y avanzamos un poco más. Ya los lamentos eran más cercanos, no nos cabía la duda de que se trataba de un hombre herido.

Nos encontramos al bandido y lo cargamos con cuidado entre Pompa, Vitaliano y yo. Armín Pompa Álvarez era un hombre fuerte y lo ayudamos a echarse al herido sobre sus hombros para llevarlo hasta una cerca de alambres. Crucé hasta el otro lado y cargué al herido, bajamos la elevación y lo llevamos hasta la carretera. Lo acostamos con mucho cuidado al borde de la vía, y enseguida se acercó el Comandante en Jefe con Carlos Rafael y otros compañeros. Fidel trató de hacerle algunas preguntas al bandido, pero al verse frente a Fidel se desmayó. El Comandante se percató de la gravedad del herido y ordenó que lo trasladaran con urgencia hasta un hospital para tratar de salvarlo. Salimos a toda velocidad en un carro de la escolta que era conducido por el Vitaliano [*José Vitaliano Leyva Escalona*]. En el asiento trasero íbamos Pompa y yo con el herido. Tratamos de contenerle la sangre y le hicimos un torniquete con nuestros cintos. Había pasado mucho tiempo y en el túnel de la bahía de La Habana le dieron unas convulsiones y al llegar al Hospital de Emergencias ya estaba muerto. Los médicos corrieron a prestarle asistencia, lo examinaron y dictaminaron que estaba muerto.

Santiago Castro Mesa



Escolta del Comandante en Jefe, posteriormente ayudante. Director del Combinado Avícola Nacional

A otro compañero y a mí nos mandaron para la finca de los perros, en Santiago de las Vegas, donde se entrenaban los pastores alemanes, con la misión de recoger a dos perros y sus instructores para la búsqueda de los bandidos. Después nos dirigimos hacia la Vía Blanca hasta un lugar próximo a los antiguos límites de las provincias de La Habana y Matanzas. Cuando llegué, ya el Comandante estaba allí con otros compañeros, y habían cerrado el tránsito en esa zona. El Comandante, el instructor con su perro, otros compañeros y yo salimos detrás del rastro que marcó el animal. Íbamos corriendo para seguir al perro y llegamos hasta la costa norte, pero de allí regresamos a la carretera donde se perdió el rastro; era casi al amanecer. Al parecer, los bandidos habían llegado hasta la costa, regresaron y los recogió un vehículo.

Ricardo Leyva Castro[†]



Jefe de la escolta del Comandante en Jefe (1970-1976)

El Comandante salió con un solo carro de escolta, porque los compañeros del otro carro habían salido a comer y ya era muy tarde. A la salida del túnel nos arrimamos a la derecha y el Comandante nos dijo que íbamos para un lugar donde se había producido un atentado; no dijo a quién ni cómo había sido. Nos recaló que teníamos que ir con cuidado. Seguimos y el otro carro nos alcanzó más adelante. Nosotros estábamos vestidos de civil y pasamos delante.

Cuando llegamos a la zona de Canasí, oímos unos gritos de auxilio, paramos y les hicimos señas para que los demás se quedaran detrás. El carro del Comandante se quedó a unos cien metros del lugar.

Marcelo Hernández era el jefe del carro, se bajó y le dijo al Comandante que se quedaran allí porque podía ser una trampa. «Yo conozco esa técnica de engaño», recalcó.

Cogimos un libro y lo pusimos al borde de la carretera para marcar el lugar. Un carro de la escolta fue a buscar a un grupo de hombres de la guarnición de Cojimar. Ellos y unos perros rastreadores llegaron como a las cuatro de la madrugada.

María A. Henríquez González

Cuando regresábamos hacia el lugar de los hechos, el Comandante en Jefe llamó por la microondas a un puesto militar para que mandaran a un grupo de hombres y a unos perros rastreadores. Se viró y me dijo: «Vamos a hacer una cosa, como ustedes las mujeres siempre se recuerdan con precisión de los detalles, cuando estemos llegando al lugar donde fue el atentado, nos avisa para ir despacio por la carretera». Recordaba que cerca del lugar había unas elevaciones pequeñas y un bohío al lado izquierdo. Recordaba los montículos desde donde nos tiraron. Efectivamente, cuando llegamos a ese punto, dije: «¡Mira, Fidel, fue por aquí!». Él ordenó al chofer: «Ahora dale despacio para que no se sienta el motor». Fuimos muy despacito y con el mayor silencio posible. Entonces, oímos que de la lejanía venían unos gritos de auxilio, como si alguien estuviera herido. Fidel le dijo al chofer que parara y las máquinas se detuvieron. Se bajaron todos: Fidel, Carlos Rafael y los escoltas.

J. Vitaliano Leyva Escalona[†]



Chofer escolta del
Comandante en Jefe

Llegamos delante y para marcar el lugar pusimos un libro que utilizábamos en la superación cultural en esa etapa. Nosotros pensábamos que podía ser una emboscada que nos habían preparado y fuimos con mucha precaución. Seoane y yo cruzamos una cerca y bajamos por el monte; encontramos a un hombre herido y ayudé a Seoane a echárselo encima; lo llevamos hasta la carretera. Parece que él trató de tirar la granada, resbaló y se cayó, porque desde el lugar donde estaba no podía tirarla. Cuando bajamos al bandido en la carretera, y el Comandante vio que estaba malherido, nos dijo que lo lleváramos para Santa Cruz del Norte y buscáramos un médico con urgencia para salvarle la vida. Le dije que era más rápido llevarlo hasta el Hospital de Emergencias que encontrar un médico allí a esa hora. El Comandante comprendió y dijo que saliéramos rápidamente. Yo manejaba un Buick Electra de color negro; creo que rompí la barrera del sonido, el carro casi se fundió. Cuando llegamos al hospital nos estaban esperando con todo listo, pero el herido falleció.

La guarnición Camilo Cienfuegos de Cojimar tenía a fines de 1961 una compañía de ciento cinco hombres al mando del primer teniente Giraldo Mora Orozco. Esta compañía relevó a los combatientes de la Columna 1 José Martí. En horas de la madrugada un carro llegó a la unidad, un oficial bajó y pidió hablar con el jefe. A esa hora todos dormían, a excepción de los centinelas y el oficial de guardia. Enseguida designaron al sargento Eliscony Biset Marzán para que saliera con un pelotón detrás del carro de los recién llegados.

Eliscony Biset Marzán[†]



Sargento del Ejército Rebelde, jefe de pelotón de la guarnición de Cojimar

Nosotros estábamos habituados a cumplir misiones de apoyo en las fugas que se realizaban clandestinas por aquella zona y otras misiones parecidas y salimos detrás de los compañeros. Seguimos por la Vía Blanca y llegamos a una zona donde había una casa de guano y se veían unas personas que tenían un farol. Uno era el Comandante en Jefe. Ordené a los soldados que no se bajaran del camión, pero cuando vieron que era Fidel, se bajaron y lo rodearon para verlo de cerca. El Comandante en Jefe nos explicó que a unos doscientos metros de allí le habían hecho un atentado a Carlos Rafael Rodríguez y que había que realizar un peine de la zona. Eran como las dos de la madrugada y empezamos la operación de búsqueda que duró toda la noche.

Fabio Domínguez Oliva



Soldado de la guarnición de Cojimar. Primer teniente de la reserva

Nosotros salimos de la guarnición de Cojimar en un camión Gaz-53 que casi no podía subir las elevaciones en la carretera con el pelotón de soldados. El chofer era Ramón Fernández y seguimos detrás del carro que fue a buscarnos. El Comandante estaba esperando antes de llegar al lugar del atentado y nos explicó que había que tener mucho cuidado porque podía ser una emboscada. Enseguida nos mandaron a tirar un cerco por los alrededores y parte de la Vía Blanca. Era de madrugada y el Comandante mandó a que unos compañeros bajaran hasta un punto donde alguien se quejaba. «¡Tengan mucho cuidado al bajar!», decía el

Comandante. Uno de los que bajó fue Pablo Silvente, que ya falleció. Al poco rato subieron a un hombre herido, lo montaron en un carro y lo llevaron para La Habana. Después llegaron dos perros pastores y sus instructores para explorar la zona. Se registró toda el área; los perros llegaron hasta la costa, pero no encontraron nada. Estuvimos allí hasta el amanecer.

El Comandante había preguntado por qué se había demorado tanto el camión y le explicaron que no tenía fuerza para subir las lomas cargado de soldados. Íbamos armados con fusiles FAL. Días después mandó un camión y un yipi nuevos para nuestra unidad.

Las investigaciones realizadas por oficiales del Departamento de Seguridad del Estado, contenidas en el informe fechado el 16 de septiembre de 1961, revelan algunas contradicciones con relación a las entrevistas de algunos testimoniantes. Después de una observación y exploración minuciosa del lugar del atentado, las entrevistas con milicianos, oficiales de las Fuerzas Armadas, al propio Carlos Rafael Rodríguez y sus escoltas, se llegó a las conclusiones provisionales cuyo contenido sintético es el siguiente:

Carlos Rafael, su esposa María Antonieta y los escoltas de la Seguridad Personal salieron el 13 de septiembre, a las 20:00 h, desde Prado y Teniente Rey, donde radicaba el entonces periódico Hoy. El viaje hasta Matanzas fue normal, con la excepción de que un pisorre marca Ford del año 1957, en el que viajaban dos hombres, los siguió hasta el Rincón de Guanabo.

Durante el desarrollo del acto en el Sauto un automóvil de alquiler, marca Dodge 1957, con cuatro individuos con características de delincuentes, pasó dos veces frente al teatro poco antes de terminar la charla, y después se dirigió hacia la Vía Blanca. Concluida la actividad, Carlos Rafael y sus acompañantes partieron de regreso hacia La Habana, pero al salir de Matanzas notaron que algunos vehículos pasaron delante. Poco después, la escolta se percató de que un auto los seguía a una distancia de unos cien metros del carro escolta, aproximadamente a unos treinta metros del automóvil del dirigente. Pero dejaron de verlo en la curva antes de llegar al puente Machado.

Continuaron por la Vía Blanca, pero al salir del puente, sintieron ruidos debajo de los carros; algunos pensaron que se había ponchado una goma, aunque otro creyó que eran disparos. El chofer giró hacia la senda izquierda por instinto y el chofer de la escolta cubrió la parte derecha. Pero a unos ciento cincuenta metros más adelante, los escoltas, y en especial Ángel Martínez Pijuán, vieron las llamas de los disparos que realizaban los bandidos desde los matorrales de la parte derecha. Es Pijuán el único que logró montar la subametralladora modelo 25, conocida por metralleta checa, y disparó una ráfaga de ocho tiros, pero el arma se encasquilló. Los atacantes dejaron de tirar.

Al producirse un segundo ataque, el chofer aceleró más. María Antonieta se agachó en el piso del carro, al igual que Carlos Rafael, quién trató de incorporarse para repeler la agresión, pero Teobaldo, que fungía como ayudante, se lo impidió y lo sujetó en el piso del carro hasta salir del lugar.

El carro de Carlos Rafael recibió un impacto de bala calibre 45 en el techo. El de la escolta fue alcanzado por un disparo en el maletero. Los dos vehículos siguieron a una mayor velocidad y por orden de Carlos Rafael entraron a la playa de Santa María del Mar con el fin de llamar al entonces periódico Hoy para que mandaran otro vehículo. Unos cuarenta y cinco minutos después, de regreso a la capital, Carlos Rafael se encontró con el Comandante en Jefe a la salida del túnel de la bahía de La Habana, donde se inicia la Vía Monumental. Entonces Fidel, Carlos Rafael y el resto del dispositivo siguieron hacia la Vía Blanca para ubicar el lugar donde se había producido el atentado.

Ya en la zona del puente Machado escucharon los quejidos de un herido, lo localizaron y lo sacaron hasta la carretera. Por orden del Comandante en Jefe lo trasladaron con urgencia hasta un hospital. En la búsqueda encontraron un M-3 y su depósito y dos peines de pistola.

Poco después del atentado, al cuartel de la milicia de Santa Cruz llegaron dos autos y sus tripulantes denunciaron que les habían disparado en la zona del puente Machado. El subteniente Jesús Téllez se encontraba en la comandancia de las milicias del

central Hershey (hoy Camilo Cienfuegos) y estaba de recorrido en busca de un carro sospechoso que merodeaba por los alrededores. Al escuchar las declaraciones, se dirigió con los denunciantes al lugar del hecho, pero no calcularon bien la distancia y se detuvieron a varios metros del puente Machado. Después se encontraron con Fidel y su tropa, con unos perros, y se unieron a la búsqueda.

En el informe del DSE, se lee:

El atentado se preparó con dos grupos de hombres situados en el puente Machado a unos trece kilómetros de Santa Cruz del Norte; el grupo uno se ubicó al terminarse el puente por el lado izquierdo, debajo del nivel de la carretera en la vía de Matanzas hacia La Habana; el segundo grupo se posesionó a ciento cincuenta metros del final del puente, a la derecha, debajo del nivel de la carretera como a unos diez metros de ella.

En la inspección de los investigadores, comprobaron las armas utilizadas por los casquillos que encontraron. Vieron las colillas de cigarrillos, las pisadas de zapatos y el hundimiento de la hierba donde esperaron durante bastante tiempo. Se ocupó una bola de parafina (residuos de velas) en uno de los puntos donde estaban parapetados. Los campesinos cercanos dijeron que esa noche vieron luces por los alrededores. También observaron dos automóviles negros cuyos ocupantes pasearon por el puente. Según los declarantes, cerca de las diez y treinta de la noche, tres campesinos se bajaron de un ómnibus a unos diez metros de donde estaba emboscado el grupo uno, pero no sintieron nada. El automóvil que los seguía desde Matanzas se desvió antes de llegar al puente Machado, más o menos en la carretera que dobla a la derecha hacia la playa Arroyo Bermejo. Al parecer, dicho vehículo hizo algún tipo de señal con las luces antes de doblar hacia la derecha en la Vía Blanca, donde hay una elevación desde la cual se puede ver el lugar en que se emboscaron los bandidos.

Una hora después se acercó el dispositivo; el carro de la escolta venía a unos treinta metros detrás del auto de Carlos Rafael y al pasar el puente los bandidos abrieron fuego desde la cuneta

izquierda, pero no hicieron blanco. Según el criterio de los investigadores, el objetivo que perseguían era que el carro del dirigente se aproximara hacia la derecha. Cuando los vehículos habían rebasado unos ciento cincuenta metros, el segundo grupo de bandidos abrió fuego desde unos diez metros por debajo del nivel de la carretera del lado derecho.

Al producirse los disparos, Ángel Martínez Pijuán observó las llamas producidas por la deflagración de la pólvora de los cañones de las armas de los atacantes, montó con rapidez su metralleta y disparó una ráfaga de ocho tiros hasta que el arma se le encasquilló, y los bandidos dejaron de disparar momentáneamente. Según la hipótesis de los investigadores, el bandido herido por la granada fue auxiliado por otros, lo cruzaron por encima de una cerca de alambres de púas y trataron de vendarlo; allí se ocupó la gasa que utilizaron.

De acuerdo con las apreciaciones, los bandidos huyeron al oír las voces que se acercaban. Un campesino que tenía su casa debajo del puente hacia la parte norte salió, se acercó al lugar y oyó la voz del herido que pedía auxilio y repetía el nombre de un tal Antonio.

Se presume que los atacantes se adentraron en el monte y siguieron hacia el norte hasta un terraplén cercano, a un kilómetro y medio de la playa Arroyo Bermejo, donde los esperaba un vehículo que los sacó de la zona. Hasta ese terraplén llegaron los perros con los compañeros que iban detrás del rastro.

El informe agrega que desde donde estaba el herido hasta el lugar donde los recogió el carro calculan una hora caminando apriisa. El subteniente Téllez explicó que, por las huellas encontradas, los bandidos pudieron utilizar caballos y fueron guiados por un conocedor de la zona. Se estimó que los atacantes del grupo número uno bajaron hacia el fondo del puente y siguieron la misma ruta de los otros, con rumbo al norte.

Según el resultado de las investigaciones los involucrados en el atentado fueron los siguientes:

1. Juan José Martori Silva, alias Tatica, de veintidós años, hijo de Glicerio y Paula, natural de Colón, provincia de Matanzas, fue herido al explotarle la granada y falleció después.

2. Aurelio Eliseo Hernández Mármol, de veintiséis años, natural de Luyanó, La Habana, involucrado que al ser detenido relató todos los pormenores e incidentes relacionados con el atentado, en el cual tuvo gran participación no solo en el hecho sino en las actividades conspirativas.

3. Acelio Llerena Morales, de treinta y cinco años, vecino de Puerto de Canasí, Matanzas, fue miembro del Ejército Rebelde de donde fue licenciado. Por su poca capacidad y la labor inteligente y de captación por los elementos de la zona, lo convierten en contrarrevolucionario. Cuando la invasión por Playa Girón, al saber que va a ser detenido huye hacia las lomas junto a otros elementos. El Guajiro Martínez logró ponerse en contacto con el grupo del cual ya es jefe Llerena Morales, desde entonces la CIA les enviaba recursos; participa en el atentado y posteriormente este sujeto se traslada hacia La Habana donde fue apresado por miembros del DSE de Matanzas, los cuales lo conocían. Tenía varias acusaciones en el DSE de aquella provincia.

4. Víctor Martínez Zambrana, alias el Guajiro Martínez, de veintiocho años, vivía en una finca de su propiedad cerca del puente Machado. Fue casquito del ejército de la tiranía de Batista, y posteriormente continuó en el Ejército Rebelde; estuvo destacado en el puesto de la Policía Rural Revolucionaria (PRR) de Canasí, Matanzas. Fue licenciado en septiembre de 1960, era el contacto de los alzados de la zona de Canasí y los agentes de la CIA, además de encargarse del abastecimiento y avituallamiento de los alzados; fue el que estableció el contacto entre el grupo de alzados y los terroristas de La Habana mediante el agente de la CIA, participó incluso en la acción, se encuentra prófugo, siendo buscado activamente por el Departamento de Seguridad de Matanzas y el de La Habana.

5. Martha Ernestina Cabrera Viera, de diecinueve años, vecina ocasional de Clavel, edificio N.º 10 y 12, Apto. 32, 2.º piso, La Habana, tomó parte de manera activa o pasiva en el atentado; participó de manera activa en los disturbios de la Iglesia de la

Caridad disparando un revólver que portaba contra el grupo revolucionario allí reunido. Al ser detenida se le hizo la prueba de la parafina dando resultados positivos, apareciendo en el certificado técnico que la misma o disparó un arma de fuego o se encontraba extremadamente cerca del que la hizo funcionar (Archivo del DSE).

La información publicada por el periódico Revolución del 14 de septiembre de 1961 expresa (v. imágenes 23 y 24):

En la noche del martes, criminales al servicio de la Agencia Central de Inteligencia del imperialismo yanqui realizaron un atentado contra el compañero Carlos Rafael Rodríguez, director del periódico *Hoy*, cuando este regresaba a La Habana después de pronunciar una conferencia sobre planificación en el teatro Sauto, de Matanzas.

Los atacantes contrarrevolucionarios estaban apostados en la cuneta de la Vía Blanca, en los límites entre las provincias de Matanzas y La Habana, y atacaron sucesivamente desde puntos situados a unos ciento cincuenta metros de distancia entre sí.

El automóvil en que viajaba Carlos Rafael y su compañera María Antonieta Henríquez recibió varios impactos de bala, pero ninguno de sus ocupantes resultó herido. La escolta, por su parte, repelió la agresión, y varios momentos después, al efectuarse una exploración en el lugar del atentado, se encontró gravemente herido a un sujeto que se presume sea el jefe de los agresores.

El individuo, de unos treinta años de edad, vestía chaqueta azul y dos pantalones superpuestos, carmelita uno y azul el otro, siendo nueva la ropa que vestía, ocupándosele un fusil M-3, dos peines de pistola, la cual no fue hallada en los primeros registros que se practicaron, y la cantidad de 1184 pesos en billetes nuevos.

El herido, dada su gravedad, no pudo declarar, y fue conducido al Hospital de Emergencias, donde falleció al ser colocado

en la mesa de operaciones, sin que hasta el presente haya sido identificado.

Esta criminal agresión al compañero Carlos Rafael Rodríguez forma parte del plan de agresión, sabotajes y atentados que abiertamente se ha anunciado por el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia, y que el Gobierno revolucionario ha denunciado reiteradamente (1-2).

XI

Cayo Elbow

«El hombre necesita la oportunidad y la responsabilidad
para poder destacarse».

FIDEL CASTRO

La piratería contrarrevolucionaria tuvo su mayor auge en la década del sesenta, sobre todo en la costa norte de Cuba. Los enemigos de la Revolución establecieron sus bases de agresiones en los cayos próximos a la Florida, en Puerto Rico, en Venezuela y en Costa Rica. Una de estas bases estuvo en cayo Elbow, ubicado en los 23°57' latitud norte y los 80°20' longitud oeste, en el banco de cayo Sal, al extremo sur de la península floridana (v. imagen 25). Desde ese lugar, posesión inglesa, operaban grupos de elementos de origen cubano, agentes de la Agencia Central de Inteligencia, que se dedicaban a infiltraciones, a transportar armas para la contrarrevolución, a cometer actos de sabotaje en contra de la economía, para tratar de entorpecer la zafra azucarera y sembrar el terror, tanto entre nuestros pescadores como en el resto de la población.

La tarea específica de este grupo consistía en introducir armas y organizar una banda contrarrevolucionaria al norte de Las Villas, según revelaron más tarde.

El 13 de febrero de 1963 una lancha artillada de la CIA atacó dos barcos del tipo Sigma, pertenecientes a la cooperativa pesquera de Cárdenas. Como consecuencia de esta acción resultaron heridos los hermanos Armando y Ramón López Ruiz. Las tripulaciones fueron abandonadas por los piratas en cayo Roque, lugar donde se había producido el ataque, y las embarcaciones secuestradas

fueron trasladadas hacia cayo Elbow. Otro Sigma recogió a los pescadores y los condujo a Cárdenas.

Con la ayuda de las fotografías aéreas tomadas por nuestra aviación, fueron detectados los barcos secuestrados; de inmediato se comenzó a organizar una expedición para recuperarlos y capturar a los piratas contrarrevolucionarios. La Dirección de Información del Estado Mayor General, dirigida entonces por el comandante Pedro Luis Rodríguez Quiñones, se encargó de recoger los datos referentes al cayo.

El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz organizó y dirigió personalmente esta operación en la cual participarían unidades de la Marina de Guerra Revolucionaria, un grupo de su escolta, miembros del Grupo Independiente de Hombres Rana UM/3073, con el apoyo de una escuadrilla de aviones MIG-15 que estaría ubicada en el aeropuerto de Varadero.

El Comandante en Jefe le planteó a su entonces ayudante personal, capitán Bienvenido Pérez Salazar, Chicho, que en esa misión combatiiva participarían los compañeros de su escolta. En tal sentido, Chicho escogió a los hombres y el grupo quedó integrado por: Juan Seoane Sotolongó, segundo jefe; Marcelo Hernández Milián; Ricardo Leyva Castro; José Vitaliano Leyva Escalona; Pedro Rodríguez Vargas; José Delgado Castro; Luis R. de la Cruz Chie, el Chino; Oscar Puig Osoria; Pedro Rodríguez Rivero, Pedrito; y Jorge Pacheco Zarza. Este último era de la Seguridad Personal encargado del armamento. Los hombres rana que participaron fueron: Rogelio Santos Rodríguez, jefe del grupo; Juan Álvarez Forteza, jefe de plana mayor del grupo, y Michael Montañés Caballero, Maico.

Emigdio Báez Vigo[†]



Vicealmirante,
jefe del Estado Mayor
de la MGR

El objetivo que nos planteó el Comandante en Jefe fue rescatar los barcos que habían sido secuestrados por un grupo de piratas

y llevados a Cayo Elbow. La operación se organizó con el empleo de las lanchas torpederas modelo 183, que recientemente habían llegado a Cuba procedentes de la URSS. Se nos planteó la misión y se organizó con rapidez.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

El Comandante organizó la operación con la participación de la Marina de Guerra Revolucionaria para ir hasta ese Cayo y dijo que en forma de un asalto rápido debíamos recuperar los barcos secuestrados y capturar a los piratas que estaban allí. Entonces él se reunió con nosotros y nos planteó que iba a ir un grupo de la escolta en esa operación.

Se escogió a los compañeros. Irían también con nosotros los compañeros de la Marina, porque era una operación un poco complicada por la cantidad de Cayitos. Había un faro y se planteaba que era donde se refugiaban los piratas; tenían su base y allí estaban los barcos secuestrados. Esta operación se terminó de planear en Varadero porque las embarcaciones iban a salir de Cárdenas. El entonces jefe de la Marina, Rolando Díaz Aztaraín (v. *imagen 26*), iba de jefe de la flotilla y yo como jefe de la operación de desembarco, los que haríamos la operación terrestre.

Por la tarde tuvimos un accidente. Cuando estábamos viendo las embarcaciones, había un cabo en la cubierta que estaba amarrado de una lancha a la otra. A uno de los marinos se le enredó la sogá y, al dar un estrechazo, le cortó un pie. En esta operación iba un médico, el cual le cortó con una cuchilla el pedazo de piel que le quedaba, recogimos el pie ensangrentado, lo metimos en un cartucho y mandamos al herido para un hospital.

El Comandante nos explicó que había que buscar los barcos y traerlos, así como coger a la gente que los secuestró, que no podía quedar un hombre allí; advirtió que había que actuar con mucho cuidado y orientó que los hombres rana fueran nadando y, después que estos llegaran al Cayo, nosotros debíamos desembarcar desde los botes. Pero el Comandante no había podido definir

por qué lugar se entraba al cayo, y no era fácil entrar. Las embarcaciones no se podían arrimar mucho, porque se podían varar. Entonces buscaron a un práctico para que nos guiara hasta allí.

Emigdio Báez Vigo

Salimos de Matanzas el 18 de febrero y en esa ocasión entró un frente frío muy fuerte. En esta primera salida, fuimos en tres lanchas: yo iba en la primera, Aztarain en la segunda e Isidro Contreras en la tercera. Durante la maniobra de salida, el compañero Caveda perdió un pie. Al desatracarse un cabo, se le enredó en un tobillo y perdió el pie por completo. El tiempo estaba muy malo, el mar era de fuerza cinco o seis, y tuvimos que regresar para entrar a Cárdenas.

Rogelio Santos Rodríguez[†]



Capitán de navío,
jefe de la UM/3073
de hombres rana

Me llamó el jefe de Información del Estado Mayor General, el entonces comandante Pedro Luis Rodríguez Quiñones, y me manifestó la necesidad de hacer una exploración en cayo Elbow, para determinar el número de contrarrevolucionarios o agentes de la CIA que estaban allí.

Para esto se me facilitaron varias fotografías que había tomado nuestra aviación a fin de que, de acuerdo con los mosaicos que traían las fotos, yo hiciera un análisis de cómo se iba a realizar la operación. Se me indicó que desembarcáramos en horas de la noche y tratáramos de ubicar a los piratas que estaban en el cayo para conocer los medios que tenían, y más adelante realizar el desembarco. Analizamos la situación del cayo basándonos en las fotos, en donde se apreciaban lugares bajos y altos.

En ningún momento escogí, para hacer el desembarco, la parte costera de más fácil acceso, previendo que los contrarrevolucionarios iban a tener muchas medidas de seguridad en la faja aquella, por lo que seleccioné la parte más elevada del cay, que era como un acantilado y, según datos, tendría dos o tres metros de altura; pero al llegar comprobamos que esta ascensión era de ocho o diez metros.

Nosotros, de inicio, íbamos a salir de Matanzas, pero por decisiones superiores seguimos en el yipi hacia Cárdenas. Cuando ya estábamos allí, llegó el Comandante en Jefe y nos preguntó si teníamos listos los preparativos para la operación. Le expliqué que faltaban algunos compañeros que venían en un camión en donde traíamos el armamento. Se nos dijo que no había tiempo para esperar a nadie; solo contábamos con el cuchillo.

Rolando Díaz Aztarain[†]



Vicealmirante.
Jefe de la MGR

Fidel nos buscó un práctico y nos dijo que le hiciéramos caso, que él conocía bien la zona. El mar se puso muy violento. Vigo me decía desde la otra lancha: «¡Óyeme, no se puede seguir!». Le respondía: «Dice el práctico que se puede». Así estuvimos un rato hasta que se complicó más la travesía.

Emigdio Báez Vigo

Había una marejada fuerte, las lanchas tenían motores M-50, de 1250 caballos de fuerza cada uno. Yo le decía a Aztarain que había mucha marejada y no se podía desembarcar; íbamos con dos motores nada más. Aztarain me explicaba por radio que el práctico decía que se podía hacer la operación. Le dije al comandante de la

lancha que pusiera los cuatro motores a ocho mil revoluciones por minuto y aquella lancha parecía que iba por debajo del agua.

Entonces el práctico dijo: «No se puede hacer la operación». Regresamos a Cárdenas esa noche.

Aztaraín y yo nos entrevistamos después con el Comandante en Jefe en Varadero. Nos dio instrucciones y volvió a precisar algunos detalles de la operación; designó un escuadrón de aviones MIG-15, al mando del capitán Prendes,¹ para que nos diera protección aérea, y lo basificaron en el aeropuerto de Varadero. Los pilotos estaban alojados en el hotel Oasis. Allí fui a ver a Prendes, hablamos y posteriormente partimos en un MIG-15 para hacer un reconocimiento por cayó Elbow. Vimos los dos barquitos que estaban metidos entre los dos cayos. Volamos un poco lejos para que no vieran la bandera del avión ni llamar la atención; poco después regresamos a Varadero [19 de febrero de 1963]. El tiempo ya estaba bueno y volvimos a salir en las tres lanchas.

Como los barcos estaban entre los dos cayitos y se podían escapar por detrás, acordamos que entraran por dentro del banco de cayó Sal, por detrás, en caso de que los barcos se fueran. Aztaraín llegó un poquito antes, desembarcaron y hubo algunos tiros. Enseguida salió un barquito que se quería ir por detrás del cayó, le hicimos algunos disparos y capturamos a los dos contrarrevolucionarios a bordo.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

Ocurre un incidente: cuando nos acercamos al cayó había unos palos que parecían emplazamientos de ametralladoras, entonces Álvaro Prendes, que iba con nosotros sin tener que hacerlo porque su misión era en los aviones que estaban en Varadero, cogió un FAL y comenzó a tirar hacia allá, por su cuenta y sin consultar

1 Álvaro Prendes Quintana abandonó el país años después.

conmigo. Yo le ordené que dejara de tirar porque pudo malograr la operación por su indisciplina.

Durante la navegación hice algunas coordinaciones con los hombres rana. Como nos íbamos a meter al cayó y nos iba a coger la noche, acordamos que si se sentía algo la seña sería «naranja», y la contraseña «de China». Cuando vamos llegando al cayó, vimos que había otro cayó al lado y que había un pasadizo entre los dos. Allí detectamos los dos barquitos. Cuando llego adonde están los otros compañeros de la escolta, les digo: «Miren, cuando salgan los hombres rana delante, tiramos los botes detrás y van avanzando. Avancen recto hacia la esquina del cayó».

Estaban a la vista nuestra. No era fácil dar la vuelta, porque si dábamos la vuelta por la parte oeste era más largo el recorrido. Llevábamos al práctico para entrar al cayó, quien debía subir al bote y dar la vuelta por la parte este. A la sazón estábamos tirando a los hombres rana. Cuando vamos a tirar, el primer bote cae de proa y se hunde. No hubo forma de tirar un bote para desembarcar los hombres. La embarcación no llevaba pescantes para bajar los botes. Quedó un bote de remos, y el práctico se nos había rajado y no quería tirarse al agua, no había forma de vencerlo; un poco que lo obligamos a montar en el bote.

Había transcurrido un tiempo y los hombres rana ya estaban en el cayó. Los compañeros que iban en la otra torpedera fueron los que hicieron contacto con los piratas y les cortaron la retirada. No hubo forma de que los botes estuvieran a flote: uno se hundió y otro se zafó de la sogá y la corriente, que era muy fuerte, se lo llevó. Como último recurso para desembarcar, me quedaba montar al práctico con el Chino en un bote, pero cuando este cae al agua lo coge la corriente. Iban como un avión aguas abajo, y no podían remar por la fuerte corriente y por la marejada. Había transcurrido el tiempo y nos cogió la noche en esa maniobra.

Nosotros vimos que un grupo de piratas cruzó de un cayó al otro; estaban vestidos de verde olivo. La gente de una de las torpederas capturó un barquito de los piratas y rescataron un Sigma. Dijeron que el otro Sigma se zafó y no lo vieron más. Trajeron las dos embarcaciones hasta donde estábamos nosotros. No te-

níamos botes para arrimarnos al cayó y recoger a los hombres rana, y ya era de noche. Entonces empezaron las discusiones entre nosotros acerca de la distancia que había hasta el cayó. Pregunto dónde estaban los dos barquitos que habíamos cogido; por lo menos en ellos nos podíamos arrimar lo más posible al cayó para recoger a los compañeros. Pero Aztaraín me dice que los barquitos habían partido. Le digo que no, que Fidel había dicho que no se podía quedar un hombre allá.

De inmediato un barco salió detrás y trajo los barquitos. Los dos presos los pasamos a la torpedera y utilizamos los barquitos para arrimarnos al cayó. Esto nos fue llevando horas. Aztaraín tenía el temor de que el barco se fuera a encallar. Nos metimos en el barquito, nos arrimamos al cayó, y allí fue donde apareció el primer hombre rana: era el compañero Juan. Detrás venía Santos y al poco rato llegó Maico, que traía un preso por el agua, cogido por el chaleco; este era un hombre ya un poco viejo.

Habíamos sentido algunas explosiones en el cayó. Efectivamente, estábamos lejos de allí pero había que arrimarse lo más posible y pensé que si encallábamos tendríamos que nadar todos para el barco o para el cayó; había que nadar como tres millas y la marejada era muy fuerte.

Rogelio Santos Rodríguez

Serían como las 21:00 h, estábamos cerca de cayó Elbow. Le dije al patrón que se acercara para tirarnos al agua. Lo que habíamos previsto era hacer la exploración, obtener la información necesaria y a las 02:00 h nos recogería una lancha. Pero el patrón tenía un poco de miedo de acercarse mucho al cayó porque era un lugar muy bajo, había cabezos y la embarcación se podía varar. Yo estaba desesperado porque no quería que nos cogieran los claros del día en la exploración y nos lanzamos al agua como a un kilómetro y medio del objetivo.

Recuerdo que cuando íbamos nadando vi pasar por debajo de mí dos o tres tiburones —era una noche de luna—, porque en aquel lugar abundaban. El mar estaba bastante malo, con fuerza tres o cuatro, y avanzamos pegados unos a otros.

Cuando llegamos al cayó, nos percatamos de que la altura era de unos ocho o diez metros, mayor de lo calculado por las fotografías. Esperamos a que viniera una marejada, nos subimos en la cresta de la ola, trepamos el acantilado y nos agarramos del diente de perro. Pero cuando estábamos agarrados, el compañero Maico empieza a resbalar, le voy a dar una mano para sujetarlo, pero la punta del diente de perro se parte y empezamos a rodar hasta la parte baja del acantilado. Un diente de perro se me clavó en la cabeza y me hizo una herida bastante grande, otro me hirió debajo de la rótula. Pude empujarme con el pie y caer al agua, pero también me hice una herida bastante profunda en el calcañal, donde se me introdujo una punta del diente de perro. Caí al agua. No sentía dolores, porque las heridas y los golpes que uno se hace en el agua se sienten muy poco. Juan se había quedado arriba, pero Maico y yo estábamos abajo. Aprovechamos otra marejada y pudimos subir.

Empezamos a avanzar por el cayó y le digo a Maico: «¡Oye, estás herido, estás desbaratado todo!». Entonces él me responde: «¡Usted es el que está desbaratado todo!». En eso veo que me corría la sangre por la cabeza y por la rótula.

Antes de tirarnos al agua, nosotros no teníamos armamentos; las armas que había en la lancha eran de los marineros. El compañero Chicho les dio la orden a los compañeros de la escolta para que nos dieran unas granadas de mano. Las metimos en unos sobrecitos de nailon, cuatro cada uno, y el cuchillo fue el armamento que llevábamos por si teníamos que enfrentarnos al enemigo.

Me puse un torniquete en el muslo, porque me brotaba bastante sangre de la rótula. Se me habían perdido las patas de rana, la careta y el *snorkel*. Juan conservó su equipo.

Avanzamos por la cresta militar del cayó, que solo tenía piedras, y marchamos hacia el oeste. Mientras esto ocurría, la torpedera entró por la parte este, y entonces los piratas empezaron a subir.

En la oscuridad de la noche sentimos ruidos, y vemos —en la claridad que se produce entre el cielo y las partes bajas del cayó hacia el horizonte— a un grupo de hombres que vienen hacia nosotros. Parece que hicimos algún ruido y se percataron de nuestra presencia. Primero dijeron unas palabras en inglés, pero al ver que no les contestábamos —ya nos preparamos—, nos hablaron en español: «Óyeme, fulano —un nombre que no recuerdo—. Óyeme, ¿ustedes son cubanos?». Parece que se referían a alguien que ellos esperaban. Entonces, les tiramos unas granadas, como a unos diez metros, a las sombras que veíamos. Se formó la confusión, se sintió el correcorre, cuando se tiraron al suelo y cuando montaron las armas, pero no tiraron.

En ese momento, hay uno de ellos que avanza sobre la parte baja de nosotros y va a salir al lado de Juan que le dice: «¡No te muevas!», y le enseña la granada de mano que tenía, y agrega: «¡Levanta las manos, estás preso, camina para acá!». Empezamos a deslizarnos hacia abajo, y llegamos al borde de la costa con el prisionero. Esperamos a que nos recogieran. El preso era un estorbo, pero había que llevarlo con nosotros.

Pasaba el tiempo y la lancha no venía. Divisamos una lucecita verde del piloto de la lancha allá en el horizonte. Maico y yo estábamos heridos. El único que estaba sano era Juan, y le digo: «Juan, la única solución es que tú te tires hacia allá, a ver si puedes hacer contacto con la lancha, para que nos recojan».

Juan se tiró al agua y empezó a nadar en la oscuridad. Ya nosotros no lo veíamos, porque a la vez que se alejó unos cinco o seis metros no se veía en la oscuridad de la noche. Habían pasado como diez minutos cuando, de pronto, sentimos unos gritos. Maico me dice: «¡Juan está gritando!». Pensé interiormente que se lo estaban comiendo los tiburones porque al desembarcar por la noche yo había visto tiburones en los arenales. Al poco rato vemos que se acercaba una lancha oscura.

Juan Álvarez Forteza



Sargento, buzo, jefe de la plana mayor de la UM/3073 de hombres rana. Teniente de las FAR. Jubilado

Nos tiramos los tres y nadamos hasta el borde del acantilado. Vi un tiburón cerca de nosotros. Subí con facilidad al arrecife, pero Santos y Maico pasaron trabajo para escalar. Anduvimos un rato por el cayó buscando a los piratas. De pronto, vimos a dos de ellos; ya se iban a dar a la fuga, pero cogí una granada de mano y los conminé a rendirse. Uno se entregó, pero el que estaba más lejos corrió y se escapó. Este individuo era de unos treinta años. El que cogimos tenía unos cincuenta años, y me dice:

—¡Yo soy de Miami!

—¡Sí, yo soy de Cuba, y es a ti a quien estamos buscando!

Ya era de noche oscura y esperamos a que nos recogieran. Nos habían dicho que avisáramos para regresar, pero no teníamos comunicación con las lanchas. Entonces decidí nadar para llegar a una de ellas porque no se podían acercar a los arrecifes. Nadé hasta la más cercana y cuando iba llegando la embarcación cambió de posición. Por fin, me acerqué a una que estaba haciendo una maniobra para remolcar a uno de los barquitos que tenían los piratas. Ya llevaba como dos horas tratando de acercarme a las lanchas. En eso, alguien me dice:

—¡Mira, un naufrago!

—¡Un naufrago no, mi hermano! —le respondí.

Subí a bordo y le informé al comandante de la lancha que Santos y Maico estaban en el cayó con un prisionero. No se cogieron todos los enemigos esa noche y la operación quedó parcialmente cumplida.

Rogelio Santos Rodríguez

Aprovechamos la marejada para tirarnos al agua. El preso no sabía nadar y le dije: «Bueno, si tú no sabes nadar te vas a ahogar,

pero te tienes que tirar al agua». Maico lo arrimó a la orilla del acantilado. Cuando vino la marejada lo tiramos, detrás nos tiramos nosotros y lo empezamos a remolcar por el chaleco. Él sabía nadar algo y se mantenía a flote.

Cuando lo arrastrábamos, una marejada nos separa, y empiezo a nadar solo en la noche aquella. Herido y sin patas de rana me costaba bastante trabajo nadar. En medio de la negrura veo un bote que viene hacia mí con dos hombres. Pensé que eran enemigos, porque no había tenido respuesta de Juan; la luz de la lancha se veía bastante lejos. Nos habíamos tirado al agua como a las dos y pico de la madrugada, porque si nos cogía la mañana en el cayo nos iban a cazar como a los tomeguines, pues carecía de vegetación para uno esconderse.

Por estar nadando con mucha dificultad, pensé irle arriba al bote para virarlo. Con bastante dificultad saqué el cuchillo de la pierna y avancé hacia el bote; pero cuando lo voy a hundir, me doy cuenta de que se trataba de los marineros nuestros, por los chubasqueros que llevaban. Me agarro del bote y uno me dice:

—¡Oye, no te muevas, sube!

Al subir me pone un M-1 en el pecho. Le digo:

—¡Oye, yo soy cubano!

—¿Qué cubano? ¡Si usted es un hombre rana!

—Sí, hombre rana, pero cubano.

—Mira, si tienes una brújula.

—Sí, cómo no, chico, estas son las que usamos nosotros en Cuba.

—¡No te muevas!

Por fin me recogieron y seguimos avanzando. Encontramos a Maico que venía con el preso, también los subimos al bote. Llegamos a la torpedera que se había acercado un poco. Cuando subimos a bordo, de inmediato se le hicieron unos cuantos disparos al cayo con bazucas.

Me acostaron en un camarote, me llevaron para Cárdenas y el doctor Díaz de Villegas me hizo las primeras curas.

Luis R. de la Cruz Chíe, el Chino



Escolta del
Comandante en Jefe.
Teniente coronel
de la reserva

Cerca del cayo tuvimos problemas con el práctico que no se quería tirar al agua.

Santos se lanzó al agua, se metió contra los arrecifes, y cuando regresó a la lancha estaba herido y con rasguños.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

Teníamos a los presos en el barquito, empezamos a interrogarlos, pero el viejo no quería hablar de ninguna manera. Insistimos y nos dijo por dónde estaba la entrada del cayo. Solamente queríamos saberlo para un futuro, porque no podíamos hacer nada allí. Así arrimamos a corta distancia del cayo, vinieron los hombres rana y nos reunimos todos a bordo. Al poco rato Aztaraín comunicó por radio que la operación terminaba victoriosa.

Cuando ya teníamos a los compañeros a bordo, uno dice: «Vamos a tumbar la torre del faro para que se crean que nos quedamos aquí». Le dimos unos cuantos bazucazos, pero aquello no se cayó ni mucho menos porque es una torre durísima. No sé si hicimos bien o mal, pero la cuestión era dejarles por lo menos algo para que supieran que estuvimos allí, y nos llevamos a los presos.

José Delgado Castro



Escolta del
Comandante en Jefe.
General de brigada
de la reserva

Díaz Aztaraín interrogó a uno de los prisioneros y le decía: «¡Viejo zorro, volviste a caer!». Se refería al viejo Vizcaíno que había sido mercenario en Playa Girón.

Luis R. de la Cruz Chie, el Chino

Se capturaron dos hombres, los metieron en el camarote de proa de una torpedera, y nosotros les pusimos una guardia para cuidarlos.

Pedro Rodríguez Vargas



Escolta del
Comandante en Jefe.
General de brigada
de la reserva

En la primera operación se pasó mucho trabajo, porque el mar estaba muy violento, y nos tuvimos que amarrar por el cinto. Llegamos al anochecer, el mar nos retrasó mucho y los cálculos de llegada al cayo no fueron los previstos.

Cuando llegamos a La Habana, el Comandante en Jefe habló con los compañeros y explicaron todos los detalles; yo no estaba presente por otros motivos.

En la noche del 19 de febrero el Comandante en Jefe llegó al Departamento de Seguridad del Estado, en Villa Maristas. Bajó al patio medio oscuro y a grandes zancadas subió las escaleras hasta el primer piso donde se encontraban detenidos los piratas capturados en horas de la mañana. Fidel interrogó a uno de ellos y le preguntó qué hacían en el cayo y el detenido le respondió que eran pescadores. El Comandante le preguntó que para qué utilizaban los uniformes militares y las armas, sino para asesinar a nuestros pescadores y hombres humildes del pueblo: «¡Ustedes son unos piratas y asesinos!».

La segunda operación a cayo Elbow

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

Al otro día por la mañana [el 20 de febrero] estaban en Palacio, junto al Comandante, Dorticós y el Che. Yo les informé que la operación

realmente no había sido victoriosa, puesto que entendíamos que allí quedaba más gente. El Comandante me dice: «Prepara de nuevo otra expedición al cayó». La hicimos con otras características, llevamos unos pescantes y un aparato transmisor en las embarcaciones. Se designó al compañero Juan Seoane como jefe de la operación.

Juan Seoane Sotolongó

Una de las anécdotas de esa época era que había un barco espía frente a La Habana y que todo el mundo lo veía desde el Malecón. Era el buque espía Oxford de la marina yanqui, con modernos equipos electrónicos para captar nuestras comunicaciones y vigilar nuestros movimientos, en abierta violación de nuestras aguas jurisdiccionales. Este hecho provocador causaba la irritación de nuestro pueblo, porque se sabía que nos estaba vigilando todos los movimientos que hacíamos en tierra. Sin embargo, la fragata que participó en la expedición pasó muy cerca del barco; seguimos para los cayos, hicimos la operación, y el barco espía que estaba aquí con muchos radares y muchas cosas sobre la cubierta ni se enteró de la operación que hicimos.

Armando Seara Pérez



Sargento, buzo
de la UM/3073
de hombres rana.
Pasó a la vida civil.
Jubilado

En la primera operación se prepararon dos grupos de hombres rana, porque se creía que había enemigos en cayó Anguila y cayó Elbow. El equipo de mayor preparación y experiencia estaba formado por Santos, Juan Álvarez y Maico. El segundo grupo que iría hacia cayó Anguila lo integraban Jorge Marcos Joan, Rolando, otro compañero que no recuerdo su nombre y yo. Pero al llegar a

cayo Elbow llamaron por radio y cancelaron la participación del segundo grupo y nos ordenaron regresar al punto de partida.

Al día siguiente llegaron a la unidad Santos y Maico, estaban heridos y vendados. Por la tarde, los compañeros de la Dirección de Información dieron la orden de salir porque habían quedado hombres en cayo Elbow. Vimos el mapa y las fotos aéreas donde estaba el enemigo. Santos y Maico nos explicaron lo que les había sucedido y con esta experiencia se decidió llevar una balsa salvavidas de un metro y medio, para llevar los M-3 y las granadas M-4 sin casquete y de expansión, con la idea de capturar prisioneros.

Éramos cuatro, dos iríamos delante nadando con un M-3 a la espalda, y los otros dos remolcarían la balsa. Llevábamos una malla de mosquitero, teñida de verde olivo, para ponerla sobre la careta. Nos pusimos una camiseta enguatada de color negro, un par de tenis colgados al cuello y el cuchillo.

Salimos en una lancha Konsomol desde La Habana. El comandante era el alférez Falcón. Nos ubicaron en el sollado de popa hasta salir mar afuera.

Nos acercamos al cayo. Todavía era oscuro. Montamos el armamento en la balsa, pero llamaron desde la fragata para que no saliéramos, porque la infantería había desembarcado.

Rolando Díaz Aztaraín

Después de la primera operación hablé con Fidel y le dije que quería utilizar la fragata *Antonio Maceo* en la segunda misión, porque era más segura para la maniobra, y él me autorizó. En la embarcación montaron varios compañeros de la escolta, los cuales llevaban fusiles FAL.

Emigdio Báez Vigo

Esta vez salimos desde La Habana en la fragata, cuyo comandante era Enrique González Pardo. Mandamos a que saliera desde

Cárdenas una torpedera, al mando de Miguel Rivé. Al amanecer llegamos al cayo. Ellos llegaron primero que nosotros y cuando entraron allí había un destructor norteamericano anclado y se creyeron que era la fragata nuestra, porque estaba con mucha iluminación —amanecía—, pero cuando vieron que era el destructor regresaron enseguida.

Nosotros llegamos al lugar de la operación, tiramos el bote y los compañeros de la escolta desembarcaron junto con los marinos nuestros.

Luis R. de la Cruz Chie, el Chino

Allí todo el grupo de infantería, que llevaba la misión de desembarcar, estaba formado por el personal de la escolta. Yo tenía dieciocho años, hacía poco que estaba en la escolta, no preguntaba a dónde íbamos ni tenía información de los detalles de la operación; solo sabía que realizaríamos un desembarco en el cayo para capturar a un grupo de piratas que había secuestrado unos barcos pesqueros nuestros.

Juan Seoane Sotolongó

La segunda expedición fue una operación relámpago. Fuimos más preparados; el barco madre llevó los botes puestos en los pescantes con aparejos. Llevamos un buen equipamiento: cascos, salvavidas, a pesar de que no estábamos acostumbrados a utilizar estas cosas. Díaz Aztaraín nos dijo que teníamos que ponernos el casco y el salvavidas por si se caía uno al agua.

Desembarcamos por la punta del cayo, por la parte donde tenía una ensenadita. Un marinero de la fragata iba de timonel de la embarcación, y tuve unas palabras con él, porque yo iba al frente de la operación y este compañero quería regresar al barco después que nos dejara a nosotros. Le dije que no, que él tenía

que esperar allí de todas maneras hasta que nosotros termináramos la operación, que él no se podía ir porque si sucedía algo nos dejaba embarcados. El hombre se quedó a regañadientes. Desembarcamos y rápidamente hicimos un recorrido por el cayó en forma de pinza; su superficie es muy rocosa y de difícil acceso. Era de madrugada y sorprendimos a los piratas. A los primeros los cogimos estirándose al alborar el día. Eran seis los piratas que quedaban allí.

En esta incursión fuimos Ricardo Leyva Castro, Pedro Rodríguez Vargas, Marcelo Hernández Milián, Luis R. de la Cruz Chie, Pedro Rodríguez Rivero, Oscar Puig Osoria y Jorge Pacheco Zarza, que iba como especialista de armamentos por la Seguridad Personal.

Recuerdo que Vargas llevaba una bazuca norteamericana, que había que hacerle una instalación para disparar. Vargas era el más adelantado, y ya cuando estaba a unos cincuenta o sesenta metros antes de un faro grande y fuerte, le hizo dos o tres disparos con la bazuca. Todos los proyectiles dieron en el blanco, pero el faro ni se enteró. También llevamos un saco con explosivo llamado nitroalmidón, con una espoleta, pero no lo utilizamos porque las mechas eran muy cortas y tuvimos miedo de meter el saco de explosivo dentro del faro y que nos cayera arriba o que nos alcanzara la metralla de la explosión.

Fue una operación que no llegó a una hora. Desembarcamos, cogimos a los piratas y regresamos a la embarcación. Si hubiéramos demorado más tiempo hubiésemos tenido problemas, porque embarcamos rápidamente en la fragata, ya íbamos navegando, y se veía un barco de la marina estadounidense cerca del faro; venía haciendo señales con las luces. Si nos hubiéramos demorado treinta o cuarenta minutos más, nos hubiera cogido dentro del cayó. Fue una operación rápida y los piratas no hicieron resistencia a pesar de que estaban armados. El equipamiento que nosotros llevábamos los cogió de sorpresa, porque ellos no se pudieron imaginar que hiciéramos este tipo de operación tan rápida.

Pedro Rodríguez Vargas

Nos acercamos a unos cien o ciento cincuenta metros del cayó. Allí fondeó la fragata, tiraron el bote al agua, pusieron una especie de malla o escalerilla por donde bajamos al bote. Salimos y buscamos la ensenadita, desembarcamos y nos abrimos en forma de pinza. Yo llevaba una bazuca, a mi izquierda iba el Chino y a la derecha Pacheco. Nos faltaban unos cien metros, ya era totalmente de día. Vimos salir por la puerta del faro a un grupito de hombres. Se decidió tirarle el primer bazucazo que le dio de la mitad hacia arriba del faro. El segundo disparo dio un poco a la derecha. Los piratas empezaron a gritar: «¡No tiren, no tiren!». Ellos pensaron que era un desembarco de los norteamericanos que los iban a buscar y se rindieron. Nosotros les dijimos que éramos cubanos, que habíamos ido a buscarlos y llevarlos presos. No les tiramos con los fusiles.

El bote fue bordeando los arrecifes, y nos recogió cerca del faro. Montamos a los prisioneros. Por un altavoz nos dieron la orden de regresar con urgencia a la fragata, debido al movimiento de barcos de guerra norteamericanos que ya estaban cerca. Zarpamos y pudimos ver que un destructor trataba de cortarnos el paso, pero seguimos y le pasamos a poca distancia. Enseguida todo el personal estaba en zafarrancho de combate. Volaron los aviones enemigos y también volaron los nuestros.

Emigdio Báez Vigo

¿Qué se creían los contrarrevolucionarios que estaban en el cayó? Con la cantidad de aviones norteamericanos que habían volado —confesaron luego en la fragata—, después de la primera operación, ellos no podían pensar que los cubanos fueran los que estaban allí, por eso fueron hasta el bote, porque estaban confundidos y prácticamente se entregaron.

Cuando estábamos haciendo la operación, volaron aviones de caza norteamericanos. Recuerdo que Prendes me dijo que había tenido contacto con ellos.

Rolando Díaz Aztaráin

Salimos de regreso y detrás venía un destructor norteamericano o inglés haciendo señales de luz con *blinkers* pero no le hicimos caso; ya no podía alcanzarnos, y al poco rato lo perdimos de vista.

Juan Seoane Sotolongó

Ya de regreso, nos pasaron por encima de la fragata aviones norteamericanos. Enseguida se prepararon los cañones y las ametralladoras antiaéreas para entrar en combate.

Armando Seara Pérez

Ya de regreso a las costas de Cuba, un avión P-2B Neptune, utilizado como antisubmarino y de exploración, pasó por encima de nuestras embarcaciones. Iba tomando fotos un hombre que vestía un chor blanco, se veía a simple vista. De inmediato se dio la orden de alarma de combate y los cañones de 23 mm de la torpedera buscaron la silueta del aparato. Este tipo de avión tiene la propiedad de volar a poca velocidad y baja altura, para llevar a cabo la exploración naval y submarina. Dos aviones MIG-15 se aparearon al Neptune y lo hicieron retirar de la zona.

Rolando Díaz Aztaráin

En esa época el banco de cayo Sal era una especie de tierra de nadie porque incluso existía una reclamación histórica por parte de Cuba.

Me parece que el Comandante en Jefe nos dio las primeras instrucciones en el Estado Mayor de la Marina, cuando estaba ubicado en la zona de El Laguito. Después nos vimos en Matanzas, en

el muelle, donde dio las indicaciones finales. Posteriormente nos encontramos en Varadero y más tarde en Cárdenas. En la segunda operación no hubo tiros. Ellos se confundieron porque a esa hora de la mañana y desde lejos la fragata parecía un barco norteamericano. Pensaron que los iban a buscar y vinieron mansitos hasta el bote.

Se había asestado un fuerte golpe a los piratas contrarrevolucionarios que secuestraban nuestros barcos pesqueros para después utilizarlos en infiltraciones por las costas cubanas; también se había desafiado a los barcos y aviones yanquis, que no pudieron auxiliar a sus aliados, agentes de la CIA, en sus propias narices. Fue una victoria más de la Revolución en su lucha contra el imperialismo y sus servidores.

En esta operación fueron capturados: Eleno Oviedo Álvarez, Eumelio Viera Mollineda, Domingo Martínez Cárdenas, Rafael Santana Álvarez, Juan Reyes Morales, Juan Morales Pascual, Armando Morales Pascual y Agustín Vizcaíno Pino.

XII

Los piratas de cayo Anguila

«Fue una lucha heroica, en la que nuestro pueblo venció por la energía con que combatió esas acciones».

FIDEL CASTRO

El Departamento de Seguridad del Estado poseía informaciones detalladas sobre las actividades y planes de infiltración de un numeroso grupo contrarrevolucionario que tenía su base de operaciones en cayo Anguila, posesión inglesa situada al norte de la antigua provincia de Las Villas.

Por un agente del DSE se conoció que se realizaría una infiltración entre el 18 y el 20 de agosto de 1962. La jefatura del Ministerio del Interior le comunicó al Comandante en Jefe la noticia y este partió rápidamente hacia Las Villas.

En enero de 1961 una organización contrarrevolucionaria que operaba desde Miami envió unos siete hombres para cayo Anguila, con la finalidad de explorar el cayo y ver las condiciones para preservarlo como base de operaciones contra Cuba. Además, querían conocer la opinión de los ciudadanos ingleses que vivían allí, pero al comprobar que no hubo protestas continuaron enviando hombres y armas a ese lugar. Víctor Canteras, expiloto de aviones de fumigación que abandonó el país, había volado sobre cayo Coco, cayo Guillermo y otros cayos de la costa norte, había visto aguadas y sabía que existían reses, caballos, otros animales salvajes y frutas, por lo que consideraba la posibilidad de trasladar hacia cayo Coco unos cien hombres. Pero esta operación se debía realizar a escondidas de la CIA, porque esas acciones debían ser discutidas y aprobadas previamente por la agencia. No se podían sacar armas y hombres desde la Florida sin el consentimiento de

los norteamericanos. Todo debía ser organizado y ordenado por la CIA, porque temían otro fracaso como el de Playa Girón y todos esos movimientos formaban parte de una proyectada invasión a Cuba.

La periodista brasileña Claudia Furiati señala en su libro ZR-Rifle:¹

En 1962, los jefes de la unidad de Miami eran Theodore Shackley y Gordon Campbell. JM Wave fue dividida en secciones: Marítima, que estaba a cargo de las embarcaciones para los equipos de infiltración, las armas y los proveedores militares; Comunicaciones, con equipo de radio sofisticado para transmitir y recibir mensajes de los agentes ubicados en Cuba y diferentes locaciones en la Florida; Operaciones, que incluía a los muchos agentes infiltrados y organizaciones contrarrevolucionarias en Cuba y Miami, donde estaban representadas; Administración, que protegía la cobertura de los agentes, los automóviles adquiridos, el alquiler de casas seguras y que pagaba a los agentes y a otros; y una sección aérea para todo el transporte que se originara en Estados Unidos, Cuba, Centroamérica y otras regiones. En Miami había cuatrocientos «oficiales de caso» que supervisaban a tres mil agentes cubanos, con un presupuesto anual de cien millones. Cada oficial de caso empleaba de cuatro a diez agentes cubanos principales quienes, a su vez, eran responsables de entre diez y treinta agentes regulares. Todo exiliado cubano que quería abrir su propio negocio solo tenía que solicitar a la CIA el capital inicial (1995:51).

En aquella época en Cayo Anguila había un campamento de mercenarios que dormían en hamacas con mosquiteros puestos. Disponían de un receptor-transmisor grande. Existía una casita para guardar los víveres y en los alrededores tenían gran cantidad de municiones en cajas cubiertas con pencas de guano. Para

1 ZR-Rifle era una operación destinada a eliminar a dirigentes políticos. ZR-Rifle era el código, rifle que asesinó a Kennedy y para asesinar a Fidel Castro.

alumbrarse por las noches utilizaban unas laticas que contenían una pasta blanca en la superficie y en el medio del recipiente tenían un líquido parecido al alcohol, que producía una luz que duraba unas veinticuatro horas. El humo no se podía aspirar de cerca, porque era un veneno fuerte. En otra parte del campamento guardaban mucho dinero cubano en cartuchos de veinticinco libras y una caja de cartón. Las armas que portaban eran subametralladoras M-3, fusiles Springfield y disponían de algunos cañones antitanques que llevaban un depósito de cinco proyectiles. Cerca de allí tenían ancladas tres barcasas con motor fuera de borda y capacidad para veintiún hombres.

Un buen día un contrarrevolucionario, conocido por Pepe el Curro, zarpó en un barco bien artillado y fue para Miami. A los pocos días regresó en un lujoso yate que se llamaba El Aleta, de unos setenta pies de eslora, artillería y veintidós hombres vestidos con uniforme verde olivo. Sus botas aún estaban nuevas. Traían M-3, cañones antitanques y parque para esas armas. Casi todos los mercenarios eran jóvenes y algunos parecían orientales. Entre los nuevos huéspedes del cayo estaban Eladio del Valle Gutiérrez, Yito,² natural de Batabanó, de treinta y un años, agente civil del SIM de la tiranía de Batista, que sería el jefe de la infiltración. Además llegó Otto Sirgo, actor cubano que abandonó el país después de 1959. Tras el arribo del grupo, se produjo una reunión en el campamento con Víctor Canteras y otros señores. Como si estuviera en la escena, Otto Sirgo alardeó de la gran cantidad de hombres con que contaba el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE). Por su parte, Yito del Valle agregó que esa organización contrarrevolucionaria había contribuido con cuarenta mil dólares, o sea, todo el dinero cubano que necesitaban, y señaló que debían infiltrar mucha gente en Cuba. El cabecilla mercenario señaló sobre un mapa cayo Coco,

2 En las investigaciones del fiscal de distrito, Jim Garrison —uno de los primeros que investigó el asesinato de John F. Kennedy—, se menciona al cubano Eladio del Valle, alias Yito. Según se sabe, Yito del Valle fue salvajemente asesinado el mismo día que Davis Ferrie murió en circunstancias misteriosas, en vísperas de la declaración sobre su participación en el asesinato de Dallas.

cayo Guillermo —los que había sobrevolado anteriormente Víctor Canteras— y el cayo Las Cocineras, con buenas condiciones, porque está situado cerca de la desembocadura del río Sagua la Chica, en los límites de los municipios de Encrucijada y Vueltas, al norte de la antigua provincia de Las Villas. Dentro de sus planes estaba quemar los cañaverales nuevos para que no se pudieran moler sus cañas.

Saldrían en las tres barcazas con motor fuera de borda un total de sesenta hombres armados. Según sus planes, arribarían cerca del mediodía en un punto de la desembocadura del río Sagua la Chica, donde una supuesta guerrilla esperaba a los «libertadores» y su arribo triunfal, como en las mejores cintas de los desembarcos norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial y las agresiones a otros países. No era extraño que el actor Otto Sirgo se imaginara los acontecimientos como en un guion cinematográfico.

Cayo Anguila servía de base para el trasiego e instrucción de hombres, explosivos y armas para realizar sabotajes y cometer crímenes en Cuba. A unos doscientos metros del cayo estaba hundido el barco El Pensativo, su proa había sido destruida a cañonazos.³

En agosto de 1962 el Comandante en Jefe Fidel Castro le había enviado una nota (v. imagen 28) al entonces capitán Aníbal Velaz Suárez:

Aníbal:

Pienso ir esta noche (8 p.m. más o menos) a Santa Clara, casa de Almeida. ¿Puedes tener el activo de Caibarién allí para hablar con él? Si no es posible, ¿puedes traer mapas y la mayor cantidad de datos posible?

Fidel Castro Ruz

Playa Larga, agosto 26, 62

6 a. m.

3 Cuando la embarcación se fue acercando a la costa, pasó una avioneta que le disparó. Sus tripulantes ripostaron la agresión. Los mercenarios que estaban en el cayo en enero de 1961 dispararon con cañones antitanques contra El Pensativo y lo hundieron. En esta embarcación perdieron la vida el heroico combatiente de la Seguridad del Estado Tony Santiago y tres compañeros más.

Aníbal Velaz Suárez

Recuerdo una operación que se realizó contra un grupo contrarrevolucionario que se iba a infiltrar cerca de la zona del central Nazábal [*hoy Emilio Córdoba*], al norte de Las Villas. Nosotros teníamos un agente infiltrado con el seudónimo de Rotura, al cual se le pidió una meta que no estuvo al alcance de su valor: cuando los infiltrados se acercaran a la costa, debía tirarse al agua y nadar hacia tierra en el momento que nosotros actuáramos contra el grupo, pero el individuo no cumplió con lo acordado, y nos traicionó.

Nivaldo Pérez Guerra



Escolta del
Comandante en Jefe.
Coronel activo
en la escolta

Una noche salimos de La Habana con el Comandante en Jefe a toda velocidad, porque se decía que se iba a producir una infiltración por el norte de Las Villas. Se mandaron a preparar camas en los hospitales y se realizó una movilización de tropas en esa zona.

Aníbal Velaz Suárez

Cuando se estaba organizando la operación había una torpedera nuestra que estaba en la desembocadura del río Sagua la Chica; en la embarcación iban el comandante Félix Torres y otros compañeros, pero la información que nos llegó fue que venía una torpedera enemiga. El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz llegó a la playa donde estábamos Perucho, otro compañero y yo. Nos informaron sobre la embarcación y salimos en una lancha con motor fuera de borda. Íbamos armados con fusiles FAL y granadas de mano.

Cuando estábamos llegando al lugar, voló un helicóptero nuestro y nos tiró una botella con un mensaje que decía (v. *imagen 29*):

Aníbal:

Ahora resulta que al parecer un grupo de milicianos bajó por el río en un barco de pescadores. Le zumba el mango. Visto esto debes proceder al registro minucioso que planeamos. Los helicópteros buscarán por la costa en dirección a Caibarién.

Fidel

12 y 30 p. m.

PD. De nuevo lo más conveniente es que la torpedera cuide por la noche la salida de Hoyo del Medio. Dale instrucciones.

La otra nota decía:

Aníbal:

Regresa urgente al embarcadero a recibir nuevas instrucciones.

Fidel

José Delgado Castro

Salimos de noche de La Habana con el Comandante en Jefe y fuimos para el puesto de mando de Santa Clara, en Las Villas. Se decía que se iba a producir un desembarco por la costa norte, por el central Nazábal. Recuerdo que mandaron a preparar camas y personal médico en los hospitales de Matanzas y Las Villas, porque se esperaba una infiltración grande por el norte de aquella provincia.

A mí me mandaron en un helicóptero, me amarraron al borde de la puerta y llevaba una ametralladora trípode. Exploramos cayos de la costa norte, pero no encontramos nada. Aníbal Velaz salió con otros compañeros en una lancha, y el Comandante en Jefe le mandó un mensaje escrito que se le tiró desde el helicóptero dentro de una botella, donde le daba instrucciones.

Esta vez la CIA no se equivocó en sus previsiones y en los planes contra Cuba, porque sus mercenarios de Cayo Anguila se salvaron y estuvieron a punto de ser esperados y derrotados por el mismo jefe militar que los venció en Playa Girón: Fidel Castro Ruz.

Desde el 3 de febrero de 1962 el Gobierno de Estados Unidos impuso el bloqueo económico a Cuba. El día 12 del propio mes se dio un desayuno que costaba cinco millones de dólares en el Ministerio del Exterior de Haití, para lograr la mayoría de votos y expulsar a Cuba de la Organización de Estados Americanos.

El año 1962 fue uno de los más violentos en las agresiones de todo tipo contra Cuba. El presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, designó a su hermano Robert al frente del Grupo Especial Ampliado (SAG) del Consejo de Seguridad para dirigir la guerra subversiva contra nuestro país. En tal sentido, fue designado el general Edward Lansdale como jefe del estado mayor de la llamada Operación Mangosta. Consistente en el Proyecto Cuba, un engendro yanqui con apoyo de la CIA. La primera versión contaba con treinta y dos tareas y ya en febrero estaba lista la segunda fase, que incluía acciones políticas, militares, psicológicas, económicas, de sabotaje, de inteligencia, atentados contra los dirigentes de la Revolución y otras acciones subversivas. Reclutaron y enviaron a Cuba a decenas de agentes para preparar las condiciones de un levantamiento interno y posteriormente lanzar una agresión directa con las fuerzas estadounidenses.

Con la Operación Mangosta se incrementaron los ataques piratas, sabotajes, asesinatos a combatientes y civiles, decenas de violaciones del espacio aéreo y naval cubano. Nuestro país fue expulsado de la OEA y se realizaron todo tipo de acciones diplomáticas por todas las vías.

Ya en abril de 1962 el Gobierno de Estados Unidos hizo un ensayo para una posible invasión a Cuba, conocida como Operación Pata Rápida. Las fuerzas armadas estadounidenses realizaron maniobras y ejercicios militares en la región. Reclutaron a centenares de hombres de origen hispano para entrenarlos y utilizarlos en el posible ataque militar a Cuba. Son conocidas las denuncias de Cuba sobre el entrenamiento de mercenarios en catorce bases en el Caribe. Se incrementaron los ataques y actos provocativos

desde la base naval de Guantánamo con el objetivo de buscar un pretexto y lanzar la invasión. Ya para principios de octubre los jefes del Pentágono tenían listos los planes militares y sus Fuerzas Armadas para invadir Cuba. Se produce entonces la llamada Crisis de Octubre o de los Misiles, otro capítulo de nuestra historia que merece un estudio más detallado.

XIII

Las Salinas

«Con esta tropa en la Sierra Maestra hubiera ganado antes la guerra».
FIDEL CASTRO

A principios del año 1965 se organizó una operación para capturar una lancha rápida y una balsa de goma de la CIA que traerían para Cuba a un grupo de infiltrados y sacarían de nuestro país a dos espías. El operativo se llevó a cabo en la playa Las Salinas, a unos quince kilómetros del puerto de La Coloma, al sur de la provincia de Pinar del Río. Las entrevistas a los participantes en aquella operación sacan a la luz los detalles de los hechos.

**Juan Hernández Robaina,
Juanito**



Escolta del
Comandante en Jefe.
Teniente coronel
de la reserva

El día antes de la operación, cerca del mediodía, el capitán Bienvenido Pérez Salazar nos dio la misión al compañero Antonio Briones Montoto y a mí para que nos trasladáramos hasta la casa de visita del Partido, en Pinar del Río, con los tres yipis Toyota de la escolta. Allí esperamos y al día siguiente llegó el Comandante en Jefe y realizó una reunión con los principales participantes en la operación, a los que les impartió las misiones y, sobre todo, al grupo que iría en las cuatro lanchas.

Briones y yo fuimos a explorar y ubicar los caminos por donde tenían que entrar los yipis hasta un punto en la costa sur. El Comandante en Jefe había mandado a ubicar las lanchas en el puerto de La Coloma.

Alberto Allende González[†]



Oficial jefe de un sector de las Tropas de Guardiafronteras en Pinar del Río

No tuve mayor participación en la organización de esta operación, ya que se realizó por medio de un juego operativo de la contrainteligencia nuestra con dos espías que habíamos capturado. Ellos eran Pedrito [*Luis Carlos García-Menocal Seigle*], radista del llamado Frente Unido Occidental (FUO), y Elpidio Delgado Soto, este último detenido cuando se infiltró por el río Guamá. El capitán Eliseo Reyes Rodríguez [*San Luis*], jefe del Ministerio del Interior en la provincia, me dijo que me presentara en la casa del Partido, donde se iba a preparar la operación. Cuando llegué, estaba allí nuestro Comandante en Jefe. Pensé que era San Luis el que iba a dirigir aquello, pero el Comandante en Jefe abrió un mapa sobre una mesa y explicó los fundamentos de la misión. En esta infiltración se esperaba que viniera el cabecilla contrarrevolucionario Manuel Artime, según se decía.

El enemigo estaba con un buque madre —que se situaba a varias millas mar afuera— y una lancha rápida intermedia que llegaba hasta cierta distancia; de allí los hombres pasaban a una balsa de goma para desembarcar. Fidel explicó cómo debíamos actuar. Había dos variantes: de acuerdo con la primera, dos compañeros nuestros tenían la misión de abordar la balsa y capturar a los espías; la otra variante consistía en que si venían en la lancha rápida serían atacados por las cuatro lanchas nuestras que se habían situado en ambos extremos a una determinada distancia de la costa.

Jesús Finalé Águila, Chuchi[†]



Oficial del Minint.
Patrón de lanchas

El entonces jefe de la escolta del Comandante en Jefe, el capitán Bienvenido Pérez Salazar, Chicho, nos dio instrucciones para trasladar dos lanchas Centella (v. *imagen 30*) hasta el puerto de La Coloma. Una la llevaba yo y la otra mi hermano Kiki. Teníamos que entrar de noche al puerto para no ser vistos. Nos escondimos lo más posible en el río de ese lugar a esperar las órdenes. También participarían dos lanchas italianas, de las Tropas Especiales del Minint, al mando del entonces teniente Manolín, que fueron transportadas en tráiler por tierra y bajadas en La Coloma, por lo que es posible que fueran vistas por muchas personas.

Alberto Allende González

Al frente de las lanchas iría otro compañero [*José María Finalé Villavicencio*]. El Comandante en Jefe le explicó las dos variantes, lo que debía hacer en cada una. Después le pidió que repitiera las instrucciones, pero Finalé no daba ni atrás ni delante. Le volvía a explicar, pero tampoco pudo responder cuál era la misión. Como no entendía, le dijo a otro compañero que explicara las dos variantes y cómo debía actuar en cada caso.

José M. Finalé Villavicencio[†]



Patrón de barcos,
coronel del Minint

Antes de salir a esta operación, nosotros tuvimos una reunión con el Comandante en Jefe en la casa del Partido en Pinar del

Río. Él abrió una carta de navegación y nos explicó cómo se iba a desarrollar la operación. Pero, en realidad, yo estaba un poco nervioso y no entendía bien lo que él me explicaba, cómo eran las dos variantes. Me preguntaba y no daba pie con bola, esa es la realidad. Entonces Marcelo, un compañero de la escolta, respondió: «Comandante, yo entiendo cómo es la operación», y se hizo cargo de la dirección.

Ninguno de los hijos míos estaba en esa reunión, ellos estaban en La Coloma. Recuerdo que se encontraba presente un capitán mulato, que después fue adonde estaban las lanchas, y nos dijo: «¡Va a haber tiros!». Le respondí: «¡Bueno, que haya tiros!». Este compañero trajo al personal de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que participaría en la operación y lo ubicó en las embarcaciones, pero él no fue en las lanchas.

Nosotros zarpamos de noche del río de La Coloma y fuimos a fondear en punta Santo Domingo, a unas quince millas de donde habíamos salido. Nos apostamos detrás de un cayuelo a esperar las instrucciones que nos iban a dar por radio desde la costa.

El objetivo era capturar a los hombres que venían en la lancha rápida con el propósito de desembarcar y sacar unos espías. Nosotros teníamos que dejar entrar la embarcación, cerrarle el paso y no dejarla salir; los infiltrados que desembarcarían en una balsa de goma serían capturados por los compañeros emboscados en la costa.

Jesús Finalé Águila, Chuchi

El viejo llegó por la tarde con un grupo de la escolta, entre los que se encontraban Marcelo Hernández; Luis de la Cruz, el Chino; Ángel Figueroa y otros. Venían los buzos Eladio Guerra, Daniel Expósito y Calimerio Ramírez, con varios de las FAR y las Tropas Especiales. Las lanchas estaban artilladas con ametralladoras calibre 30.06 que fueron instaladas en la proa; el resto del personal llevaba fusiles FAL.

Me dieron la misión de que la lancha mía se situara cerca de tierra, porque era una embarcación muy rápida. Kiki, que llevaba la otra Centella, más vieja y más lenta, se fondeó más afuera. Cuando llegamos a punta Santo Domingo nos fondeamos, después nos mandaron a levar anclas y nos movimos un poco. Al parecer las coordenadas que nos dieron no eran exactas, ni donde nos debíamos situar, porque nos movieron hacia el oeste. Después nos dijeron que paráramos las máquinas, y paramos; nos dijeron que nos moviéramos hacia el sur, y nos movimos. Nos pareció que no había precisión en las coordenadas donde debíamos situarnos, porque al parecer nos movían por oído, por el ruido de los motores.

El arranque y las paradas pusieron en alerta al enemigo, que se percató de nuestra presencia por medio de los radares. Nos informaron que las embarcaciones enemigas nos habían cogido el sincronismo de parar y arrancar los motores, porque las cuatro lanchas no arrancaban al mismo tiempo; la que llevaba Manolín tenía problemas y arrancaba último.

Después salimos a navegar hacia afuera para dejar que entrara la lancha rápida, cerrarle el paso y no dejarla salir.

Alberto Allende González

Terminada la reunión, salimos en los carros. El Comandante se sentó y cogió un libro de carátula azul. Íbamos San Luis, el ayudante del Comandante, el chofer y yo. Él fue leyendo su libro azul hasta La Esperanza, unos cuarenta minutos de viaje, cerca de San Luis, donde estaban esperando los yipis. El Comandante se montó en el asiento lateral del Toyota y yo quedé frente a él. Me empezó a preguntar sobre la siembra de tabaco. No dominaba bien el tema, pero le respondí lo que conocía. No habló de la operación durante todo el camino.

Después que llegó a Las Salinas, empezó a detallar aspectos de la operación. Le entregó el libro azul al jefe de la escolta, mientras esperaba a que llegara Pedro Orlando Fernández. Cuando llegó el compañero, habló con el Comandante y le dijo que Pedrito,

el radista que estaba trabajando con nosotros, le quería decir una cosa. Fidel dijo que lo trajeran y le preguntó qué quería. El espía quería plantear que si salía bien la operación le garantizara poder seguir estudiando Medicina.

Pedro O. Fernández Rodríguez[†]



Oficial del
Departamento de
Seguridad del Estado

Al Departamento de Seguridad del Estado de Pinar del Río llegó una información del jefe del G-2 de la zona de Guane y San Juan y Martínez sobre unos hombres que se habían infiltrado y estaban escondidos en una casa. No se le dio mucha importancia a la información por lo inverosímil que parecía, y fuimos hacia allí con dos carros nada más. Cercamos el lugar y capturamos a los dos infiltrados que venían de Monkey Point, en Costa Rica. Enseguida hablé con el capitán San Luis y le propuse realizar un juego operativo, porque los espías trajeron un equipo de radio RP-48 y un cargador que se alimentaba dándole a unos pedales, como si fuera una bicicleta, para generar electricidad.

El primer problema que se nos presentó, cuando iniciamos el trabajo, fue con las coordenadas: utilizamos los azimut y nos daba un lugar, pero cuando llegó el compañero Oscar Concepción, de Guardafronteras, con el objetivo de verificar el lugar, nos dimos cuenta de que estábamos transmitiendo desde un punto que nos quedaba a unos diez kilómetros del sitio exacto desde donde se debía transmitir. Corrimos rápidamente los diez kilómetros, porque pensamos que ellos tenían radiogoniometría, nos iban a cuadricular donde estábamos jugando falso. Pero seguimos la intención del juego operativo. Hicimos dos transmisiones desde aquel punto, y una tercera que debíamos realizar la noche de la llegada de los infiltrados. Se suponía que vendría Manuel Artime.

Le habíamos pedido a Pedro el Mocho, que era jefe de radio de una sección, que enviara unos compañeros, pero tenía el personal en otros trabajos de este tipo. Al fin, decidimos utilizar al espía Pedrito; todos los días lo llevábamos a transmitir. Se portó bien y colaboró.

Hubo un momento durante la transmisión que se sintió algo anormal y él mandó a interrumpir el mensaje. Era una clave para comunicar si estaba o no bajo control. Se detuvo la transmisión y nuevamente le dieron otra indicación para que siguiera y así lo hizo. Parece que el enemigo nos menospreciaba demasiado o no estaba muy al tanto de la situación, porque si el radista pasa una clave donde dice que está controlado, aunque te digan que no, debe cesar la operación. Sin embargo, vinieron los tipos esa noche.

Ricardo Leyva Castro

Llegamos a la costa de noche, y como a las 22:00 h el Comandante fue ubicando al personal de la escolta a diez metros de distancia uno de otro, hacia la derecha del punto previsto para la llegada de la balsa con los infiltrados. Éramos unos ocho hombres y dio la orden de abrir fuego después que él iniciara la acción con una ráfaga de su fusil FAL. Por la parte izquierda se ubicaron los compañeros de la Seguridad del Estado y del Ejército que había llevado el comandante René de los Santos Ponce. El Comandante pensaba que los infiltrados iban a desembarcar por donde estábamos apostados nosotros.

Juan Hernández Robaina, Juanito

Salimos por un camino vecinal, iba con nosotros el comandante René de los Santos Ponce hacia el lugar por donde se produciría la exfiltración. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias tenían su puesto de mando principal en la base aérea de San Julián, al frente del cual estaba el comandante Raúl Curbelo Morales, entonces

jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Pero se había instalado en el mismo camino de Las Salinas un puesto de mando avanzado de las comunicaciones, a unos cuatro o cinco kilómetros de la costa.

Al llegar a este lugar, se pensaba que el Comandante en Jefe iba a dirigir desde allí la operación, pero se percató de que estaba muy lejos de la playa y siguió hasta la costa. Dejó a un compañero de la escolta con la misión de impedir el paso hacia el punto indicado, porque el enemigo podía descubrir el movimiento de vehículos hacia esa zona. Creo que se quedó el compañero Armín Pompa Álvarez con la orden estricta que había dado el Comandante en Jefe.

Cuando ya estábamos cerca, había que bajarse de los yipis y pasar una zanja con agua que nos daba hasta la cintura. Dos compañeros íbamos al lado del Comandante. Seguimos y al oscurecer llegamos al punto; allí ya estaban los compañeros del DSE de Pinar del Río y los dos agentes de la CIA que participarían en el juego operativo. Ellos tenían que transmitir unas señales con luces infrarrojas para que se acercara la lancha con la balsa de goma. El Comandante estaba sentado debajo de unas matas de uva caleta donde habló con los compañeros de la Seguridad y después conversó con los dos espías. Había que hablar muy bajo, porque de noche la voz se traslada muy lejos.

Alberto Allende González

Pedrito le dijo a Fidel que estaba dispuesto a cooperar con nosotros como radista de la CIA, que iba a transmitir la señal. El Comandante le contestó que si cooperaba y hacía lo que se le indicara le prometía que podía seguir estudiando Medicina. En eso llegó Elpidio Delgado Soto y le dijo: «Comandante, yo quiero que usted me prometa una cosa, voy a cooperar con ustedes; también voy a transmitir y ellos me conocen; pero quiero que si sale bien la operación me dé la libertad». Fidel se quedó pensando un momento y le respondió que si salía bien todo se le iba tener en cuenta. Efec-

tivamente, le concedieron la libertad a Elpidio, pero un tiempo después cogimos a este individuo en un grupo que pretendía realizar una fuga ilegal del país. Se iba por Las Llanas, en Guane. A Pedrito le dieron la autorización para continuar sus estudios en la Universidad y así el Comandante cumplió con su palabra.

Comenzaron los preparativos de la operación, empezó a oscurecer y después partimos hacia el lugar de la infiltración. Había que atravesar una zanja llena de agua. Teníamos un bote de remos de Guardafronteras, pero la gente de las comunicaciones se lo había llevado para el otro lado y fui a buscarlo. Al bote subieron Fidel, Ramiro, Basilio Rodríguez y Paulino Álvarez [*los dos últimos primer y segundo secretarios del PCC en Pinar del Río en esa etapa*]. Antes de subir a la embarcación, le dio el libro azul a Ramiro para que se lo cuidara. Ramiro miró hacia atrás y me lo entregó con la recomendación de protegerlo. La gente de la escolta y yo pasamos a pie. Para no mojar el libro, que ya me resultaba bastante misterioso, me lo puse en la cabeza pero la zanja era bastante honda. Tratando de caminar se me cayó el dichoso libro, pero con tan buena suerte que lo agarré antes de caer al agua, aunque se me mojó la pistola.

Llegamos a la costa donde ya estaban los compañeros de las comunicaciones. Se ocuparon las posiciones y esperamos. Mandaron a José Ignacio Rivero y a otro compañero para que hicieran una exploración y comprobaran la profundidad del agua en esa zona.

El Comandante me preguntó qué profundidad había en esa parte y le respondí que era poca, porque se podía caminar casi un kilómetro para que el agua le diera a uno al pecho. Él calculó que los infiltrados podían llegar solamente en la balsa de goma, porque la lancha intermedia tenía que quedarse a unos cuantos metros de la playa. Poco después regresaron los compañeros con la información.

Jesús Finalé Águila, Chuchi

Dos lanchas se situaron hacia el este y dos hacia el oeste del punto de desembarco. Teníamos la misión de hacerles un cerco como si fuera una fila india, al lado de la costa, y no dejar salir la

lancha enemiga. Después que entrara, había que obligarla a que siguiera hacia tierra. Si la embarcación trataba de salir, había que hundirla.

Ricardo Leyva Castro

El Comandante habló un rato con los dos espías sobre las señales que tenían que hacerle a la lancha para que se acercara a tierra. Eran tres luces largas y una corta. Los dos estaban en disposición de colaborar. Un jefe de la Seguridad llevó a los dos prisioneros que realizarían el juego operativo. El Comandante caminaba de un lado a otro y comprobaba las posiciones, iba hasta el borde de la playa y volvía a comprobar lo que tenía que hacer cada compañero cuando se diera la señal.

Pedro O. Fernández Rodríguez

Pedrito siguió actuando como agente nuestro, junto a Nilo Luis Alonso y Elpidio Delgado Soto, pero utilizamos a Pedrito para las transmisiones en clave. Evidentemente, la operación era segura y existía la certeza de que la gente vendría. Cuando estábamos en el lugar apareció Fidel y me preguntó:

—¿Viene o no viene la gente?

—Bueno, Comandante —le respondí—, déjeme hablar con ellos.

No le dije que eran unos espías presos que habíamos llevado hasta el mismo punto de la playa. Fidel me pidió que le trajera al experto y le respondí que no era un experto nuestro, sino un espía de otra red que le habíamos capturado al FULO, de lo cual Fidel sí conocía. Me responde:

—¡No me digas! Bueno, tráelo para acá.

Pedrito habló con el Comandante y le explicó que la gente venía esa noche, que se había confirmado ya. Fidel le respondió que si la operación salía bien le iba a facilitar que estudiara Medicina. La operación salió bastante bien porque los infiltrados se acerca-

ron a la costa. Pero se formó un gran tiroteo debido a una confusión, porque las lanchas de la gente de Finalé salieron antes de tiempo y ellos se percataron de que estaban controlados. A mi lado se encontraba José Ignacio Rivero.

Aquello fracasó y trasladé a Pedrito y los demás para las oficinas del G-2 en Pinar del Río.

La hora escogida por ellos era la luz GMT, que casi no se veía nada, porque jugaban con el movimiento de la luna. La operación fracasó porque las coordenadas estaban mal situadas, pero eso no importó porque vinieron al punto que se les indicó. No se utilizó la clave para hacer las señales con luces, la comunicación era por radio y la transmisión cerró como a las once o a las doce de la noche. Se transmitía directo al buque madre, que no era el Rex. Ese barco se fue y Fidel dio la orden a los aviones para que lo bombardearan si estaban en nuestras aguas jurisdiccionales, y la única bomba que le tiraron fue cuando estaban llegando a los límites de las mismas.

Francisco Pérez Gómez, el Moro



Escolta del
Comandante en Jefe.
Pasó a la vida civil.
Jubilado

La noche era muy oscura, los mosquitos no nos daban tregua. El Comandante le dio instrucciones al capitán San Luis para que distribuyera a su gente y dijo que él se encargaba de situarnos a nosotros. Después de poner a los compañeros de la escolta a cierta distancia unos de otros, fue a cada posición preguntando:

—Tú, ¿quién eres?

—Yo, fulano de tal.

Pero cuando llegó adonde yo estaba preguntó:

—Y tú, ¿quién eres?

—El negrito de la escolta, Comandante.

Mi respuesta causó risa en medio de la tensión del momento. Hacía poco tiempo que estaba en la escolta y él no conocía mi nombre. Después los compañeros se reían de aquella ocurrencia mía para darme a conocer.

Miguel Pérez Ramos



Escolta del
Comandante en Jefe.
Capitán de la reserva

Una escuadra de los compañeros de la escolta estaba tendida en posición de combate a la entrada de la boca del canal por donde entraría la lancha. El Comandante llegó a las posiciones y nos dijo: «¡Con esta tropa en la Sierra Maestra, hubiera ganado antes la guerra!». ¡Mira cómo me erizo!

Él fue preguntando los nombres de los que estaban en cada posición. Era de noche y al llegar adonde estaba el Moro, este le respondió: «Yo soy el negrito de la escolta». Estábamos esperando a unos espías y emplazaron una ametralladora a la entrada del canal. Después se formó un tiroteo debido a una confusión.

Ricardo Leyva Castro

Estábamos en la espera, cuando ya tarde en la noche se empezó a oír el ruido de motores y después vimos una silueta oscura de una embarcación que daba vueltas constantemente, pero no se paraba en el punto donde se le hacían las señales acordadas. Entonces es cuando al Comandante se le ocurre la idea de mandar a dos hombres nuestros en una balsa de goma; llevarían una bazuca de fabricación china y un fusil FAL, con el objetivo de acercarse con cuidado a la lancha, como si fueran los agentes que venían a recoger.

Pidió voluntarios y escogió a Antonio Briones Montoto y a Pedro Rodríguez Vargas. El Comandante les dio instrucciones de cómo debían actuar, dónde situarse dentro de la balsa; el que iba a disparar la bazuca debía dejar los pies afuera de la embarcación, hacia la izquierda, para que no se quemara con el rebufo del proyectil. La idea era disparar un bazucazo y, seguidamente, una ráfaga del FAL contra la lancha; enseguida debían tirarse al agua y sumergirse lo más posible, en caso de no poder hundir la embarcación. Estábamos a unos cincuenta o sesenta metros de donde se veía la lancha. Les explicó que debían tener serenidad para poder cumplir correctamente la misión.

José A. Borot García

Estuve en una operación en la playa Las Salinas, donde se organizó una emboscada contra una lancha rápida que debía venir. Había un muchacho de la escolta al que Fidel le dio instrucciones, le decía que podía llevar una bazuca, le explicó la forma en que le tiraría a la lancha enemiga, y hundirla si se acercaba y le tiraba a unos cincuenta metros. Le dijo que si lograba tener control de sus nervios, acercarse y tirarle, la hundiría. Oí hablando personalmente a Fidel con aquel joven mulatito, alto y fuerte, cuando le daba instrucciones de cómo disparar con el lanzacohe-tes, lo que tenía que hacer, y la convicción con que este le respondía: «Sí, Comandante, le voy a dar». Estaba convencido de que iba a hundir la embarcación. Él y otro compañero iban a salir en una balsa de goma, pero existía el temor de que les dispararan de la lancha y los mataran; por eso el Comandante insistió en que tenían que tirarle primero a la embarcación.

Pedro Rodríguez Vargas

Recuerdo que se hablaba de unos espías presos, que habían dado informaciones sobre una infiltración por la costa sur de Pinar

del Río. El Comandante en Jefe se reunió con nosotros en la casa de visita y después salimos para la zona de la operación. Las lanchas las llevaban Finalé y sus hijos.

Ya en el lugar indicado, el Comandante en Jefe elaboró la idea de montar a dos hombres con uno de los espías en una balsa de goma con motor fuera de borda. Iríamos Antonio Briones y yo. Briones montaría en la popa con un FAL, en el centro el agente y yo en la proa con una bazuca. La idea era que, cuando la lancha enemiga se acercara, el espía daría la seña y recibiría la contraseña; cuando la embarcación estuviera a la distancia de tiro, yo haría el primer disparo con la bazuca. Inmediatamente, Briones con su FAL tenía que ametrallar la lancha y después nos tiraríamos al agua. Se suponía que la lancha se hundiera y se desencadenara el resto de la maniobra. Se creía que la lancha podía llegar a unos cien metros de la costa. No llegamos a montar en la balsa porque se produjo una confusión con las embarcaciones nuestras.

Juan Hernández Robaina, Juanito

La orden era capturar o hundir la embarcación. Llegó la hora fijada para la operación y los espías empezaron a emitir las señales convenidas. Nosotros oímos claramente hablando a los que estaban en la lancha; decían que no veían las señales en tierra. Pero de pronto, oímos los motores de las lanchas nuestras que estaban lejos y se escuchó que los tipos proferían unas palabras obscenas y dijeron algo como que era una trampa o una encerrona. Se oyó cómo aceleraron los motores y salieron a toda velocidad hacia el sur.

Ricardo Leyva Castro

Pasó un rato de espera tensa y la embarcación no se detenía. Ante esta situación, el Comandante decidió dispararle con una

ametralladora duple de 12.7 mm, de las piezas que habían instalado las FAR en ese lugar. Después nos enteramos de que hubo problemas con las lanchas nuestras, porque los proyectiles les habían pasado cerca. Quizás los piratas se percataron de que era una emboscada, que no le hicieron las señales de la forma correcta, sintieron ruidos o vieron alguna anomalía en la costa y no se arriesgaron a desembarcar. Es posible que ellos hayan sospechado por algún motivo.

Alberto Allende González

Como a las 22:00 h pasó un avión sobrevolando la costa. No sabíamos si era nuestro o del enemigo. Después, en la base de San Julián se comprobó que no era de nosotros. Eran las 23:00 h y no se veía nada. El equipo de comunicaciones empezó a fallar y perdimos el contacto con las lanchas.

Hubo un error de los especialistas de Guardafronteras al mandar las coordenadas. Se equivocaron y en vez de dar las del punto de infiltración dieron otras a unos cien metros hacia el este de nuestra posición. Se calculó que los enemigos estuvieran a unos quinientos metros pero fuera del alcance de las lanchas nuestras. Posteriormente se creó una confusión y se produjo un tiroteo contra las embarcaciones que salieron. El grupo de infiltración entró por el cabo de San Antonio, pero cogieron más abajo en busca de Las Salinas y después salieron frente a las coordenadas que les habían dado por radio.

Se perdió la comunicación con nuestras lanchas. El Comandante trató de comunicarse pero nadie contestaba. Salió de allí rápido y molesto después de llevar varias horas de espera. Volvió a pasar la zanja y se fue en el yipi. Cuando el comandante Ramiro Valdés y yo llegamos al otro lado ya iban saliendo los yipis. Para alcanzarlo, salimos en un yipi por un atajo y los esperamos antes de llegar al pueblo de San Juan y Martínez. Ramiro paró y montamos con el Comandante en Jefe para seguir hasta la base aérea de San Julián.

Juan Hernández Robaina, Juanito

¿Qué había pasado? Por un error de los mapas capturados a los agentes enemigos y el que tenían los compañeros de Guardafronteras, el punto de arribo de la balsa estaba corrido como a un kilómetro y no coincidía con las señales. Hubo un error al ubicar el punto en el mapa nuestro. Al hacer un análisis final, se comprobó que estábamos corridos a esa distancia del punto de recepción. En el área donde estaba el Comandante no se produjo ningún tiroteo.

Jesús Finalé Águila, Chuchi

Cuando se formó la confusión, nos abrieron fuego desde la costa. Ante esta situación, salimos más afuera y paramos las máquinas. El comunicador trató de comunicarse con mucho trabajo y dejaron de tirarnos. La lancha de Manolín se rompió y la trajimos a remolque hasta La Coloma esa misma noche.

En cada embarcación iba un patrón, un compañero de la escolta, un buzo de Tropas Especiales, tres miembros de las FAR y un comunicador con un radio R-105.

Hubo una confusión porque cuando nos mandaron a salir nos dieron el rumbo y zarpamos en esa dirección, pero la gente que estaba en la costa parece que se confundió con las lanchas nuestras, creyeron que eran enemigas y empezaron a hacernos fuego desde tierra. Enseguida paramos los motores y de esa forma no se podían guiar por el ruido, y no podían alcanzarnos con los proyectiles. Le decía al radista nuestro que se comunicara con los compañeros en tierra, pero no podía. De la otra lancha se comunicaron y cesó el tiroteo.

Ricardo Leyva Castro

De allí nos trasladamos hasta la base aérea de San Julián, adonde llegamos cerca de las cuatro de la madrugada. El Comandante

habló con Raúl Curbelo sobre lo que había pasado con la lancha. Estaban allí los pilotos de los aviones MIG-15; uno de ellos era un chino-cubano y el otro era alto. Les dieron instrucciones para que despegaran cerca de las 05:30 h con el objetivo de interceptar o detectar cualquier barco sospechoso que se moviera en esa zona. El Comandante les explicó las características del barco madre Rex, que tenía el palo mayor más alto que otras embarcaciones, y les dio otros datos que se tenían por medio de inteligencia. Existía otra información de que el Rex había dejado a los agentes como a sesenta millas de la costa en la lancha.

Todavía era oscuro, y los pilotos informaron que veían un barco que navegaba en la dirección indicada y, al parecer, llevaba bandera liberiana. El Comandante dio la orden de que lo identificaran bien, teniendo en cuenta lo que se le había explicado, y si era el barco espía que lo hundieran. Pero el buque enfiló más hacia las costas de Centroamérica, por el golfo de Honduras o de Fonseca, y se mandó a retirar a los aviones, porque ya estaban cerca de aguas jurisdiccionales de países del área, aunque los aviones lograron tirarle con ametralladoras cuando ya se alejaba en ese rumbo. También le hicieron disparos con los cañones de 30 mm, pero no le lanzaron bombas.

Juan Hernández Robaina, Juanito

Fracasada la operación, el Comandante decidió retirarse. Volvimos a cruzar la zanja, cogimos los yipis, pasamos por el puesto de mando avanzado y recogimos a Pompa. Después nos pasamos para los carros y seguimos para la base aérea de San Julián. Cuando llegamos allí, el comandante Raúl Curbelo Morales le informó que desde las cuatro de la tarde los radiogoniómetros de las FAR, situados en interés de la operación, habían detectado el buque madre Rex a sesenta kilómetros de la costa, al este de la Isla de la Juventud. Esa información se había trasladado al puesto de mando avanzado para pedir la autorización del Comandante en Jefe para que despegara la aviación de combate, los MIG-15, con el

objetivo de atacar y destruir el Rex, pero no pudo llegar debido a la orden de que no pasara nadie hacia la costa.

Emigdio Báez Vigo

Recuerdo que había una información de que iba a desembarcar una gente, y fui citado al Estado Mayor General para recibir instrucciones que había dado el Comandante en Jefe. En esta operación participaron dos o tres lanchas torpederas y dos cazasubmarinos (v. *imagen 31*) de los chiquitos. Se ordenó que fueran delante las torpederas para localizar el objetivo y después los cazasubmarinos abordaran la nave pirata. El buque entró y nosotros salimos de La Sigüanea. El Comandante en Jefe estaba en la zona. Hubo una confusión con la posición de la nave enemiga porque se dio por marcaciones y distancias y se equivocó la dirección de la marcación y nos dirigimos a otro punto inexacto. El barco se fue y nosotros seguimos hacia el sur.

Juan Hernández Robaina, Juanito

Con la información de la presencia del Rex en nuestras aguas jurisdiccionales se ordenó despegar a la aviación de reconocimiento. También se encontraba el comandante Emigdio Báez Vigo al oeste de la Isla de la Juventud con una flotilla de lanchas torpederas y cazasubmarinos. De pronto informan que un avión IL-14R tenía localizado al buque madre.

El Comandante le dio a Raúl Curbelo la orden de que no perdieran de vista al objetivo, y que Báez Vigo se dirigiera a la zona de ubicación, pero cuando le dieron la marcación respondió que estaba a cuatro horas de navegación del buque. Ellos estaban fondeados detrás de La Sigüanea, cerca de la Isla de la Juventud, y el supuesto Rex se encontraba en el golfo. Pero cuando las embarcaciones llegaron y trataron de identificarlo como se le había ordenado, comprobaron que era un buque tanque de bandera

liberiana. Pasaron la información y de inmediato se mandó a retirar la aviación. Durante la estancia en el puesto de mando de la base San Julián sucedió un hecho curioso: el Comandante comentó que si los asesores militares soviéticos no hubieran sido tan indecisos ese problema de las incursiones del Rex no estuviera sucediendo. Había un antecedente de que por falta de decisión de los asesores no se había podido destruir el Rex durante una operación que se realizó por la costa norte.

Según otras informaciones en aquel momento, los pilotos cubanos no estaban preparados en aquella etapa para volar de noche y los aviones MIG-17 eran pilotados por asesores soviéticos. Estos aparatos tenían más autonomía de vuelo para alcanzar un objetivo y regresar a la base.

Raúl Curbelo sabía que entre los presentes estaba un asesor militar soviético y le hacía señas al Comandante para que se diera cuenta. Entonces Fidel se viró hacia el traductor y le dijo:

—¿Tú le tradujiste lo que yo dije?

—No, Comandante.

—¡Pues tradúcele lo que dije!

Alberto Allende González

En la base de San Julián se analizaron los motivos del fracaso de la operación. Le informaron al Comandante en Jefe que se había captado un cifrado a los espías. En las comunicaciones entre ellos les decían que tenían gente a la derecha y a la izquierda y que tuvieran cuidado. Parece que ellos nos vieron.

El Comandante en Jefe se reunió con los pilotos de guardia y les explicó la operación, les reiteró la importancia que tenía cumplir aquella misión y cómo llevarla a cabo. La Marina de Guerra Revolucionaria estaba situada en un punto hacia el sur y recibiría instrucciones desde la base. Una lancha torpedera informó que observaba un barco y Fidel dio instrucciones de identificarlo. Desde la torpedera informaron que le habían hecho señales y la

embarcación seguía navegando. Se les indicó que le hicieran unos disparos al aire para que se detuviera. Al poco rato informaron que la nave seguía su rumbo. Se ordenó que volvieran a tirar, pero con tan buena suerte que el barco paró. Era un petrolero que después de identificado siguió su ruta. La lancha nuestra se quedó sin combustible. Después se divisó otro barco y se mandó a salir a los aviones, pero resultó ser otra embarcación.

Juan Hernández Robaina, Juanito

El Comandante ordenó el despegue de la aviación de caza. Primero salió un MIG-15, piloteado por el teniente Benigno; iba cargado de proyectiles, pero al aparato se le interrumpieron las comunicaciones y el sistema eléctrico; empezó a dar vueltas sobre la base. Desde la torre de control lo llamaban, pero no contestaba. Estaba tratando de botar el combustible para aterrizar y pudo lograrlo al poco rato. Seguidamente, despegó otro MIG-15. Salieron los IL-14R porque estos aparatos tenían mayor radio de acción.

Alrededor de las 10:00 h, un IL-14R descubrió al barco Rex cerca de la isla Swan. Iba huyendo porque no había tenido tiempo de embarcar las dos lanchas rápidas y las llevaba a remolque. El avión se le acercó y se mandaron a preparar otros aparatos con bombas de demolición y cuando estuvieron cerca le empezaron a tirar, pero no se conoció si se le causaron daños. El último IL-14R que despegó le pasó por encima y le tiró las bombas. Ese avión tuvo que aterrizar en el aeropuerto de La Sigüanea, en la Isla de la Juventud, con el mínimo de combustible.

Nadie puede decir que el Comandante trazó en una reunión la estrategia de cómo se iba a desarrollar la operación, porque la idea de esta acción se planteó en el lugar de los hechos. La utilización de la balsa surgió cuando habló con los agentes. La posición que ocuparían las lanchas la explicó durante la reunión.

Él planteó capturar silenciosamente a los espías que venían a buscar a los otros dos. En la misma balsa se debían embarcar dos hombres de nosotros para tratar de hundir la lancha intermedia.

Había dicho que se podía sorprender a sus tripulantes y, si era posible, capturarlos; si no se podía, había que destruirla. Alertó a los compañeros para que se ubicaran en la balsa y no se produjera un accidente con el rebufo de la bazuca. Se comentó que también hubo un error debido al movimiento de las lanchas, porque no se podían mover hasta que no se les diera la orden de salir a cerrarle el paso a la lancha enemiga.

La noche estaba oscura y en calma y se oyó lo que dijeron los tripulantes de la embarcación enemiga. Los compañeros de las lanchas comentaron que les habían disparado desde tierra, pero fueron las unidades de las FAR que se habían situado en aquella zona. El Comandante le dio instrucciones a Báez Vigo para que hiciera disparos de advertencia al barco, identificarlo previamente y si era el Rex debían apresarlo o hundirlo. Cumplida esta orden, informó que era un buque tanque liberiano.

Alberto Allende González

Se había terminado la operación y el Comandante en Jefe, el comandante Ramiro Valdés y los demás compañeros hablaron de las dificultades que se habían presentado, los problemas que teníamos con los medios navales y de comunicaciones. Fidel le puso la mano en la cabeza a Ramiro y le dijo que no se preocupara, que le iba a dar los recursos necesarios para Guardafronteras.

Juan Hernández Robaina, Juanito

El Comandante comentó sobre las causas que malograron la operación y señaló las siguientes: las coordenadas en el mapa no eran correctas, no se previó tener las comunicaciones cerca de la playa, no se tiró una línea de un teléfono de campaña. Además, no tuvimos en cuenta las características personales del Comandante en Jefe, que siempre quiere estar en la primera línea de las

acciones. Él comentó que si le hubieran puesto un teléfono de manigueta hubiera dado la orden a la aviación para que atacara al Rex. Pero ya era de día y el barco estaba a sesenta kilómetros al sur de Las Salinas y al oeste de la Isla de la Juventud. El Rex fue identificado por las transmisiones de radio que hacía con su centro en territorio norteamericano.

Alberto Allende González

Me faltaba decir que cuando llegamos a los yipis entregué el libro azul a un compañero. El Comandante estaba tan interesado en la lectura de aquel libro que pensé que se trataba de operaciones contra el enemigo, parecido a uno que teníamos nosotros en la jefatura. Pero la curiosidad es del carajo y quise saber de qué se trataba, y leí el título: era sobre la siembra y el cultivo de la caña de azúcar.

XIV

Otros hechos

«Por el poder de erguirse, se mide a los hombres».

JOSÉ MARTÍ

El Marinero

El Marinero contribuyó con sus informaciones a testificar contra los traidores de la Revolución William Morgan Reudarth, Jesús Carreras Zayas y otros elementos. Él los acusó de enviar armas a los bandidos en el Escambray y de preparar un alzamiento armado contra el Gobierno revolucionario. Después de su captura como jefe de un grupo de bandidos, asumió una posición de colaboración que fue decisiva en la lucha contra el bandidismo.

Manolo Núñez León

Este individuo, conocido como el Marinero, había sido jefe del puesto de la Marina de Guerra Revolucionaria en La Coloma; posteriormente se alzó en el Escambray y fue capturado en el cafetal de San Blas. Allí nos mataron al compañero Raquel Pérez y nos hirieron a un sargento.

Luis Jaime Rodríguez

Manolo iba al frente de la tropa, también iban Nieves Castillo, Alberto Sánchez, Macario, otros compañeros y yo (todos combatientes

de Lucha Contra Bandidos). Eran como las cinco de la tarde, casi oscureciendo en el monte. Estaba lloviznando, y el bandido se había metido en una cueva después de haber combatido y disparar una gran cantidad de tiros. Pidió que bajara un oficial sin armas para entregarse, parece que tenía el objetivo de escudarse en el compañero, porque pensaba equivocadamente que lo íbamos a matar. Manolo y otros compañeros querían bajar, pero se decidió que lo hiciera Nieves Castillo, quien bajó agarrado a unos bejucos y al poco rato subió con el prisionero.

El bandido traía una ametralladora calibre 30.06, de las que tienen el depósito por arriba. Estaba parado frente a Manolo que hablaba con Nieves Castillo, y al hombre aquel se le salían las lágrimas. Nieves Castillo le dijo: «¡Compadre, los hombres valientes no lloran!». El tipo respondió: «¡Si usted supiera por qué lloro!». Es que metido en la bota se le había quedado un depósito de la ametralladora, no se había dado cuenta y quería seguir tirando; dijo que quería que llegara la noche para poder irse de allí y que por eso lloraba.

Nos ofendió para que lo matáramos: «¡Si yo fuera uno de ustedes, ya los hubiera matado, porque ustedes son unos hijos de puta!». Pero no le hicimos caso ni le dijimos nada, y lo llevamos para el cuartel de La Sierrita. Cuando llegamos allí ya era de noche oscura. Manolo llamó por la microondas. Escalona le respondió y le ordenó que lo llevaran para el cuartel de Topes de Collantes. Eran como las diez de la noche. Salimos en un camión con ese rumbo y entregamos el prisionero.

El Marinero

Aún se protege su identidad

Nosotros llevábamos como diez días sin comer, porque los cercos eran constantes y no permitían llegar a la casa de ningún cam-

pesino. En cada bohío había un grupo de milicianos. Entonces, por indicación de Edel Montiel, que era mi jefe, fuimos a la casa de un campesino. Edel nos dijo: «Vamos a ver a un amigo mío».

Fuimos hasta la finca, Edel habló con el campesino y le pidió que nos matara un puerco. El hombre respondió: «Sí, les voy a matar un puerco, pero deja a la gente en el cafetal». Éramos unos sesenta hombres y yo era jefe de unos quince; Zacarías García tenía su gente y Edel tenía su grupo. Con nosotros estaba otro al que le decían el Látigo Negro —que lo mataron después en un cerco—, que mandaba a sus hombres.

Esperamos a que Magdaleno matara el puerco, pero al poco rato se apareció el campesino nervioso adonde estábamos y le dijo a Edel:

—Oye, voy un momento hasta Cuatro Vientos a buscar un poco de sal.

—Así mismo nos comemos la carne, sin sal ni na —respondió Edel.

—Es que tengo que buscar otras cosas —dijo y se fue.

Estábamos tranquilos friendo el puerco en el cafetal, pero como a la una y media de la tarde apareció el campesino diciendo:

—¡La milicia, la milicia, corran por aquí!

Se lo dije a Edel, ese fue quien nos delató. Me separé un poco y me quedé en lo último de la retaguardia. El campesino nos llevó loma arriba por donde estaba puesta una emboscada de los milicianos. Se formó el tiroteo, nos mataron y nos hirieron varios hombres. Nosotros abrimos un fuego constante y nos fuimos.

Yo traía una ametralladora bípode calibre 30.06, que la cargaba un ayudante, y tenía un fusil M-1; pero cuando había combate, cogía la ametralladora y el ayudante llevaba el parque. Pero el hombre se perdió en el tiroteo. El resto de la gente se dispersó por varios lugares, porque nos atacaron muchos milicianos. Me tiré por un farallón hacia abajo y cuando salí encontré a dos milicianos. Yo estaba vestido con uniforme verde olivo y uno de ellos me dijo:

—¡Oye!

—¡No tires que soy miliciano!

—¿Tú eres miliciano?

—Sí, compañero.

—¿No has visto alzados por ahí?

—No he visto a nadie.

Seguí por un cañadón y de pronto sentí una bulla. Era una casa donde estaba un campamento de los milicianos. El que estaba de posta me miró medio sospechoso, porque no era normal que anduviera un miliciano solo por allí. Como a los quince minutos de marcha, se aparecieron seis o siete milicianos y uno dijo:

—¡Mira, un bandido! —y me abrieron fuego.

Me tiré al suelo y me arrastré unos cinco o seis pasos, pero me levanté y disparé con la ametralladora. Herí a uno por el lado derecho y dijo:

—¡Oye, estoy herido, creo que me mataron, estoy herido!

El negrito que estaba al lado no levantaba la cabeza; yo lo estaba cazando. Los demás me estaban tirando y solo tenía un depósito de balas en la ametralladora. Los tiros de los milicianos rompieron los otros depósitos y por eso fue que no me hirieron. Cuando ya no me quedaban cartuchos, me senté y enseguida me rodearon. Yo solo no podía resistir la cantidad de milicianos que venía hacia mí. Pensé no tirar más porque me iban a matar y me rendí. A mí me decían el Marinero, nunca me apodaron el Águila Negra.

Cuando caí prisionero dejé la ametralladora a un lado; no ofendí a nadie, ni los milicianos me ofendieron. Uno de ellos me dijo:

—¡Nos mataste a un compañero!

—¡Bueno, él tiró y yo respondí al fuego!

Estaba prisionero en un campamento de la milicia, cerca de donde me capturaron. Luego, un grupo de milicianos me condujo hasta un lugar donde podía aterrizar un helicóptero que llegó poco después. Allí estaba el comandante Pinares [*Antonio Sánchez Díaz*] hablándole a un grupo de campesinos. Entonces llegó el comandante Dermidio Escalona, que conocía de cuando hacíamos operaciones en la zona de La Coloma y cayó Los Indios, en Pinar del Río. Escalona me preguntó:

—¿Cuándo caíste prisionero?

—¡Hace tanto tiempo! —respondí y luego le pedí un cigarro.

Me montaron en un helicóptero. No hablé nada más con nadie. Me llevaron para el cuartel de Topes de Collantes.

Manolo Núñez León

Le expliqué a Escalona cuál había sido la actitud del Marinero, que se había portado muy valiente, que se batió hasta que le quedó el último tiro y que después lloró porque no se acordaba de que tenía un depósito de la ametralladora metido en una bota.

Dermidio Escalona Alonso

En un cerco capturaron a un individuo al que le decían el Marinero, porque había sido oficial de la Marina de Guerra Revolucionaria. Lo interrogamos el comandante Manuel Nogueira y yo. Nos dijo que con el único que quería hablar era con Fidel, porque él sabía muchas cosas que deseaba informarle solamente a Fidel. Llamé a La Habana por la noche, le expliqué al Comandante en Jefe lo que pasaba y lo que planteaba el detenido. Al otro día, como a las 10:00 h o las 11:00 h, estaba Fidel en Topes de Collantes, donde se encontraba el detenido.

Fuimos hasta donde se encontraba el Marinero y Fidel le dijo:

—Bueno, ¿tú querías hablar conmigo?

Y el hombre le respondió:

—Sí, yo tengo que poner condiciones.

—Pero ¿vas a poner condiciones, si estás preso por bandidismo?

—Sí, tengo que poner condiciones, Comandante, porque sé de algunos comandantes que están en La Habana que son los jefes de la contrarrevolución, y conozco los nombres de otros conspiradores —recalcó.

—Bueno, entonces habla lo que tú sabes.

—Comandante, me tiene que garantizar la libertad —agrega.

—Está bien, dime qué sabes.

El Marinero dijo quiénes eran los jefes de la contrarrevolución: William Morgan, Jesús Carreras y otros que conocía. Luego de una larga conversación, Fidel se despidió de nosotros y llevaron al detenido para La Habana. Después apresaron a los conspiradores y otros involucrados que había señalado el prisionero.

En marzo de 1985 el general de brigada Luis Felipe Denis Díaz, entonces jefe de la Policía Nacional Revolucionaria, recibió una nota de la oficina del viceministro primero del Ministerio del Interior donde le solicitaban datos relacionados con el Marinero. El 19 de marzo el general Denis respondía en el informe al alto mando:

En el encuentro donde se capturó al Marinero, este nos mató a un compañero.

Fue capturado en la zona de Río Chiquito, actual provincia de Cienfuegos, en el Escambray.

Estaba armado con un fusil ametralladora Browning (se fajó con nuestra fuerzas).

No era «agente» nuestro; ni trabajaba con nosotros.

No obstante, en todo el proceso de interrogatorio mostró sinceridad y espíritu de cooperación.

Por la importancia de la información que nos brindó, yo hablé personalmente con el Comandante en Jefe en la Comandancia del Escambray, y me orientó lo siguiente:

-Precisar los señalamientos que hacía sobre las actividades de Jesús Carreras, William Morgan y demás involucrados.

-Puntualizar lo del autotitulado Comandante Augusto César Sandino, por ser el cabecilla de la contrarrevolución, vinculado a la CIA. Este tuvo que ver directamente con la dirección y organización de la llamada Operación Silencio, lanzamiento de armas desde el aire en el Escambray, desde diciembre de 1960 a enero de 1961.

-En concordancia con su actitud y la información que nos brinde, analizar la sanción a imponer.

El Marinero fue trasladado para La Habana para la celebración del juicio contra Morgan y demás encartados. Me infor-

maron, estando yo en el Escambray, que Morgan trató de amedrentarlo y le pasó una nota para que se retractara de lo dicho en el acta; no obstante, ratificó lo dicho en el acto del juicio oral.

El Marinero

Un día Fidel estaba interrogando a unos jefes de bandas y había uno de ellos que le pidió dinero. Le dijo algo que a Fidel no le gustó, le respondió que no le podía dar dinero. El prisionero se puso impertinente y lo llevaron de nuevo para el calabozo.

Poco después, un sargento me llevó adonde estaba Fidel y recuerdo que me dijo:

—¿Usted es el Marinero? Nosotros necesitamos su colaboración para acabar con el bandidismo.

Estuve hablando mucho tiempo con Fidel y le informé todo lo que conocía y le respondí todo lo que me preguntó. Al final de la conversación, me dijo:

—Vamos a ver si usted tiene palabra para ayudar a la Revolución.

—Sí, tengo palabra.

—Si usted tiene palabra, yo también la tengo para ayudarlo. Nos veremos en La Habana.

En Topes de Collantes me interrogó Luis Felipe Denis, que era un hombre agradable y decente, y me trató muy bien.

El 5 de febrero de 1961 el entonces primer teniente Luis Felipe Denis Díaz interrogó al Marinero, que había sido capturado tres días antes. En la declaración del detenido consta:

-Que perteneció a la Marina de Guerra Revolucionaria, tenía el grado de suboficial y estaba activo hasta su alzamiento.

-Que el primer contacto con la contrarrevolución fue con el excomandante del II Frente Nacional del Escambray William Morgan, el cual recibía constantemente en el lago del Hana-banilla la visita de elementos que conferenciaban largo tiempo sobre actividades contrarrevolucionarias.

-Que en cierta ocasión Morgan envió para las lomas diecisiete armas largas, entre las cuales se encontraban dos Browning, dos Johnson, dos rifles para tirar granadas, fusiles M-1, San Cristóbal y granadas de mano.

-Las armas fueron trasladadas en un camión del Departamento de Repoblación Fluvial, manejado por el teniente Roberto González; dichas armas fueron escondidas en Cumanayagua en una casa que consiguió el hermano del teniente Roberto González, y de allí las enviaron para las lomas por mediación de Pedro Castellanos. Las armas estuvieron escondidas un tiempo debajo de un corral de cochinos.

-Que en otra ocasión William había enviado armas en su máquina que manejaba el exteniente Roberto González.

-También, entre los contactos de William estaba Sargent, exjefe de la Policía de Topes de Collantes, que fue después listero en la laguna de Ariguanabo en la Repoblación Fluvial.

-Morgan le había señalado que se alzarían en el mes de octubre de 1960, y que estaban comprometidos en el grupo del excomandante Jesús Carreras su hermana Margarita, Lázaro Asencio y un tal Castaño que era un elemento adinerado de Cienfuegos.

-Otro elemento conspirativo en La Habana era el teniente Enrique Cobo, que radicaba en la Liga contra la Ceguera. El tal Cobo estaba en contacto con la embajada norteamericana en La Habana, realizaba visitas periódicas a esa sede diplomática, y mediante estas relaciones señalaba los viajes de los aviones que lanzarían armas, pertrechos, plantas de radio y otros medios bélicos en el Escambray.

-Declaró que en La Habana hay una mujer, cuyo esposo tiene una casa dedicada a la venta de autos de uso, cerca de la Plaza Cívica, y que dicha señora era visitada frecuentemente por la señora de William Morgan y por Margarita Carreras. Que dicha casa está cerca de la calle G y la avenida de Rancho Boyeros.

-Que en el grupo hay un soldado que cuida la Liga contra la Ceguera que acarrea fósforo vivo y es un gran activista contrarrevolucionario.

-Que forma parte del grupo el excomandante Armando Fleites, un tal Caballero Lice, natural de Cienfuegos, latifundista y responsable de la contrarrevolución en aquella ciudad.

-Otra del grupo es una tal Anita, una señora gruesa, trigueña, residente en La Habana, cuyo esposo tenía un cargo en la embajada de Brasil.

-Que el jefe de la contrarrevolución en la zona de Guaniquinal y Topes de Collantes era el Dr. Segurola Castro, el cual realizó un viaje a la finca Ariguanabo, en La Habana, alrededor del mes de octubre, y se entrevistó con William Morgan. La reunión duró siete u ocho horas. Segurola fue acompañado por un señor de estatura mediana, pelo castaño, espejuelos montados al aire, y que estaba completamente rasurado. Que una vez que se marcharon, William le expresó que en Topes de Collantes no había problemas porque Segurola era el jefe de aquella zona. Que también William le había dicho que Conrado Rodríguez se había comprometido a alzarse tan pronto él se alzara, y que también Conrado le entregó en otra ocasión cierta cantidad de granadas de mano a Morgan.

-También visitó a Morgan el exteniente Ramiro Machín.

-Que un tal Lázaro Moreira se comprometió con alzarse; este funcionaba en la contrarrevolución con Morgan. Que además estaba en el grupo de Manuel Ray Rivero, exministro de Obras Públicas.

-Finalmente declaró el Marinero que unos señores que trabajaban en el aeropuerto internacional José Martí fueron enviados por Ezequiel Gómez para alzarse, pero a uno de ellos, de apellido Pérez, tuvieron que bajarlo para una casa, porque se cansaba y no podía caminar.

-Que posteriormente se enteraron de que había sido detenido en la casa de Nena Torrado, la cual se dedicaba a confeccionar

brazaletes y enseñas contrarrevolucionarias, y que le llevó comida en una ocasión.

-Que en La Habana conoce a un tal González, exteniente del ejército de Carlos Prío Socarrás, que tiene un negocio de confecciones, y que es el jefe de la contrarrevolución en San José de las Lajas, en cuya casa estuvo escondido durante tres días.

-Que de este lugar fue trasladado para una planta de radio en el propio San José.

-Que en esta casa se encontraba escondido también un expolicia de la dictadura de Batista y que este individuo le dijo que tenía armas para un grupo de acción que tenía organizado.

-Que como ampliación del acta anterior, el declarante desea agregar que en el grupo contrarrevolucionario que se encontraba en contacto directo con la embajada de Estados Unidos y el extranjero, figuraban Ismael Brenllas Roque y Caballero Lice, los cuales le hicieron llegar un mensaje, cuando estaba escondido en Guanabacoa, en noviembre, y a través de Rafael Bocunani. El mensaje decía que ellos contaban con una fuerte organización contrarrevolucionaria y que no se moviera del lugar porque necesitaban de elementos como él para un trabajo que no tardaría en llegar.

-Que también en la conversación con Bocunani, este le dijo que había puesto una bomba con un tal Pancho Villa que se había exiliado. Que este Bocunani le pidió el carné de la Marina y del Ejército y que en caso de algún problema, él buscaría la forma de salir para el exterior.

-Que también el sargento del Ejército Rebelde, José Rodríguez Morfi, que trabajaba con Morgan en la contrarrevolución, recibió órdenes de William para que se casara porque dentro de pocos días se alzarían. Que el mencionado sargento envió para las lomas a un joven rubio que se conocía con el seudónimo de Hijo de William, y que le entregó un arma larga (Archivo del Minint, La Habana).

El Marinero

Estuve detenido en el cuartel de Topes de Collantes; a todos los prisioneros los llevaban para allí. En un calabozo estábamos unos treinta. Entre ellos estaba Nando Lima. Poco después me trasladaron para el hospital; de allí me condujeron hasta Santa Clara y más tarde para 5.^a avenida y calle 14, Miramar, de donde me llevaron para la sala donde se celebró el juicio.

Antes de comenzar el juicio, estábamos en un cuartico y William comenzó a amenazarme: «¡Oye, Marinero, si tú hablar, yo voy a matar a ti!».

Después dije en el tribunal que nadie tenía que amenazarme, porque no le temía a la muerte. Pero no dije quién había sido.

En una parte de las conclusiones del acta del juicio oral se lee:

Considerando: Que en cuanto al procesado, no obstante su conducta haber sido totalmente incorrecta y negativa al comportamiento de un miembro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, no es menos cierto que su actitud posterior coadyuvando con la justicia revolucionaria en el esclarecimiento de los hechos, demostró rectificación y arrepentimiento de su anterior conducta (Archivo del Minint, La Habana).

El juicio se celebró el 10 de marzo de 1961, fue la causa N.º 565/60 donde aparecían trece implicados. El Marinero cumplió una corta sanción bajo otro nombre. Morgan y Carreras fueron acusados y condenados a la pena máxima. Fueron sancionados a treinta años de prisión: Onofre Pérez Hernández, Roberto González Pérez, Carlos González Lima, Joaquín Castellanos, Raúl Cristóbal Oramas, Raúl Oliva Domínguez, Carlos Roldán Cruz y Manuel Pérez Chaviano. Mario Marín Puerto, Carlos Pedro Osorio Franco y Edmundo Armando Consuegra fueron absueltos.

El Marinero, sin nombre todavía, navega en una pequeña página de la historia de nuestra Revolución, porque supo rectificar sus errores y echar sus anclas en un puerto seguro junto a su pueblo.

Interrogatorios en Topes de Collantes

Santiago Naranjo Fernández

El Comandante estuvo en la zona de Topes de Collantes y fue al lugar donde estaban presos los bandidos, y empezó a interrogar a todos los que participaron en el asesinato del maestro Conrado Benítez. Estábamos en una casa a la salida de Topes y el Comandante mandó a buscar a tres de los bandidos prisioneros. A mí me mandaron a buscar a los tres tipos que habían sido capitanes del II Frente del Escambray y jefes de bandas, y se encontraban en los calabozos de Topes de Collantes.

Era tarde en la noche y salí con un miliciano que iba manejando un yipi. Cuando llegué al sótano donde estaban los detenidos, los tipos estaban alborotados, le faltaban el respeto a los custodios; llegué con una pistola a la cintura y con autoridad los mandé a callar. Pedí a los tres jefes de bandas y me los entregaron. Los monté en el yipi y salimos de regreso. Fue una inexperiencia mía salir por el terraplén con los tres tipos sueltos, porque si se me tiran al cuello o se me abalanzan, aunque llevaba un fusil, se escapa alguno. Después del interrogatorio los devolvimos al sótano donde estaban presos.

Antonio Núñez Jiménez

De nuestra participación al lado de Fidel en la Limpia del Escambray, recuerdo que durante muchos meses dirigió personalmente los cercos contra los bandidos y siempre conservaba su costumbre de conversar con los prisioneros. Una noche, estando junto a él, en Topes de Collantes, quiso hablar con el jefe de una banda recién capturada.

El Comandante en Jefe pide que a la habitación de la casa donde ha hecho llevar al prisionero no entrase ni siquiera su escolta, pero insistimos con él en que esto no es correcto y lo

convencemos para que entrara el capitán [*Alfredo*] Gamonal, el jefe de su escolta, y quien esto escribe.

Fidel, ya sentado frente al prisionero, con mucho respeto, inclusive hasta con cierta cordialidad característica de su trato muy humano, le pregunta el porqué se ha alzado contra el poder popular, ya que el prisionero no parece un latifundista. Con un desparpajo tremendo, casi burlándose de Fidel, le dice que él está por la democracia representativa, sobre todo por el parlamentarismo.

Fidel le explica qué había significado el Parlamento en la república burguesa: en su mayoría una guarida de ladrones que nunca había hecho nada por el pueblo.

Aquel hombre reitera como única respuesta que él está por el parlamentarismo.

Fidel está bastante agotado por las grandes marchas y por las muchas noches sin dormir y, por tanto, su paciencia se acaba, frente a un caso de tanto cinismo.

Así, Fidel se pone de pie, avanza el paso que lo separa del prisionero, lo toma por la solapa y como un gigante levanta aquella pluma del suelo. Cuando lo tiene en el aire se da cuenta de que es el Jefe de la Revolución. El Comandante en Jefe se apena del acto de fuerza que está realizando, lo sienta de nuevo en la silla y sin despedirse y con evidente disgusto sale de aquella habitación a la casa donde tenemos nuestro campamento de guerra en Topes de Collantes. Son como las doce de la noche y Fidel se mete en su habitación.

Allá, como a las cinco, poco antes del amanecer, me dice: «Vamos».

Monta en su yipi. Sospecho que se dirige a la casa donde está el prisionero de marras, lo que confirmo a los pocos minutos. Da la orden de que él quiere conversar de nuevo con el mismo prisionero y que se lo lleven a la habitación donde lo había hecho la noche anterior.

Vuelve a repetirse la escena de que no quiere a nadie en el cuarto. Esta vez lo más que se logra es que yo pase con él a la entrevista.

Fidel espera sentado al prisionero. Al verlo llegar lo saluda cortésmente. El hombre posiblemente crea que Fidel lo ha llamado para mandarlo a fusilar, de acuerdo con la propaganda que ellos mismos se han fabricado.

El Comandante en Jefe, con un trato de extraordinaria cortesía, comienza a decirle que lo ha citado de nuevo para disculparse por el gesto violento tenido con él; que tuviese en cuenta la circunstancia de haber tenido el mal gesto, obligado principalmente por sus contestaciones incorrectas, y por la tomadura de pelo a su jerarquía y a su trato correcto con el enemigo; que él desea dialogar inteligentemente acerca del porqué se ha visto obligado a enfrentarse a las fuerzas del pueblo.

El hombre cambia completamente su cinismo por una comprensión más abierta.

Durante horas los dos hombres hablan sobre muchos problemas políticos del país.

Cuando el Jefe de la Revolución se despide del prisionero lo hace satisfecho de haberlo alertado sobre el mal que ha hecho y sobre la incompreensión que tiene del proceso revolucionario. Fidel una vez más tiene el rasgo de discutir y razonar con el enemigo (1998b:103-105).

La victoriosa Limpia del Escambray

En medio de los combates contra los bandidos del Escambray, alzados contra el poder revolucionario, Fidel había lanzado la consigna de «convertir el Escambray en la región más revolucionaria de Cuba».

La Limpia del Escambray sirvió no solo para exterminar las bandas contrarrevolucionarias sino que Fidel, con un alto criterio político, aprovechó la movilización miliciana para convertir aquellas montañas, abandonadas tradicionalmente, en regiones de escuelas, hospitales y carreteras e insertarlas dentro de planes para la producción agrícola y ganadera.

En medio de las operaciones para liquidar las bandas, apoyadas con poderosas armas por el imperialismo, se crearon cincuenta granjas estatales y treinta y cinco cooperativas; se sembraron cinco mil caballerías de tierra con pangola y otros pastos, se fomentaron las siembras de cacao y café, se plantaron dos mil caballerías de frutales. Igualmente alrededor de la sierra se continuó el desarrollo intensivo de su economía y se comenzó la construcción de cuarenta modernos pueblos, dotados de luz eléctrica, antes desconocida en el Escambray, se llenó la cordillera de tiendas del pueblo, de centros escolares, de círculos sociales obreros.

Allí en el Escambray se escenificó con características muy especiales la Campaña de Alfabetización. Los bandidos alzados en el Escambray, y el imperialismo que los prohijaba, no pudieron resistir la ofensiva revolucionaria. Se dedicaron entonces a asesinar maestros alfabetizadores y pocos días después que el Pentágono de Washington hizo caer sobre los campos de la serranía todo un arsenal militar, este yacía a los pies de la estatua de José Martí en la Plaza de la Revolución.

[...]

Un balance de la Limpia del Escambray realizado al final de la campaña victoriosa arroja los siguientes datos: 420 contrarrevolucionarios puestos fuera de combate de los 500 facciosos que integraban las bandas auspiciadas por la CIA; 39 muertos en combate y 381 prisioneros, entre los cuales se encontraban seis de los diez cabecillas. Las Milicias Nacionales Revolucionarias tuvieron seis muertos en acciones persecutorias al enemigo, más 22 en accidentes de diversos orígenes, más de once milicianos heridos en combate (Núñez, 1998b:93-94).

Tras las huellas de los bandidos

Eddy Nuviola Rodríguez



Combatiente del
Ejército Rebelde,
chofer de Orlando
Rodríguez Puertas.
Teniente coronel
de la reserva

Yo había estado en la escolta del comandante Piti Fajardo, y después de su muerte comencé a trabajar en la escolta del comandante Orlando Rodríguez Puertas. Un día estábamos esperando al Comandante en Jefe Fidel Castro entre Trinidad y Topes de Collantes, y entonces Puertas nos mandó a mí y a Eugenio Sotomayor, Geño, para que acompañáramos a Fidel. Salimos a caminar hacia las lomas, pero hubo algunos compañeros que no pudieron seguir el ritmo de la marcha. Por el camino nos encontramos con un lugar donde había un caballo. El Comandante en Jefe preguntó quién se sentía cansado y le respondimos que nadie, que montara él al caballo, pero no quería montar. Lo convencimos. Con Fidel íbamos cuatro: Chicho y otro de la escolta, Geño y yo. Dos de nosotros nos agarramos a la cola del caballo para poder seguir detrás.

En la casa de un campesino Fidel preguntó si por allí había pasado un grupito de gente y le respondieron que sí, pero que no iban tan cansados como nosotros, y que traían armas. Era casi oscureciendo y seguimos caminando. No pudimos dar con los bandidos.

Bienvenido Pérez Salazar, Chicho

En una ocasión el Comandante salió de un lugar conocido por La Ermita, en el Escambray, y desde allí comenzó el cerco que ha-

bían roto los bandidos. Al mediodía nos detuvimos en la casa de un campesino que nos ofreció almuerzo: yuca y carne de cerdo frita. De allí continuamos hacia Topes de Collantes, pero en un descanso que hicimos se quedó el portacargador del fusil FAL de Fidel. Él me mandó que regresara a buscar el portacargador, que encontré al lado de una yagua en un cañado, donde habíamos descansado. Le dejé la metralleta checa a Abrantes y ellos continuaron caminando. Me dejaron una notica para que siguiera su ruta. Cuando regresé me incorporé al grupo y cogí de nuevo la metralleta, la probé y estaba trabada; el arma no funcionaba. Anduvimos todo ese tiempo casi desarmados. Esa era la zona donde operaban el comandante Dermidio Escalona y el capitán Valle Lazo.

Eddy Nuviola Rodríguez

Después salimos a una carretera. Venía un yipi Toyota y lo paramos. El chofer era un hombre totalmente bizco. Hubo un compañero que dijo en broma que tenía temor a montar con ese chofer y le dijo: «¿Tú no verás dos carreteras y cogerás por la que no es?». Pero el hombre dijo sonriendo que no había problemas. Montamos en el yipi y nos fuimos para Trinidad. Esto ocurrió como en enero de 1961.

Según el investigador y escritor, teniente coronel José. A. García Blanco, se trataba de la banda dirigida por Edel Montiel Lorenzo y Vicente Méndez Hernández.

XV

Infiltración por Baracoa

«¡Los hombres podemos caer, pero las ideas
que defendemos no caerán jamás!»

FIDEL CASTRO

El 17 de abril de 1970 desembarcaron a veintidós kilómetros al este de Baracoa trece mercenarios de Alfa 66, organización contrarrevolucionaria radicada en Estados Unidos. El desembarco se produjo cerca de las 23:30 h por la margen izquierda del río Yumurí. Entre otros objetivos de la acción estaba dificultar la zafra azucarera y crear grupos armados en esa región montañosa. El 19 de abril, en horas de la mañana, Fidel partió en avión hacia Santiago de Cuba para seguir la marcha de las operaciones del cerco. Más tarde se trasladó hasta la zona del operativo militar dirigido por el entonces comandante Raúl Menéndez Tomassevich (v. imagen 33).

Las notas del diario de Domingo Mainet Rodríguez —en aquella época primer teniente— sirven de testimonio para reconstruir los hechos de una de las últimas actividades del bandidismo.

Domingo Mainet Rodríguez[†]



Primer teniente.
Jefe de
la escolta
del Comandante
en Jefe (1978-1987)

En el aeropuerto de Baracoa —al noroeste de La Habana— esperaban al Comandante los compañeros Ramiro Valdés; Jorge Serguera; José Miyar Barruecos, Chomy; y Jorge Enrique Mendoza.

Salimos en un avión AN-24 con rumbo a Santiago de Cuba. Allí lo recibieron el comandante Guillermo García y otros compañeros. Salimos en siete autos Alfa hacia Guantánamo y después continuamos hacia Cajobabo donde nos esperaban los yipis y los cogimos para seguir por la costa hacia Gran Tierra.

El 17 de abril por la noche hubo un desembarco de trece mercenarios y ese era el motivo del viaje. Ya el 19 había algunos muertos de los infiltrados, y se les había hecho un prisionero. Por la parte nuestra hubo cinco muertos que fueron: Ramón Guevara Montano, Luis de la Rosa Callamo, José Antonio Sánchez Marzo, Ovidio Hernández Matos y Evedino Marzo Marzo. A las cinco de la tarde llegamos a la orilla por donde iba el cerco y seguimos hasta donde estaba el puesto de mando de la operación.

Allí el Comandante vio los mapas de la operación, dio algunas orientaciones acerca del cerco. Vio los fusiles capturados. Después mandó a buscar al prisionero [*Amado Velásquez Someillán*] y habló con él. Era de Guantánamo, había pertenecido a la Asociación de Jóvenes Rebeldes; más tarde se fue para Miami. Después fuimos para La Máquina, en Gran Tierra, donde velaban a los cinco compañeros nuestros. Allí el Comandante hizo guardia de honor y más tarde despidió el duelo.

Fidel Castro Ruz

El viernes 17, en horas de la madrugada, un grupo de mercenarios procedentes de Estados Unidos, equipado con armas automáticas modernas del ejército yanqui, desembarcó en las proximidades del río Yumurí, a veintidós kilómetros al este de la ciudad de Baracoa.

Casi de inmediato, fuerzas del ejército, milicias serranas y unidades de guardafronteras hicieron el primer contacto con los mercenarios, capturándoles dos prisioneros y ocupándoles dos fusiles automáticos, dos mil balas y numerosos paquetes de explosivos plásticos, e iniciando tenaz persecución del resto del grupo.

Hoy, 18, a las 16:23 h, nuestras fuerzas trabaron de nuevo combate en persecución del enemigo.

Cuatro valerosos combatientes revolucionarios perdieron la vida y dos fueron heridos graves.

En la ocasión dos mercenarios murieron y un tercero cayó prisionero.

Continúa incesante la persecución de los traicioneros agresores al servicio del imperialismo, que recordando el triste y bochornoso crimen de 1961, en esta misma fecha, mientras el pueblo y la inmensa mayoría de nuestros combatientes se dedican por entero a la zafra y al desarrollo del país, vienen de nuevo a derramar la sangre generosa de los hijos de nuestro pueblo.

Estas actividades bandidescas forman parte de los planes imperialistas para entorpecer y dificultar la zafra.

Aunque desembarquen decenas de bandas como esta, serán exterminadas; sin embargo, con mínimo empleo de fuerzas y los pocos que sobrevivan tendrán que afrontar en todo su rigor la justicia de la Revolución.

Fidel Castro Ruz

Primer Ministro del Gobierno Revolucionario,

18 de abril de 1970 (*Granma*:1).

**Ángel Mártir Carrión,
Chicho[†]**



Capitán, jefe
de Guardafronteras
en Oriente. General
de brigada del Minint

Estábamos en Santiago de Cuba y al amanecer del 17 de abril de 1970 me llamaron de la unidad de guardafronteras de Baracoa para informarme que se había producido un desembarco de mercenarios por punta Silencio, al este de Baracoa. Salí en un yipi hacia esa ciudad. Cuando llegué me hicieron el relato de la infil-

tración. Había una posta en el río Yumurí, en punta Silencio, integrada por un combatiente de Guardafronteras y un miliciano serrano. Sintieron un ruido de una lancha cerca de la costa, y vieron una silueta de unos hombres dentro de una embarcación; la lancha navegó paralela a la costa, corrieron por la orilla hacia donde se dirigía la embarcación y llegaron hasta donde se había producido el desembarco. En esa parte hay unos acantilados, unos mogotes grandes como los de Viñales y un desfiladero que es un paso obligado. Cuando los dos compañeros llegaron al desfiladero, ya la mayor parte de los mercenarios había pasado, quedaban dos o tres detrás y les abrieron fuego a los bandidos. Lograron dividir el grupo y se capturó a uno con sus armas, que se acobardó y no pudo cruzar. Vicente Méndez era el jefe del grupo y logró pasar con el resto de sus hombres. El miliciano tenía más iniciativa que el compañero de Guardafronteras, y le dijo que corriera hasta el puesto de punta Silencio: «¡Dile que se ha producido un desembarco y que me quedo hasta que llegue el refuerzo!». Se quedó solo combatiendo contra el grupo que trataba de sacar a los que habían quedado atrás. El miliciano se parapetó bien y los bandidos le disparaban con AR-16, AR-18 y le lanzaron granadas de mano. El soldado nuestro corrió y avisó al puesto, pero mientras llegó el refuerzo ya nada más quedaba uno que se logró capturar.

Se le hizo un interrogatorio al prisionero; explicó sobre la composición del grupo: dónde los habían entrenado en Estados Unidos. Les dijeron que cuando llegaran a Cuba los campesinos los iban a ayudar y que estarían a favor de ellos, pero no informó que el jefe era Vicente Méndez.

Cuando llegué allí, ya el grupo se había desplazado hacia los montes. Ahora hay caminos, pero en aquella época no; había que dar una vuelta por Gran Tierra y de ahí llegar hasta Sabana.

Se ocupó la lancha y se hizo la reconstrucción de los hechos con la cooperación de los compañeros. Tomassevich había llegado detrás y los dos recibimos toda esta información.

Decidimos dar la vuelta en yipis por un lugar que demoraba de cuatro a cinco horas. Por allí no se podía subir a pie; estábamos a unos diez o quince kilómetros del Alto de Sabana, donde se montó

el puesto de mando de la operación con Tomassevich como jefe; el puesto de mando quedó al frente de punta Silencio hacia el norte. Llevamos a un pelotón de las Tropas Guardafronteras especializado en esas misiones. Después mandamos a buscar a todos los oficiales de la contrainteligencia de montaña. Se les impartieron instrucciones para la búsqueda de información con el objetivo de ubicar a los bandidos.

Como a las 19:30 h del siguiente día llegó un oficial de la contrainteligencia en compañía de un campesino de unos sesenta años. Vivía en una finca un poco retirada del caserío y nos relató que como a las cinco de la mañana se levantó para ir a ordeñar una vaca en un potrero cercano. Cuando estaba ordeñando debajo de una ceiba, el grupo de mercenarios lo cogió prisionero. Lo tuvieron detenido todo el día; ellos estaban emboscados al lado de la carretera en espera de que llegara la noche.

Cuando oscureció, lo soltaron y cruzaron la carretera para adentrarse en los montes. Con estas informaciones, fuimos con el hombre hasta el lugar que me dijo. Al llegar al camino por donde se habían ido los bandidos, vimos que había unas tunas espinosas muy molestas de atravesar. Vimos el rastro, y parecía como si hubiera pasado un ganado por allí. Eran como las 20:00 h. Teníamos un guía, un radista con un radio R-105, unos perros rastreadores y con ellos seguimos las huellas. Comprobé las informaciones; por el mapa sabía que estábamos entre doce y quince kilómetros del punto de desembarco. Decidimos seguir el rastro con los perros y el pelotón; las huellas eran bien visibles y caminamos como hasta las 01:00 h cuando el guía de los perros se detuvo y me dijo que los perros habían perdido el rastro. Le dije que cómo iba a ser eso si estábamos a una hora, aproximadamente, detrás de los bandidos.

A esa hora llamé por radio al puesto de mando y le informé a Tomassevich dónde me encontraba, que había caminado como quince kilómetros hacia el sur por medio del monte virgen y sin casas, que según el guía se le había perdido el rastro a los perros, y que íbamos a acampar para esperar el día. Posteriormente, co-

gimos algunos prisioneros; por ellos me enteré de que los bandidos permanecían emboscados, que nos pusieron trampas explosivas de C-4 y esperaban que entráramos en la emboscada para hacer explotar las cargas y matarnos bastantes hombres. Nos dimos cuenta de que el guía se percató de que si seguíamos avanzando y encontrábamos a los bandidos nos iban a hacer una carnicería, pero no lo informó. Se había apendejado y lo licenciamos por cobardía; el tipo aquel nos salvó la vida, pero la misión nuestra era seguir a los bandidos y capturarlos.

Tomashevich me dijo que saliera a buscar una compañía. Dejé el pelotón emboscado, salí con dos hombres y fui hasta el puesto de mando. Expliqué todos los detalles a Tomashevich y que se veía la hierba aplastada de las pisadas por los bandidos.

El día 18, cuando amaneció, como a las cinco de la mañana, regresé con dos compañías; entre ellas había hombres de la Brigada Fronteriza y de Guardafronteras. Nos montamos de nuevo en el rastro como a las 09:00 h en un cocal donde los bandidos comieron cocos y tomaron agua. Estábamos cerca del grupo.

Había un gran cerco que seguía por la zona de Sabana. Tomashevich colegiaba mucho las ideas de las operaciones conmigo y me dijo: «Te voy a tirar un entrecerco espaciado dentro del cerco, para estrechar un poco el margen del terreno. Voy a poner una pareja de hombres cada cien metros dentro del cerco». Había un caminito viejo que partía el cerco a la mitad. Seguimos avanzando y como a las 15:00 h paré el avance, abrí las dos compañías y me situé al centro con el radista y el guía. Era un lugar donde había muchas matas de pomarrosa de río y en algunos lugares parecía que era de noche por la espesura del bosque. Íbamos hacia el sur caminando por la orientación del mapa y el radista; sabía que estábamos llegando al cerco y le informé a Tomashevich que me iba a virar hacia el oeste. Paramos las compañías, se les dio un refrigerio; había un sol que partía las piedras. Reorganicé el peine, me situé al centro de una compañía con una escuadra y seguimos rumbo al oeste. Se veía un saó donde había sembradas unas matas de yuca; como a unos doscientos metros al frente, había un cayo de guásimas y muchas tunas sin espinas, les dicen

«guatacas de burro». Le partimos de frente al guasimal y allí estaban emboscados los bandidos.

A las 16:23 h nos abrieron fuego cerrado y mataron a cuatro compañeros, más dos heridos graves; solo quedamos el radista, otro compañero y yo; nos mataron también al guía. Dejaron que entráramos a la emboscada y nos abrieron fuego; hacia ambos flancos iban las dos compañías. Todos los muertos fueron de esta escuadra que estaba compuesta por combatientes de Guardafronteras y la Brigada Fronteriza. También había un bandido prisionero y otro muerto. Se le veía un cable conectado a un bloque de C-4 y di la orden de no tocarlo, porque podía ser una trampa explosiva, y mandé a que un zapador revisara el explosivo.

Seguimos con el resto de las compañías; por el mapa sabía que estábamos próximos al entrecerco que me había dicho Tomassevich. Había una subida y después una bajada que iba hasta el camino. Seguimos corriendo detrás de los bandidos con las dos compañías por los flancos; cerré un poco el boquete que nos habían hecho en la emboscada. Pero no demoraron unos minutos cuando sentimos que se había producido un tiroteo en el entrecerco. Cuando llegamos allí, estaban los dos milicianos muertos y casi arriba de uno de ellos había un bandido sin vida, que yo no sabía que era Vicente Méndez, y otro más.

Cuando los milicianos vieron al grupo que iba a la desbandada, le dispararon y se produjo el combate donde caen estos compañeros. El bandido todavía estaba boqueando. Cuando lo viré, vi que tenía en los bolsillos un mapa, documentos de Alfa 66 y bolígrafos. Enseguida le informé al puesto de mando lo que sucedió, que había dos muertos nuestros y dos bandidos habían caído. Recogimos las armas y todo lo que traían. Pero en eso, llegó un helicóptero nuestro y empezó a tirar sin autorización hacia donde estábamos nosotros; era una planicie donde había un saó. Allí murió un teniente que era el político del sector de Baracoa; una bala calibre 12.7 mm lo alcanzó en el pecho y lo mató. Me encabroné, me cagué en la madre del piloto y mandé a retirar el helicóptero y que se fuera, porque en vez de ayudarnos, para continuar la carrera detrás de los bandidos, nos frenó el avance de la tropa.

Los siete automóviles se detuvieron en un tramo de la carretera, cerca de Cajobabo. En pocos segundos, los combatientes de la escolta trasladaron los equipos y las cosas indispensables para los yipis Gaz-69 que esperaban desde muy temprano. También se montaron dos cajas de proyectiles 7.62 mm para los fusiles AKM y se comenzó a escalar un difícil camino, lleno de diente de perro y arbustos que bordean la costa de Playitas. Abajo se veía el mar azulado y las olas espumosas arremetiendo contra los grandes paredones de piedra. Poco después la caravana se internó en un lomerío de cafetales y arboledas. La nube de polvo cubría los rostros de los combatientes de la comitiva. El yipi del Comandante en Jefe iba en la punta de la vanguardia y unos kilómetros más adelante se detuvo para quitarle la capota. Entre las trincheras de piedras, detrás de los árboles, se veían las bocas de las ametralladoras bípode y los cañones de los fusiles AKM. En algunos tramos de la ruta los soldados con cascos estaban parados al borde del camino y saludaban con admiración a Fidel. Por la parte de los compañeros de la caravana, les asaltaba la preocupación de que un mercenario estuviera emboscado en cualquier sitio y pudiera disparar contra el Comandante. En ocasiones se descubrían a pocos metros del camino los combatientes parapetados detrás de cualquier obstáculo natural o en las elevaciones cercanas. Con la vista más aguda que nunca, los oídos y los músculos tensos, todos iban dispuestos a actuar en un segundo decisivo.

El comandante Tomassevich, cerca de una hora antes de llegar al puesto de mando, recibió al Comandante en Jefe. Allí desplegaron un mapa sobre el capó del yipi y analizaron detalles de la operación contra el grupo de infiltrados.

Así transcurrió el recorrido hasta el puesto de mando que había sido instalado en una tienda de campaña, en el Alto de Sabana. Allí esperaban varios jefes y oficiales del Ejército Oriental y del Ministerio del Interior.

En la carpa del puesto de mando estaban presentes junto a Fidel los comandantes Ramiro Valdés Menéndez; Guillermo García Frías; Raúl Menéndez Tomassevich; Diocles Torralba González; Irving Ruiz Brito; Jorge Serguera Riverí, Papito; el capitán Jorge Enrique

Mendoza y el doctor José R. Miyar Barruecos, el inefable Chomy, que tomó fotografías y grabó las conversaciones durante todo el recorrido.

Ángel Mártir Carrión, Chicho

Mandé a parar el peine y le informé a Tomassevich lo que había pasado. Sabía que los bandidos estaban todavía dentro del cerco. Mandaron un helicóptero y se llevó a los muertos para el puesto de mando. Allí fue donde Tomassevich identificó el cadáver y me dijo que era de Vicente Méndez.

El día 19 seguimos la operación en esa zona que se llama Mandinga, donde hay farallones, ríos grandes y bosques. Continuamos el peine y llegó el Comandante en Jefe por la parte del cerco y fue hasta el puesto de mando de la operación. Él entró por Yacabo Abajo, por donde existía un camino muy malo que salía a Gran Tierra, y de allí bajó hasta Sabana. Ese era el único camino en aquella época. Después que pasó por Sabana, entró dentro del cerco. Esta zona permaneció cercada durante varios días; por la noche estaba el tiro que jodía; los bandidos tratando de romper el cerco y los combatientes nuestros tirando. Por la noche se podía ver el círculo del cerco a través de las balas trazadoras. ¡Aquello era un infierno!, las balaceras que formaba la tropa nuestra. Estar allí ya constituía un gran peligro, porque te podían meter un tiro.

Fidel Castro Ruz

En el discurso pronunciado el 19 de abril de 1970 en el poblado La Máquina, Gran Tierra, como despedida de duelo de los combatientes caídos en el enfrentamiento contra el grupo mercenario que desembarcó por Baracoa, el Comandante en Jefe expresó:

En este mismo sitio que escogieron ahora para su fechoría, la última vez que estuvimos aquí era un acto diferente. Fue aquel

acto para inaugurar los círculos infantiles, para inaugurar esas magníficas escuelas, que se pueden contar entre las mejores del país; escuelas que, como decíamos en aquella ocasión —cuando se arregló ese camino, cuando se instaló el acueducto, cuando se hicieron decenas de viviendas—, en esto aquí, que junto con la península de Guanahacabibes forman los lugares más apartados de nuestra patria.

Pero es que la Revolución en todos los rincones del país... si aún lo que se ha hecho es poco, si aún lo que queda por hacer es mucho más, infinitamente más que lo se haya hecho, no hay, sin embargo, un rincón de esta nación donde no haya llegado un camino o un hospital o una escuela o una obra de la Revolución.

[...]

Y decíamos que el lugar que escogieron en esta ocasión para sus fechorías fue precisamente la región de la Gran Tierra.

Y cosa curiosa: eluden encontrarse con los vecinos. ¡Vaya libertadores que no se atreven a pasar por la casa de un campesino!, porque saben que en la casa de cada campesino hay un combatiente y hay un revolucionario. ¡Vaya libertadores!

[...]

En breves minutos se les dará sepultura a esos compañeros. ¡Han caído en el cumplimiento de su deber!

Las balas pueden tronchar vidas. Las balas enemigas y traicioneras pueden atravesar el pecho, pueden atravesar la frente, pueden atravesar la carne, pueden atravesar los huesos, pueden atravesar el corazón, pueden inmolar a un hombre. ¡Pero lo que no podrán jamás esas balas criminales será inmolar las ideas, tronchar la causa, atravesar la bandera y la justicia que esos hombres defendieron con sus cuerpos!

¡Los hombres podemos caer pero las ideas que defendemos no caerán jamás!

Diego E. González Pérez, Pineda

Antes de marcharse el Comandante en Jefe le dijo a Tomassevich que no se desesperara, que pronto capturarían a los dos que faltaban, y efectivamente, ese día capturaron a los dos mercenarios.

Ángel Mártir Carrión, Chicho

Al final de la operación se capturó al sobrino de Nazario Sargent y todos los demás bandidos que fueron juzgados más tarde. Los muertos fueron cuatro y nueve prisioneros. Las bajas nuestras fueron ocho compañeros. En la zona de Mandinga capturamos dos más dentro del cerco, y al final quedaban solamente cuatro. Los cercamos y estuvimos toda la noche tirándoles morteros para que no descansaran ni un minuto. Sabíamos que estaban allí y no se les dio reposo. Eran peine tras peine y no podían maniobrar por lo abrupto del terreno, hasta que les creamos un estado psicológico a través de los morteros y las granadas de mano. Caminábamos de día y, cuando llegaba la noche, nos parábamos ahí mismo para evitar que salieran hacia la zona que habíamos peinado. Se le llevaba algo de comer a la tropa. Al fin los capturamos entre unos acantilados que hay en la zona de Mandinga. Tomassevich me comunicó las orientaciones del Comandante en Jefe, que no nos desesperáramos, que teníamos tiempo y distancia hasta Santiago de Cuba para capturar a los que faltaban.

Comunicado 2 del Minfar

Fuerzas revolucionarias, persiguiendo tenazmente al enemigo, hicieron de nuevo contacto el día 24, a las 08:00 h, en las coordenadas 8164-8, con los restos del grupo mercenario que desembarcó en las proximidades de Baracoa el pasado día 17, capturando dos de ellos y ocupándoles un fusil AR-16 y un fusil AR-18, con abundante parque.

Hoy, día 26, a las 09:45 h, en las coordenadas 8363-6, fueron localizados y capturados los dos restantes, ocupándoseles dos fusiles AR-18 con su correspondiente parque.

Nuestras fuerzas en los tres últimos encuentros no tuvieron baja alguna.

El grupo completo de trece mercenarios ha sido puesto fuera de combate en breves días, a pesar de lo abrupto y apartado del terreno.

Ni uno solo logró escapar. Se les ocuparon, además, todas las armas, todas las balas y todos los equipos que poseían.

La operación para localizar, perseguir, cercar y liquidar la banda mercenaria con que intentaron interrumpir el trabajo del pueblo, ha concluido. Fue brillantemente dirigida por el mando militar de la provincia de Oriente y ejecutada por los valerosos combatientes de las Milicias Serranas de la división territorial de Baracoa, de unidades del Ministerio del Interior y de Fuerzas de Guardafronteras.

Todo mercenario que intente invadir nuestra tierra correrá la misma suerte.

Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

Abril 26 de 1970 (*Granma*, 27-4-1970:1).

Estos relatos los concluí en 1999. Parecía terminado el libro, pero en el año 2010 el investigador y escritor, teniente coronel José A. García Blanco, me comentó sobre un artículo que publicó en una edición especial de la revista Verde Olivo, en el 2006, sobre esta misma operación, y recordó que nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en febrero de 1961, había estado persiguiendo a la banda que dirigían Edel Montiel Lorenzo y Vicente Méndez Hernández en el Escambray.

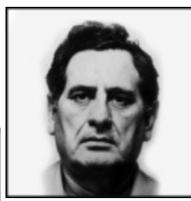
Hubo un encuentro con los bandidos y Vicente Méndez fue herido. Escapó a la persecución de nuestras fuerzas y pudo llegar hasta su casa donde lo curaron, pero no fue posible encontrarlo en aquella ocasión. Pasaron más de nueve años y el jefe de bandidos volvía a sus andanzas, pero esta vez en la zona de Baracoa en abril de 1970, cuando fue capturado.

«¡Cómo! ¿A este no le bastó el susto del Escambray?», exclamó el comandante Raúl Menéndez Tomassevich cuando le informaron, según las declaraciones de los prisioneros, que el jefe del team de infiltración era Vicente Méndez Hernández.

Epílogo

En 1999 terminé este libro sobre las operaciones de lucha contra bandidos. Lo hice llegar al Comandante en Jefe, quien lo leyó en junio del 2008. En julio del mismo año le hice una entrevista al comandante Raúl Curbelo Morales sobre varios temas de carácter histórico y, ya casi al final, le pregunté sobre una operación en el Escambray en la que participó Fidel. Curbelo empezó la narración que me pareció un cuento de ficción, pero de un realismo sorprendente, y la incluí como final.

Raúl Curbelo Morales



Capitán del Ejército Rebelde. Ocupó altos cargos militares y civiles.

Durante la primera limpia contra los bandidos en el Escambray en diciembre de 1960 o enero de 1961, yo era jefe de operaciones en una zona de esa región montañosa. Los milicianos bajo mi mando eran obreros de la capital, magníficas personas y muy revolucionarias. Estábamos operando en la zona de la presa Hanabanilla; perseguíamos a un grupo de bandidos y capturamos a dos jóvenes de origen campesino. Uno tendría unos veintidós años y le ocupamos una carabina San Cristóbal, y el otro unos diecinueve, y llevaba un M-1. Lo primero que dijeron fue: «¡Nos dan agua y comida y después si quieren nos fusilan!».

Los llevamos para el puesto de mando en Charco Azul, bebieron, comieron y después empezamos los interrogatorios. Nosotros sabíamos que el Comandante en Jefe había estado allí el día anterior y probó un pequeño mortero. Se lo dijimos a los muchachos. Uno de ellos me respondió:

—¡Cómo no, si estuvo a unos cinco o seis metros de donde yo estaba escondido en medio de un plantón de hierba de guinea, dentro de un zarcero! ¡Fidel estaba dando órdenes a su escolta y la gente que venía con él era poca! ¡Les daba instrucciones de cómo avanzar y revisar la manigua!

Entonces le pregunté:

—¿Tú sabías que era Fidel Castro?

—Sí, lo vi clarito casi delante de mí. Vi aquel hombre tan grande dando órdenes y caminando de un lado a otro y no tuve valor de agredirlo. Yo estaba acurrucado en medio del plantón de hierba y tenía una San Cristóbal en mis manos.

—Chico, ¿y por qué no le tiraste?

—Porque cuando miré a aquel hombre y vi cómo se movía y miraba, me impresionó tanto que no tuve valor para atacarlo.

Los milicianos que custodiaban el puesto de mando eran del batallón 114 de Santiago de las Vegas, y pusimos a los prisioneros en una valla de gallos, bajo vigilancia. Les cogieron lástima a los dos jóvenes y me pidieron que no los enviara para Topes de Collantes, donde el primer teniente Luis Felipe Denis tenía el puesto de mando y eran interrogados todos los bandidos capturados y sancionados.

Pasó cerca de un mes y estuvo en la unidad el capitán Emilio Aragónés y le conté la historia de los muchachos detenidos. Eran unos campesinos ignorantes que se unieron a una banda quizás por embullo. Tenían otra cara después de comer y recibir un buen trato por parte de nosotros. Entonces, Aragónés le preguntó a Fidel si lo autorizaba para hacer una prueba: no acusarlos de bandidismo ni mandarlos para Topes de Collantes, sino entregárselos al batallón 114, cuyo jefe y combatientes eran magníficas personas.

Se los llevaron para Santiago de las Vegas. Los pusieron a trabajar en un vivero cerca del aeropuerto. Al poco tiempo resultaron ser vanguardias nacionales del trabajo. Son cosas que casi no se pueden escribir, por su grandeza e incredibilidad.

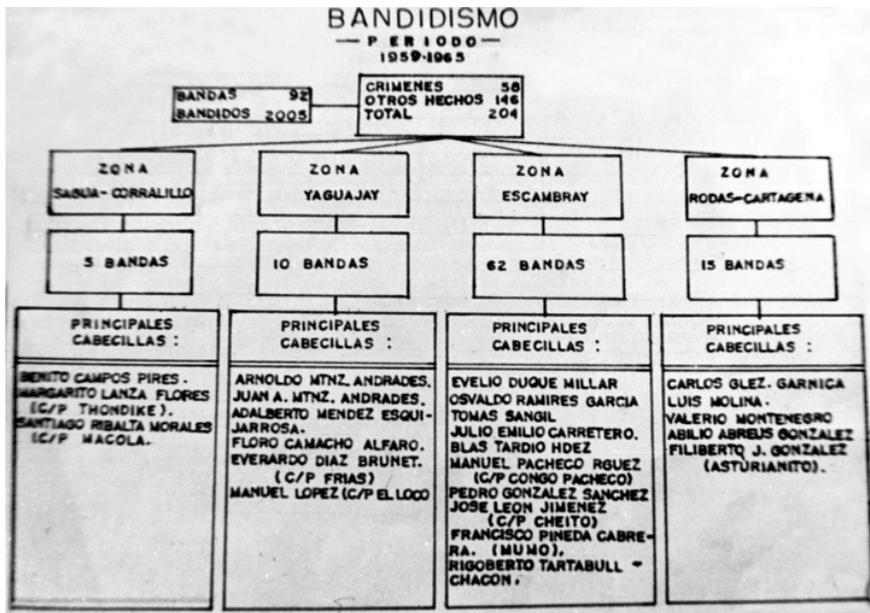
Un día Fidel estaba en Cojímar por determinadas razones de salud y por motivo de mis responsabilidades y tareas que tenía asignadas fui a entrevistarme con él. Concluida la entrevista salí a tomar el auto. Habían llevado unos jardineros para un trabajo en las áreas verdes y, para sorpresa mía, uno de ellos me saludó.

—¿Y qué tú haces aquí, muchacho?

—Me escogieron para hacer un trabajo en la casa del Comandante en Jefe y aquí estoy.

Era uno de aquellos jóvenes que capturamos en el Escambray.

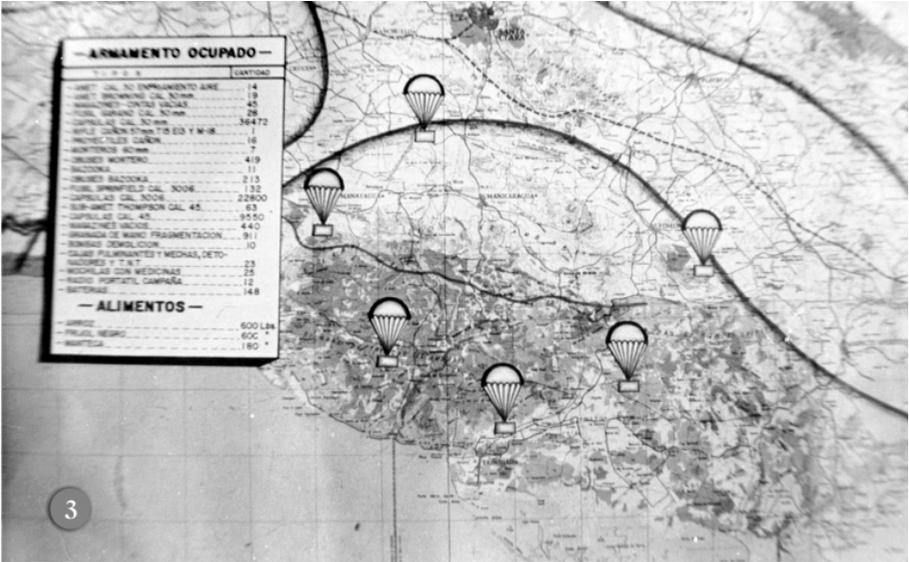
Testimonio gráfico



Datos de las bandas contrarrevolucionarias



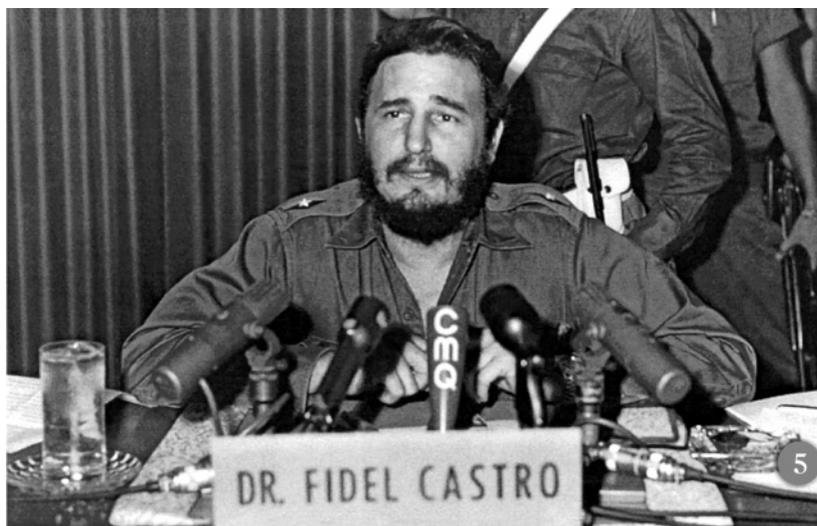
Armas norteamericanas capturadas a los bandidos



Mapa de la Operación Silencio



Casa de William Morgan, Miramar



El Comandante en Jefe informa al pueblo en el programa
Ante la Prensa



Fidel Castro,
Camilo Cienfuegos
y otros combatientes
escuchan las transmisiones
que realiza Manolito
hacia Santo Domingo

Comandante Cristino
Naranjo Vázquez



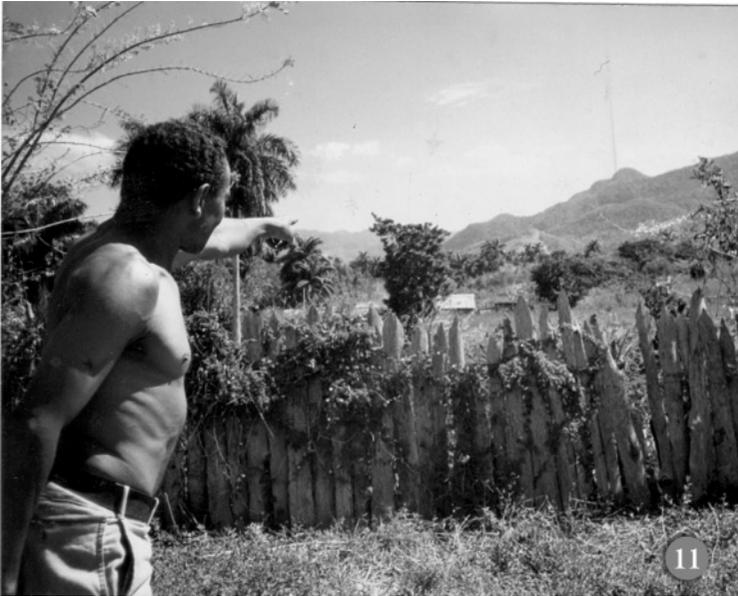
Comandante Francisco Tamayo
Tamayo



Fidel Castro y Piti Fajardo en el Escambray



Almeida, Piti y Orlando Calvo



Uno de los combatientes de La Sierrita señala
hacia Pico Blanco

Al Compañero jefe
 Escuadrón de Colón.
 El Comandante Ca-
 los Iglesias se trasladó
 a casa a fin de proce-
 der a la detención
 de tres personas por
 actividades de carácter re-
 volucionario. Por
 la urgencia del caso
 no he podido comu-
 nicar al jefe de Re-
 gimiento. Las tres
 personas a quienes
 se le van a transle-
 dar al Cuernavaca.

12

Comuniqué el
 contenido de esta
 nota al jefe de
 Regimiento para
 que conozca que
 el portador actúa
 por ordenes directas
 mías.
 Atentamente
 Fidel Castro
 Cuernavaca, Sep. 8, 60

Copia del manuscrito de Fidel al jefe del escuadrón de Colón



Primer teniente Elgin
 Fontaine Ortiz, jefe
 del escuadrón de Colón

13

REPUBLICA DE CUBA
MINISTERIO DE LAS FUERZAS ARMADAS
REVOLUCIONARIAS
DPTO. INF. G-2 MINFAR
DELEGACION PROVINCIAL DE
LAS VILLAS

archivada

| | |
|----------------------|--|
| DIV. INT. G-2 MINFAR | |
| JEFATURA CENTRAL | |
| 528 | |
| 6 DIC 1960 | |
| ENTRADA | |
| No. 3154 | |

"AÑO DE LA REFORMA AGRARIA"
Sta Clara Nov 29-1960

Jefc Dpto Inf G-2 L.V
Arch 4281 /960

ASUNTO :--Remisión de informes sobre Campamentos de Elementos Alzados en la Costa Norte de la Prov L.V, en la Zona de Corralillos.

Al :--Cmde Ramiro Valdés Menéndez
Dpto Inf G-2 MINFAR
Cdad Libertad Habana.

Me estoy dirigiendo a Ud, con el fin de poner en su conocimiento informes rendidos a este Dpto por nuestros VRA JUSTO y NEPTUNO, los cuales informan lo siguiente:

Que en la Zona comprendida entre "CORRALILLO" el RIO PALMA y la CARRETERA CENTRAL, se hallan varios Campamentos de Alzados, dirigidos por el Ex-Cpt ER. BENITO CAMPOS LINAREZ y el desertor Ex-Tte ER. JOSE MARTI CAMPOS, ambos profugos de la Justicia Revolucionaria.

Uno de estos Campamentos en el que Funge como cocinero nuestro VRA JUSTO, se halla situado a unos 50 Cordeles del Batey de la Fca de SANTIAGO ALVAREZ y consta de 11 hombres, armados con Garand, M-2, M-3 y dos escopetas automáticas, haciendo un total de 11 armas.

Que para llegar a este Campamento se entra por el lugar C/P LA PALOMA, enclavado entre San Pedro de Mayabón y Cuatro Caminos Prov de Matanzas, se cruza el Rio Palma, hasta un lugar C/P La Cantera en la Fca de Santiago Alvarez a unos 3 Kms de la Carretera Central.

El anterior grupo tiene al frente a un individuo C/P MAGUARAYA, él que en conversación sostenida con el VRA NEPTUNO que funge como enlace y suministrador le confesó que, los Dos Campamentos principales al frente de los cuales están los mencionados Campos Linarez, se encuentra enclavado en la Fca "LA COLONJA" Prov L.V.

Se le significa que estos informes han sido comunicados al Cmde Orlando Ródriguez Puerta Jefe 3er DMR, y que informes anteriores a este, han sido enviados a esa Jefc con fecha Nov 23 y Ref Archivo el mismo del margen.

Lo que comunico a Ud, para su conocimiento y efectos procedentes.



Informe del primer teniente Aníbal Velaz al comandante Ramiro Valdés

5) El día 3 de Diciembre de 1960, en trabajos combinados - por parte del Ejército Rebelde y las MNR, dirigidos por el propio Cmdte FIDEL CASTRO, fueron cercados y capturados en la Finca La Paloma cerca de las Minas de Motembo TM Corralillos un total de 21 bandidos, capitaneados por el Jefe de Grupo ERNESTO GOMEZ MARQUEZ C/P MAGUARAYA. Todos estos bandidos fueron capturados ilesos, disponiendo nuestro Cmdte las siguientes medidas:

- 1.- Disponer la libertad inmediata de los campesinos: ROGER GARCIA CACERES, ERASMO LOPEZ RUIZ, GILBERTO HERNANDEZ CAMPOS y los hermanos RAMON MANUEL y LAUREANO MIGDONIO MORALES MONTEROS, por haber sido engañados y desorientados por el cabecilla CAMPITOS.
- 2.- Enviar a Granjas de rehabilitación los siguientes -- bandidos: PEBRO ALVAREZ AGUIA, BARBARO CORDOVA LARA, RAUL AGUILERA GIL, ABELARDO AGUILERA GIL, ROLANDO LAMAS SUAREZ, JUAN JOSE LOPEZ FEITO, ENRIQUE MACHUA VALDES, AGUSTIN MARQUEZ GONZALEZ, ALEJANDRO ROQUE MANZO, ROBERTO DELGADO ROMAS y ORESTES PERDOMO FERNANDEZ; estos elementos en su mayoría eran vecinos de las -- Granjas Israel Ruiz y Hnos Sáez en el TM Corralillo.

15

Informe de la Seguridad del Estado sobre la captura de los bandidos



16

Dermidio Escalona
y Manolo Núñez



Conrado Benítez García.
«Este compañero se ha convertido
en un mártir de la Revolución»



Unidades de milicianos confraternizan con la población civil
en el Escambray



Casa donde fue instalado el puesto de mando en Topes de Collantes



Un grupo de combatientes aborda un helicóptero



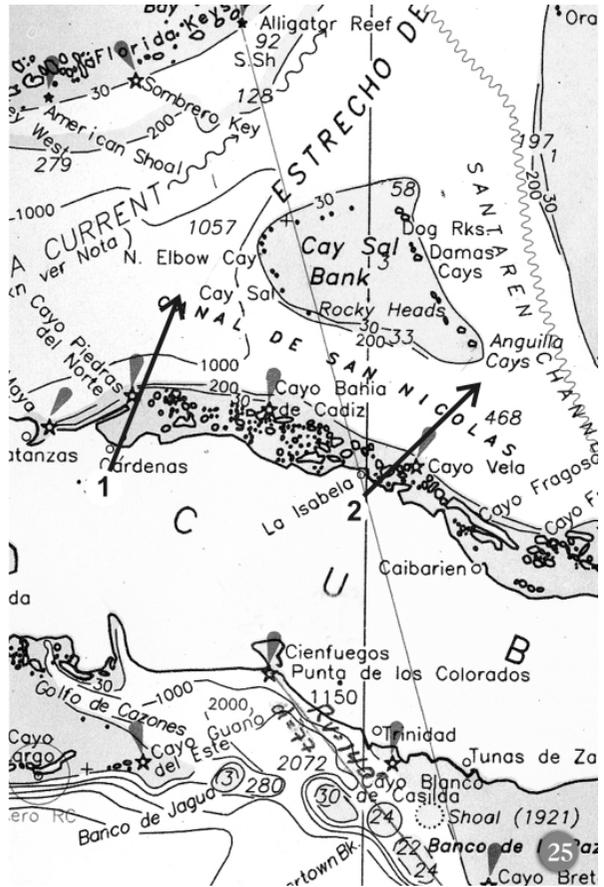
De izquierda a derecha: Luis Jaime y Manolo Núñez durante la entrevista



Ametralladora cuatrobocas



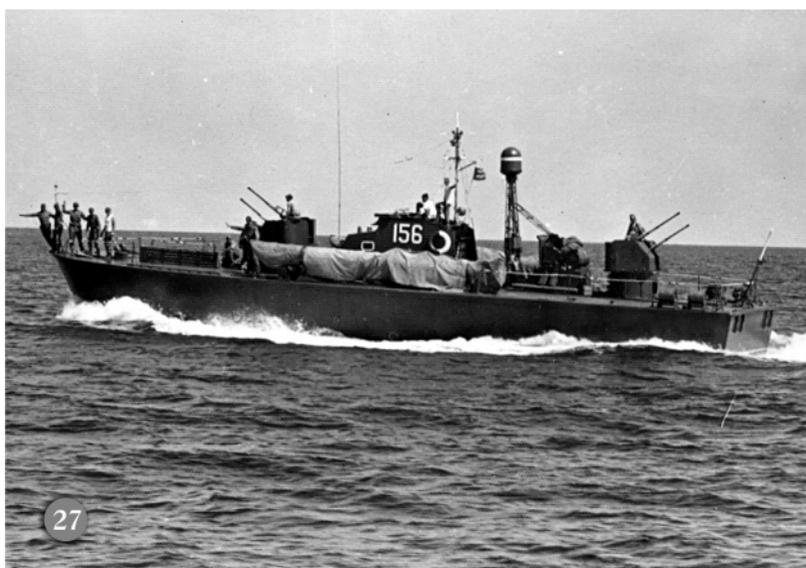
El doctor Carlos Rafael Rodríguez, a la izquierda Nenito y a la derecha Arsenio León



1. Punto desde donde partieron las embarcaciones hacia cayo Elbow
2. Lugar por donde se esperaba el desembarco de un grupo de mercenarios



Los comandantes Rolando Díaz Aztaraín, Emigdio Báez Viño y Miguel Rivé



Lancha cohetera

Anibal:

Pienso ir esta noche
(8 p.m. más o menos) en Santa
Clara, casa de Almeida. ¿Pue-
des tener al activo de Caribe-
rión allí para hablar con
J? Si no es posible ¿Pue-
des tener mapas y el mayor
número de datos posible?

Fidel

Playa Larga, agosto 26, 62
6 A.M.

28

Nota de Fidel
al capitán Anibal Velaz

Anibal:

Abora recuete que al pare-
cer un grupo de milicianos ha
ido por el río en un barco de
pescadores. Te guio al man-
ejo. Visto esto debes proceder al
reparto minimeas que pla-
neamos. Tu helicóptero fue
caído por la costa en dirección
a Caibarien.

Fidel
22 y 30 p.m.

P.D. De cuando lo más conveniente es
que lo proporcione cuando por la
noche la salida de la zona del objeto.
Dato instrucciones.

29

Anibal:

Regresa urgente a
embarcado a recibir
nuevas instrucciones

Fidel

Notas manuscritas de Fidel
lanzadas dentro de una botella
desde un helicóptero



Lancha tipo Centella utilizada para interceptar la lancha rápida que infiltraría a los espías



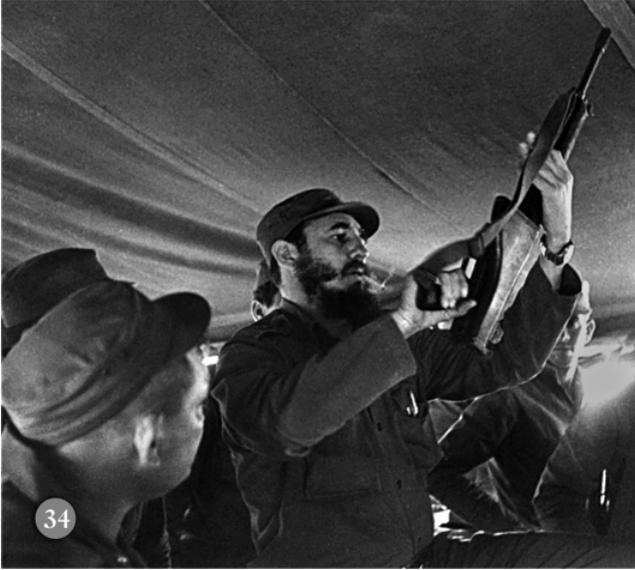
Cazasubmarino utilizado en cayo Elbow



Fidel y Jorge Ricardo Masetti en una zona del Escambray
en mayo de 1961



El Comandante en Jefe Fidel Castro junto a otros compañeros
en la zona de operaciones



El Comandante en Jefe en el puesto de mando de la operación



Armas capturadas al grupo de mercenarios

Bibliografía

- ALLES SOBERÓN, AGUSTÍN: «Gráficas de la acción desarrollada en la ciudad de Trinidad y la zona del Escambray durante los últimos días de la conspiración trujillista», en revista *Bohemia*, 34, 23 de agosto de 1959, pp. 70-75.
- BÁEZ HERNÁNDEZ, LUIS: *Secreto de generales*, Editorial SI-MAR S. A., La Habana, 1996.
- CARDOSA ARIAS, SANTIAGO: «Yo hablé con los campesinos que capturaron a Beatón», en revista *INRA*, 7, agosto de 1960, suplemento XIV.
- «Comparecencia de prensa», en periódico *Revolución*, 17 de octubre de 1960, p. 9.
- «Conjura contrarrevolucionaria», en *Revolución*, 10 de agosto de 1959, p. 1.
- CRESPO FRANCISCO, JULIO: *Bandidismo en el Escambray. 1960-1965*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- DIRECCIÓN POLÍTICA DEL MININT: *Las reglas del juego*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1992.
- ESCALANTE FONT, FABIÁN: *Cuba: la guerra secreta de la CIA*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1993.
- «Estrategia de la conspiración», en *Bohemia*, 34, 23 de agosto de 1959, p. 78.
- «Fidel no habla hoy», en *Revolución*, 13 agosto de 1959, p. 16.
- «Fidel no va a Chile. Una farsa la Conferencia», en *Revolución*, 15 de agosto de 1959, p. 2.

- FURIATI, CLAUDIA: *ZR-Rifle. El complot para asesinar a Kennedy y a Fidel Castro*, Editorial SI-MAR S. A., La Habana, 1995.
- GARCÍA SUÁREZ, ANDRÉS: *El Escambray en ascenso*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del PCC, Las Villas, 1973.
- «Instigó la CIA atentado contra Carlos Rafael», en *Revolución*, 14 de septiembre de 1961, pp. 1-2.
- «Muertos o capturados ya todos los que desembarcaron por Baracoa», en periódico *Granma*, 27 de abril de 1970, p. 1.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: *En marcha con Fidel-1960*, Ediciones Mec Graphic Ltd. y Letras Cubanas, La Habana, 1998a.
- _____: *En marcha con Fidel-1961*, Ediciones Mec Graphic Ltd. y Letras Cubanas, La Habana, 1998b.
- «Planificaremos», en periódico *Adelante Revolucionario*, Matanzas, 13 de septiembre de 1961.
- REY DÍAZ, ANA ANGÉLICA: *Conrado, primer maestro mártir*, Editora Política, La Habana, 1987.
- RODRÍGUEZ CRUZ, JUAN C.: *Hombres del Escambray*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1990.
- «Valiente labor de las milicias. Ciento dos capturados en el Escambray», en *Revolución*, 10 de octubre de 1960, p. 13.
- «Vida, pasión y muerte de una conspiración», en *Bohemia*, 34, La Habana, 23 de agosto de 1959, pp. 76-91, 96-99.
- VIERA TREJO, BERNARDO: «Humillación Trinidad. Hablan los hombres del II Frente del Escambray: “¡Era revolución de verdad la que hicimos en seis días!”», en *Bohemia*, 34, 23 de agosto de 1959, pp. 60-63, 112-113.
- VILLARRONDA, GUILLERMO: «A Trujillo le han puesto el rabo del tamaño de la cuenca del Caribe», en *Bohemia*, 34, 23 de agosto de 1959, pp. 66-68.

Archivos

Archivos y museos de la Seguridad del Estado en La Habana, Villa Clara y Cienfuegos.

Departamento de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado.

Archivo del Museo Nacional de Lucha Contra Bandidos, Trinidad.

Archivo de Medicina Legal, La Habana.

Índice

Prólogo / 7

Nota preliminar / 11

El bandidismo. Su origen / 13

I. La guerra contra Trujillo / 19

II. Búsqueda y captura de un traidor / 64

III. Los tres primeros bandidos capturados
en el Escambray / 88

IV. La banda de Campito / 122

V. Traición de Clodomiro Miranda / 142

VI. Los asesinos de Conrado Benítez / 153

VII. Los cercos / 165

VIII. Un enlace contrarrevolucionario / 173

IX. Operación antiaérea / 185

X. Atentado a Carlos Rafael Rodríguez / 202

XI. Cayo Elbow / 226

XII. Los piratas de cayo Anguila / 247

XIII. Las Salinas / 255

XIV. Otros hechos / 277

XV. Infiltración por Baracoa / 294

Epílogo / 306

Testimonio gráfico / 309

Bibliografía / 329

